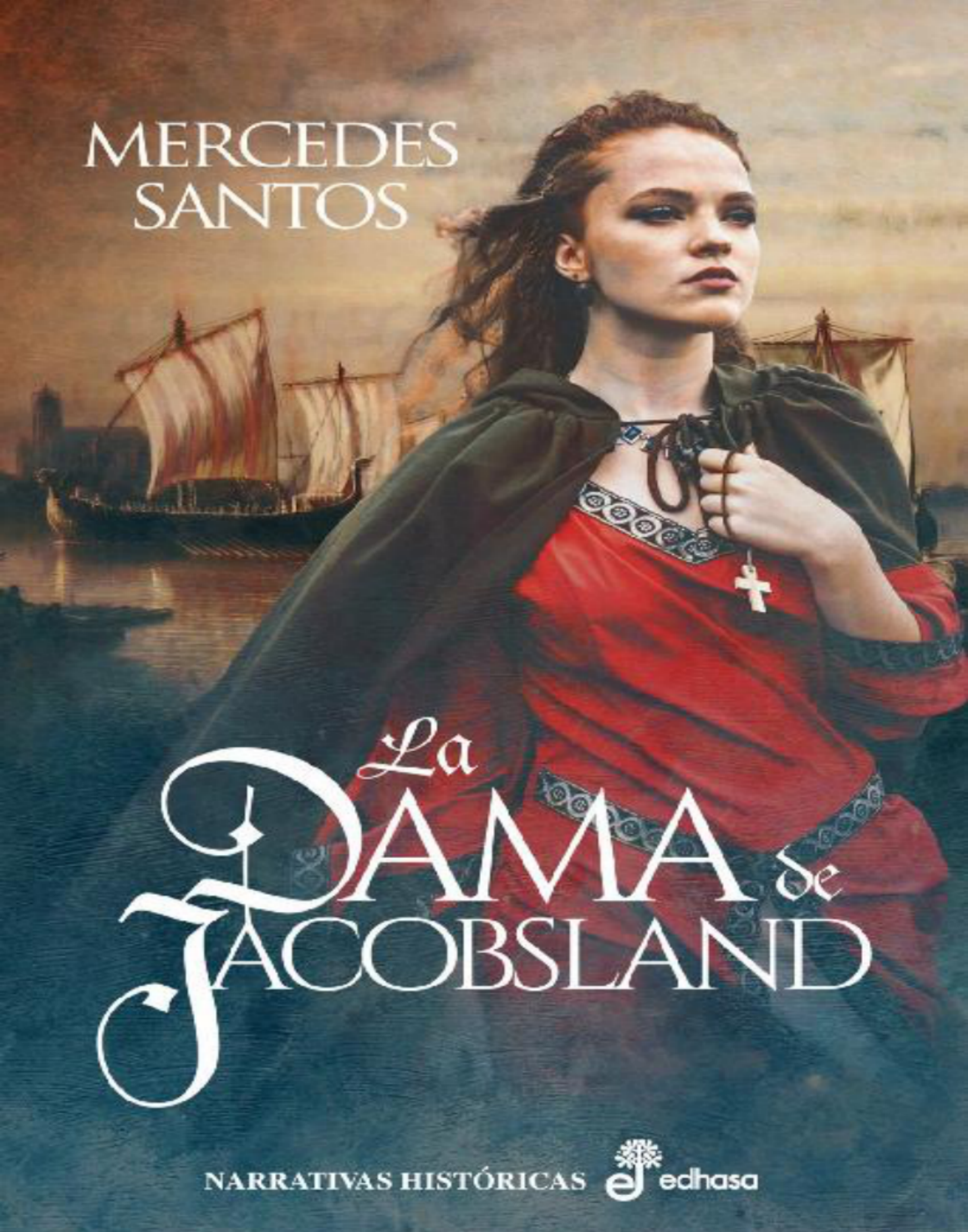

MERCEDES
SANTOS
La
DAMA de
JACOBSLAND
NARRATIVAS HISTÓRICAS
edhasa

LA DAMA DE JACOBSLAND

MERCEDES SANTOS



En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:



Primera edición impresa: noviembre de 2023
Primera edición en e-book: noviembre de 2023

Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-6409-5

Producido en España

«Salud, caballero, tomad el cáliz espumeante,
lleno de antiguo hidromiel.
Nunca pensé que pudiera un día llegar a amar
a un hijo de los Vanir, a un hijo de Odín».

Poesía vikinga



LA DAMA DE JACOBSLAND

Prólogo

«Soy Freyja
Y acabo de clavar mi espada
En el aliento cerrado de tu boca intacta
Y te respiro en la nuca
Acechándote
Observándote
Lista para la emboscada final y decisiva».

La maldición, poema vikingo

Mar de Poniente. Año del Señor de 966

El mal tiempo había llegado. Llovía hacía días, zumbaba el viento, y la mar se había quitado la careta y enseñado los dientes. La borrasca cabalgaba a su popa y, entre sombras, el océano se veía bravo, resacoso, enloquecido como un *berserker* borracho buscando pelea. Refulgían centellas a lo lejos y los truenos restallaban sobre sus cabezas. Thor, dios de las tormentas, bramaba de furia.

Las rodelas chocaban estrepitosamente contra los laterales del casco. La nave tenía dos vías de agua, las juntas impermeabilizadas con brea se habían descosido, y los gritos del capitán Ivar el Cojo perecían enterrados entre el estruendo de las olas que barrían la cubierta.

–¡Vamoooooos! *Raesk, raesk, raesk!*

Las veinte parejas bogaban sin respiro, tratando de enderezar el rumbo de la embarcación, vapuleada por las hijas de Ran. Junto al timón, el capitán manipulaba los cristales de navegación en un intento desesperado por llegar a algún sitio pronto y salvar la vida. La piedra solar, la calcita pulida que sostenía entre las manos, les permitía determinar la posición

del sol aún en días como aquél, en que la bóveda celeste permanecía toda la jornada negra. Pero, incluso con su ayuda, habían perdido la posición hacía rato y se mecían a la deriva en el mar de Poniente.

–¿Estamos llegando, Ulf? –preguntó a su lugarteniente, un grandullón con las greñas deshechas y el brazo sangrando–. ¿Se ve ya el condenado faro de Brigantium? ¡Por todos los dioses, tendríamos que estar llegando a ese maldito sitio ya!

–No... No se ve. La noche se lo debe haber tragado. Tal vez las nornas hayan decidido nuestro destino –añadió fríamente, pensando que aquella noche atravesarían el umbral del Valhalla.

–¡Tiene que estar cerca! ¡Brigantium lleva ahí más inviernos de los que nadie recuerda! –le gritó el capitán. Se mesó la barba y, tras retirarse el agua de la cara, se acercó al codaste.

Dos de sus hombres murmuraron por lo bajo, y el *jarl* hizo restallar un latigazo sobre la cubierta. No quería que se desconcentraran, les iba la vida en ello. La vida y algo más. La ruina y la reputación. Su fracaso también lo heredarían sus hijos y mujeres.

Se había comprometido ante su señor, el *berserker* de Danmark, Harald Dientes Negros, a entregar aquel material, y no podían fallar. Tenían noticia de las diferencias entre los magnates de Gallaecia, sus dificultades para admitir como reina a una anciana consagrada al Cristo ese de la cruz, una tiparraca más seca que la boñiga de un reno, y cómo por eso algunos nobles planeaban eliminarla y tomar las riendas del poder.

El astuto Harald había mantenido aquella información en secreto con el fin de ser él quien obtuviera los mayores réditos. Como en ocasiones anteriores, aprovecharía la debilidad de sus adversarios para hacerse –en un descuido de éstos– con sus tierras. Así habían conquistado los normandos casi toda la costa atlántica, perteneciente a los francos, y buena parte de la Anglia. Y ahora llegarían más al sur, hasta la Hispania romana, con parada obligatoria en la rica Jacobsland.

Mientras simulaban venderse como esbirros, introducirían a sus hombres y posicionarían a sus espías en el tablero de juego, hasta que el grueso de las huestes del norte desembarcaran y asestaran el hachazo definitivo. Era frecuente que los reinos creyentes en la cruz contrataran mercenarios normandos para sus correrías, les compraran armas, les pagasen fortunas por aterrorizar comarcas enteras, antes de presentarse como pacificadores y héroes. A veces, la estratagema les salía bien. Otras, no tanto.

Y por eso se habían encaminado hacia la recóndita cala en el faro del fin del mundo, Brigantium, situado en la arista de la *kysten av død,* la costa de la Muerte, donde desaparecían flotas enteras en las tempestades enviadas por el dios del trueno. A Thor le habían hecho sacrificios antes

de partir, y a él rogaban ahora con alaridos espeluznantes para apaciguar su furia.

–*Spar oss eller tordenguden og havet! Gud styrke* –cantaban a coro mientras el barco cabeceaba, se hundía entre las aguas y volvía a salir a la superficie, destartalado y maltrecho.

El capitán volvió a estudiar la piedra, arrebujado en aquella capa de lana de cordero que en esos momentos tanto le pesaba. Debían estar cerca. No podían naufragar, no cuando tenían por delante una importante misión y sus bodegas iban repletas de costosísimos hierros. Los arcos y flechas se amontonaban en pesados cofres, esperando a ser embreados y disparados; los cascos y los yelmos nasales se golpeaban y abollaban en las cámaras, y las hachas y escudos de madera de tilo anhelaban bañarse en sangre cristiana.

–*En, to, tre, gå!*

La *felag* seguía remando, y tres hombres trabajaban sin descanso para taponar la vía en la aleta de estribor, pero la tempestad no cedía, y ninguna luz aparecía en el horizonte. Conocía aquellas corrientes, deberían haberse topado ya con la recortada silueta de la costa. Algo iba mal...

Si se demoraban mucho más, Ivar sabía que lo que les esperaría esa noche no sería una rica jarra de cerveza con la que desentumecer los músculos ateridos de humedad, sino el sueño final. Se besó el diente de ballena que llevaba colgado al cuello y alzó los dedos índices hacia el firmamento. Besó la negrura, la cara cubierta por un velo de lluvia. Si esa noche debían estirar la pata, que así fuera, pero no antes de poder terminar lo que habían empezado.

En tierra

A unas seis leguas de allí, bajo aquel tiempo inclemente, un ramillete de soldados permanecía en sus puestos. Mantenían las hogueras encendidas en la lúgubre torre del ruinoso castillo y a lo largo de la costa para que la nave que esperaban hacía horas pudiera divisarlos. Su señor los despellejaría si el barco no aparecía sano y salvo. Pero la misteriosa nave no daba señales de vida, y el piquete de guardia se impacientaba.

La loriga pesaba, los mantos y tabardos goteaban, el casco hedía y nada les permitía entrar en calor. Los dos hombres que habían salido a caballo a patrullar hasta el Ardobicum Corunium regresaban con las manos vacías. El esbirro al mando escupió una blasfemia. El cielo, como si lo hubiera escuchado, le respondió resquebrajándose. Un ensordecedor *strepitus mundi* se expandió como una onda expansiva mar adentro y, por unos instantes, un rayo iluminó las tinieblas. El viento, lejos de amainar,

aumentó su crudeza contra los muros. La madre naturaleza ignoraba su petición de clemencia. Les robaba la luz, la paciencia y hasta era posible que la vida.

–¡Mantened la posición! –oyeron los soldados, y todos trataron de recomponerse y volvieron a colocarse en posición de firmes.

Las olas, de al menos treinta pies de altura, batían con fuerza, y alguna inundó la boca de la gruta, a punto de llevarse a uno de los centinelas a rastras, salpicándolo todo de una espuma negra y gélida. La soldadesca tuvo que olvidarse de la orden de su capitán y abandonó sus puestos a todo correr para refugiarse en el patio de armas del destartalado y ruinoso fuerte. Los muros tapizados de verdín mostraban el abandono de aquella fortaleza muerta, creando un ambiente siniestro que no invitaba a acercarse a nadie por allí con frecuencia y facilitaba aquel tipo de operaciones encubiertas. Ninguno de ellos sospechaba sin embargo que, no muy lejos de allí, también chorreando agua, congelados e impacientes, otros dos desconocidos los observaban de cerca.

Acantilados próximos

–Es evidente que esperan a alguien. Mirad, ya regresan los que salieron a caballo –comentó el joven, trepando con agilidad a unas rocas para intentar ver lo que ocurría.

Que algo se estaba cociendo, no había duda. Nuño Gonzálvez se parapetó en un hueco, a cubierto, y se dispuso a esperar a su compañero, un ballestero a su servicio. Éste lanzó un juramento al rajarse una mano con una arista cortante.

–Condenada roca –dijo mientras se vendaba la mano con su jubón. La sangre empapó la tela deprisa.

Ajeno a sus protestas, Nuño siguió ascendiendo, pese a las salpicaduras del mar furioso que por debajo se batía contra los altos acantilados. En la oscuridad, no debería de haberse visto nada, pero aquellos hombres del fuerte lo tenían todo profusamente iluminado. Parecía evidente que el asunto se les había ido de las manos.

El vendaval arreció, y el ballestero a punto estuvo de caerse por el cortado que se abría a sus pies. Era un terraplén de esquisto resbaladizo de unos cien pies de altura que daba a una roquería que, con la bajamar, se veía pulida como un espejo. El faro iluminaba la zona a bocanadas, más mortecino que de costumbre por la borrasca; emitía débiles señales a la oscuridad del horizonte infinito sin que nadie respondiera desde éste. No se veía un alma.

Nuño había llegado hasta allí siguiendo las órdenes del jefe de la

guardia de la condesa Nunilo Fáñez, la *comitissa* de Breixos, señora de esas tierras. Tras rastrear las huellas de las últimas piezas de ganado que le habían robado, dos sicarios los habían conducido hasta aquel tétrico castillo. Nuño trataba de acercarse para observar al hombre que estaba al mando de aquella operación, ver si le conocía de algo, si, como se temía la *domina,* era vasallo del señor de Caldas, el hijo de perra del que sospechaba estaba detrás de todas aquellas hostilidades. Sus agresiones eran una forma de presionarla para que aceptase su propuesta de matrimonio. Y, con su mano, robarle su fabulosa dote.

Nuño estaba convencido de que aquel tipo era capaz de eso y de más, pero ahora se preguntaba de cuánto más. Esos soldados parecían muy alterados; algo gordo debían traerse entre manos. ¿Qué hacían allí en una noche como ésa? Desde luego, el ganado robado no lo tenían allí escondido, y no podían estar esperando, bajo tamaña tempestad, unas naves de carga para venderlo en los mercados de Vasconia. Había algo más, y él no se marcharía de allí hasta que lo averiguase, aunque cayera un diluvio bíblico.

Mar de Poniente

Un diluvio divino parecía caer sobre el *Bifröst*, *El guardián del arcoíris,* la embarcación normanda comandada por Ivar el Cojo. Por no llamar la atención, navegaban sin la cabeza de dragón protectora, y ahora la echaban de menos. Ante el temor de hundirse, la *felag* de remeros se había descompuesto, y muchos hombres habían exigido al capitán que aliviara el peso de la nave tirando por la borda el lastre, las costosas armas que transportaban. Ivar se había negado, y la violencia se había desatado.

No remar, dejar la nave a la deriva y pelear entre ellos, en una cubierta inundada y resbaladiza, era lo peor que podían hacer, pero la riña fue inevitable. A puñetazos y hachazos, una parte de la tripulación se enfrentó con la otra, patinando por la sangre y el agua. Zozobraban, y al fin el barco se hundió.

Se perdieron en la inmensidad los gritos de aquellos gigantes barbudos. Con sus pesados jubones de cuero y sus canciones horripilantes, fueron sumergiéndose, uno tras otro, con un sordo chapoteo, en la masa líquida. Unos abrazados a maderas; otros, los más, silenciosos ya, desangrados, con los ojos fuera de sus órbitas.

Sur de Hibernia

En la Granja Gustafson, Sela ayudaba a su hermano Olaf, borracho como una cuba y empapado de sangre ajena, a lavarse. Acababa de matar a un imbécil que se había atrevido a reírse de él en la taberna del pueblo. Había osado bromear con algo impensable: que un famoso guerrero como él tuviera que estar vendiendo ganado para hacerse con buenos *drakkars* mientras su hermanastro, Sigmund, ahijado del rey Hakoon de Noruega, había sido elegido para comandar una nueva expedición a las tierras de Mercia. Que lo llamaran «fracasado» podía costarle caro a cualquiera, pero que lo compararan con aquel malnacido de Sigmund, la vida. Sin dudarlo, Olaf le había rebanado el pescuezo.

–Tómate esto, es para aplacar a los dioses... –le dijo Sela, ofreciéndole un caldo de hierbas.

Olaf apartó el cuenco de un manotazo, dejó tirada la ropa en el suelo y, haciendo eses, se tumbó en su lecho de paja fresca. Harold, el hijo de Sela, recogió las cosas de su tío en silencio.

–Tráeme la cerveza y los polvos de excremento de foca que guardo en la despensa –le pidió su madre.

Sela calentó la cerveza para preparar una ofrenda en honor a Freya, la diosa protectora de los clanes familiares, del amor, reina de las valkirias y señora de las tormentas, encargada de recoger a los héroes en el campo de batalla para llevarlos con Odín. Su hermano le había prohibido que pidiera su ayuda a aquella maldita diosa que lo había traicionado, pero Sela estaba decidida a desobedecerlo.

Desde que su novia secreta, Asa, la princesa noruega que había terminado renegando de él y casándose con su hermanastro Sigmund, lo abandonara, obligándolo a exiliarse, Olaf vivía obsesionado. Con la guerra, con conseguir el oro y el poder necesario para darles en las narices a todos aquellos que habían pisoteado su dignidad. Y Olaf nunca se había dejado ayudar. Pero ahora, cuando se acercaba el momento de una nueva expedición guerrera, Sela quería implorar el perdón de Freya para él; pedirle otro amor que sepultara su vergüenza, que le permitiera dejar atrás tantos años de dolor y humillaciones.

–Uf –bufó cuando se esparció el polvo de excremento de foca y una nubecilla de vapor se condensó sobre ella.

Olf ya roncaba a pierna suelta.

Costa de Jacobsland

La condesa de Breixos dormía en su castillo abrazada por la niebla. Gemían todas las costuras del edificio; el viento apuñalaba los torreones, la lluvia se pegaba contra sus muros, soplaban tiempos recios. La joven

señora, Nunila Fáñez, descansaba intraquila en sus aposentos, ajena al extraño movimiento de espíritus que compartían con ella habitáculo. Las hermosas y etéreas valkirias habían estado todo el día cumpliendo con su trabajo. Enviadas por Freya, debían comprobar para Odín el lugar al que pronto acudirían sus guerreros. Gerhelde, la capitana de esas hadas guerreras, había recorrido ese día los campos gallegos hasta llegar al castillo para estudiar a sus adversarios.

Sobre todo a aquella dama de Jacobsland, tan joven y fresca como el rocío; aquella mujer de la que tanto les habían hablado.

Por eso Freya había aparecido en la estancia. Gerhelde creía que esa mujer podría ser la solución al ruego de Sela. Freya también se sentía culpable por lo sucedido años atrás con aquel humano, Olaf, al que tanto había querido y protegido. Lamentaba que las cosas hubieran salido tan mal, que Loki, en un descuido, se hubiera salido con la suya. Y ahora estaba dispuesta a otorgar a Olaf, a su protegido, lo que tanto necesitaba: ua mujer capaz de curar sus desdichas y rescatarlo del infierno.

Miró a la joven que dormía en el lecho y, colocándole una mano en el pecho, la selló. Desde ese día, su alma le pertenecería.

En el torreón del castillo

—¡Socorro!

Se incorporó de lecho de repente. Le faltaba el aire y tenía la frente perlada de sudor. Sisalda, el aya celta de la condesa, se despertó en medio de una pesadilla. Aún dando bocanadas, se acercó a la ventana ojival y dejó que la lluvia le limpiase el miedo. Lo había visto con total claridad. Una vez más, había tenido una visión. Conocía el lenguaje oculto de la vida, y su don, en ocasiones como aquélla, parecía más bien una penitencia.

Había presenciado la lucha salvaje en aquel barco desconocido, el zumbido de la muerte, el fragor de la pelea, a aquellos hombres heridos y a esa otra gente que les hacía señales desde los oteros encendidos. Arcos, flechas, cascos y escudos en una hipnótica danza nocturna hundiéndose en el mar. Había paladeado la sangre en la boca de los moribundos y rozado con sus dedos la extraña cabeza de dragón que, bamboleándose, descansaba ya en el fondo arenoso del océano.

La señal de peligro inminente era clara. Aunque, tal vez, ya no. Porque, si aquellos hombres eran enemigos, ahora estaban muertos. Un sudor frío la obligó a acercarse a la chimenea, que escupía chispas de tono carmesí.

Al rato, decidió salir de sus aposentos. Se echó la capa de lana por

encima, se calzó los zoclos y, tras tomar a su búho Arwen, descendió por la escalera de caracol hasta el patio trasero. Los guardias le dieron el alto, pero, al reconocerla, a pesar de las altas horas de la noche y lo improcedente de su salida, diluviando, la dejaron salir del fuerte. Sisalda suspiró. Estaba ya mayor para esas cosas, pero sabía qué debía hacer: pedir al roble sagrado por la seguridad de todos.

Cruzó un terraplén de charcos temblorosos, y luego, el foso, hasta dejar a su espalda la última garita de la fortaleza. Al llegar al viejo árbol herido por un rayo, sacó de la faltriquera un pequeño saquito con polvo de tormentila. Se hizo un pequeño tajo en un dedo y vertió en él unas gotas de su sangre, y al momento se fundieron con la lluvia. Rellenó la bolsa con un puñado de tierra y lo depositó en las raíces del árbol.

Durante un buen rato permaneció arrodillada, decidiendo qué hacer, si contarle las visiones a su señora o callárselas para no alarmarla. Esperaría, decidió, puesto que habían naufragado, pero deberían extremar las precauciones. Una energía siniestra se cernía sobre ella, sobre todos. Y era tan espesa que, si alzaba las manos, hasta podía acariciarla..., como se acaricia a una fiera. Y su señora debía conocer el peligro.

Arwen ululó y la miró con sus intensos ojos amarillos, dos estrellas fijas clavadas en una bola de plumas. Con dificultad por los achaques, Sisalda se puso en pie y regresó al castillo, aterida. A excepción de los centinelas, todo el mundo dormía. Alzó la vista y, por un momento, a lo lejos, le pareció divisar una serie de traslúcidas y azules figuras femeninas sobrevolando el puerto. Soltó un gruñido para sus adentros. Debía estar perdiendo la vista.

En los acantilados cercanos

Nuño tomó el camino de vuelta. Acababa de comprobar que había habido un naufragio en una playa cercana. Los primeros restos de la embarcación hundida –parte del velamen, maderajes y toneles flotantes– comenzaban a alcanzar la orilla. Tal vez fuera aquel barco al que los centinelas habían estado esperando.

Seguido por su ballestero, cabalgó desde el Portus Magnun siguiendo la calzada romana de la Vía del Estaño. Amanecería muy pronto, y debía informar cuanto antes a su *domina*. Tal vez aquel naufragio fuera la clave que descifrara todos los misterios.

Parte I

Siete meses después.
Concejo de Iria Flavia. Gallaecia, Reino de León.
Navidades del año del Señor de 968.

«He aquí que veo el linaje de mi pueblo
hasta sus principios.
He aquí que me llaman,
me piden que ocupe mi lugar entre ellos.
Pero, en los atrios del Valhalla,
en el lugar donde viven los valientes para siempre».

Oración fúnebre vikinga
(aproximadamente, 500 - 1000 d. C.)

Capítulo 1

Estuario del Ulla

El cielo encapotado amenazaba ventisca. Pequeñas volutas de nieve revoloteaban por el aire a modo de preludio. Nunilo se abrochó el grueso manto de piel de nutria y se echó la capucha. Anochecía, la luz se escurría entre las copas desvestidas de los árboles, y el camino desde la isla de Cortegada, por mar o por tierra, resplandecía bajo la luz inquieta y danzarina de las antorchas. Una serpiente de fuego que parecía adentrarse en el infinito como un río de lava, acogedor, que iluminaba el trayecto hasta tierra.

Con la marea baja se aprovechaban los bancales de arena, que durante el día eran zonas de marisqueo, para transitar hasta las pequeñas islas Malveiras. Era tradición en Adviento, dos semanas antes de la Natividad del Señor, acudir a los oficios religiosos del prior Frasquila en el viejo monasterio de Zellanoba.

Aquel edificio tosco de piedra gris, con un pequeño campanario y un interior estrecho y resbaladizo como una matriz, gozaba de gran popularidad. Una cruz también de piedra pero forrada de verdín daba la bienvenida a los creyentes a pie de playa. El islote, cubierto en su totalidad por bosques de laurel y madreselva, helechos primigenios, pinos y tojos de un verdor de siglos, albergaba aquel sagrado recinto desde tiempos remotos, como punta de lanza de los cristianos frente a los paganos. Fundado por godos reconvertidos al cristianismo desde la herejía arriana, había servido de refugio a los vecinos ante las numerosas incursiones enemigas.

–Auuu, auuu –aulló Ine, el lobezno de pelo oscuro que las acompañaba, nervioso ante tanto ajetreo.

Nunilo lo tranquilizó con un chasquido de lengua. La señora de Breixos viajaba acompañada por su hermana pequeña Onneca y su aya

Sisalda, una mujer voluminosa de ojillos astutos y rostro apergaminado, que, a lomos de un asno, las seguía por detrás. Las tres avanzaban en silencio, afligidas por ser aquellas las primeras Navidades sin el padre, el *come*, muerto hacía cuatro lunas. Huérfanas demasiado jóvenes, sólo se tenían a ellas mismas en la vida. Eso las hacía sentirse más unidas, pero también más vulnerables.

Nunilo, la mayor y heredera del título, las tierras y las servidumbres, no sólo había perdido a su progenitor; también, un año antes, había visto morir a su prometido, Celso Aloítez, en un estúpido accidente de caza. Una jabalina le había roto el corazón abriéndole en canal el pecho. De repente, todos sus planes se habían volatilizado. El futuro tan cuidadosamente planeado por su padre durante años, y para el que ella se había preparado a conciencia, se había esfumado de un soplido. Ahora tendría que continuar sola, guiada por su instinto. Y sabía que se movía en tierras movedizas.

Siempre había sido una mujer conocedora de su responsabilidad como heredera y sucesora de su padre. Sin ser sumisa, tenía unos objetivos claros, siempre protegida y respaldada por el amor de su progenitor. Pero, al fallecer éste y también su prometido, se había quedado sola, al vaivén de la vida y de los acontecimientos. Aunque también libre. Ahora era libre de elegir a un hombre al que amar y respetar, con el que construir un futuro feliz y esperanzador; libre para hacer las cosas a su manera y establecer sus propias alianzas.

–*Oh, Iesus refulsit omniummm.* –El cántico retumbó en la larga columna de siervos que caminaban zigzagueando en la noche, dejando un rastro brillante y efímero como un caracol una mañana de lluvia.

Onneca se animó a tararear la letra del salmo con el que todos los años comenzaban las fiestas en el condado. Un murmullo envolvente palpitaba en el ambiente, caldeando el frío invierno con su energía invisible. Con ese cántico ancestral se emprendían las tareas tradicionales: cocinar los roscos de castañas y bayas negras, elaborar las empanadas de jabalí o de ciervo, amasar los dulces de jengibre y avellanas tostadas, fabricar la sidra, el alcohol de endrinas azules y el hidromiel.

–*Pius redemptor, gentium totum genus fideliuuum* –reververó la música, y Onneca, para animar a su hermana, especialmente sombría esa noche, le hizo un gesto con la barbilla para que coreara con ella el estribillo.

–*Laudes genus dramatum, Ieusus refulsit Omniuuum*. Jesús lo ilumina todo –terminó la muchacha con la mirada prendida en las luces titilantes, la respiración entrecortada y unas lágrimas de emoción rodándole por las mejillas.

El aya, aún por detrás, le replicó con sorna:

–Un buen puerco era lo que deberíamos haber matado para recoger el tronco de Yule. Estamos sin muérdago protector, habría que pedir a los leñadores que nos abastezcan cuanto antes.

Onneca sonrió, pero la *domina* la crucificó con la mirada a modo de advertencia.

–Bajad la voz, podrían oíros –dijo. Hacía tiempo que aquellos dogmas habían sido erradicados y acallados los dioses paganos en el estuario. Nunilo, como señora ungida por el obispo de Compostella, estaba obligada a velar por el cumplimiento de la nueva religión, y prefería que las creencias ancestrales de su aya se mantuvieran en privado. *Sotto voce*. El obispo tenía largas orejas y muy malas pulgas.

–Arpía pagana –susurró por lo bajo Onneca, y Sisalda se rio, cínica.

El lobo, contagiado de su felicidad momentánea, comenzó a dibujar círculos alrededor de sus monturas, y a punto estuvo de tirarlas.

–¡Vamos, animémonos! ¡Seguro que el nuevo año será magnífico y un futuro esperanzador nos deparará algo bueno! Peor que este año pasado no podrá ser –exclamó Onneca, y Nunilo en eso estuvo de acuerdo. Tal concatenación de desdichas sería difícilmente superable.

El futuro. Nunilo se preguntaba qué le depararía. A veces vislumbraba un rayo de luz, de esperanza; otras, se maldecía por no haber precipitado su boda y haberse casado antes con Celso. Sería viuda, pero seguramente también madre, y habría asegurado la descendencia para su condado, sellado con un hijo fidelidades y alianzas, y esquivado las presiones. Nadie la importunaría... O tal vez sí, pues por ser mujer seguirían considerándola inadecuada para el título, incapaz de mantener sus tierras a salvo, a su familia protegida. Lo que daban por hecho a cualquier infanzón, por muy patán que fuera, ella se lo exigían con recelo.

Aquellos pensamientos desangelados la hicieron sentirse como una vulgar ramera, una mercancía. No había amado a Celso Aloítez, pero lo respetaba y le tenía aprecio. Hubieran podido ser felices, pero el cielo les había arrebatado la oportunidad antes siquiera de haberlo intentado.

Tras la muerte de su prometido, llegaron las presiones para que aceptara en su lugar al primo de éste, un hombre viudo al que Nunilo detestaba de una forma irracional. No tenía nada personal contra él, y muchos en Gallaecia lo tenían en alta estima, incluida la regente, que le había dado su confianza. Munio Aloítez, señor de Caldas, era un tipo valiente, decidido, seguro de sí mismo..., aunque de dudosa reputación y, a decir de su padre, un pasado lleno de pliegues y demasiados recovecos. Sin embargo, gozaba de buena posición social y fortuna, y hubiera sido para ella el partido ideal. Pero no le gustaba, algo en él la alarmaba. Algo que sonaba a advertencia venida del más allá, esa clase de señales que Sisalda le tenía dicho jamás podían ignorarse. Y ya tenía confirmado qué

era: un gusano incapaz de aceptar una negativa, y menos venida de una mísera mujer como ella. Era un mal bicho, un Satán con yelmo.

Desde el fallecimiento de Celso le había exigido –primero galantemente y después con malos modos– que cumpliera los compromisos pactados en su día entre ambas familias. Se consideraba a sí mismo el *familiae haeres* de su primo segundo, Celso, con todos los derechos para desposar a Nunilo. Ante la negativa de la joven, don Munio había acudido incluso al obispo de Compostella y a su gran amigo, don Gonzalo Sánchez, conde de Gallaecia, para obtener así el beneplácito de los dos hombres más importantes del reino y tomar por la fuerza lo que quería.

Nunilo Fáñez lo odiaba con todas sus fuerzas por haberla puesto en aquella disyuntiva. Le había restado apoyos y aliados en el Consejo, y obligado a sufrir sabotajes y robos en su condado. Dejarse convencer, ceder, hubiera sido lo más fácil, pero ceder significaba su desdicha.

–Sisalda, ¿encargaste los tisúes que te pedí para Epifanía? –preguntó Onneca, volviéndose de espaldas–. ¿Te aseguraste de llevar todas las ofrendas prometidas?

–Claro, mi señora. Jamás me equivocaría en lo que a esas ofrendas se refiere. Su padre me enseñó el valor del trabajo bien hecho, que era muy quisquilloso al respecto. La Mater lo tenga en su seno –contestó el aya, chasqueando la lengua para que su montura aligerara. Ésta rebuznó desabrida. Hacía un frío penetrante, y girones de niebla comenzaban a desplegarse como un velo por la playa. Estaba deseando llegar a la fortaleza–. ¡Maldito invierno! –exclamó, cansada.

Nunilo y Onneca se sonrieron. Onneca apretó los ijares de su yegua, besó en un impulso su cabeza aterciopelada y se puso al lado de Sisalda. Ajena a la inquietud de su hermana, a sus sólo doce años, parecía ese día especialmente locuaz y distendida.

–Me encanta Zellanoba por Adviento. ¿Verdad que no hay un espectáculo más hermoso? –le preguntó.

Nunilo asintió con un gesto de cabeza. Desde la loma donde estaban podía divisarse rutilante todo el estuario del río Ulla, los densos bosques de bejucos y los antiguos robledales donde los ancestros druidas de Sisalda habían vivido. La zona, atravesable al bajar la marea, estaba llena de franjas anegadas y pantanosas, varas clavadas en la arena para indicar pasos privados, mojones y barquichuelas amarradas a estacas. Habían dejado atrás Viveiros y cruzado el concello de Carril.

–¿No te ha parecido hoy algo raro el prior...? Lo he visto intranquilo –comentó Onneca, y su hermana se encogió de hombros. O no había estado atenta, o nada le había llamado especialmente la atención de Frasquila.

El oficio en el monasterio había sido corto. Se habían colocado coronas de laurel y brezo y encendido velones: uno por cada domingo del Adviento, otro por cada virtud: amor, paz, tolerancia, fe. Después, los frailes, con sus testas tonsuradas y sus toscos hábitos de lana cruda, habían desfilado hasta el claustro entonando salmos y con teas encendidas en la mano, para indicar a los asistentes donde podrían dejar las ofrendas, ante un rústico altar de piedra.

Como principal señora de la comarca, Nunilo había sido la primera en colocar a los pies de la Virgen sus obsequios: cestas con manzanas, nueces e higos secos, unas monedas de oro y un barril de sidra. Era la costumbre. Su padre lo había hecho cada año.

–*Crucem tuam adoramus Domine... et sactam resurrectionem tuam laudaumus et glorificamus* –resonó contra los rústicos muros de piedra.

Tras presidir el oficio religioso y las ofrendas, habían partido de vuelta al hogar. Algunos de sus vasallos regresaban en botes por mar; otros, aprovechando la bajada de la marea, lo hacían a pie o en carros, carretas y mulos. Todos portaban luminarias y cantaban letanías. La luna se miraba en la tierra como en un espejo, se reflejaba brillante en el océano, ofreciendo un aspecto mágico de la romería nocturna. Una tradición más propia de las costumbres celtas que de las cristianas, aunque consentida por los obispos por las especiales características de aquel reino antiguo cuyas raíces seguían enterradas en la noche de los tiempos.

Aquel día, la aldea estaba atestada de forasteros. A la mañana siguiente comenzaría el gran mercado navideño, y hasta allí se acercarían muchos ganaderos, labriegos y comerciantes de la comarca y de más allende de sus fueros, incluso de León, Oviedo o de Lucus Augusti. Esos días también aumentaba el flujo de peregrinos por la vía sajona, la que por mar intentaba llegar desde las tierras anglas a la Villa Sancti Iacobi adentrándose por la lengua de ría que moría en Iría Flavia y la aldea de Catoira.

Tocaron maitines las campanas de la pequeña ermita de San Fructuoso. Eran las doce de la noche cuando divisaron los oteros de Castello Branco, su fortaleza.

–Señora, un rapaz os espera en el patio –le dijo Romueldo, su gobernante.

Nunilo desmontó del rocín ayudada por un soldado, cogió la tea que su sirviente le ofrecía y, levantándose el brial para no mancharse de barro, atravesó el patio de armas hacia las caballerizas. Al fondo, tiritando de frío, un paje de unos doce años cubierto con un pellejo de lana trataba de calentarse las manos en la chasca que tenían encendida los centinelas.

–Bien, ¿qué deseas a estas horas para atreverte a molestarme? –le preguntó contrariada–. ¿Quién te envía? –Se sacó los guanteletes.

–Su eminencia el obispo don Sisnando quiere haceros saber que os visitará pasado mañana, temprano, a la hora sexta –puntualizó–. Me manda también deciros que vendrá acompañado.

–¿Pasado mañana? ¿Acaso no sabe su eminencia que estos días estoy muy atareada? Precisamente espero ese día dos embarcaciones en el puerto cargadas de peregrinos a Compostella a los que habrá que dar albergue y refugio. El dispensario necesitará de mis atenciones, y el mercado, igual. ¿No puede venir otro día?

El paje se encogió de hombros, y la mujer, furiosa, le mandó marchar.

Ya en su cámara, su hermana entró a darle las buenas noches. Durante la cena, Nunilo había estado muy callada, y Onneca, conociéndola, temía que anduviese tramando algo. La gentil y luminosa Onneca intentaba hacerle la vida más fácil a su hermana, pero ella no se dejaba. Siempre había sido imperiosa, resolutiva, y el rumbo de los acontecimientos no presagiaba nada bueno.

–Si no me necesitas para nada, me voy a dormir. Si quieres contarme algo...

–No, Onneca, acuéstate... Me ocuparé yo. Tú descansa.

–Te recuerdo que soy tu hermana, y no me gusta que me trates como a una niña pequeña. Padre nos pidió antes de morir que nos apoyáramos la una en la otra, que nos ayudáramos. Eso intento hacer. Yo también puedo ayudar en la casa. Sé hilar con la rueca, preparar cerveza, controlo bien los establos, y si hay algo que te preocupa, debes contármelo. Entre las dos seguro que encontramos la solución.

–Está bien, Onneca... –cortó Nunilo la perorata de su hermana–. Ya hablaremos de eso otro día, ahora no. Estoy muy cansada.

Nunilo se cepilló el cabello, negro como la brea, se lavó con un lienzo húmedo la cara y, ayudada por una sierva, se deshizo de la ropa. Ésta llenó la saca de cándalos, removió con un atizador el fuego de la chimenea y masajeó los pies de la condesa, entumecidos, para que no le salieran dolorosos sabañones. Luego ella se acostó en un mullido lecho de plumas, y enseguida el calor la reconfortó enseguida. Fuera silbaba el viento, y esponjosos copos de nieve comenzaban a estrellarse contra los muros de la fortaleza. Limpias flores geométricas, complicadas filigranas de agua, se daban de bruces contra las almenas, cruzaban a lo loco el foso y remataban los torreones con su aura blanca y divina.

Abajo, los centinelas se frotaban las manos y soltaban como dragones grandes bocanadas de vaho que se fundían con la negritud nocturna. Una hoguera los mantenía en sus puestos. Tras dar unas cuantas vueltas en el lecho, Nunilo se dejó llevar por el sopor, tibio e íntimo, como una crisálida humana.

La holgada camisa se le escurría por los hombros, como su larga cabellera rubia, justo por donde la mujer se agarraba a él con violencia mientras la cabalgaba. El reflejo encarnado de la chimenea caldeaba el ambiente gélido esos días de arisco invierno. En el cuarto sólo se oía el traquetear de las respiraciones jadeantes, los goznes del lecho y las risas sofocadas que llegaban deshilvanadas desde la taberna de la planta baja. La mancebía O Corvo Azul, en los arrabales de la Villa Iacobi, estaba repleta esos días. No cabía ni un alfiler entre tanta mugre y tanta fritanga.

El hombre exhaló un rugido que devino en orgasmo y cayó en la cama despatarrado, sudoroso. Ella, una joven pizpireta, se levantó y, aún desnuda, cubierta sólo por el jergón, se paseó por la habitación hasta acercarse a la jarra de hidromiel que reposaba sobre una mesa de madera.

–¿Queréis, eminencia? –le preguntó, y el hombre estiró la mano, en la que relucía un enorme anillo.

La mujer le acercó un pichel de hojalata ya lleno. Él, tras un prolongado trago, lanzó un brusco eructo que hizo tambalaearse hasta la lamparilla.

–¿Vendréis mañana? –preguntó la meretriz, y el otro negó con la cabeza.

–No, no me esperéis en unos días... Y tomad. Tapaos o enfermaréis. –Le lanzó su vasta saya de lana.

La mujer hizo un mohín, pero se vistió y se sujetó el pelo, y entonces castañeó los dedos en señal de pago. El hombre le entregó unos óbolos, y ella, sin decir ni mu, bajó a la taberna. Atrás quedaba el cuartucho con peste a sudor rancio, semen recién expulsado y un jergón reventado al que se le salían las tripas de borra por los entresijos. Apuñalado a coitos.

–¡Aquí, Gonza! –la llamaron otros individuos que apuraban en ese momento sus jarras de cerveza negra, y ella, como una gata, se les acercó con una sonrisa desganada asomándole en la boca.

Un grandullón de manos amorcilladas se la sentó de un tirón sobre las piernas y, antes de que la mujer se hubiera recuperado de la sorpresa, ya le desataba la lazada con que se había cerrado la saya y enterraba la cabeza desplumada en su escote. Le succionó los pechos, grandes, y al instante siguiente se la encajó en la entrepierna. Su compañero soltó una carcajada beoda y decidió sumarse a la fiesta: le lamió la espalda hasta la hendidura de las nalgas, jóvenes y prietas. Gonza se dejó hacer; emparedada entre esos tipos, mataría dos pájaros de un tiro y así podría reducir esa noche el trabajo. Con tanto recién llegado, no daban abasto ni las putas ni las posaderas.

Y, mientras los clientes se la trajinaban a cuatro manos como a un arpa

bárdica, a ella y a otras tantas chicas, Gonza, hambrienta después de una tarde de demasiado fornicio y poca merienda, robó de la mesa una rebanada de pan con manteca y apuró un pichel de vino turbio que a saber de quién era. Terminó de deleitarse con el irrisorio manjar al unísono que sus clientes exhalaban, a coro con ella, como tres bardos bien enseñados.

–¡Terminad pronto, cabrones! –les pidió Riqueldo, el tercero en discordia, recién llegado de las cuadras, donde había esperado turno para aposentar a sus cabalgaduras–. Tenemos que madrugar mañana. Ja, ja, ja.

En ese momento, un desconocido con cabeza con forma de pepino ocupó su lugar en el banco. No había bancadas suficientes en la fonda y nadie quería irse sin cenar, aunque fueran unas gachas frías o unas tristes sopas de grelos. Esa noche, como arenques en un barril, los presentes en el tugurio tendrían que compartir escudillas, tragos y prostitutas.

El jaleo era insufrible. Aunque arriba llegase amortiguado, en la planta inferior el olor avinagrado de las tinajas y del humo de las lumbres encendidas, donde los calderos burbujeaban con nabos y tocino en un mar de caldo, emborronaban la visión.

Don Sisnando se colocó la vestimenta de lino que lo identificaba como un hombre rico: la túnica bordada en los bajos y las pesadas botas de cuero y la capa de piel de oso. Sobre la túnica se cerró el tahalí, de donde colgaba una espada, y se metió, dedo a dedo, los guantes. Descendió pausadamente por las escaleras de madera llenas de serrín y, haciendo un gesto involuntario con la mano para retirar el humo que lo rodeaba, salió a la calle. Era noche cerrada, apenas brillaba una estrella en el firmamento y las calles estaban anegadas de lodo. Cerca de las cuadras, su criado Magancio lo esperaba frotándose las manos, con el caballo sujeto ya de las riendas.

–¿Regresamos a palacio, eminencia?

El hombre afirmó con la cabeza sin molestarse siquiera en abrir los labios.

Abandonaron la mal afamada barriada del Vicus Francorum. Tomaron la primera salida a la derecha por el callejón del Gato y se dirigieron por la rúa do Franco hacia el centro, siempre en silencio, hasta llegar al Palatium episcopal, una imponente edificación de piedra y madera cerca de la catedral, cosida mediante pasadizos a la muralla, a la puerta Faxeira, una de las siete con que contaba la ciudad amurallada.

La nieve caída por la mañana había empapado las calles, y a esas horas las placas de hielo resbalaban. El lacayo llamó al portón principal con la pesada aldaba de bronce y, desde el interior, una escolta armada hasta los dientes descorrió los troncos atravesados.

–¿Alguna novedad? –preguntó el obispo a sus hombres, y éstos señalaron que su correo personal había llegado de la costa hacía rato.

El obispo subió con ágiles zancadas al piso superior, donde lo esperaba un muchacho con aspecto de haber cabalgado durante horas. Aún llevaba restos de nieve en la capa, las cejas blancas, la piel tumefacta; las botas embarradas habían sembrado charcos en el suelo cubierto de paja y se dibujaban manchas oscuras en las esterillas de juncos.

–Bien, decidme, ¿habéis hablado con la condesa? –le preguntó y, sin dar tiempo siquiera a contestar, continuó a lo suyo–: ¿Os ha puesto alguna pega? ¿Me recibirá mañana?

–Bueno... La *domina* quería que pospusierais la entrevista. Asegura que mañana estará muy liada con los peregrinos. Se espera que atraquen en la ría dos naves procedentes de Northumbria y Sajonia.

–Ya... –murmuró el obispo, mientras se dirigía a sus dependencias particulares siguiendo a un esclavo que portaba un hachón encendido, pensando que, precisamente en una de esas naos, vendrían sus invitados–. ¿Algo más?

–No, eminencia.

–Podéis retiraros –ordenó.

Apuró el hidromiel que su criado le servía cada noche antes de acostarse y se tumbó en el tálamo mientras un siervo le estirpaba las pesadas botas de correaje, las calzas y apagaba la candela. Al día siguiente le esperaba mucho trabajo.

Anglia

El barco, un bajel comercial de bandera franca, atracó en el puerto de Wrexham con la vela mayor desgarrada y escaso de provisiones. El capitán, un tipo rudo de gran estatura, sienes rapadas y cabellos blanquecinos de un rubio polar, ordenó a sus hombres descargar los toneles de grasa de ballena. Concluida la tarea, sin más dilación, se dirigió a la cantina más cochambrosa, miserable y maloliente del lugar. Un mundo de vapores de alcohol y de penumbra e infectado de sanguijuelas humanas y sinvergüenzas.

Detrás del mostrador, como siempre, estaba un hombre de inacabables bigotes, panza esférica y cabeza rala, llamado Rorick el Calvo, que le dio un golpetazo en la espalda y le sirvió un cuerno de espumosa cerveza. Olaf Gustafson, conocido por esos lares como el comerciante Ribecaux, saludó a los demás clientes, también aparentemente comerciantes, y, generoso, los invitó a una ronda.

Por aquella zona pululaban multitud de embarcaciones camino del norte, de Northumbria, Mercia, Iceland, la tierra del hielo o la misma Jutlandia. Olaf conocía a la mayoría de aquellos individuos, aunque

dudaba de que la mayoría –igual que él– dijeran la verdad sobre su trabajo. Estaba convencido de que llevaban vidas mucho más turbias e inconfesables de lo que su anodino disfraz trataba de mostrar. La mayoría no eran más que vulgares ladrones, piratas que asaltaban a embarcaciones comerciales en el mar. Él mismo había sufrido algún asalto similar, aunque los atacantes se habían llevado una desagradable sorpresa cuando, de la bodega, había emergido la negra cabeza de dragón asesino. Al momento, lo que parecía un respetable buque comercial se había convertido en un poderoso *drakkar* de guerra. Porque Olaf era experto en acometer ese cambio de forma veloz, y así había alimentado su fortuna y engordado su fama.

–¡Otro cuerno! –le ofreció el tabernero, y Olaf lo aceptó sediento.

Bebió esa noche más de la cuenta. Habían sido días de tensión y aburrimiento esperando a dos de sus hombres, que llevaban meses infiltrados en tierras cristianas y a los que tenía que haber recogido en una playa escondida cerca del golfo de Artabros. Nunca antes habían tenido problemas, hasta esta ocasión, y Olaf se preguntaba qué diantres habría pasado. Podían haber muerto o, peor, haber sido descubiertos. Si bien no estaban al tanto de todos los detalles, irse mínimamente de la lengua podría poner en peligro la empresa, en la que Olaf llevaba años trabajando y en la que había apostado todas sus esperanzas.

Tras varios días sin noticias, había mandado a Sidroc, su lugarteniente, a investigar. Con una gabarra, se había acercado peligrosamente a la costa de la Muerte, allí donde habían mandado a espiar a aquellos hombres. Pero nada. Finalmente, sin provisiones, tras haberse puesto en peligro ellos mismos, llamando la atención de las embarcaciones que pasaban por allí, que podían alertar a los cristianos y a ese demonio de clérigo en Jacobsland, Olaf se vio obligado a partir con el rabo entre las piernas. Regresaría a Dublín para hablar con el rey Gondrod; debía acuciarlo para que se decidiera, para que no se parapetara en más excusas y echara el resto. «De una puta vez», se dijo Olaf.

–¡Danos una *jarrafff*...! –cantaba un borracho cuando se le cayó encima inesperadamente.

Olaf se levantó como un resorte y a punto estuvo de echar por tierra el disfraz de negociante en grasas que tanto le había costado crearse. Sentía los nervios a flor de piel, la inquietud le atrevasaba el gaznate como una raspa.

–¡Alto! No permito peleas aquí. ¡El que quiera matarse que salga fuera! –les advirtió el tabernero, y el tipo, el borracho ultrajado, se dispuso a continuar la pelea con dos colegas más en la calle. Pero Olaf, apaciguado por Sidroc, se retiró a los establos donde dormirían esa noche. A la mañana siguiente debía tratar varios asuntos importantes y no era

cuestión de que le abrieran la crisma en ese momento.

El tímido sol de la mañana se asomó por la rendija del establo, coloreó la paja y desplegó haces de luz en la penumbra, animándolos a abrir los ojos y a bostezar como osos perezosos después de una larga hibernada. Olaf podría haberse alquilado un catre en el piso superior y hasta haberse entretenido con alguna fulana, pero no tenía tiempo. Y se levantó con la cabeza en otro sitio, suspicaz. Con el cuchillo en los dientes, escupió improperios y barbaridades sin venir a cuento, gratuitos.

Tras espabilarse con un balde de agua, pagó unas monedas al posadero y tomó uno de los caballos. El animal protestó al notar su corpulencia, pero Olaf sujetó bien las bridas y salió al galope como un experto jinete. La mañana era oscura y solitaria. El invierno helaba con su aliento el horizonte, desdibujado por la niebla costera y las nubes enlutadas que entraban por el este. Un azul desteñido y desganado fundía las distancias y suavizaba los contornos de la aldea próxima y de las granjas diseminadas en los pliegues del terreno. El camino crujía a su paso, embarrado y con nieve, como una cicatriz reciente. Aun a riesgo de resbalar, Olaf aligeró el paso.

A una legua tierra adentro, uno de sus tantos amigos, Bridoc, le permitiría usar sus cuervos para enviar dos mensajes urgentes. Uno para El Rojo, en Jacobsland, a quien le pediría que buscara a sus dos hombres desaparecidos y lo pusiera al tanto de los últimos movimientos del obispo de Compostella. Otro para el rey Gondrod, en Dublín, pidiéndole que convocara cuanto antes una reunión de los *jarls* y decidiera la fecha de la expedición contra los cristianos de Hispania. Si Gondrod no daba un paso al frente, él tendría que replantearse el siguiente paso. El cáliz de su tiempo se apuraba. No podía seguir esperando más. No cuando su vida pendía de un hilo tan incierto.

–¿Tengo recados pendientes? –preguntó a Bridoc en cuanto llegó a su choza.

Éste, que había salido al oír los cascos de un caballo, afirmó con un gesto de barbilla. Tenía varios, pues hacía siete meses que Olaf no pasaba por allí.

Olaf interpretó las runas del primer mensaje, los dibujos y las palabras sueltas; el lenguaje encriptado con el que El Rojo se comunicaba con él. Lo alertaba de un aumento de glebas cristianas, no para hacer frente a las razias moras en el sur, sino para proteger algunos castros costeros. Le resultó extraño que entre ellos no mencionara el de aquella dama de Jacobsland, por cuya ría Olaf pretendía empezar la invasión de Gallaecia. Enrolló la vitola y se la guardó en el bolsillo de su jubón de cuero, e inmediatamente desplegó otra.

En ésta, anunciaba la tensión entre los nobles gallegos. El momento

perfecto para atacar había llegado; si esperaban más, le decía, los planes podrían terminar yéndose al garete. No debían dejar que la Monja, aquella princesa regente cristiana, consiguiese apoyo externo o que cambiasen las tornas.

El tercero de los mensajes fue el que más lo inquietó. El Rojo lo avisaba de un inusitado tránsito de hombres del norte camuflados como peregrinos en Compostella. Tal vez, decía, de Jutlandia, por su acento. Y quería saber si él tenía más gente sobre el terreno, si trabajaba en coordinación con alguna otra tropa o si había oído algo al respecto.

–¿Malas nuevas? –le preguntó Bridoc al verlo palidecer, pero Olaf se limitó a mirarlo con un chispazo de furia en sus ojos ceninientos. Soltó un bufido, y, con el rictus, palpitó la cicatriz que aún lucía fresca en la cara de su última pelea portuaria.

Y, echándose la cogulla por la cabeza, hizo enviar los dos cuervos y se despidió. En sus misivas, decidió pedir a El Rojo que vigilase a esos norteños y tratase de averiguar qué clase de normandos eran, de qué reino provenían y qué planes ocultaban. ¿Estaría Gondrod engañándolo o utilizándolo? ¿Tal vez otros vikingos estaban también interesados en atacar Jacobsland? ¿Podría significar eso, si no se apresuraban, que deberían enfrentarse no a los cristianos de Hispania sino a los daneses? Lotus el Rojo tenía razón: había llegado la hora. Era ahora o nunca.

–¡Carne en salazón, grasa! –gritaba una mujerona cuando Olaf regresó a la posada.

En la esquina, retumbaban los golpes del herrero, arrancando chispas luminosas, una lluvia naranja e incandescente. Dos lebreles raquíticos llenos de pulgas comenzaron a perseguirlo como presas hambrientas. Olaf se los quitó de encima.

–Jefe –le dijo Sidroc–, deberías hablar con aquel tipo. Tiene algo interesante que contar.

–¿Con el maldito borracho de anoche? –preguntó asombrado Olaf.

–Viajaba en un bajel frisio. –Sidroc afirmó con la cabeza–. Dice que los daneses los interceptaron y los hundieron cerca de la costa. Que él se salvó de puto milagro. Y que, además, fue a traición, porque el comandante de su nave tenía un trato con ellos... Al parecer –Sidroc bajó la voz, y al momento capturó el interés de Olaf, que se acercó para escucharlo mejor–, necesitaban un barco como el suyo para trasladar una carga importante a Jacobsland.

–¿Se sabe de qué carga estamos hablando exactamente? ¿Está confirmado que eran hombres de Danemark? –preguntó Olaf ansioso.

Sidroc se encogió de hombros. La trenza, gorda como una maroma, se le escurrió en la jarra. Sin inmutarse, la sacó y se la echó a la espalda.

–Eso es lo que jura. Su capitán tuvo que dejar en puerto el cargamento

de vino de Frankia que llevaba a Northumbria y a una parte de su tripulación para hacer hueco en su bodega. Tardaron días en embarcar los arcones, aunque no pudieron ver nada. Sólo los tocaban los daneses. Y, después, se hicieron a la mar.

–Ya, sigue, ve al grano.

–Nuestro hombre –dijo señalando al borracho, tumbado sobre un montón de heno– entre ellos. Dos días después, su cabecilla fondeó inesperadamente en un pequeño puerto de Aquitania y aprovechó que se avecinaba muy mal tiempo para chantajear a los daneses. Éstos se negaron a darle una sola moneda más, y entonces se liaron a golpes. Nos ha contado que murieron muchos, pero que finalmente los daneses recuperaron su cargamento y lo volvieron a cargar en la nave. Iba muy cargada, tanto que había riesgo de que se hundiera si el tiempo empeoraba. El capitán de nuestro amigo, no contento con la somanta de palos que se había llevado, que a punto había estado de costarle la vida, decidió seguirlos.

–¿Por qué...? –preguntó Olaf.

–Pregúnteselo a él, jefe –le aconsejó Sidroc, acercándose al hombre.

Lo levantaron entre ambos y lo metieron en unos establos. Olaf, sin contemplaciones, le puso el cuchillo en la yugular para instarlo a que soltase todo lo que supiera.

–*Tranggquisloggsss* –dijo el otro con la lengua apelmazada por el calvados–. Mi *señorggg* estaba *convencidogg* de que nos *necesitaggiagn*, que, en cuanto vieran fea la cosa, le *pergdonarian* su avaricia y le *dagían* el oro que les pedía...

–¿No temía que le rebanaran el pescuezo y le robaran el barco? –preguntó Olaf con la cara pegada a la del individuo, calentándolo con su aliento.

–No... –contestó el otro–. Iban muy escasos de hombres. Llevaban el *bargco* cargado y habían eliminado *remerogsss*... Por eso mi capitán –dijo, ya más lúcido, asustado al notar en el cuello el frío metal de un cuchillo– creía que si la tormenta iba a más no *podríangg* hacerse con la nave. Pocos hombres para tanto peso.

Durante un buen rato, Olaf y Sidroc siguieron presionándolo para que les diera más detalles, pero poco más le sacaron. El rastro de aquel barco y sus hombres parecía habérselo tragado el océano.

–Si esa vieja víbora de Harald Dientes Negros –advirtió Olaf, que conocía al rey danés por haberle servido como mercenario muchos años antes de que se estableciera en Irlanda– ha enviado gente nueva a la zona, es porque no quiere que lo descubran. Algo está tramando ese hijo de puta.

–¿Qué podría llevar esa nave? Hombres, sabemos que no... –comentó

Sidroc.

Habían vuelto a la posada y charlaban con más calma. Al día siguiente partirían camino de Dublín.

–Hombres, no, pero puede ser oro, armas... Y eso viene a complicarlo todo. El Rojo –Sidroc había oído hablar de él, pero no lo conocía– me ha hecho saber que ha descubierto gentes del norte, no sabe si de Danemark o de otros sitios, merodeando por Compostella últimamente. Sí, sin duda maquinan algo.

–Tal vez sean huestes de mercenarios al servicio de alguno de esos nobles... –comento Sidroc.

Olaf apuró su cerveza y afirmó con el mentón. El líquido le bañó el cuello hasta el pecho, donde dejaba ver un tatuaje de una cabeza de lobo de tamaño bastante moderado para lo que eran las costumbres. Las velas titilaron, arrancando destellos a las argollas de oro que se enrollaban en sus potentes antebrazos. Bajo la tenue luz, los rostros de sus acompañantes se veían deformadas en un espejo cóncavo.

–Pueden ser mercenarios contratados por los clanes rebeldes gallegos o tropas armadas de Harald... –lo corrigió Olaf–. Tal vez esté intentando atacar directamente.

–¿Así, sin prepararse? –preguntó Sidroc, extrañado–. Nosotros llevamos años en la zona, comerciando, infiltrados por todas partes para decidir cómo acometer esta empresa... ¿Y ellos lo harían así, de repente, por las buenas?

Olaf se encogió de hombros.

–Dientes Negros no es de los que se lo piensan dos veces. Si, como nosotros, ha recibido información de que las cosas en Jacobsland andan revueltas, tiene oro, barcos y hombres suficientes para emprender una acción como ésta sin necesidad de tener que esperar a ponerse de acuerdo con nadie. Podrían adelantársenos. –Su voz sonó preocupada.

Estaría bueno que ahora esos jodidos daneses se nos adelantaran –espetó Sidroc.

–Tenemos que regresar cagando leches a Dublín –dijo Olaf, levantándose.

Aquella inesperada grieta en el plan los obligaba a precipitar las cosas.

Condado de Breixos

Un soplo gélido corría aquella madrugada, y la falta de visibilidad complicaba el acceso a los corrales donde se guardaba una parte del ganado del señorío de Breixos. La joven dueña había ordenado que reagruparan a los rebaños en la fortaleza, pero desde allí había una buena

distancia hasta el castillo de la condesa. El suficiente como para que nadie de la guardia los oyese, y más esa noche, cuando gran parte de los centinelas de Breixos se habían concentrado en el puerto. No paraban de llegar bajeles camino del mercado y de la ciudad santa. Estaban de suerte: sólo debían preocuparse del cabrero que vivía al lado de los tentaderos.

–Vamos –dijo el mayor a los dos mozos a su cargo, quienes ocultaban sus rostros con las cogullas.

Hasta allí llegaba el aire sazonado de sal y espuma. El mar, encabritado, rompía contra las rocas de forma salvaje, levantando vaporosas nubes de agua que el viento arrastraba hacia el interior. El estrépito llegaba hasta ellos, y eso era bueno. Sus pasos, todo el ruido que pudieran hacer, quedaría amortiguado por los broncos estallidos.

–Vermudo –llamó el hombre al zagal que llevaba el pelo rapado casi al cero y tenía un ojo vago y un mirar perdido–. Sujeta la cerca mientras Cordelio y yo nos llevamos a las bestias.

Al levantar el tronco de madera, los cuatreros se encomendaron a santa Tecla para que el pastor no se enterase. A esas horas, debería estar durmiendo, pero era perro viejo y, alertado por la oleada de robos perpetrados en la comarca los últimos meses, seguramente andaría ojo avizor.

–¿Cuántas nos llevamos esta vez? –preguntó el mozo más corpulento, y el otro le indicó cinco con una mano abierta en abanico.

Con cuidado para que el resto del ganado no saliera del cercado, procedieron a enganchar con sogas a varias reses. Luego, el hombre se sacó una daga del cinto, cogió a la ternera más joven y blanda y se la hincó hasta el corvejón. Un alarido desgarrador hirió la noche, pero de eso se trataba. Con pericia, le rajó el vientre y desparramó estratégicamente las vísceras para dejar un reguero que simulara un ataque de lobos. Después, con un mazo lleno de clavos, uno de los mozos raspó el tronco corredizo con la idea de que las señales se pareciesen a sus pezuñas, mientras sus compañeros corrían ya con el ganado hacia el tupido bosque cercano.

–*Quen está aí*? –rugió desde detrás de la puerta el pastor que, presto, se había levantado del camastro y había cogido las armas, una honda y una hoz roñosa, que siempre guardaba debajo del lecho de paja.

–*Quen va*? –repitió en el lenguaje de la zona el hijo del pastor, un muchacho de apenas diez años.

Nadie les respondió.

–Vamos, zagal –le pidió su padre–. *Mira quen está, pero ter coidadito...*

El rapaz se arrebujó en una piel y salió. Volvía a nevar, y sus pasos rechinaron sobre los neveros. Los borregos gemían inquietos dentro de la cerca y, junto al madero que la cerraba, vio un gran rastro de sangre. Un meandro oscuro, de un color siniestro, distinguible incluso en aquella

profunda oscuridad.

«¡Auuu! ¡Auu!». Escuchó el aullido y se tranquilizó.

Un lobo no era raro en esos parajes. De toda la vida de Dios había habido alimañas en los bosques del señorío, y era más fácil bregar con ellos que con el ser humano. Después de tantos robos por la zona, padre e hijo se habían alarmado, pero no parecía aquello cosa de hombres.

–Tendremos que informar a la *domina*. Mañana mismo, al amanecer, avisaremos al guardia –dijo el pastor a su hijo cuando éste volvió a contarle lo que había visto, ya más tranquilo.

Fuera, en el bosque palpitante, volvió a resonar, mitigado ahora por la distancia, un aullido. El mozo grandullón, Vermudo, soltó una risotada y, sabiéndose ya a salvo, acompañó a su jefe imitando el aullido del chacal.

–Amigos –dijo el hombre–, es hora de que estas pobres fieras vuelvan a su madriguera.

Y los otros soltaron una gran carcajada.

Capítulo 2

Irlanda

Olaf el Negro alzó su cuerno y apuró la cerveza tibia y negra. El líquido se le escurrió por la nuez y le manchó la túnica de lana escarlata. Iba tan sucio y desgreñado como el resto de asistentes al banquete que les ofrecía el rey Gondrod, pero algo menos que aquellos que habían preferido el aguardiente de alcaravea, quienes a esas horas roncaban sin pudor sobre las tablas del suelo.

El salón de la *skali* estaba abarrotado de vikingos borrachos y pendencieros que disfrutaban del alcohol, las mujeres y la gran noticia. Por fin, tras varios días de asamblea, habían aprobado una de las expediciones más deseadas y pospuestas de los últimos años: irían a Jacobsland, la tierra de Santiago, un lugar sagrado para esos estúpidos y blandos cristianos del sur.

–¡Brindemos otra vezzzz! –dijo, ebrio, uno que andaba espatarrado sobre el suelo, y su compañero le dio una patada que le tatuó las suelas en la cara–. Con *éstaggg* –siguió diciendo desde el suelo, ya sangrando por la boca a consecuencia del golpe– le *corggtage* los huevos a esos monjes. *¡Cobarggdes!* ¡A por Jacobsland!

–¡A Jacobsland! –repitieron todos a coro con sonoras risotadas.

Así era como los hombres del norte denominaban a la remota región de la antigua provincia romana de Hispania habitada por celtas y godos. Desde hacía un siglo, miles de peregrinos de todos los lugares viajaban hasta allí, y aquello había multiplicado sus riquezas.

Gondrod y los suyos no iban a ser los primeros en intentar hacerse con tan rico territorio, pero lo habían planeado al detalle. Anteriormente, otros ataques normandos habían fracasado, pero esta vez la empresa sería un éxito. Y ellos serían los primeros en conseguirla. Olaf había sido hábil al atemorizar a Gondrod con que el rey danés podría arrrebatarle lo que

le correspondía, y éste, tan apático en los últimos años, se había decidido por fin.

Olaf no cabía en sí de gozo. El *berserker* Gondrod deseaba encumbrar su nombre, hacerse un hueco en las *eddas* y ser reconocido en la posteridad, algo que hasta ahora se le resistía. Los grandes *jarls* y reyes del norte lo consideraban un guerrero colosal, pero falto de legitimidad y grandeza, muy distinto a su distinguido y famoso hermano el rey de Noruega. A sus correrías y ataques les faltaba el broche de oro que le permitiese ser recordado en las sagas que los bardos recitarían de ciudad en ciudad. Ese broche sería Jacobsland.

–¡Por Thor! ¡Por Odín! Bebamos la sangre de nuestros enemigos, y que los Dioses nos sean propicios –gritó Gondrod acercándose al *horgr*, el rústico altar de piedras situado en el centro del habitáculo, aún humeante tras el sacrificio.

–¡Que esta expedición nos haga muy muy ricos! ¡Oro o el Valhalla! –bramó uno de los principales *jarls*, en cuyo rostro destacaba un hachazo en un ojo.

Todos jalearon sus palabras. En realidad, de eso se trataba: de vencer, hacerse con el territorio y con su oro, o de morir en el intento. En ese caso, se reunirían en el paraíso habitado por las valkirias y fornicarían y beberían durante toda la eternidad.

El ambiente estaba muy animado, y los esclavos de Gondrod habían tenido ya que echar a unos cuantos que la habían emprendido a puñetazos y hachazos con los bancos y otros invitados. En algunos pasillos, la sangre enmoquetaba el suelo, pegajosa, oscura y dulce. Aunque a nadie le preocupaba. Las fiestas solían terminar en luchas y desbandadas, y muchos morían antes de regresar a la mar.

El fuego central y las antorchas envolvían la sala en un resplandor rojizo que casi ocultaba la mísera decoración del recinto: unos viejos tapices deshilachados y unas lámparas de aceite goteantes. Unas muchachas lozanas se movían con agilidad entre los bancos sirviendo las vasijas, rellenando los cuernos y aguantando los comentarios soeces. Algunas se dejaban toquetear, pero otras soltaban manotazos y patadas, que se veían respondidas por unas risotadas de los hombres escandalosas y grotescas.

–¡Será oro seguro! –dijo satisfecho Olaf.

Todos lo miraron. Olaf se estiró de la túnica y se dio una palmada en la barriga, llena por entonces de salmón, jabalí y alcohol de cebada. Miró al techo para lanzar un enorme eructo y golpeó en la espalda al hombre que tenía más cerca, que, hartizo, echó un trozo de carne al can que tenía a su derecha. Olaf enganchó al vuelo a una de las chicas que servían las mesas, se la sentó en el regazo y, tras desatarle la lazada de la áspera camisa de

vicuña, le comió los pezones entre las risas desinhibidas de ella.

La pelirroja se le había ofrecido antes, y enseguida se olvidó de las jarras de barro repletas de bebida que llevaba, que dejó en un banco que hacía las veces de mesa. Enganchó a Olaf de sus largos cabellos blancos, le levantó la cara y lo besó con fiereza, arañándolo con los dientes. Él se excitó al instante, y ella se abrió de piernas para que el más atractivo de los hombres presentes galopara entre sus piernas. Olaf la montó allí mismo, bajo la atenta mirada de los más cercanos. No eran la única pareja que disfrutaba de los placeres de Freya en aquel salón de banquetes. La banda sonora de la noche era una orquesta mal afinada de gemidos y risotadas, orgasmos y pedos. El ambiente estaba saturado de sexo, grasa, humo, calor y diversión.

Terminada la cena y la bacanal posterior, aquellos que aún se sostenían en pie empezaron a marcharse en un lento goteo. Estaban en el *longhport* de Dyflin, principal emporio comercial y militar de la zona desde que el primer normando arribara allí hacía más de un siglo; desde que Thorgest ocupara el remoto reino esmeralda y esa bahía conocida entonces como el Dubh Linn, el Charco Negro, por el color de la maloliente zona pantanosa en la desembocadura del río Poddle.

Hacía un tiempo de mil demonios, como correspondía a la vieja Hibernia, aquella «Tierra del Invierno» para los romanos, y por los alrededores se elevaban muchas chozas de las que ahora emergía el humo de los hogares. A diferencia de Northumbria y Mercia, los hombres del norte habían tardado más en llegar a Irlanda y conquistarla que a Northumbria y Mercia, pero finalmente se impusieron a las tribus nativas y, desde entonces, numerosos contingentes, en su mayoría procedentes de Noruega, se habían asentado en la costa: Dublín, Waterford, Cork... Ahora, necesitaban seguir repoblándolos y enriqueciéndolos

Dublín, precisamente, había sido el lugar elegido por el rey Gondrod para celebrar la asamblea en que los *jarls* debían aprobar las incursiones para la siguiente temporada. Estaban en pleno invierno y nevaba sobre la siempre oscura y húmeda ciudad. Las calles eran lodazales y las casas, de pobre construcción y sin apenas ventilación, excepto por un escueto agujero en el techo. El puerto era el lugar más movido. Los antros de mala reputación, las tabernas y los mendigos llenaban los aledaños de donde se alojaba la flota. A ella, en el futuro, tendrían que añadírsele más barcos costeados por los señores que desearan sumarse a la aventura. No muy lejos de allí, en lo alto de una colina, se erguía la *skali* de donde ahora salían los *jarls*.

De todos los lugares del reino habían acudido los más poderosos hombres para votar si debían atacar de nuevo Jacobsland o buscar presas más fáciles. La asamblea había comenzado una semana atrás, y, de

primeras, muchos se llevaron una desilusión. Los que anhelaban la presencia de alguna *wölva* haciendo sacrificios a los dioses o leyendo las runas para anunciar buenos presagios, se equivocaron por completo. En su lugar, El Negro era el encargado de convencerlos. Gondrod estaba de su parte, pero eso no parecía ser suficiente. A Olaf Gustafson le precedía la polémica; su carácter altanero, difícil y brusco le había valido más de un enemigo entre los allí convocados.

El Negro era un *jarl* bien conocido, aunque no demasiado importante. Tenía muchas menos tierras y fortuna que la mayoría de los allí presentes, pero sí era un gran guerrero, y su pasado controvertido y turbulento le había dado una fama legendaria. Tras provocar un escándalo en la corte noruega de la que se habían hecho lenguas incluso en lugares tan remotos como Dyflin, había partido a luchar como mercenario. Como una segunda piel, su mala reputación lo envolvía.

Ahora, superada aquella oscura época, parecía haber vuelto al redil y se había establecido en un pequeño pueblo al sur junto con su hermana Sela y el hijo de ésta, Harald. Se rumoreaba que quería comenzar una nueva vida lejos de las personas que tanto daño le habían causado en el pasado; olvidar definitivamente la traición de la que había sido víctima, la envidia y el desamor. Gracias al botín conseguido en distintas incursiones, había ido comprando tierras, esclavos, una granja, armas... Pero no lo suficiente como para hacerse con una rica prometida; para casarse y perpetuar su linaje e iniciar una dinastía que lo resarciera de tantas humillaciones.

Lo había intentado, pero sólo había recibido calabazas de sus compañeros de armas. Tenía que esforzarse un poco más, le decían con sorna, si pretendía que le entregaran a sus hijas. Éstas, sin embargo, suspiraban por ser las elegidas. Olaf el Negro era atractivo como un dios tenebroso, amén de que la aureola romántica que, por su leyenda, llevaba cosida a la capa lo hacía infalible en cuestiones de féminas.

Ya con algo más de treinta años, Gustafson sabía que había llegado la hora de formar una familia, establecerse y tener hijos cuyas vidas fueran contadas por los bardos de corte en corte. Era su particular cuento de la lechera. Y esta vez lo iba a conseguir. Volvería rico o no volvería, se quedaría de estiércol en tierras gallegas. Aquella expedición a Jacobsland era su última ocasión, y no pensaba desaprovecharla.

–Explícales, Olaf, nuestro plan –le exigió Gondrod.

En aquel salón redondo, los *jarls* irían pidiendo la palabra por turno y anunciando su voto. Gondrod no podía disimular del todo su nerviosismo. Los reyes podían ser depuestos en determinadas circunstancias, y, aunque se había hecho merecedor en los últimos años de su apoyo y respeto, una operación de tal envergadura que fracasara podía destronarlo.

Olaf saltó al centro de la sala y, en medio de un baño de gritos, intentó explicarse.

–Gondrod hace tiempo que desea apoderarse de Jacobsland. No mentiré si digo que la operación es arriesgada y costosa y que, al menos, necesitaremos un centenar de embarcaciones. Debemos ser lo suficientemente poderosos como para amedrentar a nuestros enemigos antes de que se decidan a hacernos frente.

–Son sólo vulgares monjitas –rio uno de los *jarls* más jóvenes, Erik Cuellotoro.

–No es verdad, y no debemos cometer el mismo error de nuestros antecesores. No son vulgares frailes como los de la abadía de Lindisfarne. El arzobispo de Santiago no se esconde detrás de una biblia; es un guerrero. La sangre conoce bien el camino de sus dedos, pues ha escurrido por ellos muchas veces.

–¿Acaso lo conoces? –preguntó otro–. ¡Habla! ¿De qué? ¿Te has hecho ahora cristiano?

–¿Le has chupado ya la polla? –intervino otro viejo entre carcajadas, que rápidamente fueron imitadas por otros.

–Durante el último año he hecho algunas incursiones comerciales por la zona y me han hablado mucho de él –mintió, escondiendo que llevaba meses espiando para Gondrod–. Sisnando Menéndez es un tipo duro de roer. Un soldado. Lo de monje parece que le vino impuesto, de alguna manera. Es un hombre del rey, y no entregará Jacobsland sin dar batalla. Debemos pillarlo desprevenido. La rapidez debe ser una de nuestras bazas. Si atacamos, debe ser con un plan claro y con los menos imprevistos posibles. En cuanto sepan de nuestra llegada, recibirán apoyo de todos los señores gallegos y del rey de León... Incluso podrían pedir ayuda al califa. Creo, o al menos eso he oído, que tienen algún pacto con él...

–No parece un plan sencillo ni barato. ¿De cuánto oro estamos hablando? –preguntó Ulfo el Cojo.

–¿Cuánto tendrá que poner cada uno? ¿Habría que hacerlo ya? –quiso saber su hermano.

Gondrod trató de apaciguar el ambiente con un gesto de mano, pero al final se impuso con su voz atronadora. Eran ya bastantes los que se quejaban de lo mal que les había ido la cosecha ese año o de las dificultades extremas que estaban sufriendo. A uno se le habían muerto varias vacas, a otro le habían robado varias piezas de ganado, al de más allá se le había quemado la casa y muerto la parienta. Todos tenían alguna pega. Aunque todos amaban la guerra, la sola idea de tener que pagar aquella costosa expedición les abría las carnes. Si salía mal, tardarían mucho en recuperarse. Y, tal vez, sus haciendas no se recuperarían.

–Habrá mucho oro y riquezas para todos, y los que queráis podréis instalaros en Jacobsland y fundar ciudades, como hemos hecho antes en otros lugares. Seamos optimistas. ¿Desde cuándo los hombres del norte nos echamos atrás ante las dificultades? Podremos con ese Siusssnnand..., como cojones se llame, y con mil como él. Odín iluminará nuestros pasos.

–¡Así se habla! –le gritaron los más favorables a la expedición.

–Respecto a lo que cada uno tendrá que aportar... –Gondrod carraspeó–, será, según las cuentas que hemos hecho: uno o dos barcos por cabeza, dependiendo de las rentas; una docena de siervos y remeros, veinte marinos con sus armas correspondientes...

–¡Eso es mucho! –protestó un hombre mayor, con una barba larga–. Yo no puedo aportar esa barbaridad.

–Pues no lo hagas –le contestó retador Olaf–, pero entonces quedarás fuera del reparto. No te llevarás ni un puto pedazo de gloria. Tus hijos maldecirán tu nombre, y las sagas te señalarán con el dedo. Odín te maldecirá –concluyó, furioso.

–¿Quién te crees para hablarme así? –le contestó el barbudo a Olaf. Era un hombre ya mayor que había perdido a dos hijos en batallas anteriores y siempre se había mostrado reacio a participar en aventuras inciertas–. Yo soy Sigur de Limerick, y tú no eres más que un puto patán, un bastardo al que echaron de su casa y de su tierra. Tu palabra no vale una mierda –dijo, escupiendo en el suelo–. Hablas así porque tienes mucho que ganar y poco que perder, pero nuestro caso –señaló al grupo donde estaban los *jarls* más adinerados– no es el mismo. Esto podría arruinarnos.

Olaf se levantó furioso y, con un ágil salto, le puso su espada en el cuello. En ese instante, el ruido de la jauría se trocó en silencio. Una espiral de tensión fue tomando cuerpo.

–Vuelve a repetir eso y te rebano el pescuezo –rugió–. Si hay alguien que lo haga, lo reto a vida o muerte –amenazó.

Gondrod se levantó de su asiento para poner paz. El anciano, después de jurar que desollaría vivo a Olaf si volvía a encontrárselo, abandonó la asamblea dejando un rastro maloliente de odio a su espalda. Y, sin más, continuó el debate, que terminó con el voto favorable a la expedición a Gallaecia. La acometerían en primavera. Tendrían un par de meses para regresar a casa y hacer los preparativos: limpiar y afilar las armas, abrillantar los cascos y las lorigas de malla, embrear los *drakkars*, pintar los escudos, recaudar impuestos y seleccionar a los hombres que formarían la tripulación. Las bogas de remeros eran fundamentales, y había que elegirlas con esmero. La flota partiría del puerto de Dyflyn al cabo de tres lunas llenas. Y, pese a la trifulca inicial, el acuerdo se celebró por todo lo alto con ese banquete que ya se daba por concluido.

Olaf Gustafson durmió aquella noche borracho en el suelo de la *skali*, como tantos otros, y a la mañana siguiente emprendió el camino de vuelta a casa. Una extraña sensación de euforia y al mismo tiempo un raro presagio de que su vida por fin cambiaría para siempre se habían apoderado de él. Se intentaba convencer a sí mismo de que tendría éxito en aquella aventura; sin embargo, algo le decía que no era aquello lo que le tenía previsto el destino, que lo mejor estaba por llegar.

Aceleró el paso de su montura. Deseaba cuanto antes que su hermana Sela, experta en echar las runas, le hablase de los misteriosos designios que Thor le tenía reservados.

Condado de Breixos

La luz desganada del amanecer se resistía a alumbrarlos. El día se había desperezado muy gris, y los árboles apenas respiraban, no se movían, con tanta nieve encima. En un imponente caballo zaino de cola y crines claras, Osso Santiáguez, capitán de la guardia de la condesa de Breixos, se acercó a la choza del pastor Genciano. Aunque el hijo había dado parte de lo sucedido la noche anterior y lo había achacado a un ataque de lobos, la condesa había ordenado que se investigara. Él mismo se lo había aconsejado.

–¿Quedan restos? –preguntó Santiáguez, y el pastor hizo un gesto de ten con ten con la mano y luego lo acompañó hasta la cerca.

La nieve no había conseguido enterrar por completo el rastro de sangre. A su lado, el zagal, que los había acompañado desde Catoira, lo condujo hasta el madero donde se podían observar los arañazos de las pezuñas de las bestias.

–No me parecen zarpazos... Parecen hechas con algo metálico –aseguró Santiáguez, pensativo, pero sus hombres y el zagal insistieron en que no, en que aquello, si no eran zarpazos, se le parecían mucho, y no quiso insistir.

Santiáguez dio la vuelta a todo el cercado varias veces e hizo recuento del ganado existente; después se encaminó, sin dar explicaciones, hacia el bosque próximo. Una tupida barrera vegetal de helechos, castaños y robles, que alcanzaban una altura de más de ciento ochenta pies, obstaculizaba el acceso a un sendero al que apenas llegaba la luz del sol. Aquel día el cielo estaba tapado, pero aun en días claros y veraniegos debía resultar difícil perforar aquella densidad arbórea, aquella atmósfera cargada de humedad y algo siniestra.

–Es la ronda que conduce a la ermita de Fisterra –comentó uno de los soldados. Osso ya lo sabía.

En el sendero principal, no se veían pisadas en la nieve, pero, de haber sido ladrones, no habrían pasado por ahí, sino que se habrían adentrado en el bosque, por esas zonas que pocos hombres se atrevían a cruzar dadas las leyendas de hechizos, espectros enanos y monstruos salidos directamente del inframundo.

–A una legua estará la Fonte Santa –dijo el arquero, vecino de aquel condado.

Santiáguez asintió. Conocía aquella fuente caliente con fama de aguas *milagreiras*. A su alrededor, habían levantado decenas de cruces hechas con estacas, aunque también las había más señoriales de piedra o de metal, por orden de grandes señores para pagar así alguna curación o salvación memorable. Por alguna promesa.

El zagal, Fulgaredo, avanzó con su lebrel e indicó a los demás, en un cruce de caminos, rastros de sangre. Osso Santiáguez ordenó que a partir de ahí se dividiesen: dos por cada lado. El mozo se adentró con el capitán por una zona de foresta bastante peligrosa por el hielo. Con cuidado, descendieron hasta llegar a un arroyo gélido, y revisaron las orillas a la búsqueda de huellas, bien de lobo, bien de humanos, pero no encontraron nada.

–¿Sabéis de alguna gruta cercana? –preguntó Santiáguez, y Fulgaredo le habló de una muy lejana situada en la otra vertiente de la colina.

–Mi padre dice que ahí suelen vivir osos y que uno de ellos mató hace años a un vecino de Catoira –explicó el chico.

Osso pensó que debía enviar inmediatamente a alguien a que echase un vistazo a esas cuevas por si estaban siendo utilizadas por los ladrones que últimamente pululaban por la zona. Pero poco más podían hacer aquella mañana.

Cansados, a la hora del almuerzo regresaron a la palloza del pastor, que les había preparado unas gachas de avena para que entraran en calor. El hombre se había temido que la señora le echara en su cuenta los animales desaparecidos y se los descontara de sus ganancias. De haber sido así, su hijo y él apenas habrían podido comer en dos meses, pero la joven señora, aunque estricta, era menos severa que su padre.

Se iban ya cuando Osso Santiáguez vio relucir algo. En un pequeño charquito ahora iluminado por la tibia luz que asomaba entre un claro de nubes, había un palitroque. Descabalgó de su zaino, se acercó y lo cogió. Era un clavo metálico con la punta rota. Marcó con él en la estaca de madera de la cerca; dejaba el mismo surco que las presuntas pezuñas de lobo. Se lo guardó en el bolsillo sin hacer comentarios. Era evidente que aquellas fieras eran bien humanas.

Nuño Gonzálvez había vuelto a la escena del misterio. La condesa, después de escuchar su detallada descripción de lo ocurrido en los alrededores del viejo fuerte costero meses atrás, parecía haberse olvidado del asunto, pero ahora había vuelto a la carga con ello. Había desempolvado el caso y lo había vuelto a acribillar a preguntas.

–¿Estáis seguro de que fue un naufragio lo que allí sucedió? –le preguntó una semana antes, ansiosa.

–Seguro, seguro... –contestó Nuño encogiéndose de hombros–, no, porque no lo vi con estos ojos –se los señaló–, pero era lo que parecía. Estaban esperando un barco; miraban al mar y habían iluminado la gruta como si trataran de orientarlo en medio de la tormenta. El navío no llegó, y los soldados estaban claramente impacientes y el tipo al frente parecía bien jodido. Después llegaron restos de una embarcación a la playa. Hubo revuelo. Punto –terminó.

–¿Qué creéis que podrían estar esperando? ¿Qué llevaría esa nave?

–Ya os lo dije la otra vez, que por imaginar podemos conjeturar cualquier cosa: armas, dinero, mercenarios... Pero no lo podremos saber nunca con seguridad. Cualquier cosa que dijéramos sería mera especulación.

–Tal vez... –la condesa no se rendía. Osso Santiáguez, el capitán de su guardia, estaba su lado– pudiéramos saberlo si nos acercáramos por allí y habláramos con los lugareños. Ellos podrían comentarnos qué han visto u oído después, si esa noche naufragó un barco o no y qué llevaba. Es posible que parte de la carga terminara arribando a alguna playa. ¡La servidumbre del tal señor de Bañobre, que estoy convencida es un hombre de paja del señor de Caldas, lo tiene que saber! –concluyó categórica–. Investigadlo.

–La servidumbre de ese hombre lo teme, eso sí que lo sé... No creo que hablen con un desconocido. Los tiene bien amedrentados. A quien se vaya de la lengua le puede arrancar la lengua y los ojos. No creo que digan nada.

–No minusvaloréis la codicia. Ni la necesidad. Lo harán si los untamos, si les ofrecemos unos sueldos –dijo, enseñándole una bolsa de badana llena de monedas romanas aún en curso.

–Así lo haremos.

–Tomad precauciones y no los pongáis en peligro innecesariamente. Quiero que vayáis e intentéis hablar con ellos, y veremos qué sucede... Es más, si pudierais acceder a esa gruta, no estaría de más que echarais un vistazo y comprobarais qué secreto guarda. Llevaos los hombres que necesitéis. –Y la *domina* salió de la estancia sin dar al infanzón posibilidad

de respuesta. Una lechuza negra, posada en el alféizar de la ventana, levantó el vuelo a la vez y se internó en el bosque en silencio, como si hubiera estado comprobando que las cosas se hiciesen bien.

–¡Maldita sea mi estampa! –protestó Nuño una vez comprobó que la condesa no podía oírlo–. ¿A qué diantres quiere que vuelva allí con la necesidad que hay aquí de vigilarlo todo?

–Precisamente por eso. Porque los robos continúan y no hay explicación sobre quiénes o cómo los están cometiendo, porque sospecha que se trata de una estratagema más del señor de Caldas para forzarla al casamiento y porque –dijo, guiñándole un ojo– la señora está convencida de que en ese bajel se transportaban armas para los clanes rebeldes, a cuya cabeza, aunque parapetado detrás de otros, escondido como una vulgar rata traidora, está el señor de Caldas. Necesita demostrar a la regente que ese hombre es un traidor. De esa manera se libraría de él con toda seguridad.

–¿Y por qué ha llegado a la conclusión de que el bajel llevaba armas? ¿Ha oído algo, le han dicho algo? –preguntó Nuño–. Yo, que fue quien estuvo, nunca se lo he asegurado. No lo vi.

–Ella dice –contestó Santiáguez caminando ya hacia el patio de armas– que le han llegado rumores de que es así. Yo opino otra cosa. –Y al decir eso se calló, pero ambos sobreentendieron a qué se refería: a las visiones que a veces el aya de la señora tenía. La vieja Sisalda era un oráculo con cofia. Por su boca no sólo salían culebras y regañinas a las damas, también hablaban los dioses antiguos. La corriente oculta de la vida la había elegido de intérprete, y doña Nunilo la tenía muy en cuenta, aunque disimulara para no darle más aire a la vieja ni más chismes a los aldeanos, que podrían ir con el cuento a los curas.

Aunque en público renegase de esas viejas creencias, o en apariencia llegase a reírse de su aya, en el fondo ambos sabían que la sangre celta corría por sus venas igual que el vino por la taberna. Los comentarios de la vieja, por muy excéntricos que a veces parecieran, en ella no caían nunca en saco roto. Y el aya sabía aprovechar su influencia, sutil, pero poderosa, sobre la condesa.

De eso hacía ya doce jornadas. Nuño había preferido partir solo, para, como dijo a la condesa, llamar menos la atención. Vestido como un modesto comprador de estaño, había llegado a la aldea minera de Leibiña. Se trataba de una miserable villa con medio centenar de chozas circulares en donde se hacinaban familias enteras. En las cavas trabajaban niños y adultos, pues el estaño era vital para impedir que las armas se oxidaran y su extracción generaba mucha riqueza. Todo lo que extraían era trasladado en carretas tiradas por bueyes al castillo, y, desde allí, el señor abastecía de materia prima a comerciantes de múltiples procedencias.

–Toma –dijo Nuño a un muchacho de unos catorce años con la cara tiznada y más flaco que un galgo al que había dejado vigilando.

Nuño había estudiado durante días a los habitantes de la aldea, y aquel mozuelo le había parecido el más fácil de abordar. Le había salido al encuentro en el bosque, escondido. El chico, aún asustado, se había encarado a él con un puñal en la mano, pero Nuño se lo había sabido ganar. Llevaba días entregándole óbolos a cambio de información: uno por la noticia de que, efectivamente, la noche de la tormenta había habido un naufragio; dos más por la de que restos de un barco habían llegado a la orilla y de que el sayón al mando había exigido a los centinelas que rastrearan todo el litoral para borrar cualquier huella.

–¿Has podido saber algo más? –El chico miró a derecha y a izquierda con temor; se jugaba el pescuezo si los hombres del Bañobre lo encontraban conversando con un desconocido. Luego, afirmó con un gesto somero y estiró la mano para pedir la recompensa. Nuño se la retiró de un manotazo–. Primero habla –ordenó impaciente.

–*Soldados patrullaban as praias e levou todo... Pero un veciño atopou dous arcos de madeira, flotando e lascado... e do lado esquerdo. Eran soberbia habilidade, profesionais, estranxeiros. Deben valer moito diñeiro. O home conseguiu e escondeuse. Outros dous veciños ao parecer quedou con frechas, machados e os puños fráxiles cascos* –murmuró en su lengua, inquieto.

Nuño le entregó entonces las monedas y le cerró el puño con fuerza, haciendo que sus dedos crujieran, y lo advirtió con la mirada. Antes de salir corriendo, el muchacho le dijo que no volvería a verlo más, que no le contaría más cosas.

–*Mire non máis me*.

Nuño asintió, indiferente. Poco más podría sonsacarle ya. Estaba todo el pescado vendido y no quería ponerlo en peligro. Ni a él ni al resto de su familia.

Que el barco llevara arcos y flechas, hachas o toneles, no significaba nada, porque era lo habitual, pensaba Nuño más tarde, mientras esperaba a que dieran laudes. A esa hora se reduciría la guardia en torno al castillo, y entonces intentaría acceder a la gruta. Si el aya le había dicho que transportaban armas en cantidad, tal vez estuviera en lo cierto, pero, a no ser que tuvieran poderes mágicos y pudieran descender al fondo del océano, sería imposible comprobarlo. Esa prueba tangible que la condesa demanbaba le parecía, más que improbable, un milagro...

La única manera, cavilaba, era que algún centinela se lo confirmara. Ésa podía ser la mejor opción, pero, unos días antes, se había topado con varios en la taberna cercana y le había parecido difícil comprar sus voluntades. No eran rapaces hambrientos, sino huestes militares

profesionales. No soltarían la lengua.

En cuanto la guardia se dio el relevo en los dos torreones, visibles desde la playa donde Nuño se escondía, comenzó a acercarse con cautela. Un retén de soldados vigilaba la entrada junto a una hoguera que se mantenía encendida de forma permanente. Bocanadas de humo, corrientes de hollín en suspensión, palabras a la fuga, retazos de conversación circulaban quince pies más arriba.

Oculto por los ramajes, un agujero entre las rocas permitía un acceso a la cueva. Se introdujo por el estrecho orificio. Dentro, todo era oscuridad. Olía a moho, a brea descompuesta, a pesadilla. Un murciélago chilló sobre él como en una desasosegante advertencia, y Nuño temió haberse descubierto. Agachándose, se ocultó en un recodo y espero unos instantes. El vientre de la fortaleza estaba vivo, podía sentir sus latidos.

Con la respiración agitada por la tensión, Nuño tapó con la broza que había dejado preparada el agujero para disimularlo y se decidió a internarse en la cueva, con cuidado, para no romperse la crisma. Sujeto a unas aristas, descendió gateando hasta el suelo de arena tumefacta. Había un denso olor a mar, le faltaba el aire, y apenas se veía nada. Por delante, se abrían varios ramales. Temió perderse. Quedar encerrado allí sería como hacerlo en una tumba gigantesca.

Se sacudió el repelús. Quitándose la cinta de cuero con que se ataba el jubón, la cortó a trozos con su cuchillo y fue arrojándolos al suelo, como marcas visibles, para poder luego encontrar el camino de vuelta. Poco a poco, su vista se ajustaba a la escasa iluminación, y se fijó en que allí había restos de hogueras, unas ruedas de un carro desvencijado dormitando sobre una charca de agua retenida, despojos malolientes, cagadas de murciélago y pisadas frescas. Al instante, decidió seguirlas.

Sólo bombeaba su tenue respiración en el silencio enrarecido de la gruta. De repente, notó algo frío en el gaznate. Un cuchillo. Lo habían descubierto. Nuño soltó una maldición.

–Si os movéis, os mato... –siseó un tipo corpulento, agarrándole con fuerza la cabeza. Al menor descuido, le tronchաría el cuello como a una gallina–. ¿Quién sois y qué hacéis aquí husmeando? ¡Vamos! –preguntó, presionando el arma ahora en la espalda, para obligarlo a caminar hacia la entrada donde estaba la guardia armada.

Nuño cerró los ojos. Estaba perdido. Tenía que deshacerse de su captor antes de que lo vieran los demás. Sin pensárselo, se revolvió como una anguila. Pilló al otro de improviso, y Nuño lo tiró al suelo de un empujón y entonces fue él quien le clavó su machete en el corazón, dejándolo seco en el acto. Con la sangre aún caliente resbalándole por las manos y totalmente desorientado, Nuño rebuscó los trozos de cuero que había ido dejando por el camino hasta que, al cabo de un buen rato,

cuando ya comenzaba a desesperar, dio con una de ellas. Poco después salió de la caverna y pudo respirar aire fresco. El cielo tiritaba. Un viento frío le hinchó la camisa y, a lo lejos, despabiló las antorchas de la fortaleza.

–¡Por los clavos de Cristo! –exclamó por lo bajo, tratando de tranquilizarse mientras volvía a cubrir el agujero con rocas y piedras para que nadie lo viese.

Debía huir deprisa, antes de que nadie descubriera el cuerpo, antes de que rayara el alba y hubiera más luz. Y nadie podía descubrirlo de nuevo, así que comenzó a escalar por la zona más peligrosa, la menos visible, amarrándose con el cinto a las ramas que sobresalían del acantilado. Jadeante y sudoroso, logró llegar a la cima y, sin perder el tiempo, se adentró en el bosque aledaño. Volvía a llover, y pensó, agradecido, que el agua borraría sus pasos.

No podría volver por allí, pues, en cuanto la guardia descubriera el cadáver, se sabría a su vez descubierto, y ellos se mantendría en alerta. Debía regresar a Castello Branco de inmediato, y allí trabajarían sobre un plan más detallado. Cualquier otra cosa sería jugarse la vida absurdamente.

Señorío de Caldas

Un cuervo sobrevolaba el torreón de O Castro Negro, la fortaleza de don Munio Aloítez, y sus graznidos entraron con violencia en las salas de altos y gélidos techos de pizarra. Sus oscuras alas extendidas se plegaron con previsión milimétrica al posarse en una percha de piedra donde otros tres congéneres parecían observar la situación. Uno de ellos estaba despeluchado, con un ala calva; sin duda, una herida de guerra. Todos habían llegado ese mismo día, señal de que eran muchas las noticias que circulaban por los cielos del viejo *Gallicense regnum*.

El señor de Caldas bebía una copa de vino mientras se reía con un grupo de hombres a su servicio, entre ellos Telmo Fariñas. Era éste descendiente de una conocida familia de caballeros que, dos generaciones antes habían perdido sus tierras por una traición al rey de Asturias y acabado como parias vendidos al mejor postor. Ahora, empobrecido como estaba, Aloítez lo tenía comiendo en su mano, como a los cuervos.

Fariñas levantó la copa de metal, pegó un buen trago al zumo de cebada y, tras frotarse la barriga, se tiró una musical ventosidad en do sostenido. Los demás le acompañaron con sus coros flatulentos, justo cuando unos siervos empezaban a servir bandejas con cisne asado en el centro de la mesa. El señor de Caldas se sentía alegre, por fin, después de meses de complicaciones, y esa noche tenía invitados.

Un esclavo se acercó a remover las brasas de la chimenea. Munio se levantó y observó a sus acompañantes. Todos se estaban divirtiendo. Habían salido a cazar por la mañana con los halcones y llevaban horas bebiendo, por lo que el que más o el que menos estaba a esas alturas bastante borracho. Se acercó a la cruz del viejo oratorio que había sido de sus abuelos; por encima de él prendía un tapiz con los colores del condado, similares a los del reino Astur a los que estaban sometidos pero con la imagen de un ave de rapiña: una fea arpía negra con las alas extendidas. El cuervo lo miró, y Munio desenrolló el mensaje que llevaba en la pata. El ave intentó picotearlo, pero él lo soltó bruscamente y lo lanzó fuera de su vista, y el pajarraco graznó, frenético, y volvió a la repisa junto a sus compañeros. Cuando los señores terminaran, como buenos pájaros de rapacería, darían buena cuenta de lo que quedara en las escudillas y fuentes.

A la luz de un hachón, el señor de Caldas leyó la misiva con calma. Todo estaba en marcha. Había llegado el momento de la verdad. Tanto los Aloítez como otros clanes gallegos –los Peláez, los Allariz, los Bañobres, los Méndez o los Ambía– estaban en desacuerdo con la forma de gobernar de doña Elvira, a la que consideraban una meapilas, y con los muchos impuestos que se veían obligados a pagar a los reyes de León, cuando éstos hacían poco o nada por ellos. Ese oro servía para pagar a las glebas que movilizaban en las fronteras de Navarra o Al-Ándalus, pero poco se esforzaban en las del norte, siempre al albur de ataques francos o normandos. Era el momento de exigir a León lo que les correspondía y, si doña Elvira no lo hacía por las buenas, si no atendía sus peticiones, lo haría por las malas. De nada había servido que se mostraran, gracias a él, serviciales con la regente, pues ella seguía sin tenerlos en la consideración que se merecían. Por fin, don Munio tenía la sensación de que había llegado su oportunidad.

–¿Vendrán también los Pazo? –preguntó Fariñas a don Munio por una de las familias más ricas de los alrededores–. ¿Sabéis si se unirán a nosotros?

–Callad... –Munio sonrió con frialdad–. No es momento de tratar esos asuntos. Ahora disfrutad de estas viandas. –Fariñas guardó silencio. En los ojos de don Munio brillaba una clara advertencia, y el señor de Caldas no era de los que gustaba repetir explicaciones ni órdenes.

Don Munio tenía sus planes, y Fariñas era para él sólo una anilla más en la cadena. Lo necesitaba, y hasta ahora lo había servido bien, pero no quería que todo se supiera con demasiada antelación. Entre otras cosas, porque no sabía aún qué carta jugaría, ni de qué lado se pondría; dependería de cómo se desarrollaran los acontecimientos, y éstos eran siempre imprevisibles. Del que más le conviniera, desde luego, pero sin

perder su gran objetivo de vista.

Lo primero era conocer cuántos clanes estarían de acuerdo en oponerse a la regente y si entre ellos estaría la condesa de Breixos con sus riquísimas tierras como manto protector. Con el puerto de Catoira en sus manos y los diezmos que los peregrinos dejaban en sus mercados, ella sola podría financiar toda la operación sin que él se viese en la necesidad de pedir ayuda externa. Aquello facilitaría muchos sus planes.

Haber recurrido con falsas excusas ante el conde de Gallaecia, que se vanagloriaba de tenerlo por su amigo, lo molestaba. Nunilo Fáñez no le podía fallar. Aquella maldita mujer sería su esposa legal más temprano que tarde. Luego bien podría partirla un rayo..., si antes él no le retorcía el pescuezo.

–Señor... –le dijo una manceba, sirviéndole más vino.

Munio le acarició las posaderas, hundiéndole los dedos en su carne fresca. Aquella muchacha regordeta de sonrojados carrillos y ondulados cabellos claros era más de su estilo, pensó, divertido. Nada que ver con la estirada condesa, esa víbora de pelos negros como el ala de sus cuervos y ojos de un color musgo que recordaban el frío de una daga. Porque la señora de Breixos era desangelada y misteriosa, enigmática y distante. Por el contrario, él prefería una mujer donde descansar de conspiraciones y brasas políticas, un cuerpo mullido donde tener a qué agarrarse, curvas para el pecado y mentes sin complicaciones. La condesa, sin embargo, bien lo estaba comprobando, era la horma de su zapato, demasiado compleja, peligrosa y flaca. Aquella mujer era la cara oculta de la luna, territorio hostil.

Y, pensado en esto, abandonó la sala, dejando a sus comensales riendo y bebiendo, alguno incluso ya despatarrado en el suelo, ebrio como una cuba, y subió a sus aposentos bien acompañado. Las cosas iban bien, moderadamente bien, así es que no estaba de más celebrarlo.

Capítulo 3

Ensenada del Ulla

Sobre la saya verde tintada con liquen, a juego con sus ojos, se colocó el manto ribeteado con piel de garduña y los borceguíes de cuero. Los primeros rayos del sol arrancaban destellos a las piedras, sonrosaban las fachadas y acariciaban el rostro. Esa mañana iría al encuentro del arzobispo. Mucho se temía que aquella aparentemenre inocente visita del clérigo encubriese algo más turbio; más presiones para que aceptara la mano de don Munio o incluso algún chantaje encubierto.

A caballo, acompañada por soldados de su guardia, la señora de Breixos descendió por la vereda que seguía la vieja calzada romana y se dirigió al mercado. La opulencia de Jacobsland palpitaba en aquel puerto lleno ya a esas horas tempranas de barcos amarrados y hombres trabajando como hormiguitas. Una yunta de bueyes se había atascado en la rúa do Mare y obstaculizaba el paso; un hojalatero cantaba las bondades de sus cacharros; varios carretones vomitaban sus cargas de cebada, trigo o mijo, y, por todas partes, toneles de sardinas, puestos amontonados de lino o de albardilla, vendedores que voceaban y esclavos que bajaban a tierra barriles de ricas viandas. Las calles hervían de niños alborotadores, fuentes sitiadas por cántaros de todos los tamaños y mulas coceando, agobiadas.

–¡Lana de vellón a un óbolo! –gritaba una mujerona desde su mísero puesto sujeto con una horquilla de madera a espaldas de la plaza.

–¡Castañas, quesos! –gritó otra al lado.

En una esquina de la rúa principal, frente a la humilde iglesia, dos hombretones con las calzas manchadas de barro tiraban de una vaca que se resistía a dejarse atar a una cerca. A su derecha, dos viejas colocaban en unas tablas cuajadas, requesones y tarros de una miel pringrosa y dorada que capturaba la luz como una mosca a sus presas. Un joven, con el pelo

como púas de espino, le ofreció a probar exóticos dátiles traídos de Al-Ándalus. Nunilo aceptó probar uno y se relamió con aquel sabor extraño y potente que inducía a soñar con sitios soleados y riquísimos, con sedas, harenes y príncipes enturbantados.

En la esquina, el olor a vino agrio llenaba el aire de un cargado tufo a rancio. Al notarlo, Nunilo salió de su ensueño.

Desde las torres del oeste, en el fondeadero, anunciaron la entrada en la bahía de varias embarcaciones. En el castro se barruntaba la Navidad. Y la gente revoloteaba como un trajín de colmena en época de recolección. Con el añadido de que, si había allí una abeja reina, era desde luego ella. Imposible no ver a la condesa. A su paso, todos volvían la cabeza, no sólo por su llamativa figura a lomos de aquel corcel o por la riqueza de sus prendas, también por el halo de energía que parecía emitir.

La señora de Breixos saludó desde su montura a algunos conocidos y vasallos suyos, y finalmente descabalgó, ayudada por Osso Santiáguez, a quien entregó las riendas. El suelo estaba cubierto de una fina capa de aguanieve sucia y resbaladiza, y, con cuidado, se acercó hasta la puerta de la iglesia. Dentro, supuso, estaría aguardándola el arzobispo.

Los goznes metálicos del portón gimieron al abrirse, y un denso olor a incienso la abrumó al instante. A pesar de la penumbra en el recinto, enseguida distinguió la figura del hombre con el que debía encontrarse. Sus ojos glaciares irradiaban claridad, su energía contenida lo hacía sobresalir entre las tallas de piedra y madera, las lúgures cruces y cálices. Estaba acompañado por un monje, que, servil, se inclinó en una aparatosa genuflexión y besó el anillo de su superior.

Sorprendentemente, pese a estar en suelo sagrado, el arzobispo vestía cota de malla e iba armado hasta los dientes. Sostenía en la mano el casco con cimera, y su espada colgada del tahalí. Las apariencias le habían traído siempre, a Sisnando Menéndez, al pairo.

Era un señor poderoso, dedicado no sólo a tareas espirituales –las que menos–, también a otras más terrenales y fructíferas. Como brazo armado del rey en la díscola Gallaecia, tenía bajo su mando a un importante ejército, la obligación de mantener en paz la región para la Corona y libertad para cobrar los tributos que considerase oportunos. El hombre la miró de forma sostenida. Con una sonrisa forzada, la invitó a salir a la calle.

–Señora condesa, me honráis con vuestra compañía. He venido a recoger a dos importantes peregrinos que llegan hoy desde Sajonia. Espero que podáis ofrecernos alojamiento y comida –ordenó más que pidió.

–Será para mí un honor atenderos como os merecéis –contestó ella con cinismo, posando sus labios en el sello arzobispal y haciendo una leve

inclinación de rodillas. Tan leve que fue más una insinuación que una realidad, pero él, enseguida, con un gesto mecánico, le ofreció la mano para que se levantara.

Sisnando Menéndez llevaba doce años al frente del obispado y era la persona más cercana a la casa real astur-leonesa en Gallaecia. Aunque no siempre había sido así: su pasado estaba lleno de pliegues, de agujeros negros y lagunas. Constaban episodios de traición y crímenes sobre los que se había corrido un tupido velo. Como príncipe de la curia, tenía importantes contactos y una poderosa familia para sostenerlo en los malos momentos. Ahora sencillamente aparentaba ser un fiel cumplidor de su cometido, un mandado, pero había nacido para el poder y la conspiración. Lo llevaba en la sangre.

Los godos que habían salvado a Asturias de la invasión árabe se habían diseminado por la cornisa cantábrica, reconquistando regiones enteras y rescatando a Gallaecia del dominio del califa de Córdoba. Desde entonces, la suya había sido una cruzada permanente.

Los reyes asturianos se habían deshecho de muchos de los jefes celtas para imponer a sus guerreros al frente de aquellas tierras salvajes y verdes. Pero pronto, conforme el reino se extendía, fueron creciendo también el descontento y las rebeliones. La capital, trasladada de Oviedo a León, había decidido fortalecer su posición en la zona con la presencia permanente de un hombre de su total confianza, un cargo que desde entonces había sido detentado por el arzobispo de Santiago de Compostella.

La aparición de los restos del apóstol cien años atrás supuso el peregrinaje de miles de fieles de toda Europa, y con ello la comarca se había convertido en una de las más prósperas y ambicionadas, pero también en un foco de conflictos. Las intrigas y las conjuras para independizarse de León habían proliferado como hongos, más después de la extraña muerte del rey Sancho y el inicio del reinado de su heredero, el joven Ramiro III, de sólo cinco años. Un rey con sonajero.

El consejo de nobles decidió la regencia de la princesa Elvira, tía paterna del rey niño, una mujer brillante, germánica en toda su expresión –dura, eficiente, austera–, que hasta entonces había vivido recluida en un convento. Apostaron por ella en vez de por la reina viuda, Teresa Ansúrez, por considerarla demasiado díscola y veleidosa. Esto había generado tensiones en la familia real y que los clanes nobiliarios se fracturasen. La fragilidad política era un buen caldo de cultivo para los complots, y Nunilo lo sabía. No podía permitirse dar un paso en falso que la abocase a la ruina o a la tumba.

–Querida condesa, os felicito. Vuestras tierras son cada vez más ricas, y agradezco el pago de los diezmos que me enviasteis hace dos meses,

pero s...

–Me alegro –lo interrumpió–. Ha sido doloroso recaudar tantos fondos para Compostella. Tal vez debierais replantearos vuestras obras, son demasiado costosas, y no corren buenos tiempos –dijo ella con dureza.

Nunilo detestaba el saqueo permanente al que el arzobispo sometía a sus vasallos, a quienes exprimía hasta el tuétano. Si en tiempos de su padre había sido abusivo, ahora, más. Y por eso dudaba si no sería aquélla otra forma encubierta de chantajearla para conseguir en cada momento lo que se proponía.

–¡Ojalá pudiese, hija! –contestó él. Con ojos de rapaz, no perdía ripio de lo que se desarrollaba en el mercado–. Deberíais saber lo importante que es proteger bien una ciudad, y para ello es necesario oro, mucho oro..., y hombres, muchos hombres. En Compostella estamos haciendo un gran esfuerzo por mejorar las murallas, ampliar los fosos y renovar las defensas. Como sabréis, hemos contratado más mercenarios, y estamos a la espera de que la regente apruebe dotarnos de un ejército real estable. Compostella es demasiado golosa... –la miró fijamente–, y, si fuerais inteligente, condesa, seguiríais mis consejos. Una ciudad rica, sin defensas, como este puerto vuestro..., está perdida de antemano.

–¿Qué queréis decir, eminencia? –repuso ella, haciéndose la ofendida. En su camino los seguían una pléyade de sirvientes, y el gentío se paraba a saludarlos–. Sabéis que he contratado más hombres y he ampliado el foso de mi castillo. Sé que debo reforzar el control en el fondeadero; en ello estoy... En el poco tiempo que llevo al frente del condado no he parado de tratar de mejorar la seguridad de mis propiedades. No creo que nadie haya hecho más en menos tiempo.

–Ya, pero sigue siendo insuficiente, y vos, que sois una mujer lista, lo sabéis –dijo, mirándola con sus ojos de hielo. El cabello, sujeto con una pequeña cuerda de cuero, le caía por la espalda; la nariz curva parecía cortar el aire como una guadaña, y su cuerpo vigoroso emanaba poder. De clara ascendencia goda, estaba acostumbrado a amedrentar con su sola presencia. Todo en él resultaba duro, lleno de aristas–. Creo que habéis sufrido el robo de unas piezas de ganado y que en algunos puntos de vuestra costa hay contrabandistas –recalcó en tono seco–, sin que vos ni vuestros hombres podáis hacer nada para impedirlo.

–Como os he dicho, eminencia, estoy en ello, pero no es posible acabar con todo en dos días cuando en otros condados llevan años intentándolo sin éxito. ¡Sería injusto exigírmelo! –contestó ella, furiosa, y echó una mirada de reojo al capitán de su guardia, que la seguía de cerca.

–No sé si será o no injusto, pero lo que pase en aquelos condados que no estén bajo mi jurisdicción no me importa –dijo él, desabrido–. Sólo me

atañe lo que está bajo mi jurisdicción, pues, como bien sabéis, debo dar rendida cuenta. Doña Elvira no quiere complicaciones y no desea tensiones innecesarias entre nobles gallegos. Vuestra familia –dijo sacando el tema que Nunilo imaginaba era el motivo principal de su visita– tenía un acuerdo con los Aloítez, y que el joven Celso falleciera no debe ser óbice para que ese acuerdo no tome forma. Esa familia, os recuerdo, ha estado durante años prestándoos su apoyo. Durante mucho tiempo, vuestro padre utilizó a los hombres de Aloítez para defenderse, y ahora, sin esa ayuda, habéis quedado desprotegida. Esta zona es muy rica...

–Sabéis que mi padre no engordó su ejército, pero, a cambio, contribuyó más que nadie con sus diezmos a vuestra causa –espetó ella–. Y os recuerdo que fue precisamente idea vuestra.

–Lo sé... Y ése es el motivo de que hoy esté aquí, poniéndoos sobre aviso, ofreciéndoos un buen consejo, y no mandándoos encerrar. Tenéis que cumplir el pacto entre familias que en su día se firmó.

–Yo no lo tengo tan claro. He estudiado con detenimiento el pergamino que firmó mi padre. –Se encaró con él–. En su momento, lo que se acordó fue exclusivamente una boda entre dos personas: Celso Aloítez y Nunilo Fáñez. Muerto el primero, entiendo que el acuerdo ha concluido. En ningún momento se habló de familias.

–Bien, si insistís... –murmuró él con tono cansino, pero en sus ojos se veía una peligrosa advertencia–, tendré que solucionar esto de otra manera. Hablaré con la regente. Sólo ella puede obligaros a cumplir la ley.

–Bien, pues que así sea; que sea doña Elvira quien decida si debo o no casarme con un Aloítez.

La discusión murió en la playa, junto al barco que traía a los invitados del arzobispo fondeando ya en la ensenada. Eran Edwin de Howarrge y Svein Lodgen, dos clérigos de la corte real sajona. Nunilo y don Sisnando callaron. La discusión estaba lejos de haber finalizado, pero poco más podían añadir.

Los dos extranjeros saludaron a Nunilo con cortesía. Luego, los cuatro, siempre seguidos por la servidumbre, se acercaron al mercado, donde aceptaron el jarro de vino turbio que les ofreció una mocetona pelirroja. Nunilo aprovechó que los hombres parecían ensimismados en los grandes atributos de la moza para despedirse, con la excusa de que debía organizar la cena de esa noche. Don Sisnando no se lo impidió, tampoco tenía interés alguno en que se quedase. Y, además, debía hablar con aquellos religiosos en privado.

Nunilo sintió que un aleteo turbador le rozaba la espalda. Sisnando la vio alejarse en su montura, lamentando que tanta valentía no fuera directamente proporcional a su inteligencia. Que, en vez de sesos, esa mujer tuviera broza en la cabeza.

Cuando la multitud engulló a la condesa, un sol dulce coronaba ya la torre de la iglesia. A lo lejos, se amontonaban las nubes, como en espera a que alguien les diera la salida. No tardarían en tenerlas encima.

El puerto

–¿Cómo van las cosas por Sajonia? –preguntó, una vez saciada la sed, el arzobispo a sus invitados–. Tengo entendido que el rey Edgar ha pactado con sus enemigos.

Los otros asintieron. Se relamían con la jarra de bebida tras tantas semanas embarcados. La ley seca había imperado durante la travesía.

–Sí, ha llegado por fin a un entendimiento con Eardwulf, señor de Kent –explicó Svein Lodgen. El monje se expresaba bien en latín, y Sisnando prefería ese idioma, era más seguro–. De todas formas, las cosas andan revueltas. Los daneses dominan todo el norte y empiezan a avanzar hacia el sur. Parecen cabalgar a lomos de la suerte, todo les está saliendo bien. Desde la muerte del gran Alfredo –dijo, refiriéndose al monarca de Wessex–, los reyes no han tenido tanta fortuna. Nuestro señor es joven... Le falta experiencia.

–Comprendo, pero tenía entendido que hace tiempo que los norteños habían renunciado al sur, que carecían de huestes para ello. ¿Se han reforzado? ¿Habéis visto movimiento en el mar en vuestro viaje? ¿Barcos sospechosos?

–No, nada fuera de lo normal –contestó Edwin de Howarrge. Bajo y esmirriado, tenía una nariz grande y torcida, mejillas flácidas, y llevaba la cabeza tonsurada–. Lo que se oye en Wessex es que están más tranquilos, centrados en sus tierras de Hibernia, criando ovejas y procreando niños, que tienen verdaderos criaderos, se reproducen como putas ratas...

–Tenía entendido que muchos habían abandonado al duque de Normandía y que, como mercenarios, andan buscando jaleo, no centrados en la paternidad –insistió el obispo, meneando la jarra de madera en la mano.

–Es cierto que abandonaron Normandía, pero la mayoría regresó a Dinamarca o se embarcó para Irlanda... Últimamente están bastante pacíficos. Demasiado, para lo que son sus costumbres.

–Ja, ja, ja –se rio Sisnando–. ¿No habéis oído nada sobre sus correrías en nuestras tierras? –preguntó de repente, tirando sobre su presa sin preaviso, pero los otros negaron con la cabeza–. Pues así es –añadió, y guardó silencio unos momentos–. Recuerdo que una vez me contaron que algunas de las incursiones danesas en las costas de los anglos se produjeron cuando el reino estaba dividido... ¿Hubo traidores? –insistió,

realmente preocupado por la debilidad del reino astur-leonés.

–Sí, sí que los hubo... En esas situaciones, siempre los hay, eminencia –contestó Svein–. Hubo quien traicionó a su monarca y juró lealtad a los *jarls* del norte en cuanto éstos conquistaron la costa de Northumbria. Son cosas que pasan... Así salvan el pescuezo y de paso consolidan sus tierras.

–¿Tenían los hombres del norte espías en Northumbria? –Sisnando se preguntaba cuántos de esos espías no estarían ahora en Gallaecia.

–Seguro. En ciudades como Eoferwic o Ledecestre, con tanta gente y tantos extranjeros pululando, debe de ser fácil pasar desapercibido.

–Comprendo –dijo el arzobispo, levantándose de la mesa.

Una racha húmeda de viento los hizo mirar al cielo. Sisnando de Compostella no había pagado nada al tabernero, y a éste tampoco se le hubiese ocurrido jamás exigir nada a su eminencia. Era un honor que el arzobispo se hubiera sentado allí, un reclamo.

–Es lo que tienen las ciudades abiertas..., que cualquiera puede entrar en ellas. –Y pensó en cómo aquel puerto estaba totalmente expuesto a la entrada de extranjeros, de desconocidos, de espías...

Día sí y día también, atracaban en la desembocadura del Ulla barcos de diversos lugares del mundo. Unos venían cargados de peregrinos hacia Compostella y otros venían a comerciar. En cualquier caso, camuflados, también podían llegar informadores extranjeros sin que nadie se diera cuenta. El arzobispo reflexionaba. Tendría que hablar muy seriamente de ello con la condesa. Ese puerto era vital, pero la mujer, terca, no se dejaba ayudar. Y, si a ella le iba mal, les iría mal a todos. Si ella se veía en problemas, la situación salpicaría a toda Gallaecia. A él, el primero.

* * *

El antro estaba infectado ya, a esas horas, de clientes. No cabía un alfiler. Apoyado en la ventana, El Rojo, con la cabeza cubierta por un capuz para resultar menos reconocible, miraba por el vano que daba al ancladero, entretenido con el golpeteo de un quincallero en su fragua. Se había sentado allí a reír y beber con un joven llamado Alvito que frecuentaba el poblado de Catoira.

Alvito mantenía informado a Lotus de quién iba y venía en los barcos que se adentraban en la ría, el rumbo de los negocios de la condesa, quiénes la visitaban y con cuántos efectivos había engrosado sus tropas. Por él se había enterado de la multitud de extranjeros que se esperaba. A Lotus le interesaba saber con quién tenía tanto interés el arzobispo de Compostella de entrevistarse para haber ido en persona a recibirlos. Cualquier información, cualquier detalle, podía resultar vital para sus planes.

Gracias a la Gonza, la puta a la que El Rojo pagaba por información, había sabido de la intranquilidad de don Sisnando en los últimos tiempos, lo callado y taciturno que se había mostrado, los insultos que había disparado contra la condesa y de su próximo viaje a ese puerto. Había estado dudando durante días si seguirlo o no, pero al final las palabras de Alvito lo habían animado a hacerlo.

–*O mozo subiu no barco...* –Una voz rasposa llamó su atención. Un joven, con aspecto de trovador ciego, cantaba acurrucado sobre una tarima donde, en ese momento, descargaban sacos de grano; otros días, aquella plataforma alfrombada de serrín servía de árbol de la justicia, de patíbulo. Asi que lo mismo colgaban de ella longanizas que bandidos.

El cantor siguió a lo suyo, pero algo en su tono, en su forma de comportarse, le chirrió.

–Ha habido movimiento –le contó Alvito. A sus quince primaveras tenía cara de pan candeal y un bigotillo incipiente–. Hay más robos, y la condesa ha ordenado que rastreen todo el valle para localizar a los bandidos, y, según me han contado, uno de sus adalides, un tal Nuño, ha estado fuera días... No sé a dónde habrá ido.

–¿Tiene alguna sospecha la condesa? –preguntó Lotus, temiéndose que hasta ella hubieran llegado ya comentarios sobre los dos vikingos secuestrados por el obispo.

–Hasta donde he podido saber, la señora está convencida de que no existen tales ladrones. –El pelirrojo dio un respingo–. Cree que son soldados de don Munio, que pretenden presionarla por lo del casamiento... Teme incluso que la secuestre.

Lotus respiró, más tranquilo. Por un instante, había supuesto que la condesa empezaba a comprender la extraña concatenación de incidentes en sus heredades y que, de una forma u otra, se planteara la posibilidad de una incursión vikinga.

–¿Han recibido más protección para los castros?

–No. La condesa está furiosa con el conde de Gallaecia, porque lo considera culpable de que las mesnadas no hayan llegado para proteger su parte de litoral. Sus hombres andan diciendo por ahí que el conde apoya así a su amigo el Aloítez en esta partida de ajedrez.

–*Doncela bonitas vir comigo...* –seguía cantando el juglar. El arco de su vihuela arañó los oídos. La música era áspera, aunque era dudoso que aquella panda de borrachos se diera cuenta de ello.

–¡Por Odín, que no he visto a nadie que entone peor! –se rio Lotus, volviéndose hacia el supuesto artista–. ¡Valiente pillastre! A todas luces se ve que no es ciego. ¿Lo conocéis? –preguntó de repente, al ver que el bardo hacía un intento de levantarse y un tipo grandón se le acercaba y lo sentaba de un manotazo, susurrándole algo al oído. Lotus no podía

escucharlos, pero, por los gestos, por la cara del bardo y el aspaviento cariacontecido del otro, tuvo la impresión de que había algo más. Ése estaba allí vigilando; la cuestión era saber a quién, con qué intenciones.

–Miradlo bien –ordenó de nuevo a Alvito–, y pensad si lo habéis visto en algún sitio, si su cara os suena de algo. Y al otro, al grandullón que le está comiendo la oreja.

Alvito, después de observarlos unos instantes con disimulo, se encogió de hombros.

–No, no me suenan de nada. Tal vez sea hoy el primer día que andan por aquí.

–Tengo la sensación de que están compinchados.

–No sería nada raro, muchos de estos cortabolsas trabajan en pareja.

–Ésos no buscan como hurtarle nada a los visitantes. Ya han tenido varias oportunidades –dijo El Rojo, serio, tras repasar la situación– y no lo han hecho. Me da la sensación de que están espiando a la gente del arzobispo. Mirad allí. –Señaló a un grupito de escolta de su eminencia.

–¿Queréis que los siga, que investigue? –preguntó el más joven.

–Sí –confirmó Lotus, y apuró hasta el último trago la jarra de hidromiel–. Me quedaré aquí unos días más. Necesito conocer quiénes son esos enviados sajones, qué se les ha perdido en Gallaecia, qué cojones pintán aquí...

–Como queráis, señor. –Y el otro se marchó.

Lotus dio tiempo a Alvito para que desapareciera antes de salir de la taberna. Fuera, agradeció el fresco. La luz crepuscular se escurría ya entre las callejuelas, entre el pespunteo de risas deshinbidas de unos mendigos rebuscando en la basura, el respirar del océano por el puerto y el mugido desenfrenado de las vacas en los cercados.

Hacía rato que el bardo se había incorporado, ayudándose de un cayado, como para fingir mejor su ceguera, pero seguía merodeando por el fondeadero como una puta vieja. Mientras Alvito lo localizaba y se disponía a vigilarlo, El Rojo decidió observar al otro tipo desde la distancia. Tenía un pálpito, y ya era perro viejo en esos menesteres, de que aquellos dos no se traían nada bueno entre manos. «Vamos a tener competencia», pensó divertido, mientras se limpiaba entre los dientes con una paja los restos de sesos asados.

Se espiaban unos a otros. Así eran esos tiempos. La vida, más en esos tiempos, era una danza sobre brasas incandescentes.

Capítulo 4

Castello Branco. Fortaleza de Breixos

Aquella noche se sirvieron salmones del Ulla, crestas de gallo y caldo de nabos. La cena terminó tarde, y, para Nunilo, con la desagradable sensación de que la forzaban ya al máximo para que se casase con don Munio. Hervía de ira y frustración, y era consciente de que ya no podía seguir mirando a otra parte como si aquello no fuese con ella.

Sólo una persona podía tomar la decisión final sobre aquello; su criterio era el único con autoridad en aquella partida a base de puñaladas traperas. Debía acudir a la regente, y de inmediato, a pesar de la dificultad de los caminos durante el invierno. Doña Elvira estaría para esas fechas en León. Después de Navidad –le había advertido su consejero– viajaría al sur para asegurar el terreno conquistado y fundar nuevos pueblos con los que repoblar la frontera con Al-Ándalus.

Doña Elvira no deseaba enfrentarse abiertamente al gran califa de Córdoba, Abderramán III. Por ello había frenado las campañas militares, lo que le había valido el calificativo de blanda por parte de algunos de sus nobles, pero se esforzaba en consolidar el terreno conquistado años atrás por sus antepasados. Regalándoles el terreno, favoreciendo las condiciones de los nuevos asentamientos, construyendo iglesias y legislando, facilitaba que familias astures, vasconas o gallegas se asentaran allí.

Pese a todo, en las fiestas de la Natividad se daba una tregua en sus labores para celebrar el advenimiento de Jesús. Nunilo aprovecharía el momento para pedir audiencia. Nadie debía adelantársele; tenía que ser la primera en ofrecer a doña Elvira su versión de los hechos, como astutamente le había enseñado su padre. El que daba primero siempre daba dos veces.

Escoltada por tres hombres y con un carromato donde cargar el baúl

con sus trajes y enseres personales, Nunilo decidió partir dos días después.

–Señora, esperad a otras fechas –le suplicó Boromén, su consejero, que antes lo fuera de su padre–. El titular de Breixos debe presidir el banquete de Navidad en su castillo. ¿Qué diremos a los invitados? Se extrañarán de vuestra ausencia.

–Decidles lo que se os ocurra. Mi hermana también es una Fáñez y puede presidir la cena y la misa del gallo. Sabrá hacerlo. Yo estaré de vuelta para el gran convite de Epifanía. Tenedlo todo preparado para mi regreso.

–¡Nuniloooo! –Onneca corría por el patio hacia ella, que estaba ya subida en su montura–. Si ves a Pero Antúnez, dale esto –le pidió, entregándole un pequeño colgante de marfil–. Dile que es mío y que espero poder verlo pronto. Seguro que le hace ilusión...

El noble gallego Pero Antúnez era su prometido desde hacía tres años, aunque apenas se conocían. El joven estaba mucho más interesado en la guerra o en la corte que en su futura esposa. Nunilo recogió la bonita cruz y asintió sin decir nada, asumiendo lo ingenua e infantil que Onneca era todavía.

–Señora, tome. –El aya le entregó a su vez un colgante para el cuello: varias hebras de cuero entrelazadas de las que pendía una bolsita de muérdago–. Debéis protegeros. Rezaré a la Mater.

–Lo llevaré durante el camino, pero después tendré que quitármelo. Si doña Elvira me ve con esto, como una pagana, me excomulgará –le contestó riéndose Nunilo.

Torreón norte del castillo de Breixos

Sisalda, preocupada por el futuro de su joven dueña, dejó sola a Onneca en salón de hilar y subió al torreón norte, donde se alojaba desde hacía ya casi veinte años. Había llegado al castillo por insistencia de la joven señora recién casada, la madre de Blanca y Onneca, pese al desagrado del conde, que la tenía por una auténtica hereje, adoradora de dioses olvidados y ritos prohibidos. Sisalda se había visto obligada a ocultar sus verdaderas creencias para poder seguir junto a su dueña, doña Elba, y a sus hijas pequeñas. Y, como el conde no deseaba verla, la había mandado al lugar más alejado de las habitaciones señoriales, al llamado torreón de los fundadores, el más antiguo y tosco, por donde uno se asomaba al inquietante bosque de las Pedras Miudas y a la laguna de su mismo nombre.

Cuando murió la señora, se había mudado a la parte más noble y

cómoda del baluarte, pero seguía manteniendo en aquel torreón parte de sus pertenencias. En realidad, las más inconfesables, las más sagradas para ella: sus bolsas de muérdago, sus pócimas, sus piedras talladas con la imagen de Dana, las plegarias y conjuros... y a su búho, Arwen.

El animal era una rapaz de ojos intensamente amarillos, como dos rendijas por las que se colara el sol en medio de la noche. Lo había encontrado en el bosque siendo Nunilo pequeña una tarde en que jugaban cerca de la fuente real. Al verlo herido por un flechazo, Sisalda lo había curado y se lo había quedado, pues un búho representaba la sabiduría, el misterio de la vida.

–Si queréis quedároslo, deberéis esconderlo –le había advertido la condesa, conocedora de las supersticiones de su marido.

Sisalda había jurado que los señores jamás lo verían y lo escondió en el torreón. Aquel lugar en apariencia siniestro había sido su jaula de oro. Arwen nunca se había escapado; como si supiese que aquél era su lugar y él, el protector del castillo.

Aquel búho era un amigo y un consejero, y había venido para quedarse. A él le preguntaba y a él acudía cuando se sentía perdida. En su proverbial sabiduría, sabría aconsejarla.

–Toma, guapo –dijo con una sonrisa al entrar en la torre.

Le acarició la suave cabeza de plumas, y de la bolsita que siempre enterraba en la faltriquera sacó un puñado de polillas, insectos y un trozo de pescado reseco. El animal la miró fijamente con sus grandes ojos áureos y después se tragó el alimento sin hacer ni un gesto. Sisalda se acercó luego al rincón más oscuro del torreón, donde Fil, el murciélago, se mecía cabeza abajo.

–No te impacientes, que para ti también tengo algo –le dijo bajito, y alargó la mano con el resto de insectos. También lo usaba para leer el futuro. Si empezaba a volar por la habitación, significaría pérdida de dinero; si mordía, enfermedad; si aparecía un murciélago blanco, la muerte.

Sisalda aparcó la tea encendida en su soporte metálico y se sumergió en la oscuridad de su cuarto. El búho parecía comprender sus extraños movimientos. Aquel ritual arcaico y laborioso, la invocación a la corriente oculta de la vida, los prolegómenos para contactar con esa fuerza vital más allá del tiempo y del espacio. Milagros, lo llamaban los cristianos; oráculo, los viejos romanos; visión, ella.

Sisalda desenrolló el chal de Nunilo que llevaba en la mano y lo extendió en el suelo. Puso sus manos sobre él y notó su leve palpitar, la energía que entretejía sus hilos, las partículas de su ama aún impregnadándolo de su aroma personal a hiedra macerada con lluvia. Luego lo rodeó con piedras y ramas de muérdago y, al poco, comenzó a

mecerse y a cantar rítmicamente un conjuro que había aprendido de niña de un druida, como preguntando a Arwen por aquel extraño viaje de su señora a León y sus consecuencias. Debía descorrer el velo que ocultaba el porvenir de los suyos, como siempre había hecho.

–Dime, Arwen... Dime qué será de mis niñas, dime qué hacer, cuál será el futuro –murmuró nerviosa, con el soniquete.

–Grii, griii. –El búho graznó al oír la palabra «futuro», y aquel mal augurio produjo al aya un escalofrío.

Sin atreverse a insistir en el asunto, tratando de esquivar la mala suerte, Sisalda lo recogió todo y fue a reunirse con Onneca. Muda, nerviosa, a pesar del calor en la sala gracias a la gran chimenea alimentada por una montaña de troncos, Sisalda se sintió helar. Pero aquel frío era misterioso, de dentro hacia fuera. Y donde tenía más frío, era en el corazón.

Sentía aquellos escalofríos relampagueantes desde la tenebrosa noche en que vio el naufragio, cuando aquella cabeza de dragón negra le sonrió en la oscuridad, burlándose de ella. Había viajado con su mente a aquel recóndito mar, pero las pistas del bajel se habían borrado misteriosamente. En el lugar donde se habían formado montañas de agua, ahora sólo había colinas, y el mar rugiente de aquella noche ahora se mostraba dócil. De momento, porque un trasfondo abismal, incluso para sus penetrantes ojos, era una peligrosa señal.

–¡Señora Sisalda! –la llamó una esclava, y el aya acudió a las cocinas a solventar una pequeña riña doméstica.

Estaba cansada. Era muy tarde. «Mañana», pensó, «bajaré a la capilla y rogaré al señor de la Cruz o a esos ángeles feroces con plumas que vigilan desde el tapiz».

El conde tenía razón. Conocer el futuro era un arma de doble filo. Sería mejor encomendarse a todos los dioses conocidos y por conocer. Les iban a hacer falta.

Catoira

Onneca, aburrida, pasaba el día en las cocinas y dando la tabarra a la servidumbre. Esa mañana se preparaban arenques ahumados para el almuerzo, y ya el perfume de las hogazas de pan recién hecho y del vino especiado flotaba en el aire

Acurrucada junto al fuego, agazapada en un rincón, con el lobezno que Osso Santiáguez le había regalado el año anterior a sus pies, Onneca pensaba en la tensa conversación entre el aya, su hermana y el capitán días antes. Nunilo se había mostrado fuera de sí, casi histérica, por los robos. Aquella conversación escuchada a escondidas por el agujero en el tapiz de

su cuarto, que desembocaba en la antecámara de su hermana, le había permitido empaparse de los tejemanejes que se cocían a sus espaldas, adentrarse en ese mundo de mayores que ella tenía prohibido.

Quería ayudar, aportar sus ideas, demostrar que ya no era una niña. Hacerle ver a su hermana que no estaba sola y podía contar con ella. Aunque nadie se los explicara, era muy consciente de los problemas del castillo: la presión que sentía su hermana por casarse, la merma de autoridad de los Fáñez en los distintos consejos reales de Gallaecia y León después de la muerte de su padre o los últimos encontronazos con el arzobispo. Onneca se estremeció al recordar a aquella víbora goda a la que gustaba pavonearse con la espada al cinto en vez de con la mitra.

Nunilo sólo parecía escuchar a Osso Santiáguez; ni a Sisalda le prestaba la misma atención suficiente. Nunilo era demasiado cerebral, y las interpretaciones del aya a partir de unas raíces de helecho palpitantes encima de la mesa, la lectura de vísceras o la interpretación del flujo del agua en la corriente sagrada del Ulla, no siempre eran atendidas. Y por ello, cada vez más, se habían dado enfrentamientos soterrados con Sisalda que ella más había intuido que visto, sobre todo desde que el aya vio a aquellos normandos acercándose a sus costas. Había conseguido sumir a Nunilo en la inquietud.

–No, esa respuesta no es creíble, Sisalda, no insistas –había dicho Nunilo a su aya aquella noche–. No creo que haya hombres lobo merodeando nuestras tierras, ni creo en aparecidos vengativos que se llevan las cabezas de ganado. Estoy más de acuerdo con Santiáguez. Son hombres, y fijaos lo que os digo: seguramente hombres del señor de Caldas.

–¡Alabado sea Dagda, señor de los elementos! –exclamó el aya–. Esa explicación es demasiado evidente, señora. Ya os advertí hace tiempo de la oscura sombra que rodea a ese individuo, os advertí en contra de ese matrimonio. Pero esto es sólo la superficie de una corriente más profunda que pretende socavar vuestro futuro, aunque no seáis capaz aún de apreciarla.

–Opino como la *domina* –la cortó Osso Santiáguez–. Son hombres del señor de Caldas. Es una manera de presionarla; a ella, al arzobispo y a la regente. De evidenciar que la condesa no sabe cuidar ni de sus tierras ni de sus vasallos y de que necesita ayuda urgentemente.

–Sí, no me cabe la menor duda. Don Munio está jugando sus cartas. Quiere estas tierras y sus diezmos, el control del puerto y del valle que lleva a la Villa Iacobi... Lo quiere todo, y se lo juega a todo o nada –añadió Nunilo, realmente preocupada.

Onneca se fijó en que se mordía los labios, movía, una y otra vez, la daga que había encima de la mesa con la que habían trinchado la cena, y se

recolocaba el cabello dentro de la cinta que se le escapaba insistentemente. Su hermana, normalmente tan serena, tan sabedora de qué hacer en todo momento, parecía desbordada por las circunstancias.

–Tal vez también os quiera a vos, señora. Sois joven y hermosa, y cualquiera pretendería teneros por esposa. –dijo Sisalda para quitar hierro, pero Nunilo soltó una cínica risotada.

–Él me espía, pero yo también lo espío a él. Sé que anda siempre con prostitutas. No creo que necesite para nada una mujer que le caliente la cama, la debe tener bien calentita. Lo que anhela es mi dote, y juro a Dios –dijo, besando el crucifijo de plata que levaba al cuello– que no la tendrá. ¡Por los clavos de Cristo que antes...!

–No juréis nada. Es mejor. Pidamos a la Mater que os proteja –añadió el aya, resuelta, y Nunilo, furiosa por la impotencia que sentía, lanzó el tarugo de madera que tenía en la mano a la chimenea. Hubo un estallido de minúsculas pavesas; unas saltaron por encima de la repisa de piedra, otras escaparon por el tiro del fogón, y todas revolotearon traviesas y juguetonas. Al instante, un siervo acudió a apagar la protesta, no fuera una chispa a prender los jergones.

–No se preocupe, señora –la reconvino Osso–. Tarde o temprano descubriremos a esos cuatreros y dónde esconden el ganado. Tenemos cuadrillas peinando los bosques y registrando las cuevas. En cuanto revelemos las cartas de don Munio, lo sabrá la regente, el arzobispo y todo el mundo..., y vos podréis tranquilizaros y ganar tiempo.

–Eso espero. No puede haber más pérdidas –contestó la condesa con la voz quebrada. Empezaba a perder la paciencia y a pregutarse si tendría razón don Munio, un hombre con mucha más experiencia que ellos en ese sentido.

Como si Santiáguez le leyera el pensamiento, no queriendo aumentar su mal humor, abandonó la estancia.

–Haced lo que tengáis que hacer –le exigió la condesa en tono autoriotario cuando salía por la portilla–: contratad más soldados, extended los controles... Quiero que apreséis a esos canallas cuanto antes. ¡Que no se vuelva a producir ningún robo más! –Y sonó a advertencia.

Por lo que había sabido Onneca, la noche anterior a la visita del arzobispo habían vuelto a sufrir un robo de ganado. De forma esporádica, pero continua, los hurtos habían ido en aumento durante el último año. Primero, en las tierras de su viejo vecino, el conde Sisberto. Creyeron, entonces, que se debía a que el viejo señor estaba enfermo y débil y no controlaba a sus hombres, pero pronto se sucedieron por toda la comarca, hasta llegar a Catoria y a Iria. Y, por lo que había sabido Onneca, el último había sido la noche anterior a la visita del arzobispo. Nunilo había ordenado que el ganado, que hasta ese momento pastaba libremente, se

mantuviera siempre en grupo y en manos del mismo pastor.

En todas las ocasiones, los robos se habían producido en extrañas circunstancias y queriendo aparentar desapariciones o ataques de alimañas. Pero Osso Santiáguez tenía claro que todo era premeditado.

–Está bien. Confío en vuestro criterio. Sé que haréis todo lo posible por averiguar la verdad –le había dicho la condesa, y él sonrió tímidamente.

Santiáguez miraba siempre embelesado a su señora. Cualquiera, pensaba una celosa Onneca, podría darse cuenta de la admiración que por ella sentía, si es que aquello no era algo más parecido al amor que al respeto. Nunilo estaba fuera de su alcance; era una rica mujer y, como tal, peón en el juego político del reino, pero eso no impedía que él la cuidase con fervor, que hubiera tejido una telaraña de protección en torno a ella.

Ante una de esas miradas embelesadas del capitán a su señora, Onneca había estado a punto de marcharse, pero inspiró hondo y siguió husmeando. Si nadie le contaba lo que ocurría, tendría que descubrirlo ella misma, sin importar cómo lo conseguía.

–Ordenaré que se rastreen esas cuevas de las que habla el hijo del ovejero, e incluso otras más alejadas. De todas formas –añadió el capitán ya desde la puerta–, creo que hay gente que sabe más de lo que aparenta. Tal vez tengan miedo de hablar... o hayan sido sobornados por el señor de Caldas.

–No dejéis de investigar hasta el final. Tengo la impresión –Nunilo se palpó la boca del estómago– de que están tramando algo. Algo muy turbio...

–Los augurios no son buenos, ama –intervinó Sisalda–. Vienen malos tiempos. Fil y Arw...

–Callaos –la reprendió la condesa–. Me ponéis nerviosa con vuestras estúpidas especulaciones. ¿Qué diablos van a saber esos bichos que no sepamos ya nosotros?

–No olvidéis vos vuestros poderes –le dijo el aya sin pestañear–. Escuchad a vuestra sangre y a la de vuestros ancestros, la sangre de vuestra madre y la de todos sus antepasados. Algún día tendréis que utilizar los dones que Dana os ha otorgado. Si teméis un ataque, implorad a la reina de las ánimas, y ella os protegerá... Y hacedlo ya mismo. Estamos todos en peligro. Sois vos la que no entendéis nada. Nunca desestiméis lo que sabe un búho. Es el animal más en contacto con lo oscuro, con el otro lado de la realidad, con el pasado y con el propio futuro... Y el futuro siempre es negro mientras espera a ser encendido.

–¡Fueraaaaaa! Basta ya, he dicho –tronó Nunilo, y el aya salió a toda prisa, furiosa, en dirección a su torre.

Ya sola, Nunilo se derrumbó en el gran butacón que había sido de su

padre, preguntándose si no tendría razón Sisalda y estarían todos en riesgo. No quería reconocerlo, pero desde hacía tiempo sentía que algo la cercaba, la amenazaba. Los malos augurios se le amontonaban. Y aquello era, quisiera o no reconocerlo, por su sangre celta, que estaba más presente que nunca. Tal vez su madre, desde los cielos, estuviese advirtiéndola; o puede que fuera su padre, a quien tanto había implorado ayuda los últimos meses para que guiara sus pasos en mantener a salvo su casa, su linaje y su vida. Sisalda mantenía que el espíritu de los muertos no se disolvía en la bruma, que simplemente cruzaba un puente y, desde el otro lado, velaba por los suyos.

Por el ventanuco de la recámara, refulgía un río de estrellas en medio de la negritud, flotando, ingrávido, ajeno a los problemas humanos. La cadencia del bosque cercano llegaba a sus oídos mitigada y desteñida, difusa. Apenas se apreciaba alguna luz de los puestos de vigilancia de su foso. Y más allá, la nada. La lechuza, la misma que de vez en cuando la rondaba, alzó sus alas y graznó ronca.

Nunilo se llenó los pulmones del aire húmedo y pidió protección a su padre, allá donde estuviera, y a su madre, «la gran maga», como la llamaba Sisalda, y sus ojos se nublaron de lágrimas.

Doña Elba había conseguido enamorar al conde. Casi sin dote, aquel matrimonio desigual había estado mal visto, pues, además, ella tenía cierta fama de hechicera, de bruja pagana. Tras su temprana muerte –Sisalda decía que envenada por algún enemigo de su esposo–, el conde había educado a sus hijas en la más estricta ortodoxia goda, por lo que la calma había vuelto al señorío. La otra educación, la que sibilinamente Sisalda se había encargado, había quedado oculta, pero el aya era consciente de que las muchachas recurrirían a ella cuando lo necesitaran. La mater Dana, Dagda, Lugh, los pequeños dioses tribales y el espíritu de sus antepasados no las abandonarían.

Capítulo 5

Puerto de Catoira

Aquella mañana, sabedora de que el aya guardaba cama con calentura, Onneca se decidió a escapar de su jaula de oro. En vez de su costoso brial de felpa, se vistió un holgado tabardo manchado de hollín que había robado a un sirviente, con tahalí, calzas y borceguíes hasta la rodilla. Se cubrió con una caperuza y se echó a la espalda el arco con el carcaj de Arias, uno de los ballesteros del castillo. Tanto ella como su hermana eran diestras cazadoras, de pulso firme y ojo de halcón.

A hurtadillas, subió a uno de los carros con los que estaban suministrando de troncos al castillo para la sustitución de unas vigas de la techumbre del ala oeste. Allí, agazapada entre sacos de estiércol y abrazada a su lobezno, hizo el camino de ida hasta el puerto.

Ya en la aldea, se disolvió en la marabunta que colmaba las posadas y los puestos de arenques y vino de abedul del mercadillo. No sabía muy bien por qué había ido ni cuál era su misión, pero intuía que, vestida de esa guisa, irreconocible, nadie le prestaría atención y así podría escuchar lo que se contaba de su familia. Quería conocer la impresión de los aldeanos sobre lo que estaba sucediendo, las medidas de seguridad impuestas por la guardia y si Osso Santiáguez estaba en lo cierto de que algunos sabían más de lo que aparentaban y no hablaban por miedo. Porque Onneca no lo tenía tan claro. A veces, los prejuicios y los odios ciegan, y su hermana y Osso Santiáguez vivían últimamente en una cruzada permanente contra don Sisnando y el Aloítez.

Después de un buen rato deambulando, cuando ya las plantas de los pies le ardían por aquellas desgastadas suelas, mojada y sucia del cieno que embarraba las rúas, decidió colarse en una cantina. Era la primera vez que entraba en una, y la atmósfera oscura y pesada, el humo aplastante y el olor a humanidad, sudor y grasa, le hicieron dar arcadas.

Sin dejarse intimidar por el aspecto del antro y la gran cantidad de hombres amontonados, se atrevió a pedir una jarra de hidromiel. Al primer trago, tuvo que escupir. Aquel líquido asqueroso no tenía nada que ver con la elaboración artesanal que solían beber en el castillo. Pero no dijo nada y, acomodándose en un rincón oscuro, se dispuso a escuchar las conversaciones. Al fin y al cabo, a eso era a lo que había ido y no a calmar la sed. Cerca, con las posaderas en el serrín de un peldaño, dos tipos charlaban en voz queda.

–Me debes dos sueldos, mequetrefe –dijo uno, con cara de ratón y barba deshilachada, y su compañero, enfadado, le respondió atizándolo con una jarra en la cabeza. El primero quedó totalmente mojado, pero se echó a reír y siguió como si tal cosa, relamiéndose con los restos de una reseca pierna de cordero.

A Onneca empezaba a picarle todo el cuerpo. Allí sentada, se aburría, y no paraba de rascarse preguntándose si sería imaginación suya o aquello que le corría por la espalda eran chinches. Se olió a sí misma, y tuvo que reconocer que apestaba.

–Claro –escuchó al tipo que le daba la espalda–. El *xefe* nos pagó bien, pero no quiere que se sepa *ná*. Las cabezas se han *embarcao pa* el norte, *tien* un buen destino –rio. El muchacho era feo con holgura y tenía un ojo vago que parecía una estrella errante. Onneca agudizó el oído–. En un mes nos retiraremos. Hasta entonces, habrá que aprovechar.

Entonces, como si sospecharan del inusitado silencio que había tras ellos, los dos hombres miraron a Onneca, que intentó hacerse la borracha atontada, y se levantaron a toda prisa. A Onneca le dio mala espina. Se lo comentaría a su hermana en cuanto volviera.

Era invierno, y tan temprano la luz oblicua escaseaba, huía despavorida, y más en días como aquél de nubes hollinadas. Había empezado de nuevo a lloviznar, y Onneca pensó que era buen momento para regresar al castillo. En su paseo por el castro no había percibido miedo, aunque sí cierta preocupación y la acusación a su hermana de no haberse sabido ganar el apoyo de los Aloítez. Aquello disgustaría mucho a Nunilo. Era una maniobra encubierta, una mentira bien diseñada con aires de certeza.

–Pues que no sea tan *estirá* y que se case con don Munio. Ya veréis –había insistido un tipo al que Onneca conocía de pastorear en las proximidades de Breixos– como, en cuanto lo haga, se acabaron los robos. –Y los otros dos afirmaron con la cabeza mientras daban buena cuenta de un cuenco de torreznos–. Eso, o que pille a esos mequetrefes que andan robando. La van a desplumar, a la muy idiota.

Onneca pagó un sueldo romano y salió de la taberna, lamentándose de no poder volver en el carro. Ahora tendría que regresar a pie y bajo la

lluvia, por lo que decidió atajar. El camino era un tramo más corto, aunque no demasiado recomendable, pero iba bien acompañada por Ine.

Cerca, un bosquecillo desaguaba en la parte sur de la fortaleza, evitando el riachuelo, el mercado aún atestado de gente y la zona de las ciénagas. En esa parte, el agua del mar se filtraba entre las rocas formando balsas de agua que, en verano, se pudría y provocaba enfermedades. Nunilo había hablado en alguna ocasión de desecar esas charcas inmundas, pero luego habían comenzado los robos y había tenido que destinar la partida ahorrada para tal cometido a contratar más vigilancia.

–Vamos, Ine –susurró Onneca al lobezno, y éste la siguió mansamente a unos pies de distancia.

El animal se había quedado fuera de la taberna esperando a su dueña sin moverse. Fiel compañero y valiente, le daba seguridad, aunque fuera aún sólo un cachorrillo. De no haber sido por él, jamás se hubiese atrevido a bajar sola a la aldea, y menos a subir por el atajo, de noche y sin escolta. Pensó en ello, cuando a la pobre luz del atardecer, con el viento soplando sin piedad, escuchó extraños ecos. Ramas partidas, siseos y aleteos inhabituales. Como si el bosque le susurrara en un lenguaje primitivo.

Onneca miró hacia atrás, pero no distinguió nada, y eso la intranquilizó más. De repente, Ine aulló, el pelo se le erizó, y salió corriendo como un loco. Al verlo, Onneca sintió un escalofrío. Estaba en lo cierto: había alguien. «Aunque tal vez sólo sea un aldeano camino de su palloza, algún pastor», se dijo para calmarse, pero algo en su interior la pellizcó y le hizo aligerar el paso.

–¡Ine! –llamó, y éste apareció al momento junto a ella.

Estaban sólo a media legua del castillo, pero sabía que aquello era una locura, se recriminaba a sí misma, temblando y con los ojos nublados de lágrimas.

Al girar en el cruce a Ribadeibo, en el pequeño sendero que comunicaba con el puente viejo, Onneca se paró bruscamente. Ya no se escuchaba el resoplar de Ine, y su sexto sentido la advirtió de un riesgo inminente. El peligro la abrazó, ahogándola. Con la respiración entrecortada, llamó al lobezno a gritos, y se disponía a sacar su daga del cinto cuando notó que algo helado le rozaba el cuello. Era un arma. Un hombre, el mismo al que había estado espiando en la cantina, le retorcía dolorosamente el brazo en la espalda.

–¿Qué hacía una palomita como vos en esa taberna? ¿Qué andabais buscando? ¿Queréis a alguien que os meta la polla esta noche? ¿Queréis dormir calentita? –le dijo, riéndose, y Onneca sólo podía preguntarse dónde diablos estaría su lobezno y por qué no acudía en su ayuda.

–Auuu, auuu –lo oyó aullar lastimeramente, y su corazón le dio un

vuelco.

A pesar de la oscuridad, pudo distinguir en el blanco refulgir de la nieve un rastro de sangre. Ine debía estar herido. O muerto.

–¡Ine, Ine! Canallas, lamentaréis lo que habéis hecho... ¡Soltadme! ¡Socorrooo! –gritó, y, de un tirón, logró zafarse del tipo que la sujetaba.

El hombre la dejó hacer. La tenían rodeada, y al lobo, inutilizado, por lo que no había peligro de que huyesen. Se divertirían con la chica. Mientras Onneca, nerviosa, se rasgaba una parte del ropón con la daga para tapar la herida de su animal, los hombres, ebrios, se dedicaron a soltar groserías.

Onneca trataba de pensar con rapidez. Las intenciones de aquellos bellacos eran evidentes. Si alguien no aparecía pronto por allí, la violarían o asesinarían. Dudó si decirles quién era; aquello en vez de ayudarla podría terminar de sentenciarla. Sabrían que, si ella sobrevivía, los denunciaría, y todo el peso de la ley caería sobre sus cabezas. Serían ahorcados en la plaza. Decidió callarse e invocar a los cielos, como Sisalda le había enseñado.

–Vamos, dejaos de tonterías. Si tanto ansiáis rezar, id a un convento –le dijo uno, enganchándola del brazo.

Onneca pataleó, y el lobo, aun herido, intentó morderlo en la pierna, pero su compañero le atizó en el hocico y el pequeño animal tambaleó y mordió el polvo.

–¡Bastardos, dejadlo ya! ¡Lo vais a matar! –exclamó Onneca dándole al agresor un puñetazo en el jubón de badana–. ¡Socorrooo! –volvió a gritar, y esta vez supo que había tenido suerte. Por el rabillo del ojo percibió una sombra.

En cuestión de segundos, los dos tipos que la retenían cayeron al suelo. Muertos. Como si hubieran sido alcanzados por un rayo.

Onneca apenas vio nada. Al primero le habían acertado con una flecha desde detrás de unas matas, y al otro, lívido y bastante ebrio, le habían dado en el corazón. Un chorro de sangre humeante brotó como un manantial de su boca desdentada y, con los ojos en blanco, se derrumbó fulminado en el barro helado.

Onneca se separó de él aterrorizada y pegó la espalda al tronco más cercano, sin dejar de mirar al frente. Allí estaba su ángel exterminador. Un extranjero. De su capuz sobresalía una vistosa mata de pelo color zanahoria, y sus ojos claros parecían mirarla con simpatía. Después de emitir un grito de guerra que Onneca no entendió, en un idioma áspero, se dio a la fuga.

–¿Quién sois? ¿Cómo os llamáis? –le preguntó ella corriendo tras él, pero enseguida lo perdió en la espesura del bosque–. ¡Esperad! Os recompensaré. –Pero ya había desaparecido en la oscuridad.

«Qué extraño», pensó Onneca. Y extraño también era que anduviese por allí, como si hubiese estado siguiéndola. ¿Pretendía protegerla o espiar sus movimientos? ¿Lo conocería? «No», se dijo. Aquel color de pelo era difícil de olvidar.

Sola, magullada y con el lobezno en brazos, Onneca se arrastró hasta el castillo. Sisalda, ya algo recuperada, la esperaba en las puertas y, alarmada, ya había organizado una batida de soldados en su búsqueda al mando de Nuño Gonzálvez, el lugarteniente de Osso Santiáguez.

–¡Bendita sea! Mirad que, si no llegáis a aparecer enseguida, yo misma hubiera ido a buscaros. ¿De dónde diablos venís? –le preguntó, enfadada, pero Onneca no quiso dar más explicaciones–. Os advierto que informaré a la condesa de esto. Vuestra hermana se enojará.

–Ya se lo contaré a ella –repuso Onneca sin dejarse intimidar–. Ahora que venga Basilisa y cure a Ine. Lo han herido. Lo único positivo –continuó, mientras acariciaba con ternura el hocico del animal, que gemía mirándola con ojos agradecidos– es que creo que ya no habrá más robos.

–¿Acaso una mocosa ha resuelto el problema que tantos adultos no han logrado? –preguntó incrédula Sisalda.

Onneca, desatando el tosco vendaje de Ine, la miró retadora.

–Algo así... Y ya no soy ninguna mocosa.

De viaje a León

Durante diez jornadas, la condesa y sus hombres transitaron por helados caminos, crueles pendientes, desnudos ventisqueros y desmoronados desfiladeros. Coronaron cumbres y descendieron por angostos valles, encontrándose con un hilo ininterrumpido de peregrinos en dirección contraria, hacia Compostella, con las conchas y calabazas al cuello como santo y seña. Iban con carromatos tambaleantes y los pies malheridos; con sus promesas sagradas a cuestas y sus penitencias cosidas al manto.

Uno de los guardas de su escolta se adelantaba cada jornada para reservar alojamiento y asegurarse una buena escudilla de carne. En la anochecida del sábado llegaron a los pies de las murallas de León. La ciudad aún estaba constreñida, encorsetada entre los recios muros que los romanos habían levantado mil años antes, cuando aún era Legio, un enorme campamento militar base de la VII Legión Gemina, encargada de mantener el control en la península. Un control que perdieron cuando las tribus germánicas se distribuyeron como una plaga sobre Hispania; cuando los bárbaros godos, suevos y vándalos sembraron el caos.

–Señora, las puertas de la muralla están cerradas, pero podemos

acampar fuera. El campamento de nobles está a unos minutos de aquí.

La condesa asintió sin abrir los labios. Por Navidad, eran muchos los gentilhombres y aldeanos que acudían a la ciudad. Y las posadas no podrían cobijarlos a todos. Muchos tendrían que dormir extramuros. Así que, bajo aquel frío glacial, arrebujados en sus mantos de piel, vadearon el río Bernesga y dejaron atrás algunas torres y fortificaciones nuevas, hasta llegar a la puerta del Archo de Rege, que conducía, desde su lado interior, al mercado principal de la villa.

Desde allí se divisaba con claridad el tachonado de hogueras encendidas en los acampados, para calentarse y preparar las cenas. Olía maravillosamente, y se les hizo la boca agua: a manzanas asadas en leña, a sidras alegremente escanciadas, a membrillos compotados, al picante de las carnes braseadas o el burbujeante emboque de las ollas de legumbres.

Llevaban días malcomiendo ranchos de ínfima calidad en albergues de peregrinos, sobreviviendo a base de puñados de nueces y tiras de bacalao seco que dejaban un rastro de sal en la lengua. Y llegaban desfallecidos, casi muertos de cansancio y con más hambre que el perro de un ciego.

–¡Por fin vamos a comer como cristianos! –exclamó el soldado Torvaldo, y los otros rieron. Nunilo le dio la razón y rezó para que pronto encontraran donde pasar la noche a cubierto.

–*Domina*, podríamos buscar a algún conocido que nos diera cobijo esta noche en sus tiendas –comentó Osso Santiáguez–. Estaríais más segura.

–Está bien. Preguntemos si alguien puede acogernos.

Los gallardetes con los colores y escudos nobiliarios ondeaban al viento. Nunilo reconoció uno de ellos, el rojo y negro con una torre y un lobo rampante perteneciente al duque de Solana, un viejo conocido de su padre. Fue esquivando grupos, fogatas, vallas de espino, lebreles y piquetes de guardia, hasta llegar a una de las tiendas de loneta sujeta con vientos, en una zona bien protegida del frío, cosida a la muralla.

–Excelencia..., mis respetos. –Nunilo se inclinó ante el duque en señal de cortesía.

Tras ser acogida cálidamente y explicar lo sucedido en los últimos meses, fue invitada a pasar la noche en una de las tiendas próximas, la que ocupaban sus hijas Ergildo y Abba.

–¡Qué alegría veros, Nunilo! –le dijo la duquesa Suavia–. Hubiéramos querido daros antes el pésame por la muerte de vuestro padre, pero nos ha sido imposible.

Suavia de Solana y sus hijas besaron y agasajaron a Nunilo. Le ofrecieron un rincón donde adecentarse y desembarazarse del polvo del camino, y compartieron con ella una apetitosa cena: lechón braseado y buen vino, que le supo a gloria. Nunilo preguntó por las novedades y se

aseguró de que doña Elvira hubiese llegado ya a León.

–No creo que os ponga pegas en daros audiencia, aunque sabéis que es muy suya y muy terca. Espero que tengáis suerte en vuestras reclamaciones. De todas formas, una vez entremos mañana en León, seréis bienvenida en nuestra casa –le dijo la duquesa–. Este año hay más gente que nunca, y os será difícil encontrar acomodo en alguna pensión.

Nunilo agradeció y aceptó el ofrecimiento, hecho, sabía, de todo corazón. A la muerte de su padre, había vendido su viejo caserón leonés con la intención de adquirir otro de más categoría, más a la altura de su condicón social, pero el aumento de tributos al arzobispo y el oro que conllevaba reforzar la defensa del puerto y perseguir a los ladrones, lo habían imposibilitado.

–Nos encantará que paséis unos días con nosotras. Espero que nos acompañéis a hacer algunas compras –le dijeron las dos hijas–. En Navidad, León es un gran zoco.

–Me encantaría. Espero que la regente me deje tiempo para poder acompañaros. Yo también estoy deseando hacer algunas adquisiciones para Epifanía. Mi hermana me ha hecho una lista –contestó entre risas.

Con los primeros trinos del amanecer, muchos de los acampados levantaron sus tiendas y entraron en León. Las choperas junto al río hervían de movimiento, y el paso del Torio por el puente viejo se veía atestado. Nunilo lo hizo acompañada de doña Suavia y sus hijas. Vestía un brial de lana marrón y una capa de piel con ceñidores metálicos a modo de rosetones, y lucía una diadema que le sujetaba el velo. Con paso firme, logró abrirse paso entre el gentío por el mercado de San Martín, y, en realidad, la marabunta se separaba espontáneamente en torno a ella, como las aguas del mar en torno a Moisés.

Allí se concentraban tenderetes con barros y ollas de distinto tamaño, embutidos y salazones, barriles de sidra, herramientas, pieles, lana sin cardar... Se oían los balidos de las ovejas mientras sus dueños las esquilaban o el graznido de los gansos y las ocas al pasar. Multitud de gallinas revoloteaban en sus jaulas, y un desagradable olor a puerco huía de uno de los rincones bajo la arcada.

–¡Diez sueldos, a la una! ¡Diez sueldos, a las dos...! –Se subastaban bueyes en la plaza de los Guzmanes, y luego adelantaron a unos magnates apalancados ante unos mostradores de telas de Oriente.

–Señora –un rapaz se acercó a Nunilo–, probad esto. Acaban de ordeñar a las vacas. –Y le alzó un cuenco de nata, densa y cremosa.

–Dejadnos –los espantó doña Suavia. Tenían prisa por acomodarse en la casa, y el gentío los estaba retrasando.

A paso decidido, se dirigieron a la rúa de los Cardiles. Dejaron atrás, en lo alto, el palacio real, a espaldas del convento del Salvador de Cines y,

más allá, el palacio obispal, enraizado sobre las antiguas termas romanas. La mansión ducal de los Solana estaba en la carrera de Fagildo, hacia el oeste. Sobre su montura, deslumbrada por el sol, Nunilo se tapaba los ojos con la mano para no despistarse del grupo. El tejado de la Torre Cuadrada le servía de brújula. A su derecha, las calles comenzaban a estrangularse, y las casas de adobe y techumbre de brezo se apretaban unas con otras como amantes pegajosas. Algunos barrios de León eran imponentes, pero otros no eran más que un amasijo de chozas malolientes de mala calidad.

Mujeres con niños en brazos, hombres con cuévanos cargados de leña y mulas de carga iban y venían sin parar de un lado a otro. Mendigos y tullidos pedían limosna en los alrededores de la iglesia mayor, y también juglares, zancudos sobre largos palos, clérigos, magnates, labriegos..., y pillos, que intentaban hurtar alguna pieza de fruta de los tenderetes. También se veían carretas, bestias, hombres de armas y a los alguaciles reales recaudando los tributos semanales.

En cuanto dejó todos sus enseres en la casa ducal, descargó los baúles y se adecentó un poco, Nunilo se acercó a ver a la regente. No tenía tiempo que perder.

–La princesa no podrá atenderos hoy, pero os hace saber que lo hará en cuanto pueda y que desde luego estáis invitada a su cena de Navidad en palacio pasado mañana. Sería un honor contar con vuestra presencia, condesa.

–Por favor, doña Matilde –suplicó Nunilo a la camarera mayor–, sólo serían unos minutos. No entretendé mucho a su majestad. Sólo necesito su autorización para un asunto de índole personal, y no la molestaré más.

–Lo siento, condesa, no insistáis. Su alteza no recibirá a nadie hasta después de Navidad. No sois la única que ha pedido audiencia estos días, pero su alteza acaba de regresar de la frontera y está muy cansada. Necesita descansar. Lo lamento.

Nunilo no tuvo más remedio que aceptar los tiempos. Aunque se sentía desesperar, decidió ser positiva y aprovechar esos dos días para recorrer la ciudad y comprar algunos obsequios para la: un broche de oro con azabache de bella factura andalusí para Onneca; un cuerno de búfalo labrado para el arzobispo, pues siempre, por esas fechas, se hacían un regalo, aunque ahora estuviesen enfadados; un brial de lana color carmesí para Sisalda; un halcón para Emerindo, su maestro cetrero; unos guantes de fina piel labrada para su consejero Boromén...

Acompañada de sus anfitrionas, Nunilo recorrió las calles principales y la judería, donde se arrecimaban los puestos que trabajaban con los materiales más sofisticados. Especialmente llamativos eran los que vendían perfumes o sedas de Al-Ándalus. Destacaban el *al-misk*, el

almizcle; el ambar gris de al-Mariya para quemar en los pebeteros y el aceite de sándalo persa. Pero Nunilo había oído hablar mucho de Corduba a su padre, y sabía que aquello eran simples fruslerías al lado de la opulenta riqueza de la capital del califato omeya.

–Este azor sería más apropiado para vuestro maestro cetrero; el halcón sería una extravagancia –la aconsejó doña Suavia–. Ya sabréis que la regente ha prohibido el derroche. Los halcones gerifaltes sólo los puede llevar el rey; el halcón peregrino, la nobleza; el azor, los burgueses y hacendados, y los gavilanes, el clero. Aunque podáis permitíroslo, y estéis muy lejos de la corte como para que nadie se entere –le dijo al oído–, no os conviene contradecir las normas de doña Elvira. No sabemos cómo lo hace, pero se entera enseguida de todo.

–Desde luego. No conocía esta última normativa sobre la cetrería –contestó Nunilo, sonriéndose–. Este azor servirá.

Y pagó con unas desgastadas monedas romanas. En el norte, todavía se usaban los arcaicos y pulidos talentos, aunque también se disponía de dírhems árabes, óbolos o sueldos. En realidad, la mayor parte de las transacciones comerciales seguían siendo puramente intercambios, trueques, y sólo usaban monedas los ricos y poderosos, como la condesa de Breixos.

–Condesa, deberíais dejaros ver más por la corte. En León faltan mujeres de vuestra valía, y seguro que más de uno se alegraría. Después del trágico accidente de Celso Aloítez, debéis estar buscando un nuevo prometido... Estos días conoceréis a muchos caballeros y tendréis oportunidad de elegir –comentó la duquesa.

Nunilo suspiró. Aún no había decidido a quién elegiría como esposo, y no sabía si se vería forzada a casarse con don Munio. Aunque estaba convencida de que la regente sería comprensiva, Nunilo no las tenía todas consigo.

–Me gustaría pasar aquí más tiempo, mi señora, pero debo cuidar de mis tierras, y más en estos momentos. Hay muchos viajeros, y últimamente se han producido robos en la costa.

–¿Os han robado? ¿Acaso los Aloítez han dejado de prestaros su apoyo? –preguntó la duquesa, que disfrutaba de una cuajada con miel en uno de los tenderetes cercanos al lienzo de la muralla.

–Más o menos –contestó Nunilo con sorna–. Hasta la muerte de mi padre, supongo que esperando a la boda con don Munio, nos mantuvieron su apoyo, pero hace meses que lo retiraron. Sibilinamente, ficha a ficha, destacamento a destacamento. El señor de Caldas presionó a sus primos, y, hasta que no lo logró, no se dio por vencido. Ahora he tenido que contratar más gente, y es el comandante de mi guardia quien se encarga de ellos.

–Uf, lo lamento. Pero vos, condesa, supongo que al igual que cualquiera de nosotras, no sabréis nada de defensas, empalizadas, latrocinios y demás asuntos.

–Tendré que aprender. No me queda más remedio –Nunilo se revolvió en el puesto y eligió una pequeña rueca para hilar.

–Casaos, y pronto. Si se corre la voz y os ven muy desesperada, se degradará vuestra categoría, bajaréis enteros... –le dijo, guiñándole un ojo, y Nunilo le agradeció el consejo. Doña Suavia podría no saber mucho de empalizadas, pero sí de cómo funcionaba la corte y qué resortes había que tocar para conseguir lo que uno quería en aquel avispero de velos y tocas.

Abandonaban el tenderete cuando unos niños descalzos y harapientos comenzaron a cantar un villancico popular. Con unas manos sucias y uñas negras, recogían los óbolos que el público les ofrecía. Al pasar por delante de ellas, un mozalbete que a duras penas arrancaba unas notas a un flautín les pidió el aguinaldo.

–¡Fuera, mocosos! ¿Cómo osáis molestar a las damas? –los reprendió Osso Gutiérrez, que acompañaba a su señora a cierta distancia.

–Dejadlos, no nos molestan –lo cortó ella–. Si se lo ganan, les daremos algo. Veamos qué sabéis cantar... –Nunilo se dirigió a los niños y éstos enseguida formaron un corro delante de ella y empezaron a tararear la letra de una vieja tonada navideña.

El aguinaldo os pido.
Poca cosa es la que quiero,
no se den por ofendidos
que no es sólo dinero lo que pido.
Pedimos cordero asado,
dulce de melocotón,
un par de pollos asados
y un poquito de turrón...

–Tomad, pillastres, y dádselo a vuestras madres para la cena de Nochebuena. No os lo gastéis todo en dulces –les dijo, divertida, la duquesa, entregándoles unas moneditas.

Los muchachos hicieron un simulacro de genuflexión y salieron pitando a la caza y captura de sus próximas víctimas.

León, capital del reino astur-leonés

Llegada la Nochebuena, los fastos eran mayores. Esa noche, las calles eran una algarabía. La princesa había ordenado asar puercos y reses para los vecinos de la villa en la plaza mayor, y el olor a carne chamuscada maridaba de lujo con el del vino aguado, la cerveza negra y el pegajoso de las mieles y alfajores.

El escándalo de gritos, músicas y letanías resultaba ensordecedor. Las gentes humildes cantaban al son de panderos hechos con aros de madera forrados con piel o cascabeles atados a palos; también rascaban con varitas metálicas trozos de piedra, y algunos tocaban la flauta dulce o el rabel morisco. Manadas de muchachos harapientos recorrían la ciudad de punta a punta persiguiendo a los señores y burgueses, pidiéndoles el aguinaldo, y más de un palo se habían llevado por importunarlos.

Después de llenar el buche, esa noche todos acudirían a alguna de las misas nocturnas oficiadas en todas las iglesias de la ciudad. Era la única noche del año que el rey permitía dejar abiertas las cuatro puertas de la ciudad amurallada: la del Archo de Rege, la del Obispo, junto a la popular Torre Cuadrada, la del Conde, la más septentrional, y la del Castillo, situada junto a la fortaleza donde residía el gobernador de León. La ciudad se desataba el corsé y se abría a los foráneos, sin importar su procedencia ni su clase social. En esas fechas era obligado dar alojamiento y comida a todos los extranjeros, y doña Elvira había ordenado mantener la costumbre, no sin antes redoblar la vigilancia armada en cada una de esas cuatro puertas. Mientras tanto, ellos vestirían esa noche sus mejores galas para asistir al banquete real, y entre los invitados estarían Nunilo y sus amistades.

–¡Dejadme ya! –indicó Nunilo a la sirvienta que la duquesa le había prestado–. Me habéis sollado las piernas.

–Señora, la piedra pómez es lo mejor para la depilación, aunque esta pasta de resina que me ha dado doña Suavia es más duradera. Si preferís que os trate con ella...

–No, ya basta –dijo Nunilo, bajándose el brial.

–¿Deseáis aclararos la piel o el cabello? –preguntó la sierva–. Doña Suavia tiene gran cantidad de afeites, y el agua de manzanilla os vendría bien para el cutis.

–No, es demasiado oscuro y no quedará bien. Quiero que me coloquéis estos rodetes y cintas, sujetando la trenza hacía detrás para el peinado. Eso sí que podéis haberlo. Aunque no esté casada, sería un poco indecoroso llevar la melena suelta en la iglesia.

–Sí, señora... A la regente no le gustaría, es muy estricta. Doña Suavia no se lo permite a sus hijas. Para los labios, os pongo esta cera encima del arcón, y, cómo habéis traído poco equipaje, los perfumes de la duquesa de extracto de rosas son vuestros. –Dejó los botes con los perfumes junto al

lecho–. Ahora me voy, mi señora necesita que la trate con ceniza de caracol para reducir las manchas de la cara, y eso me llevará un buen rato. Si me necesitáis para algo más, hacedme llamar –añadió, indicándole la campanilla de plata que colgaba al lado de la puerta, y Nunilo afirmó con un gesto de mentón.

Ataviada con su mejor traje, una fina túnica de seda malva bajo la que colocó otra de lino, regalo de su padre comprado en Qurtuba dos años atrás, el vestido se le ajustaba perdectamente a la cadera con un ancho fajín de un tono más claro, cuajado de piedras preciosas: granates, zafiros y ópalos. Una cinta de igual color ribeteaba las mangas de ángel que le caían desde el codo hasta el suelo; el bajo de la falda y el escote pronunciado en uve iban cubiertos con una seda casi transparente. Se sujetaba el cabello con otra ancha cinta, permitiéndole lucir su espléndida cabellera morena. Como correspondía a su estado civil, soltera, Nunilo podía lucir los cabellos sueltos, pero había optado por un estilo más recatado y al gusto de la regente, a quien pretendía camelarse con todas sus armas, consciente como era de que una imagen valía más que mil palabras. Dos granates, como lágrimas ensangrentadas, vestían sus orejas, y otro desembarcaba en su dedo corazón.

A su lado, la dulce Abba se atricheraba detrás de un elegante traje color verdín, y su hermana, de otro bermellón ribeteado de piel de zorro. La duquesa había optado por un sayal de terciopelo índigo bordado en plata, con una cinta del mismo color rodeándole el rostro, sujeta debajo de su barbilla. Por la espalda se le escurría un sutil velo blanquecino que semejaba una capa de niebla, un amanecer tejido con hilos de seda.

Pero cualquier lujo quedaba apagado por el de la reina viuda, doña Teresa Ansúrez, la joven de bucles color azúcar tostado que entró en el salón detrás del niño rey. Vestía una túnica magenta, y llevaba los dedos enterrados en alhajas y todo el cuerpo forrado por telas suaves que parecían una segunda piel. Largas cadenas de oro saltaban del cuello, resbalando y tintineando por la ladera de sus pechos, hipnotizando al personal. Un delicado velo de seda negro, sujeto por la corona real, le acariciaba las tersas mejillas. Parecía la viuda negra, la araña en cuya red quedaban atrapados los mayores próceres del reino. La reina Teresa era voluptuosa de una forma innata; emanaba placer. Era atrevida, desenfadada, risueña, coqueta e infiel.

No menos espléndidamente ataviado iba el rey niño, con una capa de terciopelo, una túnica cerrada de brocado rojo, un cinto a la cadera guarnecido con gemas, un manto de piel sujeto en el hombro derecho, cuyo peso amenazaba con aplastarlo, y borceguíes de cuero. En la cabeza, la corona real de ocho puntas rematada por perlas del tamaño de un huevo de codorniz, regalo de Abderramán II a su bisabuelo.

Tantas alhajas contrastaban con la sobriedad de la regente: un brial gris de vicuña y una toca blanca de seda enmarcaban su magra figura; en su rostro no había rastro de maquillaje o afeites que suavizaran sus marcados rasgos teutones. Tenía la piel traslúcida, los ojos azules, casi negros, como tímpanos helados, y un rictus cínico asomado a los labios. Cuando la familia real se sentó en la mesa presidencial, los demás asistentes la imitaron.

«¡Tururú! ¡Tururú!». Los cuernos anunciaron el inicio del convite. Los podencos del rey revolotearon por entre las mesas y terminaron a los pies de su majestad, que, antes siquiera de comenzar a comer, les tiró algo al suelo.

El rey niño, desde su trono encajado entre almohadones, dio una palmada. Y arrancó el banquete. El servicio comenzó a deambular frenéticamente entre los bancos de invitados para servir los platos, a cada cuál más sabroso, todos ellos desprendiendo un aroma maravilloso: sesos de cordero lechal, res asada al tomillo, caldereta de ganso, caldos varios, liebre a la miel, trucha del Bernesga, requesones, sorbetes al estilo andalusí con frutas maceradas en alcohol y hielo machacado traído entre pajas de las montañas cercanas y conservado en los pozos del castillo real. Y, por supuesto, vinos del Duero, pastas de almendra y garrapiñados. No paraban de circular las bandejas, y las teas embreadas iluminaban todo el salón dibujando sombras en las paredes que bailaban y daban un toque cálido y rojizo al lugar.

Resonaban los cubiertos, las vasijas y el murmullo de las conversaciones.

–¡Condesa, brindemos por vuestra presencia en León esta noche! –dijo la pequeña Abba, y su madre secundó la idea.

–Por doña Nunilo, para que se deje ver más por León..., y la próxima vez venga acompañada por un esposo –añadió el duque, y Nunilo puso cara de circunstancias.

Desconocía de qué lado estaba el duque, aunque, como hombre que era, Nunilo sospechaba que aprobaría la posición de los Aloítez. Pero, no queriéndose amargar la noche, Nunilo bebió un trago de la fina copa de cristal bizantino, perteneciente a la vajilla de doña Teresa Ansúrez y grabada con las armas de su familia, y removió el hielo con la cuchara. Luego, miró a su alrededor. Feliz y casualmente, no habían asistido ni don Sisnando ni don Munio. Curioso era lo del primero, pues allí se habían reunido casi todos los obispos del reino, pero más la hizo pensar la ausencia del segundo. Algo debían estar tramando.

–¿No es aquél el prometido de vuestra hermana? –le preguntó Abba, señalando a un joven infanzón que, sentado tres bancos más a la derecha, parecía divertirse con ganas.

–Es de mala educación señalar con la mano –regañó la duquesa a su hija, un tanto avergonzada al ver los devaneos amorosos del futuro cuñado de su invitada. En efecto, Pero Antúnez parecía comerse con los ojos a una doncella pecosa y pelirroja, de largos cabellos encendidos, que se sentaba cerca.

–Es Goto Guterri, sobrina de los Guterri... «Sobrina menesterosa», se entiende –comentó con retintín la duquesa, como para quitarle importancia al asunto, pues aquella muchacha no era competencia para Onneca.

–¡Mentecato! –maldijo Nunilo por lo bajo.

A su lado, su hermano mayor, Ruy Antúnez, arrancaba con los dedos trozos de asado y los devoraba con ansia, y luego echaba los huesos roídos a dos mastines que tenía a su espalda. El ambiente era caluroso, y la enorme chimenea que presidía la sala quemaba tronco tras tronco, desprendiendo luz a raudales. Nunilo tenía a esas alturas de la cena las mejillas encarnadas y el ánimo algo enardecido.

Aun así, pese a la desagradable sensación de que muchos la comparaban sólo con su equivalente en oro y tierras, esa noche triunfó. Fue una de las mujeres más alabadas y agasajadas de la fiesta.

–Señora, espero que me concedáis el honor de poder acompañaros a alguno de los oficios –le dijo Silverio Rosández, uno de los hijos de los marqueses del mismo título que antaño habían tenido graves discrepancias con su padre.

Mientras un grupo de músicos con launeddas, vihuelas y arpas amenizaban la velada, un juglar interpretaba hermosos y refinados villancicos en un estrado al que pocos atendían. Quince minutos antes de la medianoche, todos los invitados, encabezados por la familia real, abandonaron el salón para dirigirse a la tradicional misa del gallo en la iglesia de San Salvador de Palaz, justo detrás del mismo palacio.

Precedía al rey su cohorte de arqueros y lanceros. Tras la regia familia, marchaba un gordo prelado que transportaba una jaula con un gran gallo que colocó ante el altar, cubierto ese día con un rico lienzo de lino blanco bordado. El animal, símbolo de fecundidad y renacimiento en muchas culturas paganas, también jugaba un papel importante para los cristianos: cacarearía en señal de buenos augurios, al amanecer, mientras continuasen los oficios y las procesiones por las calles de madrugada. Antes, desde el coro infantil, los niños imitarían su canto para fortalecer los designios divinos, y se liberarían pajarillos dentro del templo capturados para tal fin.

–*Crucem tuam adoramus Domine... Et sanctam resurrectionem tuam laudaumus et glorificamus...* –inició los canticos un monje de la orden de San Fructuoso.

Nunilo escuchó la oración desde la tercera fila de bancos de la capilla. Presidía el oficio don Ovenco, obispo de León, imponente con su báculo pastoral, su mitra y la dalmática bordada en oro. Lo ayudaba el prelado del Bierzo y un invitado de Navarra. Un monje de la orden de San Fructuoso inició los cánticos.

–*Crucem tuam adoramus Domine… Et sanctam resurrectionem tuam laudaumus et glorificamus…* –repitieron.

Los velones otorgaban una leve iluminación anaranjada y cálida, de agradecer en aquella fría nave. De repente, un intenso olor a mirra invadió la capilla, pequeña para tantos gentiles. Las obras de la nueva catedral de León aún no habían terminado, aunque la regente estaba metiendo prisa al maestro constructor y a los obreros. Desde su lugar, Nunilo reconoció a algunos infanzones y caballeros; también a numerosos *iuniores hereditates*, jóvenes de la pequeña nobleza rural y, más atrás, a los *iuniores de capite*, segundones que no heredarían ni títulos ni tierras y que esos días andaban ojo avizor a la caza de una buena esposa para no tener que meterse a frailes.

–¡Mirad, condesa! –le susurró al oído la joven Abba–. Parece que le gustáis a aquel caballero…

Nunilo suspiró y miró a su alrededor con sangre fría, intentando descubrir en cada uno de aquellos hombres ese algo inaprensible que deseaba en su futuro esposo. En ninguno lo halló. Los había atractivos, pero siempre terminaba por encontrarles pegas. Temía que la sociedad leonesa la acusara de soberbia y engreída, pero no había allí nadie que le produjese el más mínimo cosquilleo en el estómago. Ningún claro entre tantos nubarrones. Ninguna esperanza de futuro.

Tal vez tuviera razón Sisalda y estuviese atontada de tantos romances como gustaba escuchar a los trovadores. Lo que sí entendió pronto, en cambio, fueron los jueguecitos que se traían algunos entre manos. Resultaba fácil seguir el hilo conductor de muchas relaciones extramaritales gracias a las embelesadas miradas que se lanzaban damas y caballeros, a veces sin recato alguno, al tráfico de pañuelos o de ábacos, o a los codazos para posicionarse en determinados sitios.

–*Hodie Christus natus est… Hodie salvator apparuit…* Hoy el Salvador ha aparecido… –seguía resonando el cántico de los monjes.

Rodrigo Muñiz, huésped en casa del conde de León, no le quitaba el ojo de encima. Sentado dos filas a la izquierda, se insinuaba sin cesar, como desplegando sus plumas de ánade mortecinas. «Cua, cua, cua», se burló para sí Nunilo sin mover los labios, y le retiró bruscamente la mirada. No quería darle falsas esperanzas ni que malinterpretara su burla.

En el otro lado de la nave, el conde de Castilla continuaba sus sutiles tejemaneses. Al haber caído en desgracia por echarle un pulso a la regente

con doña Belisaria, la viuda del conde de Argán, había aparecido por el castillo con pose desafiante. Cerca, Assir Gutiérrez oraba junto a su esposa Adosinda. A su lado, doña Gontrada Ansúrez, hermana de la reina viuda doña Teresa, tenía perdida la mirada. Se rumoreaba sobre una trifulca familiar por celos: su regia hermana le había birlado un pretendiente haciéndola aullar de enfado. Los Ansúrez habían tenido que mediar para que no llegara la sangre al río.

Nunilo sonrió al ver a Osorio Fernández, tan extravagante como siempre. Se había congregado allí lo mejorcito de cada casa.

Entraba la misa en su recta final, y todas las iglesias y conventos empezaron a tocar las campanas, solapándose unas a otras. Tocaban a gloria, a felicidad. El obispo concluyó la lectura de las profecías de Isaías y los textos de León Magno, y al momento los fieles comenzaron a abandonar el recinto para sumarse al jolgorio que reinaba en las calles en celebración de la llegada del Redentor.

Nunilo pasó la noche junto a los Solano, visitando algunas casas de conocidos, y, antes de acostarse, bien entrada la madrugada, se tomó un vino caliente con cardamomo y unas rosquillas. Un cuerno de luna relucía en un cielo atormentado, barrido, a esas horas, por un viento gélido.

León

El cuerno gruñó de forma continuada y lastimera. Desde el portón principal se vislumbraban fuegos en la lejanía, y, aunque la claridad no había penetrado todavía por el este, era posible divisar unas grandes embarcaciones que, con sus poderosas cabezas de dragón, avanzaban río arriba. La sangre teñía las orillas del playón, y las gaviotas graznaban histéricas mientras sobrevolaban una multitud de cadáveres.

–¡Nooo! –se oyó a sí misma al incorporarse del lecho. Nunilo se despertó sofocada, presa de una terrible sensación de horror.

Al oír su grito, la esclava que dormía a los pies de su cama se le acercó con un pocillo de agua. Sentía la lengua como un estropajo y las sienes palpitantes. Tal vez, por el alcohol. «Demasiado orujo», se dijo.

–Pronto amanecerá, señora. ¿Desea que la avisen a alguna hora? ¿Tiene planes esta mañana...?

Pero Nunilo, sin contestar siquiera, le ordenó que callara con un gesto de mano y se fundió de nuevo con el almohadón, agotada. Ese día no tenía nada que hacer; podía quedarse en el lecho lo que le diera la gana..., como todo el mundo en León. Volvió a cerrar los ojos.

El ronroneo de la calle le llegaba deslavazado, sin fuerza. Ronroneaban los primeros bueyes y sus carretas sobre el hielo formado en la calzada,

los primeros trinos, unas pisadas lejanas. Nunilo era incapaz de conciliar el sueño. Le daba vueltas a la pesadilla, tratando de recuperar hasta el último detalle, pero las imágenes se le escapaban como el agua entre los dedos, dejando sólo tras de sí un rastro de inseguridad. Y ella odiaba la incertidumbre. Le gustaba saber qué debía hacer, cuándo y por qué. Pero últimamente tenía visiones muy raras, a veces difusas, y siempre poderosas, que la descolocaban. Tanta inseguridad la mantenía angustiada.

Los *aeldormans* se preparaban para la expedición, y las *wölvas* lanzaban los palillos de las runas al suelo para invocar la suerte y la protección de Odín cuando Nunilo logró conciliar nuevamente el sueño y se sumergió en otra dimensión, en las arenas movedizas del inconsciente. Durante un rato, su respiración fue sosegada. Pero pronto volvió la marejada, más fuerte aún. Empezó a percibir unas manos invisibles acariciándole la espalda, rompiendo como un mascarón de proa su pudor, recorriendo los meandros de su piel. De repente, un beso, y las piernas le comenzaron a temblar, y un júbilo desconocido le irradió calor hasta la punta de los pies. El corazón galopaba, y ella sentía en el paladar el sabor de la pasión, del temor e incluso del odio.

De repente, doña Suavia entró en su recámara. Ella y su esposo iban a salir y se preguntaban si la condesa deseaba acompañarlos. Nunilo, contrariada por ver interrumpido el sueño, abrió los ojos sin saber dónde estaba ni quién le estaba hablando. Permanecía en ella una extraña sensación de pasión, casi de felicidad, como de una tormenta de saliva y de piel.

–Estoy cansada... –Nunilo negó con la cabeza–. Id, id vos, yo me incorporaré esta tarde.

En cuanto la duquesa desapareció, Nunilo se dejó caer de nuevo en el lecho y cerró los ojos. Quería volverse a dormir, recuperar esa quimera y descubrir quién era ese hombre y qué hacía en su mente. La había hecho sentir maravillosamente viva, y se aferraba a algunos girones de recuerdo cuando notó los ojos de Sisalda fijos en los suyos, advirtiéndola de que no siguiera en esa deriva. «¡Aguafiestas!», gruñó. No era la primera vez que el aya parecía vigilarla con sus poderes. Contrariada, Nunilo se levantó y llamó a la esclava.

–Si doña Suavia aún no ha salido, pedidle que me espere. He cambiado de opinión. –Y, tras ordenar con un gesto a otra sirvienta que le buscara las ropas, comenzó a asearse en el aguamanil.

Flotando aún, agarrada a los cascotes de sus recuerdos, la condesa salió a la calle. Aquella mañana se sentía como un náufrago al entrar en la silla de mano que la aguardaba. Hasta Osso Santiáguez notó que algo raro le sucedía. Tenso, temiendo que su señora se hubiese enamorado la noche anterior de alguno de aquellos castellanos sin castillo, cerró la cortinilla

con brusquedad, pero Nunilo ni se inmutó.

Palacio Real de León

La regente recibió a Nunilo tres días después en su cámara de palacio, una sala de altos techos y paredes forradas de tapices. En la antesala, la condesa había charlado un rato con dos damas, que, sentadas en aparatosos escaños de madera labrada adecentados con almohadones de lana bordada en oro, tejían con una gran rueca. Bajo la ventana, dos religiosos mataban el tiempo jugando con fichas de arcilla blanca y negra sobre un tablero. Fue doña Paterna, camarera real, quien la llamó.

–Pasad, condesa. Sed bienvenida a la corte. Sentaos, por favor –la saludó doña Elvira indicándole una silla de alto respaldo labrado–. Tenemos cosas importantes que tratar.

La regente escuchó a Nunilo con atención.

–Estaba al tanto de vuestro dilema... Don Sisnando me contó algo. Estudiaré el pergamino... –dijo recogiendo el documento que el conde había firmado hacía años con los Aloítez– y os contestaré en dos días.

–No sabéis cómo os lo agradezco, alteza –murmuró Nunilo.

–No os precipitéis. Primero debo estudiar el documento. De antemano –recalcó–, entiendo que vuestra situación es harto delicada, y reconozco el buen trabajo que habéis hecho estos meses, pero no podéis seguir sin protección. No, no... –la cortó con un gesto, al ver que Nunilo pretendía intervenir–. No me digáis que habéis contratado más milicias, que el capitán de vuestra guardia es eficaz, que estáis ampliando el foso de vuestro castillo... Todas esas cosas son necesarias, pero insuficientes, y más para alguien que ya empieza a ser conocida como una gran señora y una rica hacendada.

–No entiendo...

–¿Acaso no sabéis que se os conoce como «la dama de Jacobsland»? Sí –afirmó al ver la cara de extrañeza de Nunilo–, así es como os llaman algunos extranjeros, normandos para más exactitud. Jacobsland es el nombre que esos salvajes dan a Compostella... Se cuentan historias sobre vuestra inmensa riqueza y vuestra rebeldía, pues no habéis aceptado en casorio a un noble importante. Vuestra fama os precede, y eso os convierte en una pieza apetecible. Y también en una diana. Don Sisnando teme que vuestra testarudez, junto con la larga dolencia de vuestro vecino, el conde Sisberto, debiliten las defensas de Gallaecia y conviertan esas tierras en un lugar fácil de atacar. Vuestra debilidad... es la de todos. Pondríais a todo el reino en peligro.

–Señora, si me permitís... –murmuró Nunilo, nerviosa–. No sabía que

me llamaban así… Pero considero injusto que se me pueda achacar un posible ataque a Gallaecia. Esos hombres del norte han aumentado sus incursiones en otros lugares, en Vasconia mismamente, no hace mucho, y merodean nuestras costas desde hace tiempo: se dedican al contrabando, saquean alguna aldea de pescadores aquí y allá, y cosas semejantes. Pero, si atacan –dijo en un tono excesivamente duro para el gusto de la regente, que le dirigió una mirada de advertencia–, no será por mi culpa, sino porque esos bárbaros no respetan nada. Todo el mundo sabe lo salvajes que son.

–Lo sé, pero por ello os pido que extreméis el cuidado. La mayor parte del ejército real está dispersado en las fronteras navarras y de Al-Ándalus; la paz con el califa siempre es frágil, y con nuestros vecinos navarros, mucho más. Sería difícil acudir en vuestra ayuda si sucediese algo. Dependeríais del arzobispo don Sisnando o del conde de Gallaecia, y son ellos, precisamente, quienes me insisten para que os caséis con don Munio. Como veis, tengo, en cierta manera, las manos atadas. Por eso os digo que, si no podéis proteger sola vuestras tierras, debéis casaros cuanto antes. Y pronto. No os impondré al novio –le sonrió con aprecio–, pero insisto en que toméis marido, uno que sea lo suficientemente rico, poderoso y valiente como para defender vuestras propiedades y vasallos.

–Gracias, alteza. No sabéis cuánto agradezco vuestra confianza. No os defraudaré.

–Os quiero casada –concluyó la regente, y, tras invitarla cortésmente a marcharse con un gesto, tomó el cálamo y la vitola para rubricar un documento–. Antes de un año.

Capítulo 6

León

–Pasad, condesa –le pidió doña Ansemonda.

Aquella matrona menuda pero de grueso contorno era la madre de Pero Antúnez. De entre la multitud de acuerdos pactados entre los Antúnez y su padre, uno había sido el compromiso entre el joven y Onneca. Y ahora Nunilo renegaba por ello, pues parecía que Pero tenía a su hermana en el olvido; no había ido a visitarla ni una sola vez en los tres últimos años.

Nunilo atravesó el lúgubre zaguán de la casona, una construcción de madera y piedra con un tupido tejado de pizarra, robustas vigas y sólidos muros, y atravesó el patio, donde a esas horas los siervos limpiaban las cagarrutas de los caballos. Subieron hasta el salón principal, caldeado por un gran fogón. Los troncos chisporroteaban, y un viento invernal se colaba por las rendijas.

Los tres hombres de la casa saludaron a la condesa con un austero pero cortés movimiento de cabeza, y Nunilo les correspondió de igual forma. Don Rudoric y sus hijos Ruy y Pero estaban de pie, rodeados por sus perros, y sostenían sus aves rapaces en la mano. Las garras estaban cosidas al puño. Por la mañana temprano habían salido a cazar en los bosques lindantes y ahora comentaban las cuitas del día.

–Señora –don Rudoric se dignó a hablar con Nunilo después de entregar el ave a un esclavo–, no hemos podido daros el pésame personalmente por el fallecimiento de vuestro padre, el señor conde. Ya sabéis que tenéis en nosotros a vuestra familia y podéis pedirnos lo que queráis.

–Os lo agradezco –dijo Nunilo, e imitó a sus anfitriones, que comenzaban a sentarse a la gran mesa de madera que ocupaba el centro de la estancia. La escasa luz del día había obligado a encender las antorchas

colocadas en las paredes–. No tengáis duda de que os pediría socorro si fuera menester..., pero no es el caso. Simplemente, he aceptado vuestra invitación para saludaros y hablar... –miró fríamente a Pero– con vuestro hijo. Querría saber si tiene pensado acercarse este año por Castello Branco. Mi hermana Onneca estaría encantada de recibirlo. –Su tono sonó a reproche.

–Desde luego... –comenzó a decir el aludido, pero su padre lo interrumpió.

–Mi hijo estará muy pronto allí. De eso hemos estado hablando ya: de lo aconsejable que sería fijar la fecha de los esponsales. El acuerdo con vuestro padre se estableció hace tiempo, cuando vuestra hermana era aún una niña, pero doña Onneca debe ser ya toda una mujer. Mi hijo está deseando contraer matrimonio y unir nuestras dos casas con su descendencia. Es todo un honor para él.

La perorata de Rudoric Antúnez parecía no tener fin, y Nunilo casi lamentó haber sacado el tema. Pretendía dar un tirón de orejas al joven, y su padre, raudo, trataba de capear el temporal de la mejor forma posible. En todo caso, a Pero parecía darle igual. «Seguramente», pensó Nunilo, «está más preocupado por la pelirroja de Nochebuena». La tal doña Goto le debe tener sorbida la sesera». En ésas, se preguntaba si no sería mejor seguir esperando, para que Onneca fuese consciente de un paso tan definitivo, de que un matrimonio sin amor, una boda de conveniencia le podía suponer muchos sinsabores.

–Señora, os veo muy pensativa. ¿Deseáis un poco más de caldo? –le preguntó la esposa. Nunilo aceptó.

–Tengo entendido –seguía hablando el cabeza de familia– que no os vais a casar con don Munio, que le habéis dado... calabazas. –Se rio por lo bajo–. Es entendible. Ese Aloítez es un patán; un buen hombre de armas, sin duda, pero dudo que supiera adaptarse a vivir en la corte: no es más que un bruto. Aunque amistades influyentes, poder y dinero desde luego no le faltan. En todo caso, imagino que preferiríais a un hombre joven, sin un pasado tan oscuro como el de don Munio. Vos tenéis fortuna, tierras y título... Lo que necesitáis es un buen semental que os haga pronto una tripa –soltó, vulgar, dibujando al tiempo con las manos una preñez.

Ante tal falta de cortesía, a su esposa y a Nunilo casi se les atraganta la sopa. La joven condesa se encontró pensando, pese a todo, que ese hombre sí era un verdadero patán, pese a su refinada casaca o lo bien que trinchaba el pato, y que estaba a mucha distancia del poder y la seguridad que emanaba don Munio. Munio Aloítez podía tener muchos defectos, pero, si de algo estaba segura Nunilo, es de que jamás tendría problema para acomodarse en ningún lugar, dentro o fuera de la corte.

–Una buena tripa, sí, señor, eso es lo que necesitáis –insistió don

Rudoric.

–Os recuerdo, don Rudoric, que no soy una yegua... –se vio obligada a responder Nunilo, mordiéndose la lengua. A su lado, la esposa rio, nerviosa.

Nunilo observó a su anfitrión. Estaba furiosa por que la tratase como a una vulgar jaca, pero sabía que no debía entrar al trapo. Le dedicó una sonrisa cínica. Bien sabía ella a qué andaba jugando don Rudoric; sólo había que ver cómo había dispuesto la mesa, sentando a su hijo Ruy junto a ella para que la cortejara descaradamente. Unos hidalgos sin demasiado renombre emparentando con los Fáñez por partida doble y posicionándose junto a los que apoyaban a la familia real, tanto a la princesa regente como al niño rey. Con aquella supuesta boda, si Ruy Antúnez se casara con ella, la balanza se inclinaría claramente a favor de la Corona, y los otros, encabezados, se decía en secreto, por el propio don Munio, caerían en desgracia.

Aunque la regente lo considerase una de sus principales lanzas en Gallaecia, las malas lenguas acusaban al Aloítez de estar detrás de los que pretendían descabezar la corona de León para hacer realidad la independencia de Gallaecia. Nunilo sabía que era tan ambicioso como para proponerse él mismo rey, aunque el obispo de Compostella y el conde de Gallaecia fácilmente frenarían sus sueños. Don Munio jamás había aparentado ser un rebelde, pero su ansia de poder era bien conocida, y había quien lo señalaba con el dedo. No se había atrevido a contárselo a la regente, pues no tenía pruebas, pero ése era uno de los motivos para no casarse con él. Sus movimientos políticos en la sombra, de ser ciertos, podrían arrastrarla a la horca. Por traidora.

Harta de tanta política, la condesa dio por concluida su visita pronto. Y en ningún momento, incluso cuando torpemente la acompañó a la salida, prestó atención al joven Ruy. No quería generar habladurías. Sólo deseaba regresar a casa.

Epifanía en el señorío de Breixos

La señora de Breixos abandonó la corte al día siguiente. En parte feliz, al fin liberada, aunque un tanto apesadumbrada por el futuro. Eran pocos los caballeros importantes del reino que quedaban solteros, y, antes de tomar ninguna decisión, tendría que investigar y conocer a cada uno de los posibles candidatos. Encargaría ese trabajo a su consejero, a Boromén, en cuanto estuviese de vuelta en Castello Branco.

Llegó cansada, con sabañones en las manos por el frío del camino y algo resfriada, pero resuelta y animada para presidir, como correspondía,

la fiesta de Reyes. Esa noche se repartirían agasajos y dádivas, y ella, como señora del lugar, iba a ofrecer una cena a sus vasallos y obsequiaría a todos los asistentes con saquitos de castañas y piñones. También regalaría una hermosa tela adamascada de veinte sueldos a Onneca y un cuenco labrado de plata a Sisalda; de ellas recibiría una pareja de candelabros dorados y un gran anillo de plata negra. Después, en maitines, se quemaría aguardiente con miel, se entonarían cánticos y se quedarían velando al niño Dios. Era, sin duda, una de las noches más bonitas del año.

–Basilisa –ordenó Nunilo a su cocinera–, tuesta todas esas manzanas. Esta tarde las colgaremos del árbol del patio para que los niños puedan venir a cantar. Espero que vuestros hijos asistan –sonrió.

Basilisa era, como tantos en esas tierras, de origen celta, y la noche del 6 de enero, mientras los cristianos celebraban Epifanía, ellos rendían culto al dios Sol. En Gallaecia, los dioses antiguos convivían armoniosamente con las nuevas creencias, aunque al párroco de Catoira, fray Gumersindo, no le gustase mucho todo aquello.

–Señora, me alegro de que estéis de vuelta. El jueves hubo un nuevo robo de ganado en las tierras de don Puero. Las almenaras están encendidas, por si siguen los desmanes en la costa –le explicó el consejero a Nunilo aquella noche, mientras los niños del concejo cantaban alrededor del roble sagrado, bajo una luna resplandeciente.

–*Que a saída para o seu encuentro. Que o vento estar sempre detrás de ti, ea choiva caer suave sobre o seu campos. Y ata que nos atopemos de novo, que Deus che soster na man man.* –Las voces infantiles sonaban cálidas desde fuera.

Temblaron las agujas azules de los pinos. Gotearon las almenas. Volvía a nevar. Aquel invierno estaba siendo muy duro, pero tendrían mucha agua en verano. Las praderías estarían verdes y las prímulas volcarían todo color en los valles. Las vacas, cabras y ovejas disfrutarían de los pastos, y no pasarían hambre ni siervos ni vasallos. Todo parecía marchar bien, y, sin embargo, Nunilo volvió a sentir una punzada de desasosiego, la misma que la perseguía desde que, empujada por Sisalda, le había pedido a Dana.

–*Vostede non virá enriba do teito e os amigos se reuniron baixo, nunca será.*

Terminaron entre risas y aplausos, y, mientras, las zambombas siguieron retumbando.

Encaramada al estrecho postigo de la torre del homenaje, Nunilo observó cómo las mujeres acompañaban con almireces y vihuelas el cantar de los infantes. Onneca parecía disfrutar como una niña más de la fiesta. Alrededor del viejo roble del patio de armas habían colocado velones y ahora, agarrados de la mano, los corros giraban locamente a su alrededor

con entusiasmo.

El viejo Gerem, con su barba matusalénica y su nariz ganchuda, descendiente de los antiguos druidas, se acercó a las dos mujeres mayores del lugar. Entonces ellas ofrecieron una ofrenda a la Madre Naturaleza: tazones con vino y miel. Los espíritus de los bosques debían quedar satisfechos esa noche.

Un carraspeo a su espalda sorprendió a Nunilo. Se había olvidado de Boromén, y éste, impaciente, llamaba su atención. Se volvió hacia él y, furiosa, le soltó a bocajarro:

–¿Sabíais que me conocen por ahí fuera como «la dama de Jacobsland»? ¿Que se hacen lenguas de que guardo un inmenso tesoro y me niego a desposarme? ¿Que esos salvajes hombres del norte saben muchas cosas sobre mí? ¿Sabíais vos todo y me lo habéis ocultado?

El hombre tragó saliva y bajó la mirada.

–Algo había oído –dijo en voz baja–. Aunque no le di mayor importancia..., al menos al principio.

–Seguid –ordenó ella–. Contádmelo todo.

–Don Sisnando capturó hace unas lunas a dos tipos en tierras de don Sisberto. Creían que eran contrabandistas, pero, gracias a las torturas, el obispo consiguió que confesasen que eran hombres del norte, de un tal Olaf el Negro. Éste hace tiempo que merodea por la zona; dicen que comercia y mete sus narices en nuestras cosas.

–¿Podrían ser ellos los que nos han estado robando? –preguntó Nunilo, inquieta, sintiéndose culpable repentinamente por haber estado señalando todo el tiempo a don Munio.

–No lo sé, señora, tal vez. Dicen que alguno logró escapar del arzobispo.

–Bien, continuad.

–Don Sisnando quería saber por qué merodeaban por aquí, y uno de ellos le habló del tesoro de la dama de Jacobsland: una mujer joven, enormemente rica y hermosa que vive en estas tierras, sola y sin protección. El obispo estaba seguro de que hablaban de vos y me lo comentó, pero yo no quise alarmaros. Tal vez sea todo mentira; un invento suyo o provocado por don Munio.

–Comprendo... –contestó ella–, ¡pero no volváis a ocultarme nada! Seré yo quien decida qué es importante y qué no. Ha sido humillante que la regente supiera más de lo que ocurre en estas tierras que yo misma. Por lo demás, os agradezco el trabajo de estos días, y vengo con nuevas tareas para vos: debéis confeccionar una lista con todos los nobles que puedan ser candidatos para mi matrimonio, y deben cumplir todos estos requisitos. –Le entregó un pergamino–. Yo elegiré después.

El fiel Boromén lo leyó detenidamente y después miró con sorna a su

señora.

–Condesa, si me permitís..., pretender encontrar a alguien que reúna todas estas cualidades: un hombre íntegro, agradable y bien parecido, culto, cortés, joven, con buenos vínculos familiares, sin compromisos previos matrimoniales, con respaldo monetario y militar de su familia, con s... No hay nadie así. Los hombres perfectos no existen –dijo socarrón.

–Pues haced que existan. Para eso os mantengo.

Irlanda

Olaf comprobó una vez más los carretones en los que transportaría las armas y el oro. Estaba ya todo preparado para la expedición. En unos días, en Dyflyn, empezarían la aventura. La suerte estaba echada, y él estaba deseándolo, tenso como un arco a punto de soltar su descarga. Había acudido a la guerra en muchas ocasiones, a veces sólo por el botín, como mercenario a sueldo de los daneses, pero jamás había sentido aquel remurguillo en la boca del estómago. Debía estar haciéndose viejo.

–Olaf, prométeme que vigilarás a Harald. Sabes que a veces es un poco despistado –le dijo Sela, nerviosa.

–No te preocupes por Harald. Estará bien. Sabes que lo quiero como a un hijo.

–Os estaré esperando –susurró ella, y abrazó a su retoño.

El muchacho era fuerte como su padre, al que nunca había conocido, y como su tío, a quien adoraba. Los tres, ambos hermanos y el muchacho, habían abandonado juntos Noruega y llevaban años viviendo juntos, como una auténtica familia, en aquella tierra lejana que era Irlanda. Aunque nunca habían contado a Harald los motivos por los que habían tenido que abandonar precipitadamente su hogar, con los años, él los había conocido. No habían faltado los chicos que le contaran con crueldad que tanto su madre como su tío eran los hijos bastardos de un poderoso *jarl* noruego que los había desterrado de su fiordo. Y Harald jamás lo había comentado con ellos.

Sela dejó de abrazar a su hijo, y se despidió finalmente de su hermano.

–Recuerda que los augurios son buenos, pero algo extraños. Las runas no mienten... Nunca lo hacen –se despidió Sela de su hermano, cuando Harald se separó de ella, mirándolo con fijeza.

Sus ojos grises eran tan duros y fríos como los de él, y también sus cabellos, rubio claro, eran similares. Tenían un parecido enorme, pero sólo en lo físico. Sela era sosegada, pacífica y no sentía ninguna necesidad de gestos grandilocuentes ni reconocimientos ajenos. Se había

conformado con casarse con el hombre al que había amado, de inferior condición social, motivo que la distanció aún más de su padre, pese a perderlo al poco tiempo. Al menos había tenido un hijo de él, y a él había dedicado su vida. Era feliz con lo que tenía y no pedía a los dioses nada más; sólo conservarlo.

No era la primera vez que Harald acompañaba a su tío en una expedición, pero ésta sí era la mayor y más importante. Sela había intentado convencerlo de que se quedara con ella, ocupándose de las tierras de labor y de la granja, pero el joven se había negado. Era un vikingo; por sus venas corría la sangre de algunos de los más valientes guerreros del norte, y no la iba a desprestigiar dedicándose a ordeñar vacas y a limpiar los establos. Él también sería un gran luchador. Thor y Odín guiarían sus pasos. Olaf lo había apoyado, y ella tuvo que resignarse. En realidad, lo supo desde el día que su hermano regresó de Dyflyn con una sonrisa en el rostro.

–Sela –le había dicho aquella tarde–, léeme las runas. Esta vez –insistió– estoy convencido de que algo grande va a suceder. No sé... Lo siento aquí. –Se tocó el corazón–. Es un pálpito, algo difícil de explicar.

–Esa expedición parece muy peligrosa... De todas formas, no comprendo tanta ansiedad. Ya has partido antes en otras incursiones, y siempre han ido bien. Siempre has vuelto más rico, más famoso, más valiente... No veo que hay de distinto ahora.

–Eso es lo que quiero que tú me digas.

Habían hablado de aquello dando un paseo por la playa cercana a su casa. El cielo se había oscurecido repentinamente, había empezado a llover, y el viento levantaba olas de espuma blanca que, desbocadas en la orilla, los salpicaban.

–Volvamos. Ran amenaza con una buena tormenta. Se cruzan espadas de luz en la distancia –dijo Olaf, refiriéndose a los primeros rayos que comenzaban a zigzaguerar en el horizonte.

En la casa, Harald se entretenía solo jugando una partida de *talf*, un juego de mesa con figuras en un tablero de cuadros similar al ajedrez de los árabes. Las fichas estaban colocadas para que se enfrentaran entre ellas y simularan una batalla, y Harald parecía concentrado en inmovilizar a su oponente invisible.

Sela comprobó que todas las runas estaban sobre el tapete: Ur, Ken, Rad, Win, Sigel..., y sólo entonces empezó con las tiradas: la primera, para asuntos personales; la segunda, cinco runas para contestar a preguntas sobre amor, dinero o familia; la tercera, para bucear sobre el pasado y el futuro; la cuarta tirada, sobre cuestiones simples, y la quinta, crucial, para encontrar las claves del destino. Una última y especial tirada confirmaría todo lo anterior.

–Habrá suerte. Mucha suerte... y mucho dolor. Eso es lo que dicen las runas –dijo en voz baja Sela. El presagio no le había gustado en absoluto.

–No lo entiendo –contestó Olaf–. O una cosa o la otra. Si hay mucho dolor, no puede haber suerte.

–No lo sé, pero, si el oráculo lo dice así, así será.

–Bien... Estoy convencido de que la suerte vencerá al dolor. Además, nunca he temido al dolor. Y, ahora que sé que la suerte me espera, menos.

Pasaron el invierno ejercitándose para fortalecer los músculos, algo dormidos tras tantos meses de inactividad, y terminando los preparativos. Al fin, la comitiva partió a finales de febrero. Una semana después, Harald y Olaf llegaban a Dyflyn. La ciudad rebosaba de actividad. Al menos cien *drakkars*, con sus cabezas de dragón y sus estandartes agitados por el viento, estaban anclados en la bahía. Junto a ellos, también varados en el río Liffey, destacaban los *knorri*, los barcos en que luego transportarían el avituallamiento. Se palpaba en el ambiente el olor y sabor de la guerra.

La reina Jar, esposa de Gondrod, acompañada por las nobles esposas e hijas de los grandes *jarls* de Irlanda, y rodeada por casi todos los habitantes del poblado, despidió por todo lo alto a la flota.

En tierra, se hicieron los sacrificios y rituales oportunos. Era el día de Týsdagr, el dios de la guerra, hijo, según narraban las *eddas*, del gigante Hymir y de Frilla. Un coro de vírgenes rubias subió hasta el tosco altar de piedra con un tierno cabritillo. Después, recitaron un poema rúnico:

Ir biþ tacna sum, healdeð trywa wel
wiþ æþelingas; a biþ on færylde
*ofer nihta genipu, næfre swiceþ.**

–¡Oh, Odín, dios todopoderoso, dios de la astucia y de la fuerza, dios de la sabiduría y de la guerra, dios de la magia y la victoria! ¡Acudimos a ti y pedimos tu protección para nuestro pueblo! ¡Que los escaldos canten en el futuro la conquista de nuevas tierras y las sagas recuerden el nombre de tu hijo Gondrod! Estos hombres –clamó Jar, acercándose al altar– son los elegidos para la gloria.

–¡Odín, Odín, Odín, Odín! –vocearon los guerreros, embarcando en los drakkars. Alzaron hacia el cielo las espadas de acero y golpearon con los escudos rítmicamente contra las cotas de malla. Las velas cuadradas drapeaban al viento mientras las cabezas de serpiente contemplaban el espectáculo desde la proa.

Gondrod se acercó al altar y, colocándose junto a su esposa, asestó un

certero y rápido golpe en la nuca del cabritillo, que cayó muerto en el acto. Una de las vírgenes recogió en un cuenco la sangre, que después vertió, gota a gota, en las proas de todas las embarcaciones. De esta forma, Odín las protegería.

–*Allt veit ek, Óðinn, hvar þú auga falt, í inum mæra Mímisbrunni* –repitieron todos al terminar.

Tras un instante de respetuoso silencio, los cuernos llamaron a la partida. Gondrod subió al bajel principal, el primero en partir, seguido de inmediato por Olaf, junto a Harald y sus hombres. Su barco, el *Moam*, parecía vibrar de la emoción al romper las primeras olas bajo los cánticos que aún resonaban en tierra y el griterío de los otros barcos. Comenzó el inconfundible sonido de los remos y el agitar de las velas. El barco avanzó primero despacio, y luego enseguida tomó velocidad. Las mareas y el viento eran óptimos para la travesía en esas fechas. Sólo cabía esperar suerte en la batalla.

II Parte

«Me desato las muñecas de dolor.
Libero de vacío mis entrañas.
Sacudo las grietas de mi sexo
y la inmundicia de mis miedos pierde la
[batalla sin sentido
que hace rato se libra en el campo agotado
[de mi corazón».

Poema vikingo

Capítulo 7

Tres meses después. En el océano

–Ah, ah, ah –se escuchaba el jadeante respirar de los marineros, el rítmico palmoteo de los remos en el agua. *Taket av den rolige hval.*

Olaf, apoyado en la carlinga, lejos de las salpicaduras de las olas que espumeaban en la proa, dejaba que el viento le diera en la cara. Los remeros marchaban a buena velocidad. Njord y los *vanir* soplaban con determinación. El mar parecía llevarlos en volandas. La vela, hinchada, deslizaba al *drakkar* con ligereza.

Era una noche constelada, y aquella oscuridad de útero materno lo reconfortaba. El silencio y la luna clara le sedaban el ánimo, aplacaban la furia del guerrero. Al amanecer, cuando el dios Frey ascendiera por los cielos, divisarían Gallaecia.

Desde abajo ascendían en espiral los ronquidos de los hombres que, tras una jornada de guardia, descansaban; también el crujir de las cuadernas, el golpeteo de los escudos colgados de las amuras de la nao, el chapoteo y el rumor de las naves que navegaban cerca de ellos. Un zumbido de baja intensidad, pero que anestesiaba los sentidos.

La luna, en cuarto menguante, parecía sonreír. Olaf podía distinguir a simple vista al menos otros dos *drakkars* en línea con el suyo. A estribor, el de Nilsen Sindedos, un calvorota fortachón y desdentado. Por detrás, el de Gorm el de la Mancha, llamado así por la mancha negra que le cubría medio cuello desde su nacimiento. Como un mapa del tesoro tatuado en el pescuezo. Con ambos Olaf tenía buena relación.

–Eh, ¿es aquello? –preguntó en ese momento Harald a Olaf.

–No... Y ya te he dicho mil veces que no debes dejar el remo si yo no te autorizo. Esto es una *felag*, una hermandad, y todos remamos al mismo tiempo. Si uno rompe el ritmo, puede quebrar el de todos, y el barco se ralentizará. Ahora mismo no tiene mayor importancia, pero, en caso de

batalla o persecución, puede ser vital. ¿Lo has entendido?

Harald asintió y, cabizbajo por la regañina, volvió a su puesto.

–Es imposible que hayamos llegado ya –murmuró para sí al rato, agudizando la vista–. Aún deben quedar un par de horas para tocar tierra.

Ese camino lo había hecho media docena de veces en el último año y, aunque nunca hubiese llegado a la bocana de la ría, sí había estado cerca. A sólo unas millas más al norte. Ahora por fin se adentraría en aquel estuario que conectaba con la ruta inglesa del camino a Compostella. Sabía, porque tenía hombres dentro y, vestido como un vulgar comerciante, había hablado con multitud de peregrinos, que la entrada a la ría estaba bien vigilada; era amplia y estaba salpicada de almenaras que anunciarían su internada nada más asomar por el horizonte. Los vigías de guardia en las torres del puerto darían enseguida la voz de alarma. Al poco, los lugareños empezarían a huir despavoridos, las campanas de todos los templos cristianos tocarían frenéticamente a rebato, las hogueras escupirían fuego y los correos destriparían a sus monturas trayendo y llevando órdenes... Lo habitual en esos casos.

Casi podía reproducir con exactitud la escena en su cabeza. Su fama de salvajes los precedía, tal era el terror que el mero nombre de «vikingos» desataba allá por donde iban. Eso era algo que a Olaf no le gustaba, pero esta vez tenía que reconocer que podía darles ventaja. Ojalá provocaran el pánico con su sola aparición; ojalá los nativos salieran huyendo de verdad y les dejaran el paso libre hasta Jacobsland. Allí, en aquella ciudad santa para los estúpidos cristianos, seguro que tendrían que chocar las armas y verse las caras con aquel fraile cabrón; pero, si eran capaces de llegar hasta allí sin dificultades, lograrían su objetivo.

–Tururúúú.

Oyó llegar el sonido del cuerno de Gondrod, mitigado por las olas y el viento, indicándoles que estuvieran alerta. Se aproximaban a la costa, y la zona era rocosa y podrían estrellarse. Llegados a ese punto, el centenar de naves vikingas y los ocho mil hombres que las ocupaban debían separarse. Algunos fondearían más al norte. Debían atacar por separado, para causar más daño y disminuir los riesgos. En un incendio con múltiples focos imposible de contrarrestar. Un caos ordenado.

–¿Es aquél el faro de Brigantium? –le preguntó el timonel.

Olaf negó con la cabeza. Con la mano a modo de visera, detectó el pálido resplandor de una luz, como el de una estrella polvorienta del Asgard, pero podía tratarse del viejo torreón romano que desde hacía mil años dominaba aquel puerto. El océano era engañoso en aquel bravío recodo de Jacobsland, y muchas naves, mejor pertrechadas que las suyas, habían naufragado a lo largo del tiempo. Recordó que El Rojo le había contado que la zona era conocida como «la costa de la Muerte», y la

llamaban «el cementerio de *drakkars*». Era el *båt kirkegård* de sus mensajes cifrados.

Empezaba a clarear. Cada vez era más difícil detectar el fulgor de las estrellas, y la luna empezaba a retirarse. Hacía fresco y lloviznaba. Olaf se echó la capa por encima y se la sujetó con un nudo sobre el hombro derecho. Con su pierna apoyada en un banco, se dedicó simplemente a divagar para calmar los nervios. De fondo oía el ir y venir de Lotus, su ayudante, que preparaba un brebaje caliente que los entonara para lo que estaba por venir.

–*Uisggbeatha!* ¡Agua de la vida! –gritó Lotus al rato, acercando los picheles de madera a los hombres.

Era un tónico alcohólico a base de cebada, agua y turba, cuya receta habían tardado muchos años en arrancar a los pictos del norte de las tierras anglas. Un trago tan oscuro como Loki, a veces igual de loco que él, que insuflaba valor antes de la batalla, hacía hervir la sangre y ayudaba a entrar en calor. Lotus ofreció a Olaf su propio cuerno.

–Tomad, señor, también vos la necesitaréis.

Olaf dio un sorbo que le ardió al pasar por la tráquea. Se limpió las gotas de la barbilla de un mangotazo y pidió a Lotus que se lo llenara de nuevo.

–Id preparando a los de abajo –le ordenó–, que estén atentos. Los que no hayan terminado de afilar las espadas y las dagas, que lo hagan presto. Todo debe estar listo... En cuanto entremos en la ría, tenemos que ir ya armados. Luego,ya no habrá tiempo –explicó en voz baja.

Lotus asintió. Era hijo de un *jarl* irlandés que servía a las órdenes de Olaf desde hacía un año, y, según la costumbre, los hijos de unos señores pasaban un tiempo con otros *jarls* de su misma condición. Olaf consideraba que había tenido suerte, porque Lotus era un joven responsable y avispado.

–¡Cambio de remos! –gritó el timonel.

Rápidamente los hombres dieron el relevo, intercambiaron posiciones y ajustaron las bancadas. Los escudos iban colocados en los laterales, en señal de paz, pero en poco rato se levantarían, indicando que comenzaba la batalla. Aquellos grandes círculos de madera pintados con dibujos espirales eran tan pesados y grandes que podían llegar a tapar a un hombre de mediana estatura y aplastarlo con su peso.

Olaf miró el suyo, que se balanceaba de su asa metálica junto a los del resto de la tripulación. Su golpeteo era un himno de acción, un lamento recitado en una lengua extraña, el palpitar de un corazón de madera. A diferencia de otros más baratos, estaba cubierto de piel cruda, remachado con clavos y fabricado en resistente madera de tilo, festoneado el borde con espinas de plata. En la piel llevaba tatuado un lobo aullando sobre un

fondo color azul boreal. Era parecido al que su padre le había regalado en su mayoría de edad, de eso hacía ya casi quince inviernos, aunque aquél parecía más siniestro: de color negro como Hel, el reino de la muerte, el más oscuro y profundo de los nueve que conformaban el Yggdrasil, por él le venía el sobrenombre de «El Negro». Hacía tiempo ya que había perdido aquel escudo, pero el apodo había permanecido cosido a su piel como una cicatriz más.

–Turúú, tururúúú.

Si sonaba de nuevo el *bukkehorn* en el barco próximo, debían tener problemas, pero desde la distancia no podía saber cuáles. A priori, la mar estaba mansa, y los dioses les habían sido favorables desde que partieran de Dyflyn.

Pendiente por si lo necesitaban, Olaf permaneció un rato más junto al timón, dejando que el frío le arañara la cara, alerta pese a varias noches en vela, sin posibilidad de dormir por los nervios que lo carcomían por dentro. Gotas gélidas como flechas de Hela, como alfileres, se le incrustaban en la cara. «Flash, flash». El agua le goteaba por la barba y percibía un moqueo cosquilleante en la nariz, las pestañas tiesas y las cejas casi escarchadas. A pesar del agotamiento, se sentía más vivo que nunca. Incluso feliz.

Sin perder de vista al *drakkar* en apuros, Olaf siguió imaginándose el desembarco, el castillo de esa dama de Jacobsland y qué le esperaría al final de aquella escapada, visualizando una y otra vez aquello con lo que llevaba tanto tiempo soñando.

–Me apoderaré de esa mujercita y de su oro –recordó haberle dicho a Lotus entre risas hacía dos noches, mientras los dos se bebían un odre de aguardiente.

–Estáis en vuestro derecho. Sois quien ha diseñado el plan de ataque, y Gondrod se llevará la mejor parte; a él le lamerán el culo los escaldos. Pero ¿estáis seguro de que esa mujer existe? ¿No será fruto de vuestra imaginación, alguna leyenda de esos cristianos, una fabulación? –le había preguntado Lotus, y él negó con la cabeza mientras vaciaba un pellejo tras otro.

Había oído hablar de ella en innumerables ocasiones, y, hasta donde sabía, era una joven noble, de gran belleza y mayor fortuna. Estaba al corriente de los refuerzos de sus huestes, de sus pleitos con otros hombres poderosos del reino, incluso del rechazo a un matrimonio. Todos aquellos rumores le habían llegado mientras comerciaba por la zona. La extraña muerte de su prometido y la cólera indisimulada del arzobispo, con quien se decía había tenido varios encontronazos sonados, habían hecho correr la noticia.

En más de una ocasión, se había preguntado cómo sería esa mujer

realmente. ¿Qué clase de dama se comportaría como ella? ¿Tendría tantas agallas como parecía o simplemente habían engrandecido su leyenda? ¿Qué pensaría al verlos llegar? ¿Esperaría un ataque de esa clase? ¿Les haría frente o huiría como una vulgar comadreja?

Más de una vez se había sorprendido a sí mismo fantaseando con ella, incluso teniendo sueños eróticos, pero, por algún extraño motivo, le resultaba imposible ponerle cara. En todo caso, sonrió. Nadie le hacía ascos a una mujer bonita, y menos los vikingos.

–Señor –lo llamó uno de sus hombres–. Mirad.

Tal y como Harald le había dicho un rato antes, estaban más cerca de la costa de lo previsto. Debía tener mejor vista que él.

–Al final es cierto que hemos llegado antes de tiempo... –contestó, acercándose a su sobrino para alborotarle el pelo pajizo con cariño.

El viento racheado debía haberlos arrastrado más deprisa de lo habitual. Aquello era una buena señal. Odín y Thor estaban con ellos, arrimaban el hombro en esa expedición. La operación parecía sencilla, y sólo que no fuera a suceder en el mar, su hábitat natural, le mermaba contundencia. Olaf hubiera preferido mil veces haberse jugado la conquista de esas tierras encima de la cubierta de su barco a hacerlo en tierra firme. Los vikingos eran mejores marinos que soldados, y, además, en tierra, habría demasiadas distracciones; mujeres, saqueos, por ejemplo. Más de alguno perdería de vista lo esencial.

La aurora aún no había bostezado cuando un brusco chasquido indicó a Olaf que la quilla tocaba tierra. En esa zona, el mar era poco profundo. Entraban en territorio hostil. Cruzaban un umbral peligroso. Introducirse en la garganta que era la ría hasta el fondo de la desembocadura, era adentrarse en la boca del lobo.

En nada distinguirían el primero de los castros que debían someter. El martillo de Thor retumbaría en aquel reino de la cruz. El agua de sus espadas empaparía ese día la tierra. El rojo de la sangre teñiría la nieve invernal. Sembrarían cabezas en los campos, besarían el Valhalla con la lengua. Levantarían a su paso murmullos de pánico y admiración.

Poco después comenzaron a encenderse en tierra las almenaras situadas en los puntos más elevados. Resultaba fácil distinguir sus señales de humo y sus llamas. De inmediato, resonaron los cuernos de los centinelas advirtiendo a la población, y siguieron entonces los primeros toques de campana: largos, alertaban del peligro y convocaban con urgencia a todos los vecinos.

Olaf fue consciente de que el momento definitivo había llegado. Empezaba la aventura de su vida. Se besó los pulgares y ofreció a Odín su sangre y la de sus enemigos.

–¡Permítenos vivir los próximos instantes con valor! *Odin lar oss leve*

de neste øyeblikkene med mot.

Estuario del Ulla

–¡Señor, llegan noticias de la costa! –despertó en ese momento un centinela a Osso Santiáguez.

Éste dormía, desde su regreso de León, en el cuarto de guardia del castillo de la condesa. Había recibido órdenes estrictas de que frenase cualquier robo y ataque a sus propiedades, y él no quería decepcionarla.

–¿Sabemos quiénes son? ¿Son hombres del norte? –preguntó nervioso.

El otro se encogió de hombros, pero su cara lo decía todo. Con la ayuda de un siervo, Santiáguez se vistió a toda prisa: calzas, botas, jubón de cuero y capa. Del cinto de piel le colgaba una vaina de pellejos y lana donde guardó de un golpe diestro la espada. Al momento siguiente salía al patio, embozado en su tabardo, donde ya un siervo lo esperaba con su caballo sujeto de las riendas.

Era aún anochecido. Nevaba, y un viento peleón se le tiró a la cara cuando, junto a tres hombres más, abandonó Castello Branco en dirección a los altozanos más próximos con el fin de tener una mejor perspectiva. En la oscuridad, era fácil detectar el reflejo danzarín de las hogueras que los centinelas habían encendido en los puestos de control repartidos por toda la costa, hasta la misma entrada a la ría y más allá, hacia las tierras de su vecino, el conde Sisberto. Bailaban las llamas en el cielo aún dormido, y, como a su son, las campanas de los villorrios más cercanos a la bahía cantaban ya a réquiem, pidiendo socorro. Osso se apuró.

–Señor, mirad allí abajo –le indicó a su lado Gumersindo–. Son naves... normandas.

Osso Santiáguez trató de adaptar la vista a la impenetrable oscuridad. Al poco, en la dirección que señalaba, distinguió que numerosos *drakkars* ya habían penetrado en la ensenada. Sus macizas siluetas negras, sus cuerpos de madera con sus horripilantes cabezas de dragón, avanzaban sigilosas por las calmas aguas del Ulla como víboras en busca de sus presas. Eso se imaginó, porque la poca luz existente permitía sólo vislumbrar unos contornos difusos, pero no tuvo duda alguna. Aquello sólo podía significar una cosa: un ataque vikingo.

–Señor, ¿volvemos al castillo? –le preguntó su hombre–. Deberíamos informar a la condesa. Tienen que huir antes de que sea demasiado tarde.

–Id vos, a toda prisa –le ordenó Osso–. Nanclo y yo seguiremos hasta el faro... Debemos comprobar si éstos son los únicos barcos o si hay más en otras ensenadas y playas. Hay que saber en qué dirección huir.

Entretanto, corred a avisar a la condesa, y que todos los hombres se preparen para la batalla. Hay que disponer el aceite, los arcos y las jabalinas para defender el castillo hasta nueva orden.

–Sí, señor. –Y Gumersindo, haciendo caracolear a su caballo, marchó al galope hacia la fortaleza de Breixos.

–Capitán, ¡humo! –exclamó entonces Nanclo.

En otras colinas, más lejanas, también se habían encendido nuevas hogueras llamando a la defensa. Eso significaba que aquella ría, aquella entrada, la suya, no era la única infestada de hombres del norte. Por encima, Santiáguez contó, sólo allí, al menos una treintena. Y, sin duda, debía haber más naves. Eran miles de hombres, de hijoputas con cuernos.

Azuzando a las monturas, cabalgaron a toda velocidad, atravesando las colinas, los arroyos y los bosques paralelos a la línea de costa y frente a las torres de Catoira, hasta llegar al risco sobre la ría de Arousa. De boca ancha que se iba estrechando luego, recogía a lo largo de la rada multitud de playas que podían ser un lugar perfecto para que recalaran multitud de barcos. Y sí, allí, las primeras naves, la vanguardia enemiga, ya comenzaban a desembarcar en el litoral. Si avanzaban sin obstáculos, sin que nadie se enfrentara a ellos, llegarían pronto hasta Iria, donde prelados y sacerdotes vivían a las puertas de la ciudad santa de Compostella.

–Aquello es Xunqueira –murmuró Osso, señalando el punto donde habían echado pie a tierra–. ¿Qué estáis haciendo? –preguntó al instante, al ver que Nanclo descabalgaba y se arrodillaba en el suelo.

–¡Señor..., protégenos de esas bestias! ¡Dios misericordioso, hundid sus naves! ¡Es el fin del mundo! –gritó el hombre, preso del pánico.

–¿Estáis loco? –Osso, agarrándolo del brazo, lo obligó a ponerse en pie de nuevo–. Tenemos que regresar ya. Dejaos de necedades.

–No, señor, necedades no. Rulano, el cura de Xunqueira, lo anunció en su homilía: nos acercamos al fin del mundo, al año mil, y...

–¿Y qué? –Santiáguez se encogió de hombros–. Después vendrá el mil uno –espetó, pero el otro se había vuelto a arrodillar, con la cabeza postrada sobre la hierba bañada de rocío, rezando.

El capitán, impaciente, jaleó a su caballo y se volvió, dispuesto a partir.

–¡Capitán! –le gritó Nanclo–. Si en su día el obispo Gonzalo pudo pararles los pies con sus rezos, tal vez nosotros también lo logremos... –dijo, esperanzado. Según la leyenda, aquel obispo, estando en el estuario del Masma, había divisado como ahora ellos una aterradora flota vikinga. De rodillas, había rezado sin cesar, rodeado por muchos fieles que lo habían seguido a lo alto de una colina, y, desde allí, pudieron ver cómo, uno tras otro, los *drakkars* se iban yendo a pique, despareciendo misteriosamente en el océano.

–Eso sólo son patrañas –replicó Santiáguez, ya de espaldas–. Si se

hundió esa flota, y dudo que existiera, sería por una tormenta o por un ataque. A nosotros no nos caerá esa breva. Regresemos. Ésos –señaló a unos hombres que avanzaban por la margen derecha de la ría– se dirigen a Catoira. Tenemos el tiempo justo para llegar antes que ellos al castillo.

Nanclo saltó sobre su caballo. Empezaba a amanecer; girones de niebla se levantaban de los ríos; el Ulla se veía flotar entre algodones vaporosos mientras el estertor de la ciudad, que se levantaba aterrada por la llamada de las campanas y el griterío, llegaba hasta allí arrastrado por la lluvia y el viento. Pero Santiáguez y Nanclo cabalgaban como almas que lleva el diablo.

–¿Qué pasa, señor? –les preguntó un pastor que bajaba de una colina cercana con su rebaño de ovejas.

–¡Volved a casa, zagal! –gritó Osso–. Avisad a vuestra familia, huid mientras os sea posible. ¡Vikingos!

El chico salió pitando seguido por sus canes y sus reses. Como si las bestias también intuyeran el peligro.

Olía a rocío quemado, a brea y a sal marina. Y había también otro aroma, acre, que se agarraba al pescuezo: fuego. Los primeros carros con huidos empezaban a ascender la empinada cuesta de la colina del Razio. Algunos, incluso, marchaban ya camino de Compostella, de la ciudad amurallada, sin llevar consigo nada de abrigo o de alimento. Porque tenían miedo. Recordaban el incendio del monasterio de Santa Eulalia o la destrucción del Magnus Portus en tiempos de Ramiro I. Bien sabían que los nórdicos no tenían clemencia.

–Internémonos en la espesura. Acortaremos –dijo Osso.

Se adentraron en un tupido bosque de castaños, subieron y bajaron laderas, dieron la espalda a las granjas más lejanas a Catoira y al fin enfilaron hacia Castello por la trocha de helechos desde la Fonte Santa, un camino de cruces y alisios.

Cruzó el foso con el corazón en la mano. La negritud comenzaba a desvanecerse, como los astros en el cielo. Ya no titilaban las gélidas estrellas, y los campanarios parecían afónicos. El castillo se había despertado en medio de un tremendo alboroto.

Bahía de Adóbrica

Un contingente de tres mil hombres había desembarcado con un hacha en una mano y una espada en la otra. Comandados por un tipo barbudo, bestial y pelirrojo, el *berserker* Gondrod, hermano del rey de Noruega y jefe de la expedición, arrasaban todo a su paso, dejando tras de sí un reguero de sangre y vísceras. Gigantes con largas cabelleras despeinadas,

brazos tatuados y siniestras adargas irrumpieron sin conmiseración en las pacíficas aldeas costeras cuando la gente aún dormía. Los pequeños castros quedaron reducidos a escombros, incendiados, antes incluso de que el alba diese paso al día abierto.

Una orgía de sangre y desolación se desató en apenas unos minutos.

Gritos de terror rasgaron el cielo.

Desde el mar, las cabezas de dragón observaron impertérritas el terrorífico espectáculo: mujeres violadas, niños apilados en carretones con destino al mercado de esclavos, y los hombres, jóvenes o viejos, muertos a tajos sin compasión.

Las grandes llamas que devoraban chozas y pastos podían divisarse a millas de distancia, los ríos desaguaron al mar rojos de sangre, y el olor desabrido y picante de los incendios y la muerte se extendió por la comarca.

Todo aquel que osó enfrentarse a los norteños yació pronto en el suelo. Otros, enloquecidos y aterrorizados, asesinaron a sus propios hijos y luego se suicidaron; antes aquella muerte rápida que violaciones salvajes y un futuro como esclavos. Sólo unos pocos, a la desesperada, lograron ocultarse en los bosques.

El juicio final parecía haber llegado antes de aquel temido año mil.

Dominios de los Fáñez

La neblina no terminaba de levantarse, como si, piadosa, les pusiera una venda en los ojos para impedirles observar el desastre.

El castillo dormía plácido cuando resonó el tañer loco de las campanas de la iglesia de San Servino. Nunilo abrió los ojos, espantada, y se levantó como un resorte. Aquel sonido, a rebato, sólo podía significar una cosa: problemas.

Clodia acudió inmediatamente a vestirla. Con urgencia, mientras aún la sirvienta le cerraba los innumerables cordones de la saya, Nunilo se asomó por el estrecho ventanuco de su dormitorio. Apenas distinguía nada; sólo atinaba a ver unas columnas de humo espeso y negro que se alzaban desde la costa.

–¿Qué pasa, Nunilo? ¿Qué está ocurriendo? –le preguntó angustiada Onneca al encontrársela en el corredor. Aún vestía la camisa de dormir e iba descalza, y el pelo le caía por la espalda.

Su hermana la acercó al ventanuco y señaló la humareda. Una sombra negra y tóxica, como una plaga bíblica, se extendía más allá de donde las construcciones se extinguían. Onneca pudo detectar también el griterío que a lo lejos retumbaba y palideció.

–¡Señora..., nos atacan! Me lo acaba de confirmar Romueldo. Debemos escapar ya, cuanto antes. No hay tiempo que perder. –Sisalda se acercó a ellas a la carrera, con el rostro descompuesto.

–No, yo no debo marcharme. Os iréis vosotras dos, con todos los demás –murmuró Nunilo, consciente de su obligación.

–No podéis quedaros, tenéis que venir con nosotras... –insistió, enfadada, Sisalda–. Quedarse sería una locura.

–No, he dicho. Ya he tomado una decisión y no cambiaré de parecer. Y, ahora, rápido, recoged lo imprescindible y huid por el pasadizo –ordenó, seca. Conocía aquella salida secreta desde siempre, pues de niña jugaban a escaparse por allí. Nacía de una de las cámaras inferiores de la fortaleza y, a través de una cueva natural, salía al robledal por cuyos senderos umbríos podrían llegar a Compostella.

–No me iré sin ti –exclamó Onneca entre lágrimas–. Ven con nosotras. Si te quedas..., morirás. ¡Morirás! ¡Morirás! –gritó varias veces, histérica, mientras Sisalda, pese a la frustración y la cólera que sentía, obedecía a la señora condesa y sacaba a la fuerza a Onneca del cuarto.

–No seamos alarmistas –quiso quitar hierro al asunto Nunilo cuando ellas cruzaban ya el umbral de la portilla–. Salid primero vosotras y llevaos todo lo que podáis: ganado, pienso... Dejadlo abajo, en la cueva, a buen recaudo. Tal vez sólo sea una falsa alarma. Tal vez nos veamos en un rato.

–¿Una falsa alarma? –bramó Onneca–. ¿Estás ciega? ¿Acaso no has visto las columnas de humo y las almenaras encendidas? Nos están atacando, seguro..., y tal vez sean vikingos –añadió, aterrorizada, disminuyendo inconscientemente el tono de voz–. El ataque ha llegado del mar. Y ellos llegan siempre del mar... Padre siempre lo decía. ¿O es que ya no te acuerdas?

–Puede ser... –contestó la condesa, retirándose de la cara unos mechones de cabello. La trenza, que le llegaba hasta la cintura, se le había deshecho–. Pero aún así debes obedecerme. Ayúdame: organiza al servicio, llévate a las mujeres y a los niños. Sisalda, a ti te encargo que pongas a salvo a los animales. Bajadlos al pasadizo y, así, cuando puedan, escaparán monte arriba. Están marcados, ya los recogeremos; sin ellos no sobreviviremos el resto del año. Que Rumueldo organice a los siervos. Yo tengo que quedarme aquí. Mis hombres deben ver que estoy con ellos, que no los abandono. No soy una cobarde. Es lo que haría padre.

–¡Pero tú no eres padre y no sabes nada de la guerra! –le recriminó Onneca, soliviantada–. Te matarán como a un conejo en cuanto te vean. Por favor... –suplicó, abrazándose a ella–, prométeme que, en cuanto esos salvajes entren en la fortaleza, huirás y te reunirás con nosotras. Te esperaremos en el claro de la fuente.

–Te lo prometo. Pero prometedme vosotras que, si no aparezco, correréis a refugiaros en Compostella. Yo intentaré llegar allí como sea, pero, mientras tanto, debéis acudir a pedir ayuda al arzobispo. Suplicad a don Sisnando que acuda en mi defensa. Está obligado por ley a hacerlo. No permitas –zarandeó a su hermana– que nos abandone a nuestra suerte.

–No, por favor, no. –Onneca se echó a llorar, y Nunilo se apartó de ella; sus lágrimas la desarmaban–. Sisalda, cuida de mi hermana. Protégela con tu vida. –Se le quebró la voz.

–Haré como ordenáis –contestó el aya y, con rudeza, arrastró a Onneca fuera, entre sollozos, pataleos e insultos impropios de una dama.

Nunilo las siguió con la mirada mientras marchaban, tratando de guardarse las lágrimas. Ella era la señora de aquellas tierras, y ése era su lugar. No podía cambiar su opinión.

–Señora... –oyó a su espalda la voz de Osso Santiáguez y se volvió. El capitán se quitó el casco y saludó–. Vengo de la costa. Los bárbaros están ya muy cerca. Debéis marcharos enseguida, con vuestra familia, y poneros a salvo. Defenderemos con nuestra vida esta fortaleza.

–No me iré, capitán. Soy vuestra comandante –contestó con fiereza y, dándose la vuelta, entre un remolino de faldas, caminó hacia sus dependencias–. ¡Clodia! –llamó–. Rápido, ayudadme.

No iba a ir a la guerra con faldas y velos de seda. Se puso una gruesa túnica de lana y, por encima, la armadura de su padre; también el yelmo y la visera, la cota, las calzas y los escarpines. Al momento, creyó que se hundiría bajo su peso, que quedaría aplastada bajo aquellas piezas. No podía moverse. Y, sin embargo, nadie debía descubrir su talón de Aquiles.

–¡Ayyy! –se quejó.

–Señora, si os pesa demasiado, tendréis que quitárosla, pero no podréis salir fuera –le dijo Clodia–. Sin protección, no duraríais nada.

–Callad. ¿Quién os ha preguntado? Claro que puedo con esto. Subamos inmediatamente al torreón.

Capítulo 8

Castello Branco

Con la ayuda de un ballestero, Nunilo logró llegar al punto más alto de su fortaleza, en el torreón fortificado, y desde allí oteó el horizonte. Allá donde mirara, sólo veía catástrofe. Tomó aire, disimulando las lágrimas; no debían verla asustada.

El día tenía un color lúgubre, gris, por las nubes y la muerte. Comenzaba a abrirse tímidamente la mañana, un sol no nato peleaba en el firmamento, y ya se podían distinguir las llamas en el pueblo: todas las pallozas y cuadras ardían. Y, desde lo lejos, el viento rociaba el dolor, los gritos y lamentos.

Más nerviosa de lo que quería reconocer, Nunilo esperó a que su capitán de guarnición apareciese y le explicase cómo ostentar el cargo. El hombre le había suplicado que se mantuviera alejada de allí, que se resguardara y huyera, pero ella sabía que aquello no era una opción. En alguna ocasión, había intentado aprender a utilizar el hacha o el escudo. No había resultado muy hábil con ellos; no por miedo a la sangre, sino por falta de entrenamiento, y sobre todo por fuerza física. De puntería andaba mejor: desde niña había acompañado a su padre por los bosques a cazar y siempre había tenido una vista aguda y un pulso firme.

Sin pensárselo, le arrebató el arco y las flechas a un arquero y, tras tensar la cuerda, disparó varias de ellas. Por debajo ya comenzaban a aparecer los primeros asaltantes, podía distinguir sus yelmos y sus greñas. No cabía duda: eran vikingos. Los hombres del norte habían decidido dejar de merodear por la costa y atacar Gallaecia. No era la primera vez que lo hacían, y tampoco sería la última, pero esta vez, de nuevo, se animó a sí misma, lograrían ahuyentarlos de nuevo.

–*Frrrlot, frrrlot, frrrlot!* –voceaban por abajo los agresores, pero para ella aquellas palabras voceadas no significaban nada.

–¿Qué dicen? ¿Qué significa? ¿Los entendéis? –preguntó a Santiáguez, volviendo hacia él su cara ya embadurnada de tiznajos.

–No, condesa. Debe tratarse de alguna consigna para animarse.

–¡Maldita sea! Quiero que les cerréis el pico. Echad más aceite hirviendo y traedme más flechas –ordenó.

«Siiil, siiil», silbaban las saetas lanzadas desde lo alto. Una lluvia metálica caía siniestra sobre los hombres del norte, como en un aguacero mortal. El foso se veía ya rosado, y las aves carroñeras empezaban a sobrevolar en círculo por el cielo, excitadas por el anuncio de un festín.

–¿Por qué vuelan tan mal? –maldijo Nunilo, sujetando con fuerza la cuerda del arco, encerada para que estuviera más sensible al tacto–. ¿No deberían alcanzar hasta allí? –preguntó, y Santiáguez le recordó que aquellas flechas embreadas volaban peor que las normales, pero eran más mortíferas–. ¡Demos su merecido a esos malnacidos! –gritó la condesa, intentando animar a sus hombres con su propio lenguaje vulgar y violento, mientras de reojo comprobaba como muchos aldeanos corrían hacia el bosque. Que huyeran despavoridos era lo normal, pero también un desastre. Sin resistencia, los invasores podrían adentrarse en el reino en una carrera sin obstáculos.

Las horas siguientes fueron intensas. Los terroríficos aullidos de los vikingos iban acompañados de los sonidos de la lucha estrepitosa que se desarrollaba junto al puente levadizo. Desde el torreón, sus huestes lanzaban piedras incandescentes, aceite hirviendo y cal viva, y los arqueros disparaban sin piedad, pero nada parecía suficiente para detener a aquellos norteños. Eran demasiados. Una ola humana, una marea tatuada. Una montaña de muertos colapsaba ya la entrada por el arco lateral, bloqueando una de las salidas de emergencia, y el foso semejaba ya una laguna sanguinolenta en la que flotaban cascos, manos amputadas, pies, cabezas... El graznido de los cuervos había empezado a poner la banda sonora a una batalla épica y desigual que rozaba ya la calamidad. La derrota era inminente.

Nunilo notaba las heridas de tanto disparar. Había matado a unos cuantos y herido a otros sin que le temblara el pulso, pero se sentía agotada. Una parte del castillo, la más próxima al torreón norte, ardía por los cuatro costados, y el viento empujaba hacia ella el humo y la ceniza, con el doloroso aroma a su hogar destruido. Olía a los tapices de su madre, a las madejas de lana hilada en la rueca de Sisalda, a las maderas de las vigas traídas por su padre los primeros años desde los robledales cercanos.

–¡Ayuda! –tosió.

Se ahogaba por momentos. Le lloraban los ojos, por el humo y por la pena. Desde donde estaba podía ver claramente la escabechina que los

norteños estaban haciendo entre sus filas. Parecía dirigirlos un tipo alto con la cara totalmente cubierta por un yelmo nasal. Llevaba una recia vestidura de cuero encerado, y los brazos, fuertes y musculados, tatuados hasta los dedos. Sus gritos de guerra ponían los pelos de punta

Aquellos vikingos obedecían al instante sus instrucciones; se movían a sus órdenes al unísono, mientras, más allá, a sus espaldas, espesas columnas de humo devoraban y oscurecían el paisaje, intoxicaban los campos, se comían la luz. En la retaguardia, un grupo se había reunido en la ribera oriental de un pequeño riachuelo. Otro contingente había marchado, deprisa, en dirección a la aldea más próxima. Resultaba evidente que, en esa ocasión, no se limitaban a saquear la costa o tratar de conseguir el botín guardado en alguna fortaleza. Eran muchos y se movían rápido. Tenían algún plan.

–*Angrep!* –rugió el que parecía su líder. Luego, dio otra orden, y los que se mantenían por detrás se sumaron al ataque.

Nunilo, como hipnotizada, no le quitaba el ojo de encima, intentando leerle el pensamiento, desbaratar su estrategia. Había en él algo majestuoso y terrorífico a la vez. Una fiera salvaje, luminosa y arrolladora; sencillamente, excitante. Una maraña de cabellos rubios se le enredaba por debajo del yelmo; su cuerpo parecía incansable, y tenía voz como de carbón, grave y profunda. «Hubiera podido ser un gran bardo», se encontró pensando, estúpidamente, Nunilo en medio del caos. No entendía sus palabras, pero sentía que lo reconocía; aquella voz removía algo profundo en ella. «¿Lo habré visto antes, en algún momento, en algún lado?». Pero no, imposible olvidar a alguien como ese hombre, tan inmenso todo él, tan llamativo, con ese aspecto de extranjero peligroso y con ese cabello blanco lunar.

Nunilo dejó caer los brazos, doloridos de disparar, en los costados, y entonces, por un momento, sus miradas se cruzaron. Durante unos instantes, en la distancia, ambos se quedaron fijos, absortos el uno en el otro, ajenos a todo aquello que no fueran ellos mismos. Como si las nornas o el estúpido destino los sujetara de un hilo. A su alrededor, desaparecieron los empujones, los llantos de los moribundos, las idas y venidas de los hombres, el fragor de la batalla.

–¡Más aceite! ¡Que traigan más aceite! –oyó a lo lejos a Osso Santiáguez.

De repente, al verse atacado, el vikingo se volvió y mató a su oponente con un mandoble en la cabeza. Aquel brusco movimiento rompió la magia del instante, y Nunilo regresó de golpe al presente. Retiró la mirada de su enemigo y escupió saliva con sangre al suelo resbaladizo de grasa. Tenía el labio partido y le sangraba la nariz; las manos, con ampollas, y la mente, confusa como un molinillo.

La niebla se había dispersado, y ya se podían divisar los *drakkars* varados en la orilla, cerca de las torres del Oeste. Habían aprovechado la complicidad de la noche para acercarse a tierra firme, y con sigilo. Los avisos proclamados por las torres y almenaras a lo largo de la ría no habían sido suficientes como para salvar a los lugareños. Estaban atrapados.

–¡Señora..., por favor..., marchaos ya! –le rogó Santiáguez al pasar corriendo a su lado, pero ella apenas lo escuchó. Recostada sobre el muro medio derruido, con un runrún de fondo de gritos y el entrechocar de los metales, trataba de discernir qué hacer. Pero las lágrimas la cegaban, le palpitaban las sienes, el rugir de los cuernos y trompetas la desquiciaba, y no era capaz de hilvanar dos ideas claras. Sólo sentía rabía, odio, miedo e incertidumbre. Se sentía perdida. No podría dar alcance a los que habían escapado, pues los caminos estaban ya cortados, y tampoco tendría donde refugiarse. «¿Es ésta la maldita ayuda que Sisalda y yo tanto hemos reclamado a los dioses?», se preguntó furiosa, y entonces se sintió más sola que nunca. Con rabia, agarró la cruz y el saco de muérdago que llevaba al cuello, se lo arrancó y lo lanzó a lo lejos.

–Señora, no podéis seguir aquí, tenéis que iros. ¡Yaaaa! –le pidió otra vez Santiáguez, que se movía hacia el otro lado con un caldero de aceite.

Nunilo no se movió, tampoco lo miró. Aquellos hombres del norte debían haber navegado previamente por sus lares, haciéndose pasar por mercaderes francos o sajones; habrían entrado en las ensenadas, comerciado y negociado con sus moradores, tomado buena nota de cada banco de arena, cada saliente y cada aldea; de sus recursos y sus defensas. Debían de haberse informado bien antes de aventurarse a un ataque definitivo. De otro modo, resultaba imposible llegar hasta allí con tanta seguridad y rapidez, y menos en la oscuridad. Se le ocurrió entonces que, tal vez, incluso, alguien los podía haber ayudado desde dentro. Una rata traidora.

–Y tú... –Miró de vuelta al portentoso guerrero que, por abajo, seguía luchando–. ¿Quién diablos eres? ¿De dónde has salido? ¿Tal vez conozcas a Olaf el Negro, a ese bellaco que anda por ahí hablando sobre la dama de Jacobsland y su fortuna, alimentando el deseo de que alguien ataque estas tierras? –murmuró en voz baja.

–Señora, no podremos resistir mucho más tiempo. Por favor, debéis ordenar la retirada. Y salvaos vos antes de que sea tarde –La voz de Santiáguez, a su espalda, le llegó como un rumor–. El castillo se ha perdido.

Nunilo, ida, asintió con la cabeza. El dolor que sentía era tan agudo que no podía articular palabra.

–¿Me habéis oído, condesa? ¡Tenéis que marcharos ya! –repitió

Santiáguez, atreviéndose incluso a tocarla, como para empujarla lejos de allí.

Se sentía mareada por el agotamiento, y apenas podía moverse bajo el peso de la cota. Necesitaba gritar una blasfemia, pero las palabras no acudían a su boca. Los latidos de su corazón iban tan acelerados, que creyó que se desmayaría. Le hubiera gustado echarse a llorar en los brazos de Osso Santiáguez como una niña pequeña, aunque tal cosa hubiera resultado impropia. Echó una última ojeada a su alrededor. Todo era negro: el humo, el bosque, los vómitos de sangre que manchaban el suelo del castillo, el futuro...

–Ordena lo que proceda... –dijo al fin con la poca dignidad que le quedaba, y se volvió para entrar en la fortaleza. Nada más podía hacer allí arriba.

–En cuanto termine aquí, iré a buscaros, señora. No os marchéis sin mí. Os escoltaré hasta Compostella. No podéis viajar sola; sería peligrosísimo.

Nunilo soltó una risotada sarcástica. Hablar de peligro en aquella situación resultaba incluso cómico.

Ya en su cámara, y ayudada por Basilisa, que trajinaba entre lágrimas, desesperada, porque había perdido a uno de sus hijos, se deshizo de la cota y el casco. Se quedó sólo con la túnica de vicuña marrón y las recias botas de cuero, y luego, tras sujetarse el pelo enmarañado y ensangrentado con una cuerda, se echó una capa por encima y anduvo por la fortaleza con su sirvienta buscando al pequeño.

–¡Clodio! ¡Clodio...! Ven con madre –llamaba Basilisa, sollozando.

–Tenemos que irnos... –murmuró Nunilo un rato después–. Tal vez se marchara con los primeros que han huyeron del castillo.

–No, señora, sé que estaba por aquí. Yo misma le dije antes de salir que se escondiera, que madre vendría a buscarlo y qu...

–Madre... –oyeron de repente–. Madre..., estoy aquí.

El niño salió de detrás de un tosco arcón. Basilisa corrió a abrazarlo y, con él en brazos, siguió a su señora hasta la boca del pasadizo secreto. Del exterior llegaban, atenuados por los gruesos muros de piedra, los lamentos y la lucha extenuada de los últimos hombres que resistían. El castillo estaba vacío; sus moradores habían huido, y Nunilo se preguntó si Onneca estaría ya a salvo camino de Compostella. Cuanto antes pusiese en alerta al arzobispo, antes podría acudir éste con sus milicias, y ella podría recuperar su castillo.

–*Domina*, la puerta está atascada –dijo en ese momento Basilisa.

La mujer había dejado a su hijo en el suelo e intentaba abrir a empujones la puerta excavada en la roca que desembocaba a la galería subterránea. Nunilo probó también con todas sus fuerzas, pero el

mecanismo parecía inamovible, sellado por el tiempo. Y, de fondo, podían escuchar ya cómo el enemigo les pisaba los talones.

–Es imposible, Basilisa, no conseguiremos abrirla. Tendremos que huir campo a través. Bajemos por las cocinas. –Y Nunilo señaló un pequeño hueco que daba a una rampa lateral.

Bosques adyacentes

Salieron al exterior por la parte de atrás. El bosque que nacía a los pies del foso los cubriría como una madre, sería un lugar consolador, un buen escondite, o eso quería pensar Nunilo. La vieja calzada romana que en su día había unido el puerto fluvial con la Bracara Augusta estaba ya a esas horas completamente atestada de gente. Los aldeanos, despavoridos, trataban de ponerse a salvo como fuera, con todos sus hijos y cachivaches encima.

–Por aquí, señora, sigamos a esa gente. Si vamos juntos, podremos protegernos mejor.

Llevaban un rato sorteando obstáculos, troncos caídos, escurriéndose por culpa del barro y las hojas, cuando escucharon el retumbar de unos cascos. Nunilo tiró con fuerza de Basilisa y Clodio, y se agazaparon en un entrante rocoso. No tardaron los hombres del norte en aparecer a su altura. Habían sacado a los caballos de los establos para darles caza. Pese a no estar a la vista, los tres silenciaron la respiración.

Un vikingo se detuvo sobre su montura muy cerca. Llevaba con él a varios jóvenes maniatados con cuerdas, y los arrastraba por el suelo. Poco a poco, fueron sumando a otros tantos presos. Todo eran lamentos, gritos, revuelo. De repente, un muchacho adolescente decidió enfrentarse a ellos, pero cayó de bruces ante sus narices, cortado de un sablazo como una pastilla de mantequilla.

–¡Hijos de Satanás! ¡Oh! –gritó, y cayó fulminado.

Nunilo sofocó un gemido de pavor tapándose la boca con la mano. Había reconocido al joven Senan, el hijo del herrero, con quien Onneca había jugado tantas veces en los establos. Unas lágrimas de indignación bañaron sus mejillas. Mientras se las limpiaba con el dorso de la mano, vendada en ese momento con un trapo, se juró a sí misma que vengaría todas aquellas muertes. Debía seguir viviendo sólo para devolver el golpe a aquellos salvajes, y no descansaría hasta que así fuera... Basilisa le susurró unas palabras reconfortantes, intentando calmarla, y, arrancando unos hierbajos del suelo, se los ofreció.

–Restregaos esto en las manos, señora. Así no se pudrirán las heridas. Esa venda está sucia, se os puede gangrenar el brazo.

Nunilo obedeció, agradecida. Basilisa conocía cada brizna de hierba del bosque y para qué utilizar cada raíz, hongo o semilla. Su madre siempre acudía a ella cuando necesitaba alguna cura o brebaje, y ella y Onneca habían hecho lo mismo.

–Esperaremos a que sea de noche para seguir. Conozco bien el camino a Santiago –dijo Nunilo para darles ánimos.

–Deberíamos separarnos. Sola iréis mucho más deprisa señora. Yo debo cargar con el niño.

–De eso, nada. Iremos juntas. No os voy a dejar desamparados. –Como respuesta, la sierva le besó las manos con agradecimiento.

Durante horas, esperaron escondidas. Temían salir al descubierto, pues podrían ser capturadas. Aquellos vikingos fácilmente habrían dejado un retén vigilando los bosques a la caza de los rezagados; eso mismo habría ordenado Nunilo en su lugar. Pero estaban agotadas, y tenían hambre y sed. Debían seguir su camino o morirían.

Esa tarde habían masticado unas raíces malolientes para sacarles el jugo, pero el niño se había negado a probarlas y estaba muy débil. Media legua más al sur quedaba el arroyo del Pontón; allí, tal vez, pudieran encontrar una barquichuela y cruzar a la otra orilla. Quizás en aquel lado del río la cosa estuviera más tranquila. Nunilo sabía de unas cuevas habitadas no muy lejos de allí, donde podrían resguardarse unos días, hasta que acudieran en su ayuda.

Decidida, Nunilo hizo que la madre y el niño la siguieran. Caminaron despacio, intentando no hacer ningún ruido, por sendas ocultas a la vista de la ruta principal. Cuando llegaron a su destino, abriéndose paso por la fértil espesura, bajo el griterío nervioso de las lechuzas, el aullido de los lobos y el eco impenetrable de la noche, Nunilo tenía los brazos surcados de arañazos y el manto hecho trizas. Se lavaron y saciaron la sed, y luego, tras cubrir al niño con su manto, Basilisa lo acunó, canturreando un zumbido hipnótico que sembró algo de paz en el ánimo de la condesa.

–Tomad, señora, guardaos esto e id poniéndooslo –le dijo al rato la sierva a Nunilo, entregándole un saquito con hierbas y raíces secas–. Cura las heridas y os ayudará a dormir. Tomad poca dosis, que es muy fuerte –recomendó, mientras se mojaba la punta del dedo meñique en él y rozaba los labios del niño.

Nunilo se lo guardó en el bajo de la túnica, junto a una daga que Sisalda le había cosido esa misma mañana en las cocinas. Entretanto, Basilisa cortaba unos helechos, que luego limpió en el agua cristalina del arroyo. Los machacó y con ellos le cubrió las heridas. Para calmar los nervios, hablaron entre susurros. Al instante, se agazaparon entre la espesura y se cubrieron con ramas. Nunilo, que conocía la ruta a Compostella, susurró a Basilisa el camino en caso de que tuvieran que

separarse. Ésta, a su vez, le habló sobre los efectos de las hierbas más habituales del bosque: desde un hongo venenoso, por si decidía matarse antes de caer bajo las garras de los vikingos, a potentes drogas alucinógenas con las que embriagar a sus captores; desde las raíces comestibles para sobrevivir a las sanadoras e incluso las abortivas.

Descansaban en medio de aquel bosque oscuro, cuando escucharon el inesperado piafar de un caballo. Al instante, se agazaparon entre la espesura y se cubrieron con ramas. Y se abrazaron en silencio, aterradas. Pero sólo el silencio las rodeó durante largo rato.

–Márchate, Basilisa. Será más seguro separarnos. Nos volveremos a encontrar, no lo dudes. Toma esto –murmuró Nunilo en voz muy baja, dándole un pequeño gancho que podría utilizar de anzuelo–. Cuando lleguéis a zona segura, con un poco de paciencia podrás pescar alguna trucha en el Ulla.

Tensas, temerosas y emocionadas, las dos mujeres, que en condiciones normales jamás se habrían llegado a tocar, se fundieron en un nuevo abrazo.

–Gracias, condesa, nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí y por mi hijo. Que la Mater os proteja y su fuerza os acompañe en estos difíciles días –sollozó, quedo, Basilisa, y salió aún a gachas, con el niño colgado en el pecho, sin atreverse a mirar atrás otra vez.

Nunilo se quedó sola; más sola y desprotegida que nunca. Allí, en medio del tupido y frondoso bosque, pensó que, agotada como estaba y sin comida, le sería casi imposible llegar hasta la Villa Iacobus. Por un momento, deseó haber escapado con Onneca y los demás, no haberse quedado en la fortaleza. Su honor iba a costarle muy caro.

Comenzaba a clarear cuando unas toses, a cierta distancia, alertaron a los hombres del norte. Los aldeanos surgieron de todos los rincones de la espesura, y, al momento, aquello que tanto había temido Nunilo finalmente sucedió: la capturaron.

–*Se hva vi har he!* –oyó a su lado, como saliendo casi de la nada.

Era un vikingo enorme, con la cara tapizada de sangre seca, la cabeza rapada y los dientes podridos. La cogió del pelo y la izó a lo bestia sobre su montura.

–¡Soltadme! –gritó con todas sus fuerzas, dando patadas y puñetazos al caballo, mientras el normando la fijaba a la silla como a un fardo.

Cuando la obligó a mirarlo a la cara, con la intención de golpearla para que se callara, ella le escupió con todas sus ganas. El hombre se rio, se limpió con el dorso de la mano y se acercó mucho a su rostro. La boca le hedía, y Nunilo dio una arcada e intentó separarse, pero el bárbaro era mucho más fuerte. Creyó que le rompería ahí mismo las costillas. Le faltaba el aire, se ahogaba. El otro se reía mirándola.

–*Nyt jævla!* –le dijo, pero Nunilo no entendió nada.

Le rasgó las vestiduras, y a punto estuvo de violarla allí mismo. Si se detuvo fue porque otros compañeros, a voces, lo llamaron para que regresase cuanto antes al acantonamiento. Con ella cargada en las nalgas de su montura, el hombre cabalgó a toda prisa. Nunilo se sujetaba al animal con uñas y dientes para no caerse, mientras intentaba pensar una salida, cómo escapar de aquella pesadilla.

Su vida parecía encaminarse a la oscuridad más absoluta.

Murallas de Compostella

Moría la tarde cuando Onneca y Sisalda, acompañadas por la mayor parte de la servidumbre de su casa, alcanzaban la muralla de la Villa Iacobus. Habían hecho parada antes en Iria Flavia, la sede del obispado, por si allí se encontraban con don Sisnando, pero el muy zorro había huido a su madriguera y se había atrincherado en Compostella.

Había sido Onneca quien insistió en parar en Iria, aunque aquello retrasase el viaje, pues, cuanto antes don Sisnando conociese lo que estaba sucediendo en la costa, más rápidamente podría mandar a sus huestes a defenderla. Al no hallarlo en la villa, la comitiva se había puesto al instante en camino. Ahora, con la anochecida, al fin distinguían la impresionante silueta de la ciudad santa contra un imposible cielo púrpura, acorde con aquel inicio de primavera sanguinaria y violenta.

–Identificaos –les exigió un soldado lorigado en la puerta. Tenía una cabeza robusta, con aspecto de mojón, similar a los menhires que se alzaban por los altozanos. Restos de otros mundos, de otras gentes, de otros dioses.

Por todas las entradas de la ciudad corría una tempestad humana que amenazaba con derribar los portones si no la dejaban entrar. Gentes de la costa, exhaustas, aterradas y hambrientas. Y también dentro de la muralla empezaba a reinar el desbarajuste.

–¿Que me identifique? ¿Acaso creéis que venimos a algún festejo? ¿A vender miel o cardos? ¿No veis que estamos huyendo, sin nada más que lo puesto? ¡Abrid y dejadnos pasar, os lo ruego! –gritó Onneca, pero el centinela no se dio por enterado.

Sisalda y ella trataron de forcejear y, entre gritos, entraron en la garita y abuchearon a los guardias sin parar. Al fin, apareció un soldado de mayor rango, con el yelmo bien calado, que se dignó a hablar con ellas.

–Debéis entender que Compostella está llena, no cabe un alfiler. El arzobispo ha ordenado que no entre nadie más. La ciudad no puede aguantar tanta presión. Caminad un poco más, marchad a León o a

Astorga. O a Oviedo..., qué se yo, pero aquí no se pueden quedar.

–¿Presión? Lo que no resistiréis vos es esto. –Onneca se envalentonó, nerviosa, y, sacando su daga del cinto, se la puso en el cuello al hombre.

Éste, sorprendido, intentó retirarse, pero Sisalda, apoyando a su joven ama, se colocó detrás y amenazó al soldado con otro cuchillo por la espalda.

–Señoras, dejaos de estupideces. Bastaría con que diera una voz, y mis hombres os matarían de un flechazo al instante. Marchaos, seguid hacia el interior; si sois de linaje, como parece, seguro que tenéis tierras y familia en León.

–No, estamos agotadas y hambrientas y no vamos solas. No llegaríamos nunca. Además, necesitamos hablar con el obispo en persona, de inmediato. Por favor... –Onneca se echó a llorar–, dejadnos entrar y pondremos todos éstos –dijo, señalando a su gente– al servicio de don Sisnando. Seguro que necesitará de todas las manos que puedan disparar un arco o cargar una olla de aceite. Y, además –añadió, sacándose el anillo con la piedra azul que le había regalado su hermana por Navidad–, podéis tomar esto por las molestias.

–Está bien –terminó por decir el centinela, contento por el soborno. Les señaló una puerta lateral medio oculta en el lienzo de la muralla–. Pero, de esto..., chitón. Id a ver al arzobispo. Ha ordenado que todos, hombres y mujeres, sanos y en condiciones de luchar, se inscriban en el cabildo.

Onneca afirmó con la cabeza mientras se volvía a echar por encima el manto y se escabullía entre el gentío de la ciudad. De aquella Babel de calles empedradas, fachadas con escudos heráldicos bordados en piedra y peregrinos por todas partes.

–Descuidad, así lo haremos –contestó Sisalda, y, a un gesto de su mano, la servidumbre, que esperaba impaciente a cierta distancia, fue tras ella.

Onneca entró en Compostella sucia, con la ropa rota, desgreñada. Trató de limpiarse la cara con la manga. Nerviosa, pensaba en Nunilo. Su hermana no había acudido a la Fonte Santa, pese a haberla estado esperando muchas horas. Finalmente, habían decidido marcharse. También habían perdido a Romueldo; se había quedado atrás, por si Nunilo aparecía, y guardándoles a ellas las espaldas, pero no lo habían vuelto a ver. Así, ahora, cuando cruzaba el muro interior, el segundo anillo defensivo, y se sumergía en el corazón de la Villa Iacobus, Onneca tenía un terrible presentimiento. Tal vez estuvieran ya los dos muertos.

León

–¿Estáis seguro de que estas noticias son ciertas? –preguntó doña Elvira a su secretario, quien le entregó la vitola que acababan de recibir–. ¡Maldita sea! ¿Sabemos de cuántos hombres se trata?

–No..., pero parecen miles, ya que las cinco misivas que hemos recibido nos avisan de un desembarco en varios puntos de la costa, desde Adóbrica al Ulla, en diferentes ensenadas. Nuestros escuchas hablan de unos ocho o nueve mil vikingos... Han saqueado ya buena parte de los castros costeros, y suponemos que en breve se dirigirán a Compostella.

–¿El obispo Sisnando ha mandado alguna nueva? –preguntó nerviosa la regente.

–Sí, dice que el conde de Gallaecia está de camino para pedir ayuda a su majestad. Necesitan más mesnadas, y ruegan encarecidamente que se les presten hombres y armas.

–Desde luego..., aunque bien sabe don Sisnando que gran parte del ejército está ahora muchas leguas al sur, protegiendo la frontera con los moros. No llegarían a tiempo, y tampoco podemos desguarnecer esa zona si no queremos tener problemas luego. En cuanto Abderramán sepa de este ataque a nuestras costas, si retiramos a nuestros hombres de la divisoria, nos atacaría por ese flanco.

–¿Y si su alteza manda venir a los contingentes de la frontera navarra? Es peligroso, pero ya habrá tiempo de ajustar cuentas con ellos si utilizan la coyuntura para atacarnos. Tenemos un acuerdo

–Sí. –La regente se restregó las manos–. Eso haremos. Aunque me río yo de los acuerdos... No retiraremos a todos los hombres, sólo a tres millares: deberán dividirse, unos al norte, y otros protegerán los accesos a Oviedo y León. Si los normandos llegan a Compostella, hay que hacer un cortafuego que les impida llegar más lejos.

–Entendido.

–¿Y el rey? ¿Está jugando en su cámara? –preguntó doña Elvira–. Debo informarlo inmediatamente. Sí, ya sé –sonrió al ver el gesto de su secretario– que es un niño y no entiende de lo que le estoy hablando, pero la ley me obliga a dar cuenta a su majestad de cualquier decisión de armas que tome. Y ésta es importante. Estamos en un buen aprieto.

–Hace un rato estaba entrenando con su maestro de armas. Por la hora que es, tal vez haya subido a cenar con su madre. A doña Teresa no se la ha visto en todo el día –dijo en tono socarrón, alzando una ceja. Era del conocimiento de todos que la reina viuda estaba muy atareada desde hacía meses acostándose con el capitán de su guardia.

–Iré a verla –dijo doña Elvira.

–No os lo recomiendo, alteza, podríais ver algo que os hiciera sonrojar... –comentó el secretario con cara de circunstancias.

–Soy vieja, ya no me sonrojo por nada, Saurio. Raro es lo que estos

ojitos no hayan visto ya. Seguramente cosas peores que a una pareja fornicando.

Un corredor estrecho y siniestro separaba el salón oficial del torreón donde se hallaban las estancias de doña Teresa; «el torreón de las torturas», lo conocían, haciendo burla, los habitantes de palacio, por los gritos y gemidos que escapaban a todas horas por sus rendijas. Un soldado lanza en mano montaba guardia en la puerta, pero no se atrevió a impedir el paso a la regente, que, sin mediar palabra, y tras hacer sonar una sola vez los nudillos en la madera tachonada, entró como un torbellino en aquel *sancta santorum* del placer.

Doña Teresa estaba desnuda en el lecho junto a su joven amante, enterrada entre jergones y almohadas de seda. Un ejército de velas flanqueaba toda la habitación. Ella, bocarriba, arqueaba el cuerpo, mientras el hombre le lamía los pezones, que apuntaban al techo. La reina se dejaba hacer; con los ojos cerrados, suspiraba a cada poco, haciendo tintinear las cadenas de oro que siempre llevaba al cuello. En ese momento, él tiró de una de las cadenas, como si fuera la de un perro, y el jueguecito pareció excitar a la reina.

–Humm, majestad –carraspeó doña Elvira–. Doña Teresa..., necesito hablar con vos un momento.

–¿Cómo os atrevéis a entrar sin mi permiso? –preguntó enfadada la mujer, incorporándose en el lecho.

Pasándole la mano por la espalda, acariciando la línea de su columna y haciéndola estremecer, el hombre le cuchicheó algo al oído. Ella se curvó en un gesto gatuno y sonrió, más calmada.

–Dejad que esta monja disfrute un poco del espectáculo... –alzó él un poco la voz–; tal vez así se le borre esa cara de amargada.

Teresa Ansúrez dejó huir una risa maliciosa entre sus labios frescos y rojos. Después, provocadora, besó con la lengua a su amante mientras éste la montaba de nuevo a horcajadas, frente a la mirada tranquila de doña Elvira.

–¡Folladme, querido Gutier! ¡Dejemos que las envidiosas, las moralistas de pacotilla, aprendan! –dijo.

–Veo que estáis muy entretenida –repuso la regente, impertérrita, aburrida del espectáculo–. No seré yo quien trate de daros consejos de moral, para qué, pero debo hablaros, porque la ley y el Consejo Real me obligan –añadió, subiendo el tono de voz, visiblemente enojada– a avisaros, tanto a vos como a vuestro hijo, el rey, de que acaba de perpetrarse un ataque de los hombres del norte en Gallaecia. En las últimas horas han desembarcado miles de hombres en el estuario del Ulla, en Adóbrica y otros puertos menores... Es necesario tomar medidas.

–Aaah –jadeó Teresa Ansúrez, mientras el hombre seguía moviéndose

frenéticamente sobre ella–. Seguid… Dios, qué gusto… Sí, decíais… Aaah. Bien…, pues tomad las decisiones que queráis… y luego informad a mi hijo… Aaah –y se deshizo en un orgasmo.

–¿Acaso no os importa lo que les suceda a vuestros súbditos? ¿No tenéis nada más que decirme? –preguntó doña Elvira, tratando de mirar por la ventana para no observarlos a ellos.

La reina se levantó entonces, con la lustrosa cabellera cayéndole en guedejas por la cara, y se sirvió una copa de la jarra que tenía encima del arcón. Cogió luego un puñado de almendras y la miró con sorna.

–¿Que si tengo algo más que deciros? Sííí, que os busquéis a uno como mi Gutier… Os dará placer y calentará vuestras noches de insomnio. Olvidaos de la política y las conspiraciones a todas horas. La vida es algo más que los negocios, que las armas. Se va en un pispás, y no habréis disfrutado ni un minuto de ella. ¿Que si tengo algo más que deciros? Pues, ya que habéis sido elegida oficialmente como regente, y por tanto solucionar los problemas es vuestro cometido, negociad lo que sea con esos brutos o dejad que lo haga ese cabrón de cura, don Sisnando… Deberíais salir más de vuestra madriguera, no podréis encontrar soluciones enclaustrada en un convento. –Parecía que iba a añadir algo más, pero el hombre la agarró de la mano y tiró de ella para volver a meterla en el lecho–. Ja, ja, ja –se oyó la risa de doña Teresa.

–¡Zorra desagradecida! –rumió la regente al cerrar la puerta tras de sí–. ¡No os merecéis ser reina ni ser nada! Qué pena que mi hermano no haya vivido más para ver esto, tan enamorado de vos como estaba. Jamás debería haberse casado con una descerebrada, por muy poderosa que fuera su familia, por muy importante que fuera la alianza… Pero ya es tarde para lamentarse de nada.

–¡Alteza! –la llamó el secretario al verla por el pasillo.

–Dad la orden. En cuanto llegue don Gonzalo, el conde de Gallaecia, que pase a mis aposentos. Aumentad las glebas y formad un contingente. Buscad una armadura de mi tamaño y un caballo de batalla. Yo misma, si es menester, me pondré al frente de las tropas.

–¿Vos, una monja? –preguntó el secretario.

Doña Elvira le cerró la puerta de un portazo en las narices. ¿Acaso no era don Sisnando obispo?

Capítulo 9

Estuario del Ulla

Olaf se sentía embriagado. Notaba cómo la sangre le corría por las venas a toda prisa, el corazón le galopaba y el pulso se le aceleraba. Había conseguido hacerse con el castillo, dando muerte a todas aquellas mesnadas que, fieles a su señora, pretendían defender el baluarte. El resplandor de su espada era ahora rojo como el crepúsculo, líquido como el océano que los miraba en silencio.

–No quiero supervivientes –dijo a sus hombres–. Cuando avancemos hacia el interior, aquí no puede quedar nadie. Habrá que dar matarile a todos. Pero antes quitadles el casco. Si encontráis a una mujer, esa que estaba arriba en el torreón dando órdenes, la señora del castillo, avisadme. Esa mujer es mía.

–¡Pronto se os ha calentado la entrepierna! ¿Queréis desenvainar ya la otra espada? –se rio uno.

–Avisadme en cuanto la encontréis –repitió Olaf sin más–. Sigfrid –llamó a otro de sus valientes–, rodead el castillo y seguid peinando el bosque. Que traigan a todos los que huyen. Ella no puede haber llegado muy lejos.

–Tal vez haya muerto, señor –contestó Sigfrid–. Son muchos, aquí y en el interior. El bosque está siendo un matadero...

–No lo creo. Se retiró del torreón viva, por su propio pie, y no parecía herida. La vi perderse en la fortaleza. Ha debido utilizar algún pasadizo para escapar. La habrán protegido algunos hombres, parte de su guardia. Es la señora de este lugar. No irá desprotegida.

–Sí, señor. Por Freya que os ha dado fuerte con esa mujer... ¿Acaso os ponen las mujeres guerreras. ¿La creéis una especie de valkiria cristiana? ¿Tan deseoso estáis de que os dé el beso helado de la muerte? ¿De llegar al Valhalla por la polla?

Algunos de los que estaban junto a ellos se carcajeraon. Más de uno empezó a hacer gestos obscenos con las caderas, a mentar con su sucia boca a las hermosas valkirias, a las populares Brunilda, Mista, Hilda o Theuda. Las hijas de Odín eran bellas y grandes luchadoras, amantes del fragor de los dardos, del fuego negro de la guerra, bebedoras de sangre y comedoras de corazones triturados. Al menos eso contaban las leyendas y, al igual que esa misteriosa dama cristiana, iban cubiertas con cascos, corazas, arcos y flechas. Forradas de metal, brillantes como estrellas. Su misión era ayudar a los valientes en la guerra montadas a lomos de sus corceles, atravesar los campos sembrados de cadáveres y besar a los moribundos en la boca. Aquél era el último beso de un guerrero, el roce helado que les permitía acceder al Valhalla, el paraíso donde Thor los estaría esperando con una jarra de cerveza, mujeres bien dispuestas y juergas *ad infinitum*. Comandadas por Freya, a quienes debían obediencia ciega, las valkirias eran vírgenes, pero eso no impedía que alguna se enamorase de su héroe, que lo siguiese por cielo, mar y tierra, y lo protegiese. Las risas y las bromas sobre la mujer guerrera a la que Olaf el Negro parecía ansioso por echar el lazo fueron *in cresecendo*, aumentaron de tono y obligaron al *jarl* a intervenir.

–Esto no es una cuestión de faldas..., sino de oro –espetó Olaf, guiñándoles un ojo–. Esa mujer, la que habéis visto ahí arriba luchando sin descanso, es la famosa dama de Jacobsland. Quiero que me la traigáis viva, sé que sigue viva: las malas hierbas nunca mueren... Quiero comprobar que es cierto lo que se dice de su fortuna. Si lo logréis –dijo, retándolos–, obtendréis una buena recompensa.

–Señor, eso está hecho –respondieron dos jóvenes, y Olaf, mosqueado consigo mismo por la oscura corazonada que presentía sobre aquella mujer, los mandó a las cuadras a que prepararan más monturas para continuar las persecuciones.

Desde que la había visto retirarse de lo alto del torreón, se había apoderado de él un extraño nerviosismo que incluso había llamado la atención a sus hombres. Nada más iniciarse la retirada de los defensores, corrió a identificar a los muertos, a quitarles los yelmos y comprobar que no eran ella. ésa no era tarea propia de un *jarl*, y Olaf lo sabía, pero no había podido evitarlo. Temía que a sus hombres, borrachos de felicidad por la victoria, el cuerpo menudo de aquella chica se les pasara por alto. Y él la necesitaba. Viva. Sólo Thor sabría por qué, pero algo le decía que la corriente de su destino lo arrastraba hacia ella.

–Os estaba buscando –oyó a su espalda.

–Harald –se volvió Olaf hacia su sobrino–, quiero que aparques el hacha y que alguien te ayude en las cocinas. No hemos comido nada en todo el día, y los hombres estarán hambrientos. Mira a ver qué puedes

preparar con lo que hayan dejado. Que Egil y Njal salgan a capturar el ganado. Las vacas y los cerdos que hayan soltado andarán cerca. Mañana, si podemos, celebraremos un banquete en el puerto en agradecimiento a los dioses.

–Te informaré enseguida.

–Estaré en la cámara del conde. Que habiliten su estancia para mí –exigió–. Voy a dormir un rato. Estoy agotado. Si hay noticias, que me avisen.

Bosque cercano

Habían amontonado a los prisioneros en un claro. Todos estaban atados con sogas. Al llegar, Nunilo pensó que la descubrirían, que pronto alguien la señalaría como la rica condesa que era y los vikingos la apartarían del resto. Por un rato, dudó entre delatarse ella misma o callar, pero al fin decidió lo segundo. Si se veía en peligro, ya pediría hablar con el *jarl* al mando. Tal vez aceptaran intercambiarla por alguno de los suyos o por el oro que Onneca ofrecería a cambio de ella.

Pero nadie pareció reconocerla. Desde luego, su aspecto distaba mucho del que habitualmente lucía: llevaba el pelo enmarañado, la cara llena de machurrones; los brazos comidos a arañazos, y vestía una miserable túnica, sin ninguna joya.

En silencio, con las manos atadas, anduvo detrás de otros prisioneros, una columna de despojos humanos, pues, por aquellos senderos embarrados, caminaban gentes agotadas, heridas y hundidas en la miseria. La imagen de la derrota en medio del verdor primaveral. Y, a su alrededor, los ruiseñores rojos jugaban escondidos entre las ramas de una acacia y un puñado de avefrías, con su negro irisdiscente y su moñete nupcial, los sobrevoló sin atisbo de miedo.

La vida seguía como si no hubiera pasado nada. Los troncos de los árboles dejaban salir puñados de hojas verdes y frescas, los ranúnculos empezaban a tapizar los prados, el río se cubría de larvas, sangraban las primeras amapolas en las cunetas, y los dientes de león dejaban volar sus esporas. Unos inofensivos rayos solares trataban de abrirse paso entre las nubes, como si quisieran calentar ellos solos el mundo y llevarles a ellos un poco de esperanza.

Al llegar a un pueblo abandonado, Nunilo, al igual que la mayoría, se sentó en el suelo de tierra prensada y, con la espalda cosida a la pared del lagar donde los encerraron, se recostó, exhausta. Y entonces, sin darse casi cuenta, lloró en silencio. ¿Qué iba a hacer ahora?, se repetía. ¿Qué iba a ser de ella? ¿Cómo iba a cumplir la promesa a su padre en el lecho de

muerte de que cuidaría de su linaje, su propiedad y su familia?

–¡Vamos, en pie! –rugió una voz a la amanecida, y volvieron a ponerse en marcha hasta la siguiente parada.

A la jornada siguiente, una vez repuesta tras un breve, pero reparador sueño, observó a sus compañeros de penurias. Sentía las legañas pegadas y las piernas entumecidas de dolor, y apenas reconoció a alguien.

Pronto, hablando con unos y otros, supo que el ataque vikingo no se había limitado a sus tierras, sino que había afectado a muchas millas de costa en dirección norte. Demasiada costa ensangrentada; aun así, aquello la alivió: no podrían acusarla de ser ella la culpable de no haber defendido sus tierras cuando otros habían estado incluso peor. Sabía, pese a todo, que aquél era el menor de sus problemas. Sólo debía pensar en cómo sobrevivir, cómo escapar de allí con vida.

–Son hombres del rey Gondrod de Noruega –le cuchicheó un peregrino con la concha aún al cuello, como si fuera un ancla.

Nunilo lo miró con tristeza, consciente de que aquel símbolo cristiano lo llevaría a la tumba. Esos bárbaros no tenían piedad. Se lo advirtió, le pidió que se deshiciera de él cuanto antes, pero el tipo se aferró aún más a a la concha. Y ella, con un suspiro, aceptó que la fe era lo único a lo que podía aferrarse en ese momento.

–Decís que son hombres del rey Gondrod... ¿Cómo lo sabéis? ¿Ese Gondrod está aquí, en Gallaecia? ¿Era el tipo alto que atacó Castello Branco? –preguntó al rato.

–Gondrod es una mala bestia, pero no sé si es quien atacó el castillo de la condesa. Es el caudillo de todos estos salvajes, pero, si no fue él, su lugar lo ocuparía alguno de sus hombres.

–¿Habláis su lengua? ¿Los entendéis? –volvió a preguntarle, comprendiendo que, si quería sobrevivir, tendría que aprender, y deprisa, algunas palabras nórdicas–. ¿Sabéis a qué han venido? ¿Qué piensan hacer con nosotros? ¿Habéis oído algo?

–Entiendo sólo algunas palabras..., aunque alguno habla en cristiano, o lo chapurrea. Ese al que llaman El Negro antes comerciaba por la zona y se manejaba con nuestro idioma un poco. Intercambiaba pieles por joyas y ámbar.

–Olaf el Negro... –susurró Nunilo, preguntándose, nerviosa, si sería aquel vikingo que la miraba durante el ataque.

Un ruido los sobresaltó, y todos se volvieron como resortes hacia la puerta, por donde entraban dos vikingos fuertemente armados. A diferencia de los *jarls,* no llevaban cota de malla, sólo una vasta túnica de lana, y, por encima, una protección acolchada. El más joven arrastraba una amenazadora hacha de mango largo. Las greñas le colgaban por la cara, aunque llevaba la nuca rasurada, pelada como el culo de un bebé. Un pico

de rapaz tatuado destacaba en su antebrazo, entre los múltiples anillos. Su compañero debía de ser de estatus superior, pues sobre la túnica de lana llevaba un *hauberk* de cuero reforzado con grandes anillas de hierro, y de su cintura colgaba un enorme cuchillo.

–¡Vamos! –bramó éste, y las mujeres se levantaron al unísono.

Las condujeron hasta la nave medio derruida de una iglesia. La cruz de piedra estaba en el suelo, hecha pedazos; el altar había sido destrozado a hachazos, y la rústica virgen, decapitada de un sablazo, yacía en medio de un charco de sangre. Parecía un milagro, como si la figura misma se hubiera desangrado, como si no fuera una piedra tallada, sino un ser vivo. Al verlo, Nunilo agachó la cabeza. Allí debía haber muerto alguien defendiendo la iglesia, posiblemente su párroco, y, aunque hubiesen retirado el cadáver, no habían limpiado el lugar. Pero su intuición la avisó de repente de que aquello era un mensaje. Y los ojos se le inundaron de lágrimas.

Sisalda llamaba a aquella talla la Dana, la fuerza que todo lo ve. Contaba que los cristianos se la habían apropiado, y también que, siendo Nunilo aún muy pequeña, le habían ofrecido a escondidas un cuenco de leche y el corazón machacado de una cabra. Al ver ahora la imagen allí en el suelo, rota, Nunilo tuvo el inexplicable convencimiento de que Sisalda le estaba hablando, cuidándola en la distancia. No estaba del todo sola.

Y, pese a los latigazos, con los que las obligaban a caminar por el bosque durante un par de horas más, el hambre y el cansancio, Nunilo se sintió más animada. Había desechado por completo tanto la idea de entregarse a los vikingos como la de suicidarse. Trataría de escapar en cuanto fuera posible, pues había comprendido que debía resistir. Como tantas veces le había dicho Sisalda, tenía que esperar a que la vida misma le indicara el camino; con paciencia, mantendría los ojos bien abiertos, analizaría todos los datos, leería las señales y se dejaría arrastrar por la corriente sin aferrarse a ideas. Debía orientarse por el instinto. El momento perfecto llegaría.

Al llegar a su destino, comprobaron que no eran las únicas prisioneras, y en todas se reflejaba el mismo terror y desconcierto. De repente, el sonido chirriante de unos goznes les erizó los cabellos, y entonces apareció él. Nunilo se quedó sin aliento y las piernas empezaron a temblarle de miedo. Si de lejos le había parecido un perfecto guerrero, de cerca, más. Había en él algo intimidador pese a sus modales, algo más refinados que los de sus hombres. Con acento extranjero, pero entendible, les pidió que salieran una a una al centro y se desvistieran.

–Vamos..., *deprigggsa*. No podemos *estarggg* con esto todo el día...

De nada sirvieron las protestas. La primera en obedecer fue una jovencita de largos y embarrados cabellos rubios que, con manos

temblorosas, se desató el nudo de la saya y dejó al descubierto unos pechos temblorosos y unas carnes prietas. Cerca, un joven vikingo parecía relamerse, pero el jefe la apartó a un lado sin miramientos y obligó a adelantarse a una mujer madura, de cabellos lacios, a la que revisó la dentadura como si fuera una mula. La siguió una dulce y tímida adolescente que no paraba de gimotear, y luego otra y otra...

–Tú..., vamos.

Nunilo supo que la orden era para ella. Sin pensárselo, convencida de que lo mejor era terminar cuanto antes, dejó caer la túnica y mostró su cuerpo esbelto como un junco. Trataba de mostrarse tranquila, pero su corazón le golpeaba el pecho como un martillo y se sentía completamente vulnerable. Una fina banda de tela le cubría los pechos; se la había colocado para la batalla. La roña ocultaba la delicadeza de su piel, pero, aun así, destacaba por su finura, consecuencia de años de cuidados, agua de hiedra, ungüentos de ruibarbo, limpiezas en profundidad preparadas por Sisalda a base de agua clara y cenizas de sarmiento, polvo de flores de aulaga y mascarillas de huevo. Algo sólo al alcance de las damas de alta alcurnia. Aquello, se temió, podía desenmascararla, pero pronto comprobó que aquellos hombres no se fijaban en sutilezas.

Nunilo agachó la mirada, dando una falsa imagen de sumisión, en un intento de que la reconocieran como la mujer que le había hecho frente desde el torreón.

–Veamos. –Olaf retiró de un manotazo a uno de sus hombres y se acercó a Nunilo. Dio una vuelta a su alrededor, y luego le alzó el rostro, que ella mantenía hacia el suelo–. ¡Qué *timidagggg*! –exclamó, y lo repitió en su lengua, arrancando la carcajada de sus hombres.

Ella, antes de que sus ojos llegaran a cruzarse, volvió, en apariencia, a mirar hacia abajo púdicamente. Pero el simple contacto de sus manos le produjo una sacudida, y sus ojos centellearon de rabia. Supo, sin mirarlo, que él sonreía arrogante, tal vez creyendo que su piel de gallina se debía a su atractivo masculino, no al pavor y la furia que la recorrían de cabo a rabo. En ese instante, Nunilo deseó cruzarle la mejilla con la fusta.

Pero, al momento siguiente, la turbó la vergüenza. De un tirón, él le había arrancado la banda de tela, dejando al descubierto sus pechos, y Nunilo enrojeció como la grana. Aun así, notó cómo sus pezones se endurecían y sus hormonas, fuera de control, revoloteaban como locas. Él le acarició los pezones con un dedo, como hipnotizado por ellos, en su color rosaceo del mismo tono de las bayas en verano; luego, sin mediar palabra, se agachó y, poniendo una rodilla en el suelo, se los chupó. Temblando, Nunilo se retiró bruscamente y lo golpeó con los puños. Él soltó una carcajada provocadora.

–*Exquisitosggg*. ¡Ja, ja, ja! –exclamó, divertido.

–¡Bastardo! ¡No me toquéis! –gritó ella, visiblemente alterada.

–¡Allí! –le indicó él, ya cansado del jueguecito, y sus ojos la persiguieron hasta que, arrastrando por el barro la túnica, se unió al resto de mujeres.

Nunilo sentía sus pupilas clavadas en la espalda. Era la primera vez que un hombre la veía desnuda, y la sensación había sido desconcertante, contradictoria: asustada y turbada por tanta grosería, su corazón se había desbocado de pavor, se había ruborizado en exceso y el sexo se le había humedecido. Maldijo a aquel hombre entre dientes, pues le había otorgado, sin saberlo, una extraña lucidez. El pulso le latía locamente y tenía la boca estropajosa. Tapándose como pudo con manos temblorosas, se abrochó la túnica y se preguntó qué haría para escapar de allí y reunirse con los suyos. Daría a aquel desgraciado su merecido.

–Algún día, espero no muy lejano, sabras quién soy yo –castañeteó entre dientes. Él se rio al oírla murmurar en arameo.

–¿Decíais algo? –le preguntó con una sonrisa, y ella negó con la cabeza.

–Salid –ordenó una voz.

Nunilo miró a su alrededor, preguntándose qué pretenderían separando a las mujeres jóvenes y sanas de las otras, cuál sería su futuro.

Esa misma tarde, trasladaron en carro a unas treinta mujeres, incluida ella misma, hasta su campamento principal, situado en su propio castillo, o, al menos, en lo que quedaba aún en pie. Nunilo regresaba a su hogar arrojada de su pedestal. «Aun así», pensó, «es una buena señal. Éste es mi territorio, mi casa». Y, besándose el borde de su tabardo deshilachado, se juró venganza.

–Camina –le espetó un vikingo con fuerza, sacándola de sus pensamientos.

Nunilo le escupió a la cara

Bosques aledaños

Se echó un poco de vino de la bota sobre el muslo malherido y se lo vendó. Al momento, una estrella carmesí empezó a perfilarse en el lienzo. Osso Santiáguez se había lastimado de poca gravedad en una pierna, pero eso había retrasado su salida del castillo hasta el anochecer; quería ampararse en la oscuridad ahora que todos los accesos estaban vigilados. Aprovechando que los vikingos parecían entretenidos saqueando los pisos superiores, los torreones y las dependencias de los Fáñez, o en el bosque dando caza a los rezagados, huyó con algunos hombres a través del túnel por el que se comunicaban las mazmorras con la cueva donde la condesa

había mandado esconder parte del ganado.

«Muu, muuu», oyeron enseguida a lo lejos. Osso ordenó apagar los hachones y extremar el cuidado para no asustar más a las bestias.

–Shsss, tranquilas, tranquilas –murmuró Osso al llegar hasta los animales, y éstos, tras dar coletazos y arremolinarse nerviosos, como en una revuelta, unos momentos, siguieron a lo suyo.

Sólo entraba un resquicio de luz desde el exterior, por una grieta; la suficiente para que el ganado no se aterrara y pudiera ver el ramal esquelético que había unos treinta pasos más allá, dado que la salida estaba taponada con rocas para evitar que escaparan.

–La condesa no os ha esperado aquí tampoco –comentó un soldado a Osso nada más salir al exterior. Él asintió. No se lo podía reprochar, su herida los había retrasado, pero haber actuado diferente hubiera sido una temeridad–. ¿Seguimos buscándola ahí fuera o avanzamos hasta Compostella ya?

–Echaremos una ojeada rápida, con cuidado de no ser vistos. Y recemos a santa Olalla para que la condesa haya logrado alcanzar sana y salva la Villa Iacobi. Conoce bien los caminos –dijo Osso como para tranquilizar a su conciencia, pues bien sabía que todas las calzadas estarían infestadas de fugitivos y hombres del norte.

El bosque aparentaba tranquilidad. El arroyo trotaba saltarín con las aguas del deshielo, y a lo lejos sonaba el murmullo imperturbable del cauce del Ulla. Una lechuza ululó cerca y un ciervo los miró desde unos árboles. Las últimas inundaciones habían hecho impracticables los senderos que conducían a las cuevas donde sólo meses atrás habían buscado a las cuadrillas de rateros que robaban ganado. Osso se preguntó si podrían ocultarse allí unos días. Estaba claro que los hombres del norte tendrían que avanzar hacia Compostella y que los que se quedasen en la costa, al cuidado de los barcos y de los pueblos ocupados, estarían muy entretenidos disfrutando del botín; demasiado como para transitar por los caminos ya prácticamente desiertos. Ése sería el momento ideal para escapar.

–Estamos cerca de las Brañas de Liaño. Deberíamos seguir el cauce del Ulla, girar en el meandro próximo a los carrizales del oeste y llegarnos al molino del Cura –dijo al fin.

–Capitán..., el molino habrá ardido, seguro –contestó Nuño.

–Sí, posiblemente, pero allí siempre suele haber barquichuelas, en una y otra orilla, para que los campesinos pasen de un lado a otro con sus sacos de grano y la harina ya molida. Tal vez todavía quede alguna navegable y podamos cruzar al otro lado. Alcanzaríamos antes las cuevas y evitaríamos el cruce del Concello de Valga, que debe ser de los más patrullados –explicó Osso.

Avanzaron sin aliento entre la fronda de la cuenca y los carrizos, donde las ánades dormían en nidos de algas y las serpientes loro, de rabioso color verde, resbalaban por el lodo a la caza de alimento. Una cuadrilla de roedores chapoteaba en la orilla, los piquituertos alzaban el vuelo a su paso con los picos llenos de semillas, y las gaviotas sobrevolaban el cielo. El amanecer despertaba, y el viento procedente del océano arrastraba consigo el tufo a muerte de la costa. Las aves carroñeras oteaban Catoira y las demás aldeas, graznando enloquecidas por el olor de la sangre. Montones de cuerpos sin vida se pudrían en los caminos sin nadie que los llorara. Ojos con las cuencas vacías los miraban en silencio.

–Si no se queman pronto todos estos cadáveres, se propagarán enfermedades... –comentó Osso.

Los vikingos no se habían preocupado de dar entierro cristiano a sus víctimas, pero habían encendido grandes piras para incinerar los cuerpos. Al menos, en los poblados, pero resultaba evidente que no se habían entretenido mucho en la tarea, pues quedaban muchos cadáveres flotando en los ríos, agarrados a las orillas, para que la Parca no se los llevara tan pronto.

En esto iba pensando Osso cuando tropezó con uno de los mozos que habitualmente cruzaban en balsa el Ulla. El muchacho, de unos nueve años, tenía la cabeza abierta de un hachazo y la piel amoratada y negra. Los gusanos ya se estaban dando un banquete con su carne, y los picotazos en la cara evidenciaban la presencia cercana de aves carroñeras. Tapándose la nariz por el olor, Osso señaló a sus acompañantes la balsa que permanecía enganchada con una soga a una estaca en el río. Prácticamente invisible, tapada por unas mantas raídas y unas retamas, se mecía suavemente con la corriente del Ulla.

–Vamos, crucemos –dijo Osso.

Tras hacerse con varias ramas del grosor y la longitud adecuada, sacaron la balsa de su escondite. Varias aves revolotearon asustadas y unos polluelos de cormorán, hambrientos, les salieron al encuentro. Las olas les dificultaban el paso, y un banco de peces se les coló entre las piernas, pero, poco a poco, con esfuerzo, temerosos de que alguien los descubriera ahora que estaban a la vista, remaron contra los remolinos de la corriente y se acercaron a la margen contraria.

–Tomemos el monte Xiabre como referencia –dijo Osso– y dirijámonos luego hacia su parte trasera.

Remaron en silencio, rogando por no ser vistos, dejando a su derecha los campos y labrantíos abandonados donde sólo hacía unos días crecían alegres las habichuelas, los grelos, las vides y las berzas; donde habían jugado los niños y las mujeres ponían al sol la colada.

Aquel tramo del río estaba salpicado de molinos, de viento, de agua y

de mareas, molinos que habían enriquecido las vegas del Barral y del Tarrio y alimentado muchas bocas. Ahora se veían calcinados y rodeados aún por el olor acre de los fuegos. De las decenas de ingenios, apenas quedaba alguno en pie, casi todos habían sido pasto de las llamas, bien prendidos por los vikingos en su salvaje avance o por sus propios dueños. Si los hombres del norte pretendían moler grano, primero tendrían que empezar por reconstruir los trapiches y buscar trigo y cebada en campos lejanos, pues la zona era ahora un erial. Política de tierra quemada, se llamaba; usual no sólo para protegerse de las incursiones del norte, también de las del sur, cuando, en verano, las aceifas moras abandonaban la placidez de la Marca Media y se adentraban más allá de la línea fronteriza de Bardulia.

–Nuño –dijo Osso a su hombre de mayor confianza al llegar al Muiña da Ponte–, aquí nos separaremos. Quedaos en la zona, avanzad hacia las cuevas y resistid. Os dejaremos algo de comida, arcos y unas flechas embreadas. Esconded con vosotros a todos los supervivientes que encontréis. Habrá que organizar la resistencia en los bosques. Debe haber mucha gente vagando sin saber a dónde ir ni qué hacer, y don Sisnando necesitará quien le informe de cómo van las cosas, qué pueblos han sido abandonados, dónde encierran a los esclavos o quiénes se han quedado al mando. Si podéis, haceos con algunas palomas mensajeras. Los demás nos vamos a Compostella para ponernos al servicio del arzobispo. Seguro que llama a todos los hombres de armas disponibles. La batalla principal se dará allí.

–Esperad unos días. Los caminos están demasiado vigilados... –murmuró Nuño Gonzálvez.

–Lo sé, pero no podemos perder ni un día. Hay que reagruparse y dar batalla. Además –añadió Santiáguez–, debo asegurarme de que nuestras dueñas han llegado bien; si doña Nunilo y la señorita Onneca están ya a buen recaudo.

Nuño afirmó con un gesto rotundo de cabeza y se despidió de él con un abrazo.

Tardarían en volverse a ver.

León, capital del reino

«Zas». La lanza resonó al chocar de forma estrepitosa contra el saco, pero éste apenas se balanceó en la soga.

Un cuerpo menudo se deslizó del caballo, ayudado por un escudero. Se levantó el yelmo y escupió al suelo. Un rocío rojo se esparció sobre el polvo. Se había mordido el carrillo y llevaba la cara arrebolada del

esfuerzo, la nariz le goteaba y tenía los ojos llorosos del berrinche, de la impotencia.

–Definitivamente, esto no es para mí. Si debo comandar a las tropas, tendrá que ser desde una posición más cómoda. Jamás podré luchar en el campo de batalla –reconoció doña Elvira.

La mujer, torpe con los escarpines y la cota, apenas se sostenía en pie. Llevaba dos días tratando de aprender las técnicas de batalla, los suficientes para comprender que ni en mil años estaría preparada. Aquella idea había sido un error.

–Ja, ja, ja, qué mal lo habéis hecho, peor que yo. Maese el instructor se enfadará… –le dijo un muchacho acercándose con a sus dos canes.

–Ramiro… Majestad –la regente inclinó la cabeza ante el niño–, veo que os habéis divertido un rato a mi costa. Me alegro, así os aburriréis menos, pero deberíais estar con vuestro instructor de música, bien lo sabes. Vamos, andando.

El rey, que llevaba un buen rato observándola desde una repisa pegada al muro, se había divertido de lo lindo.

–¡Demonios! –maldijo la regente, tirando al suelo los guanteletes. Estaba demasiado vieja para echarse sobre los hombros aquella faena.

–Alteza, si me hacéis la deferencia de… –murmuró el instructor, pero doña Elvira ni lo miró al pasar por su lado como un vendaval.

Saurio, su secretario, llevaba un rato esperándola con una bandeja con varios comunicados, pero tampoco se atrevió a frenarla. Cuando estaba de mal humor, doña Elvira podía ser un desagradable demonio. Entró en palacio a toda velocidad, despeinada, manchada y enojada, y en unos instantes desapareció de su vista.

Un rato después salía por los pasadizos secretos que comunicaban el alcázar con el convento de San Salvador, que su padre había construido precisamente para ella. Había ingresado a los siete años y no había salido de allí hasta hacía quince, para acompañar a su hermano a Córdoba en aquel «viaje depurativo» una vez depuesto como rey por su gordura. Sancho de León, Sancho el Craso, el Gordo, había perdido el trono por ser incapaz de subirse a un caballo, levantar una espada o batirse en una justa. En realidad, era el terror de los establos… y de los galenos. Tanta carne de venado le había producido gota, y su corazón amenazaba con estallarle en mil pedazos.

Doña Elvira iba recordando aquello cuando vio la luz al final del túnel, *stricto sensu*, y abrió la pesada verja metálica. Sólo había caminado unas varas, pero entraba en un mundo distinto; cruzaba un umbral en el que se sentía más cómoda. Los pájaros trinaban esa mañana de primavera de tiempo desordenado: frío, lluvia, sol… El polen cegaba la vista a ratos, la luz doraba la fuente y, en vez de cortesanos conspirando, un ramillete de

novicias reía en el huerto. Las arcadas en penumbra del claustro se le antojaron más protectoras que nunca; el olor a pastas de jengibre, glorioso. Saludó a las hermanas que se encontró por el camino hasta llegar al pequeño refectorio. Sor Jimena, la actual abadesa, comprobaba a esa hora todas las mañanas cómo iban las cocinas.

–Alabado sea el Señor –se rio sor Jimena al verla llegar. Por el gesto, supo que algo sucedía–. ¿Qué ha ocurrido? Se os ve de muy mal humor... –le preguntó mientras probaba con un cucharón el guiso que borboteaba en el puchero. Después de darle su aprobación y ordenar a una novicia que rellenara la leñera, sor Jimena dispuso un pequeño cuenco de leche con avena para doña Elvira y la animó a sincerarse–: Será mejor que lo soltéis...

–No sé luchar desde un rocín... ¡Soy incapaz de hacerlo todo a la vez! No desmayarme con el peso de la cota de malla, doblar el brazo con esos brazales metálicos puestos, sostener la lanza, impedir que se me caiga la visera, ver algo por la ranura del yelmo... ¡Qué sé yo!

–¿Acaso os habéis vuelto loca? ¡Jesús, Jesús, pero a quién se le ocurre! ¿A vuestra edad y sin experiencia previa pretendéis dirigir a vuestras huestes subida en un caballo de guerra? Os hacía más inteligente... –le dijo entre risas la abadesa, que se sumó al refrigerio con un vasito del licor que acababan de guardar en los toneles que llevarían el fin de semana al mercado–. ¿Para qué queréis aprender todo eso? Sería más propio hacer lo que sabéis... Manejar a vuestras tropas desde la cabeza, no desde los intestinos. Dejad que otros disparen los arcos, y usad vos lo que el Señor os ha dado: la cabeza. De ésas no estamos tan sobradas.

–Ya..., pero me he aplicado siempre a otros menesteres: a ahorrar gastos en el convento cuando era la superiora, a establecer pactos políticos con otros reinos o estados, a mantener las relaciones con mis primos de Navarra, a impedir que el califa eche las muelas cada vez que fundamos un pueblo en la frontera..., pero ¿a la guerra? No sé de estrategias militares. No sé si debo abandonar León y partir a Gallaecia con todo el ejército o quedarme aquí y confiar en que mis brazos armados obedezcan. ¿Qué hago?

–Independientemente de que supongo que no habréis escuchado a ninguno de «vuestros brazos armados«, que para eso tenéis asesores, y s...

–No termino de confiar en ellos –la interrumpió doña Elvira–. Sólo en unos pocos..., muy pocos. No sé si han sido sobornados por Abderramán, por los vikingos o por los rebeldes gallegos. Justo en momentos difíciles como éstos es cuando menos puedo confiar en nadie. Soy así, y, si me vais a pedir que hable y consensúe mi decisión con la reina viuda, os dire... ¡Uf! ¡No puedo con esa mujer...! Abierta de piernas mientras el reino arde por los cuatro costados.

–Ya... –La abadesa bebió un traguito del licor–. ¿No será que no toleráis que nadie sea tan estricto como vos? Las normas de conducta que vos seguís son ideales para un convento, pero ¿ahí fuera...? –se encogió de hombros–. Ahí reinan otras, y vos no las domináis. Tal vez os hayáis mostrado demasiado desagradable con esa mujer; el intentar quitarle la custodia de su hijo no os hizo ningún favor. –Doña Elvira suspiró y, dejando a un lado el tazón de comida, tomó ella también una copita de la deliciosa crema de angélica teñida de azafrán–. Deberíais firmar la paz con doña Teresa Ansúrez, lo primero. Recordad que hubo un tiempo en que fuisteis casi amigas..., cuando viajasteis a Córdoba.

–Es curioso que digáis eso. Al venir estaba recordando nuestro viaje a la corte califal. Aquello sí que era lujo. A Teresa le hicieron entonces los ojos chiribitas –se rio–. En esos días ya dio aviso de cómo sería. Mientras mi pobre hermano, derrocado del trono y deprimido, se encerraba con el médico del califa para poner fin a la hidropesía y curar sus males, ella galanteó con unos cuantos caballeros. Yo entonces la desanimé a pasar a mayores, pero la entendía. ¡Era tan joven y estaba tan decepcionada! Llevaba poco en León cuando los desposeyeron del trono. No le dije nada a mi hermano del comportamiento indecoroso de su esposa, e intenté que ella viera que debía mantenerse fiel a su matrimonio y no pedir la anulación. Él adelgazaría, recuperaría el trono y pondría a los traidores en su sitio... Y lo hizo. Doy fe de que lo hizo y de que ella supo, entonces, estar a la altura de las circunstancias. Pero ahora...

–Ahora necesita vivir. Ella cree que durante muchos años ha sido una esclava de las circunstancias, un peón en manos de su familia, de su esposo, de los pares del reino. Era demasiado bonita y joven, y vuestro hermano, perdonad que os lo diga, no era precisamente un Adonis. Cumplió lo que se le exigió; mantenerse a su lado a pesar de su gordura, su mal talante, sus demonios familiares y su derrocamiento; logró darle un heredero..., y ahora, tal vez, haya llegado el momento de disfrutar de la vida. ¿Quiénes somos nosotras para censurárselo?

–No es una mujer cualquiera. Es la reina. Eso tiene un precio.

–Es la reina, sí, pero también es una mujer. Y de carne y hueso, como cualquiera de nosotras.

–No estaba preparada para ser reina. No lo estaba entonces y con los años, ahora, lo está menos.

–Nadie está preparado para ceñir una corona, y menos en estos tiempos inciertos. Eso nadie mejor que vos puede saberlo. Cuán difícil es mandar, tomar decisiones... No todo el mundo ha nacido para ello. A ella la educaron para que bordara en la rueca y tocara el arpa, para conquistar a un esposo noble y lucir las mejores galas, no para desactivar continuamente conspiraciones y blandir las armas.

–Pues de eso su familia sabe de sobra. Su padre podría haberle enseñado algo.

–Sí, en eso estoy con vos. Pero el instinto de poder no se aprende, se nace con él. Lo mejor que podéis hacer es tolerarla. Dejadla tranquila, tomad vos las decisiones sabiendo que el Consejo Real os respalda.

–Dicho así, suena entendible... –reconoció doña Elvira–, pero eso no cambia lo que pienso de ella. No confío en Teresa Ansúrez.

–Si no podéis confiar en ella, ni controlarla, será mejor que la alejéis de la corte por un tiempo. Mandadla a Oviedo. Allí tiene familia.

–¿Y que conspire contra mí desde lejos? –soltó, molesta, la regente–. Recordad esa máxima de que al enemigo no hay que darle nunca la espalda; hay que tenerlo cerca y vigilado. Tal vez fuera más sencillo ordenar que la mataran... –Al decir esto, sintió como un latigazo de nervios.

–No hace falta llegar tan lejos –repuso la abadesa, mirándola con gesto contrariado–. Mancharos las manos con su sangre... ¡No conspirará contra vos! El reino no es vuestro, recordadlo, sino de su hijo. Vos sólo se lo estáis guardando para cuando el muchacho llegue a su mayoría de edad. Puede ser algo estúpida, pero doña Teresa no hará nada que perjudique a su retoño. No hagáis algo que perjudique vuestra futura salvación.

–Sí, tal vez tengáis razón. Debería alejarla de aquí, mandarla a Oviedo con algún cometido de los que a ella le gustan. No sé, representar los intereses del rey su hijo allí, afianzar alianzas, algo flojas últimamente... –comentó, aun cuando en su mente no era capaz de abandonar la idea del regicidio. «Sería por el bien del reino», se dijo. «De mi sobrino, de todos». Disimulando la incertidumbre que la invadía, miró a doña Jimena y sonrió. Era más prudente volver al tema por el que habían comenzado–. Pero, sobre la guerra, ¿qué hago? –preguntó suplicante a su amiga.

Sor Jimena se levantó y, lentamente, tambaleándose por los achaques, se acercó a un arcón con candado. Se sacó la llave de la faltriquera del hábito y lo abrió.

Tomó una vieja tabla y una bolsita de tela con fichas dentro. Era el viejo ajedrez que el rey Sancho le había regalado a su hermana durante el viaje a Córdoba. En los meses que estuvo recluido para curarse, ni salió a la calle ni permitió que nadie lo visitase. Quería dar la sorpresa cuando lograra adelgazar, para lo que tardó casi un año. Fue mucho tiempo y, aburrido, pidió a sor Elvira que lo acompañase jugando al ajedrez.

Si bien era un juego de hombres, no estaba bien visto en las mujeres, a ella le habían enseñado en privado. Doña Elvira había conservado el tablero y las fichas, pero las únicas partidas que había vuelto a jugar desde entonces habían sido precisamente con sor Jimena, la única a la que se había atrevido, a su vez, a enseñar las reglas.

–¿Hace una partida? –preguntó la monja, y doña Elvira alzó una ceja interrogativa.

–¿Ahora? Sabéis que apenas tengo tiempo. Saurio lleva toda la mañana detrás de mí para que le firme unos despachos.

–Bueno, empecemos la partida y ya la terminaremos cuando se pueda –respondió sor Jimena–. En realidad, lo único que quiero haceros ver es que el ajedrez será la respuesta. No sabéis de guerra, y yo tampoco, pero sí sabemos de movimientos estratégicos. Hemos tenido batallas endiabladas –se rio la monja–, así que deberíamos colocar las fichas de tal forma que vos podáis entender lo que se avecina. Por ejemplo –colocó los peones negros–, decidir que estas fichas negras son los normandos y las blancas, los nuestros. Ellos –los extendió por el tablero– están por todas partes, y nosotros, recluidos en estos casilleros. El rey está seguro, no hay posibilidad de que le den jaque mate. La dama blanca, que seríais vos –rio de nuevo y le levantó el velo blanco que le colgaba de la toca–, debe poder moverse entre líneas sin perder de vista a su majestad, ordenando a sus caballos protegerlo...

–¡Tenéis razón! –exclamó doña Elvira, y recogió el tablero y las fichas para llevárselo–. Jugaré varias partidas y veré qué movimientos son los más seguros. Gracias, sor Jimena. Mañana esperadme para el desayuno. Os contaré qué he adelantado. –Y marchó apresuradamente.

Capítulo 10

Castello Branco

–¡*Vosotrgas!* Vais a tener suerte...

–¡No, por favor, señor! Déjenos aquí –suplicaron dos de ellas.

Los hombres se echaron a reír, dejando al descubierto una dentadura como una empalizada agujereada, mientras Olaf seleccionaba a las más atractivas para enviárselas como presente a Gondrod. Después eligió otras dos para él.

–Y vosotras..., aquí, conmigo. *Du meg, du meg...* –señaló a otras tantas.

Nunilo descubrió, atormentada, incapaz de creérselo, que hubiera deseado ser una de ellas. Aquellas vulgares aldeanas no le llegaban a la suela de los zapatos, pero ese bruto no parecía darse cuenta. Desde el ataque en el castillo vivía inmersa en una batalla entre emociones y razones que la tenía descolocada.

Olaf, repantingado en el sillón condal, bebía vino de una copa de plata. Con un gesto, ordenó a las muchachas que se sentaran sobre él, y, al momento, comenzó a jugar con ellas remojando sus dedos en miel y pintando runas dulces en sus ombligos. Vestía un jubón de cuero y una túnica de lana roja cerrada con un ancho cinturón que mostraba una calavera de plata, y se cubría las piernas con tiras de tela enroscadas. Allí, relajado y poderoso como Odín en su trono, parecía el señor natural de esos dominios.

Entretanto, Ölvir-Ulf, uno de sus hombres, desapareció de la sala llevándose consigo al resto de mujeres hacia las dependencias de servicio. Un joven normando, que atendía al nombre de Harald, mandaba en las cocinas en esos momentos; en *sus cocinas*.

–*Ta matenn!* ¡Comed! –les gritó otro tipo, obligándolas a sentarse con un empujón en las bancadas.

Pese a que les ofrecieron sólo un rancho vomitivo y un cuenco de agua, Nunilo devoró su ración. Apenas había tomado nada desde el ataque y estaba hambrienta. Aquella comida, que en otra ocasión habría echado a los puercos, le pareció un manjar, y sabía que debía reponer fuerzas.

–*Din Ut! ¡Fueggaaa!* –gritó entonces el vikingo de cabello apelmazado y barba tiesa que las había llevado allí.

Y, echándola del banco de una patada, el tipo cogió a la joven un tanto bizca que Nunilo tenía a su derecha y empezó a sobarla. La muchacha, aterrorizada, no se resistió. La señora de Breixos no necesitó mucho más para separarse disimuladamente de su compañera. La sola idea de que aquel energúmeno pudiese abusar de ella también le removió el estómago.

Nunilo, acostumbrada a que todos le rindieran pleitesía, a ser la dama con la que los mejores pares del reino soñaban con emparentar, no pudo dejar de sentirse, en el fondo, humillada. Había sido descartada por el *jarl*, y ahora también por el repugnante mequetrefe que las vigilaba. Pero aquello le hizo entender algo: que aquellos hombres, igual que la mayoría, preferían mujeres casi niñas, bellezas que eran amaneceres dorados, luminosos, como siempre le decía Sisalda, en vez de a alguien como ella, una belleza lunar, oscura y enigmática.

–*Er du sulten?* –le preguntó el joven cocinero. Ella no entendió la pregunta, pero, cuando el mozo levantó de nuevo el cazo lleno de caldo, en el que nadaban unas berzas duras, Nunilo negó con la cabeza–. *Er denne din...? Deretter lagre den, er det farlig å bli sett.*

Nunilo parpadeó, sin comprender nada. Pero, entonces, el chico le pasó a escondidas una pequeña cruz, la misma que Nunilo solía llevar siempre consigo y que él se había guardado en la bota cuarteada y agujereada para impedir que se la robaran los bárbaros. Nunilo comprendió y lo miró agradecida, y el chico hizo un gesto de entendimiento. Ambos se sonrieron.

Pero no tuvo tiempo de más. Aquella misma tarde la obligaron a trabajar en las tareas de desescombro y limpieza del castillo. En más de una ocasión se le saltaron las lágrimas al ver los destrozos; las estancias negras por el humo, los techos agujereados como una suela vieja, el artesonado de algunas salas y los torreones calcinados. Sólo el que habitualmente ocupaba Sisalda se había salvado, desafiando a aquellos vikingos como antes había desafiado al conde.

El ajetreo era de mil demonios. Y los hombres del norte parecían haber venido para quedarse, dadas las molestias que se tomaban en retirar cascotes, recuperar muebles y reparar muros. A última hora de la tarde incluso trajeron al herrero, a quien habían ofrecido respetarle la vida si trabajaba para ellos. Al verlo, Nunilo recordó, horrorizada y con lágrimas

en los ojos, la terrible imagen del pequeño Senan, su hijo, muerto de forma brutal. Tal vez el herrero aún no sabía nada, aunque, en todo caso, ¿qué otra opción le quedaba, si tenía diez hijos más a su cargo?

–*Fyll vann fat* –le dijo de repente el centinela.

Nunilo supuso que debía llenar el barril astillado que le señalaba. «Ilusa», se dijo. Había tenido la esperanza de que las dejaran descansar al llegar la noche, pero algunas mujeres fueron destinadas a las cocinas a limpiar los perolos, y ella, al baño del *berkerser.* En su vida había trabajado tanto ni había estado tan cansada.

Mientras trajinaba de un sitio para otro, escuchó las risotadas de los vikingos desde el salón. Olaf el Negro había subido a sus dependencias junto con su particular séquito de mujeres colgadas del cuello, como si fueran otro collar más, con serpientes enroscadas y dientes de oso.

A Nunilo le gustó saber que el hombre que la tenía presa era el temerario y famoso Olaf el Negro, ese vikingo de quien decían que andaba tras ella, embriagado por el olor y las riquezas. Estaba dispuesta a enfrentarse a él. Aquello iba a ser como jugar al ratón y al gato; habría que ver quién era más listo, quién engañaba a quién. En eso pensaba mientras subía las escaleras, y, sin querer, se le escurrió parte del agua que llevaba en el cubo. Aquella espiral de piedra también se había visto afectada por el fuego, y una de las paredes se había derrumbado y se asomaba al abismo. Nunilo dio un respingo cuando, en ese agujero, apareció la lechuza que habitualmente los observaba desde el bosque, como si fuera un centinela emplumado, siempre muda y distante, pero alerta.

Los troncos que chisporroteaban en la chimenea del salón principal reconfortaban del frío incluso en la distancia. Los vikingos, beodos, jaleaban y voceaban mientras jugaban con unas extrañas fichas. El que debía ir perdiendo, enfadado, había lanzado un hacha contra la pared, y ésta, al rebotar, había seccionado en dos la cabeza de ciervo que su padre había colocado presidiendo la sala. El golpe contra el suelo de madera retumbó como un cielo negro, y los hombres soltaron una carcajada. Uno pegó una patada a la cabeza, que rodó como un ovillo por la alfombra deshilachada. Nunilo maldijo su brutalidad y rogó a los cielos que los echara de allí cuanto antes. Aún refunfuñaba cuando el vigilante la increpó para que aligerara.

Estuvo un rato largo subiendo y bajando con baldes de agua caliente hasta llenar la cuba de la antesala del dormitorio que había sido de su padre. Desde allí, podía escuchar las risas sofocadas y los gemidos de las chicas, el vozarrón del vikingo y el crujir del lecho. Nunilo gruñó por lo bajo. Aquello la hería en su interior; que aquel tipo, que andaba buscándola a ella, estuviera con otras mujeres le hacía sentir unos incomprensibles celos, como si ese hombre le perteneciera de alguna

manera.

Un rato después, las jóvenes salieron risueñas y felices, cargadas de regalos: dos preciosos vestidos de brocado, unos guantes, unos rodetes de lana para el cabello y una fíbula de plata con la forma de un hermoso dragón para la capa. Y todo aquello, se fijó Nunilo, era suyo.

«¡Desgraciado!», refunfuñó Nunilo al ver sus ropajes en manos de aquellas fulanas. «¡Qué fácil es ser generoso con los bienes ajenos!». Y a punto estuvo de quitarles las prendas de un tirón, pero se contuvo en el último momento, porque Olaf apareció en en la puerta como Dios lo trajo al mundo.

–¡Mi baño! ¡Vamos! ¿A qué *esperggáis*?! –gritó, y al instante dos siervos trasladaron al interior de la cámara la cuba y reavivaron el fuego en la chimenea.

Fuera nevaba; la noche era áspera. Aunque aquélla era la zona del castillo más cómoda y la que menos había sufrido durante el ataque, se habían abierto unos cuantos agujeros por los que el aire silvaba. Nunilo escuchó por un momento el triste graznido del búho de Sisalda desde su torreón; llevaba días solo y estaría inquieto y hambriento. En cuanto pudiera, tendría que escaparse para ir a verlo, pensaba, al tiempo que intentaba no mirar hacia el hombre, aún desnudo, cuya presencia la ponía nerviosa.

Con un gesto despectivo, ordenó a los dos siervos que se marchasen, y entonces se metió en el agua. El ruidito del chapoteo hizo que Nunilo se girara, y al momento sintió un nudo en la garganta. El vikingo tenía un cuerpo poderoso, con los músculos marcados, y sus tatuajes se reflejaban en el agua. El pelo le caía en guedejas por la espalda, y los brazaletes de oro resplandecían bajo la luz de las antorchas, cuyas llamas parecían danzar, presumidas. Nunilo se quedó tan quieta como pudo, y por un rato guardó un perturbador silencio mientras él disfrutaba del cálido baño con aroma a cedro y a savia. Al fin, alarmada por no ser capaz de retirar su mirada de él, nerviosa, se decidió a hablar:

–¿Pue... puedo irme? –preguntó, titubeante.

Él se volvió y la miró con fijeza, como sorprendido, como si no supiera que ella seguía allí. Consciente del efecto que causaba en las mujeres, se relamió y le hizo un gesto para que le restregase la espalda. Nunilo tomó un estropajo de hebras de estopa que había en el suelo y obedeció, aun cuando, indignada, no dejaba de proferir vulgaridades por lo bajo. ¡Ella, una condesa, limpiándole el culo a ese bruto, a ese indeseable!

Sin embargo, lo que empezó como un castigo terminó por serle más que agradable. Le enjabonó los cabellos, deleitándose con el jabón y el tacto de su cabeza, con la sedosidad de las hebras. El pelo le resbalaba en

las manos; parecía tener vida propia. Después le frotó el cuello, y él gimió de gusto, se estiró como una fiera en su guarida, confiado, sin miedo a que ella tratara de rebanarle el pescuezo. Nunio se lo había planteado en un primer momento. El arcón de su padre estaba abierto, debían haber rebuscado en él, y ella sabía que allí, en un falso fondo, se guardaban unas puntas de lanza y una vieja daga familiar. La sola idea le había puesto los pelos de punta, y de algún modo el vikingo debió de notar su nerviosismo, porque de repente se tensó y, volviéndose, la miró de nuevo, esta vez con desconfianza.

–Sigue *frotánggdome* –le ordenó.

Nunilo lo acarició de nuevo con la esponja húmeda, recreándose en su piel, notando su calor. Llegó a cerrar los ojos cuando decidió bañarlo con ambas manos y sintió un estremecimiento. De repente, él pareció disgustarse con tanta complicidad, y se giró con brusquedad, tanta que ella dejó caer el paño en la cuba. Su mirada hablaba; lo decía todo.

–¿Qué *diabrros* haces? –preguntó, extrañado.

–Nada, mi señor –repuso ella, retirándose un poco, pero él la sujetó por la muñeca y la miró a los ojos.

–¿Estás intentando *provocagggme*?

–Desde luego que no, mi señor. –Nunilo intentó sonar convincente. Su temor había pasado del miedo a que la azotara a que pudiese violarla. El pulso le saltó cuando él le ordenó que se desnudara.

–Quítate esa *rggopa*... Entra aquí *dentrgggo* –ordenó con un rugido, y Nunilo sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Por un momento había temido que le diese unos latigazos, pero ahora era mucho peor. Durante unos instantes, se resistió. Una cosa era desearlo en su imaginación y otra entregarse a él realmente. No había yacido nunca con un hombre, y perder su virginidad no sólo era una fea cuestión de honor, sino también un tema de estado–. ¿Sois *sorggdaaaa*? –insistió él, deshaciendo el nudo que apuntalaba su túnica raída.

Cuando las telas cayeron al suelo, a sus pies, Nunilo, desnuda y tiritando, con los restos de cáñamo en la mano, sólo podía sentir desolación por estar a punto de ser mancillada en unas condiciones humillantes, y deseó poder salir corriendo.

–¿No me oís? ¡Vamos, moveos! –le advirtió él.

Pero Nunilo estaba paralizada, cosida a las baldosas de barro. Notaba que tiritaba mientras intentaba no echarse a llorar como una boba, lamentándose de no haber sido más valiente y haberle cortado el pescuezo. De repente, unas manos la levantaron en volandas y la lanzaron al agua. Al momento, el calor le desentumeció los músculos y se sintió mejor. Sin pensárselo dos veces, ajena a todo, se volvió a sumergir en la tina y comenzó a restregarse con fuerza la mugre que llevaba acumulada

desde hacía días. Jamás había estado tan sucia. Cuando sacó la cabeza y respiró aliviada, se encontró con la mirada divertida de él. Olaf se acercó un poco y le retiró el pelo que le cubría la cara, ahora una masa sedosa color brea, demorándose en sus inexcrutables ojos de hiedra.

–¿Te *conozzzgcoo*? –le preguntó, y, al ver que ella negaba con un gesto, él se encogió de hombros y comenzó a surcar con el *drakkar* de su anillo su piel ahora limpia.

Nunilo sintió un escalofrío de calor recorriéndole el cuerpo, como una marea de las que a veces el mar empujaba con ferocidad a la orilla y, sin darse cuenta, soltó un quedo gemido. Entonces, él la apretó contra sí y le metió la lengua.

–Señor..., por favor..., yo.

–*Calladggg* –le ordenó él–. No digáis nada. *Disfrutaggg* del momento.

Nunilo trató de desembarazarse de él de nuevo, pero el vikingo a aprisionó contra las tablas de madera de la cuba y comenzó a juguetear con los labios y la barba en su cuello; primero, despacio; después, como si quisiese devorarla.

–Soltadme..., por favor –insistió ella.

–Relajaos...

Nunilo calló. No sabía si era mayor el terror o la zozobra. En ese momento no había nada más en el mundo que no fueran sus manos acariciándola. Su respiración comenzó a agitarse, y volvió a gemir. Sorprendida por el deseo que empezaba a despertarse en su interior, intentó separarse una vez más, pero, súbitamente, se dejó llevar y lo besó, paladeando su roce húmedo con sabor a jabón y su respiración jadeante. Él la estrechó entonces aún más contra sí. Ella se agarró salvajemente a su cabello, y sus labios, que se habían separado un momento, se encontraron de nuevo.

–*Nyt, nyt* –susurró él sensualmente, pero ella no entendió. Olaf levantó la mirada, con gesto de interrogación, se rio y la mordió en el labio.

Nunilo apenas recordaba los besuqueos insípidos y corteses que le había dado su prometido. Celso había sido amable y encantador, pero nunca había despertado en ella un terremoto de sensaciones similar; sólo le había rozado con los labios la mano al despedirse o, en una ocasión, y algo bebido, había intentado sobrepasarse, pero ella, asqueada, lo había rechazado.

No tenía experiencia propia, pero sí había visto a los animales fornicar en los establos y sabía en qué consistía el sexo. Y también sabía que una dama de su condición no podía perder la virginidad con un enemigo, un salvaje que jugaba a ser el señor del castillo. No podía dar al traste con cualquier futura alianza por llegar desvirgada al matrimonio. Doña Elvira

no se lo perdonaría; la desterraría o, incluso, podría encerrarla de por vida.

Aterrorizada de repente, Nunilo reaccionó y abofeteó con brusquedad al vikingo. Pataleó, lo golpeó en el pecho, y a punto estuvo de volcarse la tina y caer los dos al suelo El hechizo se evaporó. El hombre, sorprendido, la sujetó por las muñecas y, alzándola como a una muñeca, la sacó de la cuba. Nunilo cayó, desnuda, contra la dura superficie.

–No os necesito... *Marcharggos*. Nunca he necesitado *violaggg* a una mujer. Fuera. Me aburrís. –Y, dándole la espalda, se estiró en el agua.

Nunilo se alejó temblorosa, con la ruinosa saya en la mano y una inesperada sensación de pérdida; de su dignidad, pero también de algo más inaprensible. En lo más profundo de su ser, deseaba saber cómo era estar con un hombre como ése; por otro, su dignidad le impedía dejarse someter. No se había negado a casarse con un bruto como don Munio para terminar cayendo en las redes de un bárbaro. Confusa, llorando de impotencia, se vistió antes de salir al patio. Volvía a nevar, y unas delicadas flores de cristal fueron a parar contra sus mejillas. El aire frío le cortó la respiración, y echó a correr, descalza, hacia el cobertizo donde estaban las demás mujeres.

Excepto aquellas escogidas por los *jarls*, todas iban a ser empaquetadas rumbo a Irlanda. Deseaban repoblar una colonia, y necesitaban mujeres con quien procrear, ya fueran francas, gallegas o sajonas. Por eso en sus incursiones elegían a las más jóvenes y saludables.

–¡Noooooo! –gritó Nunilo al enterarse–. ¿Quién te ha dicho eso?

–Aquel cabrón –respondió la mujer que se lo había contado, señalando a un barbudo.

Nunilo se dejó caer al suelo. Ahí, desolada, tapada con un manto plagado de chinches, intentó decidir qué hacer. Debía impedir que se la llevasen tan lejos. Salir de Gallaecia sería igual que morir. Y, para ello, la única solución posible era delatarse, contar a ese vikingo quién era, la recompensa que iba a perder.

* * *

–¿Alguna conoce a la dama de Jacobsland? –chapurreó en su idioma el barbudo al que su compañera había señalado.

Las mujeres se encogieron de hombros, sin saber de qué demonios hablaba. Todas, menos Nunilo. El soldado debió de darse cuenta de su expresión, de la mueca casi imperceptible que se le debía haber escapado por la comisura de los labios. Al ver que la mirada del hombre quedaba fija en ella, de inmediato intentó disimular, pero él la agarró con rapidez y la arrastró ante el *jarl*.

Olaf el Negro se había reunido con sus hombres cuando el tipo entró en la sala y lanzó a Nunilo al suelo frente a él. Con el golpe, se lastimó la rodilla; vio las estrellas, pero apretó los dientes para no demostrarlo. Todas las miradas se habían vuelto hacia ella, y Nunilo se sintió de repente como la cabra de un titiritero. Prefirió morderse la lengua antes que llorar de dolor e indignación. No les daría ese gusto.

–Levantaos –ordenó Olaf–. *Parrrgece* que estamos condenados a *encontrargnos*... Me dice este hombre que sabéis quién es la dama de Jacobsland. Sabemos que vivía en este castillo, pero ha huido. ¿La reconoceríais?

–Bueno... –Nunilo titubeó. Su instinto inicial era negarlo todo; una, dos, tres veces, las que hiciera falta, como san Pedro. Pero seguramente la pillarían en falso, así que decidió aprovechar la oportunidad para asegurarse de no ser embarcada camino de Irlanda, al menos de momento–. Sí, trabajé para ella un tiempo. Claro que la reconocería –afirmó.

Al día siguiente, sus compañeras fueron embarcadas a golpes en los *knorri*, pero ella se quedó en tierra, con la orden de avisar a Olaf el Negro en cuanto tuviese noticias de la condesa. Incluso le permitieron, por las noches, vagar por el castillo y conversar con otros prisioneros para poder sonsacarles algo sobre la dama. Aquello le había dado un soplo de esperanza, pero sabía que debía ser astuta; hacer como Sherezade: contar cuentos para mantener su interés..., y protegerse a sí misma desviando el peligro cuando éste se le echara encima. Llegaría el momento en que los hombres del norte abandonarían el castillo para ir a a Compostella, y entonces podría escapar o adueñarse de su castillo. El interés desmedido de Olaf el Negro por la dama de Jacobsland iba a ser la forma en que los dioses iban a conspirar a su favor para ayudarla.

Aquella noche, en el cobertizo Nunilo reflexionó sobre su situación. El hablar con otros cautivos la podía ayudar incluso a descubrir cómo estaban las cosas en todo el condado, qué se decía por ahí, y si don Munio u otros señores gallegos habían facilitado las cosas a los vikingos. Tenía la sensación de que aquella incursión no era casual, dadas las disputas entre los clanes de la zona; demasiado oportuno resultaba que hubiesen entrado por su bahía y señalándola a ella como objetivo. Alguien, tal vez el mismo don Munio, debía haber alimentado la leyenda de que guardaba en su castillo un fabuloso tesoro, convirtiéndolo así en un blanco perfecto. A alguien podía haberle interesado que todo eso ocurriera, y a ese alguien todo aquello podría habérsele ido de las manos.

Se preguntó también cómo irían las cosas en Compostella, y entonces se dio cuenta de que echaba de menos a Onneca y a Sisalda. En la vorágine de acontecimientos de la última semana, apenas se había parado a

pensar qué habría sido de ellas, de su gente. Sobrevivir había sido su único objetivo. Tampoco sabía qué habría pasado con Basilisa y el pequeño Clodio, ni con Osso Santiáguez. Él no la abandonaría a su suerte, debía confiar en que tarde o temprano la liberaría..., si no estaba ya muerto. Aunque estaba segura que debía haber escapado del castillo. No lo había reconocido entre los cadáveres que apilaban en carros cuando llegó esposada a Castello; cuerpos tirados sin ni siquiera mortaja a la espera de ser incinerados en la gran pira que al día siguiente habían hecho en la aldea. A muchos los conocía, aldeanos o soldados, pero entre ellos no había visto ni a Osso ni a Nuño Gonzálvez, y ahora sólo podía rezar porque hubieran llegado vivos a Santiago. De ser así, podrían al menos ayudar a Onneca. En Compostella también debía haber peligro esos días, y esperaba que tuvieran la suficiente sesera como para huir hacia León si las cosas se ponían feas.

Nunilo se estremeció. Estaba sola, y no tenía a nadie que la protegiera. ¿Acudirían en su ayuda el obispo o el conde de Gallaecia? ¿Mandaría doña Elvira a su ejército para ayudarlos? Estaba segura de que la regente jamás aceptaría la pérdida de esos territorios, pero lo lógico sería que primero dejara que los señores gallegos trataran de limpiar la costa de normandos. Si éstos fracasaban, tal vez llamara a sus huestes, ahora concentradas en la frontera con Al-Ándalus, y se presentara. Pero, si el conde, el obispo o don Munio salían victoriosos, se cobrarían su precio con creces. Tendría que casarse con el Aloítez sin demora. Y, de sólo pensarlo, Nunilo torció el gesto, disgustada. Tal vez hubiese debido dejar que el vikingo la desvirgara. Al menos tal vez así hubiera conocido ese placer del que tanto había oído hablar a los juglares antes de tener que compartir lecho y existencia con aquella rata traidora.

Compostella

Sisalda y Onneca se habían instalado en el caserón de la familia Fáñez, en la rúa de Concheiros. Cada día salían a buscar, entre los forasteros que llegaban huidos de la costa, a la condesa. Pero aquello era como buscar una aguja en un pajar, pescar sin cebo, pues hasta el momento no habían tenido suerte. Sisalda no paraba de pedir a los dioses antiguos que cuidaran de su señora, e incluso había creído oírla en algún momento; la gran Dana le había hecho saber que seguía viva. Onneca, por su parte, iba cada mañana a misa a rogar por su hermana. El miedo empezaba a devorarlas.

Tampoco habían vuelto a ver a Rumueldo ni a nadie de la guardia del castillo, ni a Osso o a Nuño. Estaban solas con una parte de la

servidumbre, y, más que una ayuda, era una carga. Los días volaban entre en el desconcierto y el caos de la Villa Iacobis.

Onneca estaba francamente asustada. Si en verdad las huestes salvajes de vikingos avanzaban hacia la ciudad sin oposición, tal vez ni siquiera don Sisnando ni aquellos ciclópeos muros pudieran detenerlos. Y temía que aquellos frailes que anunciaban el fin del mundo estuvieran en lo cierto.

–Señora –le dijo una de las siervas esa tarde–, tenéis visita. Los Antúnez están abajo.

–Hacedlos pasar –repuso Onneca, y pidió a Sisalda que se quedara con ella. Aquella visita, por lo imprevista, la ponía nerviosa, y su presencia la ayudaría a calmar los nervios.

En los días que llevaba en Compostella, Pero no había dado señales de vida, e iba para más de tres años que no se veían. Onneca había acudido a presentarles sus respetos al poco de su llegada, pero sólo doña Ansemonda le había devuelto la cortesía después. Había una justificación de fuerza mayor para aquella falta de respeto de los Antúnez: estaban, como el resto de caballeros de la ciudad, concentrados en el palacio arzobispal, con órdenes estrictas de no moverse de allí. Don Sisnando, que estaba organizando sus mesnadas y preparando la defensa de la villa, no quería fugas de información ni deserciones. No se fiaba ni de su sombra.

–Ya sabéis, querida, que todos debemos participar en las mesnadas con nuestros propios siervos, caballos, espadas y tributos... ¿Ha venido vuestra hermana con vos? ¿Os habéis presentado en el cabildo ya?

–No, y de eso quería hablaros y pedir consejo a vuestro esposo. Mi hermana aún no ha llegado a Santiago. No sé si... seguirá viva –terminó por reconocer con los ojos anegados de lágrimas–. Se quedó defendiendo la fortaleza. Me prometió que, en cuanto pudiera, huiría y se reuniría conmigo..., pero aún no lo ha hecho. La estuvimos esperando en el bosque y no apareció. También he intentado hablar con el arzobispo. Mi hermana, el concejo de Iria Flavia, toda la costa arden por los cuatro costados, necesitan ayuda urgentemente, pero no me ha recibido.

–Comprendo, hija, pero poco puedo hacer yo. En cuanto mis hijos y mi esposo regresen, vendremos a visitaros, y seguro que para entonces todo habrá mejorado –le había respondido doña Ansemonda, pero de eso hacía ya casi diez días y las cosas, lejos de haber mejorado, habían empeorado drásticamente.

Onneca temblaba, más nerviosa que nunca, en una espiral de funestos presagios.

–Bien, debéis tranquilizaros –le aconsejó Sisalda, pellizcándole las mejillas para que adquirieran un tono sonrosado más saludable y se la

viera más bonita. Luego la empujó hacia su cámara para que se adecentase. Ella atendería a los recién llegados y los haría pasar al salón hasta que volviese. Onneca obedeció.

–No sabéis cómo lamento escuchar que no hay noticias de la condesa –comentaba poco después Rudoric Antúnez.

A Onneca, que entraba en ese momento en la estancia, el tono le pareció sarcástico; algo en él sonaba a simulado. Al instante, todos se volvieron hacia ella. La joven se había ataviado con un brial cárdeno intenso como el crepúsculo, logrado gracias a los magníficos tintes que Sisalda enseñaba a producir a las mujeres en Castello con líquenes y musgos. La túnica iba ceñida a la cadera con una cinta bordada con engastes de plata, y del cinto colgaban, como era moda, pequeñas bolitas de cristal y objetos caseros tales como unas llaves, dos pequeñas pinzas, las garras de un ave y unas plumas rosáceas. Los borceguíes eran de cuero, y llevaba el pelo recogido con una sencilla diadema de la que nacía un velo de seda en tono marfil, dejando ver, en la espalda, una trenza con cintas.

–Joven dama –sonó meloso don Rudoric–, mis respetos. –Le tomó la mano para besársela.

Detrás de él lo hicieron sus dos hijo; primero, Ruy, y, después, Pero. Éste parecía incómodo, y Onneca se preguntó a qué podría deberse. Tal vez fuera porque ella le desagradaba, y la mera idea le dolió. Aunque hacía mucho que no sabía nada de él y hasta la costa habían llegado rumores de sus andanzas en la corte, Onneca creía que su compromiso era algo inamovible. Ahora, viéndolo allí frío y distante, pensó que tal vez no estuviera todo dicho.

Se volvió hacia su hermano Ruy, más amable, aunque también menos atractivo, y le sonrió. Éste le dio la mano, cortés, y la ayudó a sentarse en los butacones de cuero vestidos con cojines de terciopelo carmesí, frente a la gran chimenea donde crujían los troncos. Sisalda se quedó por detrás conversando sobre temas domésticos con doña Ansemonda.

–Decía que lamento que no se sepa nada de doña Nunilo –insistió don Rudoric.

Onneca intentó ocultar su temblor. En ausencia de su hermana, debía comportarse como la cabeza de la familia Fañez. Como repetía su padre, nunca debían mostrar flaquezas.

–Estoy segura de que mi hermana ha sobrevivido al ataque. Tal vez esté escondida... Los caminos aún no son seguros y es muy difícil entrar en esta Villa Iacobis. Yo misma tuve que sobornar a los guardas... –dijo, aunque no sonó demasiado convincente. La voz se le había quebrado en varios momentos.

–No sabéis cómo lo siento. ¿Hay algo que podamos hacer por vos y por vuestra hermana? –preguntó Pero.

Sin siquiera mirarlo, Onneca se levantó a coger el atizador de las brasas. Volutas incandescentes revolotearon a su alrededor, envolviéndola en un tono dorado y cálido, tal como era ella en realidad.

–De eso quería hablar con vos, don Rudoric –dijo, encarándose de repente al padre e ignorando a su prometido–. No he podido hablar en persona con el arzobispo. Tal vez vos, que lo conocéis más, logréis que me reciba. He conseguido hacerle llegar una misiva lacrada, que le entregué a su sayón, para que acuda en ayuda de los condados que han sufrido el ataque, pero no sé si la ha leído. Sí sé que, si el ejército de don Sisnando no acude presto, esos malditos cafres llegarán hasta aquí y lo destruirán todo... –concluyó.

–Haré lo que pueda. Mañana mismo intentaré pedir una cita para vos. Os daré noticia.

–Gracias, don Rudoric ¿Queréis quedaros a cenar? –preguntó entonces, pero el hombre negó con la cabeza y comenzó a ponerse los guantes de piel.

Una luna valiente asomó entre un cúmulo de siniestras nubes negras. Amenazaba tormenta, y el agua amamantaría la tierra y sofocaría la sed de las aldeas quemadas. Y el fango también dificultaría el avance de los vikingos. Les regalaría tiempo. No mucho, pero tal vez el necesario.

–No, no podemos, debemos acudir a los oficios religiosos que el arzobispo da esta noche en la catedral. Deberíais asistir vos también –le advirtió con la mirada, y Onneca asintió.

Una hora después, Onneca se preparaba para partir a la catedral cuando unos golpes en el portón de la entrada la sobresaltaron. Alguien llamaba con prisas. Y, al momento, Onneca reconoció el cuerno familiar. «¡Nunilo!», pensó, y corrió escaleras abajo. Pero eran Osso Santiáguez y veinte hombres más, entre ellos Romueldo y la gente que se había quedado en la Fonte Santa esperando a su hermana. Desconsolada, Onneca se lanzó a los brazos del comandante de la guardia y se echó a llorar.

–¡Decidme que mi hermana no ha muerto! ¡Por Dios! –le rogó.

Él, extrañado por la reacción de la joven y asustado a su vez por la ausencia de la condesa, la separó de sí con cuidado.

–¿No está aquí? –preguntó, nervioso–. ¿No ha llegado? –Onneca se restregó las lágrimas y lo miró, moviendo la cabeza negativamente–. Creíamos que habría llegado ya. Huyó con vida del castillo. Tal vez... –dijo, intentando calmarse–, tal vez se haya refugiado en otro sitio hasta que se despejen los caminos...

Onneca gimió y, entre sollozos, corrió escaleras arriba a encerrarse en su cámara. Sisalda se encargó de atender a los recién llegados.

–No os preocupéis por ella, se le pasará. Estoy segura de que sigue

viva... Lo siento aquí –dijo Sisalda haciéndose cargo de la situación.

No quiso dar más detalles, pero ella sentía que estaba viva..., aunque prisionera. Nunca como entonces había lamentado tanto el que el conde hubiese impedido a Nunilo el aprendizaje de las artes ancestrales. De haber vivido su madre, eso no hubiese ocurrido. Y, ahora, no podía ayudarla. Con presteza, Sisalda ordenó a los siervos que les ofreciesen comida, mantas y ropa caliente. Ya hablaría despacio con Onneca. Primero necesitaba consultar a sus piedras y recibir las señales.

–¡Oh, Dana, golpea con tu maza al enemigo! –pidió Sisalda en su cuarto esa noche, mientras echaba briznas de muérdago al caldero. Había seleccionado aquellas ramas en el último solsticio y eran portadoras de buena suerte–. ¡Diosa de la vida y de la muerte, protege a mi muchacha! ¡Líbrala de sus cadenas! –siguió como en una letanía.

Sisalda, según las ancestrales costumbres celtas, les daba todos los años por Pascua a sus niñas un saquito con hojas consagradas para que lo llevasen entre la ropa como amuleto, y de la puerta de sus cámaras colgaba guirnaldas para proteger la casa de los malos espíritus. Esas plantas las protegerían de la maldad, la desgracia y la muerte.

–Fuego eterno, luz divina, aire y tierra, acudid en mi ayuda –conjuró, y derramó unos polvos al caldero, que eclosionó en una violenta fumarada.

En medio de esa atmósfera mágica, el aya lograba entrar en trance. Cerró los ojos, y entonces la vio. Nunilo no podía dormir en el suelo que le habían adjudicado; se removía, inquieta, helada. Buscó el acceso a su corazón, y sintió su miedo, su determinación y resistencia, y su deseo..., cuando la imagen de un poderoso vikingo nubló su visión.

–Oh, poderoso Balar –proclamó la mujer–, tú, que mataste al rey de los Tuatha, salva y protege a la joven Nunilo de esos bárbaros. Que tu poder dañe a quienes le hagan daño, hiera a los que la lastiman, destruya a quienes la encadenan... ¡Aniquílalos!

Otro puñado de polvos estalló en una nueva fumarada que trepó por la cámara hasta el techo como un huracán.

–Y a ti, Parca, te ofrezco miel y jengibre para que no visites a mi niña. Que mi joven ama no vea tu espectral rostro ni sienta todavía tu fétido aliento –escupió en el caldero–. Que este sacrificio –dijo, agarrando al pequeño grajo que tenía en una repisa– sea completo. –Y, tras seccionarle de un tajo el cuello, vertió su sangre en el puchero y se lo bebió.

Capítulo 11

Bosques del Ulla

La luz caía apelmazada por tanta agua. La primavera se presentaba tormentosa, desabrida, como la vida misma. La tierra empapada y cubierta de helechos se abría a su paso. Llovían escamas de piñas de los pinos, se multiplicaban las huellas de las ardillas en el barro, saltaban los sapos por los caminos y los caracoles asomaban los cuernos. Nuño Gonzálvez, con el crepúsculo pintándole la espalda, descendió hasta una pequeña cala de arena del Ulla, un recodo escondido y con buena pesca. Las semillas de chopo flotaban como algodones sobre el agua, y allí echó el anzuelo que llevaba colgado de un palo.

Llevaba escondido en las cuevas de O Gato Morto muchos días, y durante ese tiempo se le habían sumado seis personas más: dos niños, dos mujeres y dos hombres, uno de ellos de avanzada edad. Eran todos supervivientes del saqueo de aquellos demonios del norte. Al cabo de un rato, cuando había llenado el balde de truchas reventonas y relucientes, ascendió de vuelta, con el arco y las flechas balanceándose juguetonas en la espalda. Despojado de la coraza de soldado, se movía por toda la comarca tratando de localizar y salvar a todos los vecinos que podía. Y tomaba nota mental de las posiciones del enemigo.

–¿Qué diablos hacéis aquí? –preguntó, volviéndose bruscamente al escuchar por detrás unos pasos ligeros. Sabía que sería Ildauro, uno de los rapaces que había encontrado medio muerto de hambre el mismo día que se separó de Osso Santiáguez–.Volved a la cueva. Tomad, llevaos esto. –Le entregó el pescado–. Y tened cuidado de que no os vea nadie. Encended el fuego bien dentro.

–Señor, señor, *déixeme acompañalo!* –le rogó–. *¿Podemos diminuir o mosteiro? Sei o camiño para o soto onde os monxes almacenados grans e leguminosas... Seguro de que ninguén foi capturado.*

–No, no podemos. Está demasiado lejos, podría haber alguien. Y estoy seguro –afirmó, contestando a su idea de que en los sótanos del convento estarían aún sin recoger el grano y las legumbres que almacenaban los frailes– de que ya se las habrán llevado.

El muchacho pareció decepcionado, pero asintió, y se pusieron en camino. Desde que se encontrara con él, Ildauro parecía idolatrar a Nuño y lo seguía a todas partes. Había conseguido salvarse, y a su hermano menor, Adelio, de unos seis años, de milagro. En cuanto vio aparecer a aquellos hombres barbudos con hachas en la mano, se habían escondido en el hueco del árbol en el que jugaban a diario. Mientras los monstruos venidos del mar asesinaban a sus padres y vecinos, no se movieron. Y, sólo cuando estuvieron seguros de que habían abandonado su aldea, huyeron campo a través, durmiendo arropados por hojas, ocultos en el bosque, rodeados del aullar de los lobos y el reptar de las víboras..., hasta que Nuño los había encontrado desfallecidos.

–*É iso* –le señaló una trampilla oculta por las enredaderas.

Nuño desbastó las sogas, unidas a una argolla metálica de buena forja, y levantó la portezuela, que daba paso a unas tenebrosas escaleras. El infierno debía tener un acceso parecido. Ildauro le mostró unas teas mojadas en brea ya reseca, que enseguida se encendieron con la yesca. Allí dentro el ambiente era opresor, tanto que apenas se podía respirar, y Nuño dudó por un momento de que pudieran encontrar algo que llevarse a la boca. Pero, al fondo, en unas vasijas de barro, hallaron unos saquitos de habichuelas y unos odres de vino, aunque un tanto agrio.

–Volvamos. Mañana seguiremos inspeccionando –dijo Nuño.

Estaban en un pequeño monasterio que los vikingos habían saqueado e incenciado hacía días. No habían dejado a ningún monje vivo. Nuño e Ildauro se los encontraron colgando de los árboles del patio, y ese mismo día decidieron que lo primero era bajarlos y darles cristiana sepultura. Nuño había cavado durante horas, temeroso de ser descubierto, para impedir que fueran pasto de los cuervos.

Subieron la colina más septentrional y bordearon una aldea también arrasada, una de las muchas que, a orillas del Ulla, habían quedado deshabitadas tras el ataque. A lo lejos, se divisaba el campamento normando, que engordaba día a día. Habían levantado ya un amplio terraplén con tierra, dos torreones y unos barracones, y parecía que empezaban a bogar con sus navíos río arriba. Al verlo, Nuño pensó que, a la mañana siguiente, tendría que acercarse a averiguar cómo estaban realmente las cosas.

Aquellos normandos no querían anclar todos los barcos en el mismo sitio. En caso de ataque sorpresa, se arriesgaban a perder toda su flota, y tal cosa significaba una condena a muerte segura. Nuño, como soldado

que era, lo sabía, y por eso estaba muy interesado en conocer no sólo cuántos eran y qué medios tenían, sino también si empezaban a sufrir algún contratiempo –posiblemente ya les escaseaba la comida, porque habían devastado los molinos y los campos, y el ganado o bien había huido o bien había perecido– y dónde se ocultaban.

Además, Nuño había averiguado que tenían prisioneros. Esa misma mañana habían llegado hasta allí muchos en unos carros, con la intención, meditó, de embarcarlos con rapidez camino de cualquier mercado de esclavos.

–*Eu podo ir con vostede mañá?* –le preguntó Ildauro al verlo mirar fijamente el campamento, que a esas horas bullía como un hormiguero. Hasta ellos llegaban, aunque mitigados por la distancia, los sonidos propios de personas trajinando, cocinando y divirtiéndose. En un lado, un pequeño grupo estaba lanzando hachas contra unas toscas dianas, y, más allá, otros hombres arrastraban a muchachas a los chamizos con la clara intención de ultrajarlas. Los gritos de terror y los llantos de las mujeres también encontraron eco por el aire. Ildauro se acercó a Nuño y éste, en un gesto paternal, le echó el brazo por encima de sus escuálidos hombros para reconfortarlo.

–Sí, mañana puedes venir conmigo. Si te portas bien y obedeces. ¿De acuerdo?

Ildauro sonrió, agradecido. Sus ojos parecían brillar como ascuas, como la luz de las fogatas que aquellos bárbaros empezaban a encender. Nuño aspiró profundamente; con el olor a resina de los pinos, y en medio del canto de unos autillos, pensó con tristeza en lo deprisa que podía cambiar todo. Habían perdido su mundo de un soplido, de la noche a la mañana. Aquellas jóvenes seguramente habrían visto morir asesinados a sus hermanos, padres o novios; una multitud de niños, amontonados como puercos en una pocilga, solos, después de ver cómo a los suyos los abrían en canal, ahora eran esclavos. Él mismo debería haber estado a esas horas con sus compañeros de mesnada jugando a las tabas o bebiendo cerveza en la tasca del puerto... «¡Puerca vida!», maldijo, y sembró un gargajo en el suelo.

–Vamos, es tarde. Hay que regresar, no vayan a asustarse los demás –dijo, y volvieron al camino.

* * *

La mañana siguiente amaneció oscura, de cielo negro. Un fuerte viento del norte barría las ramas ya verdes de los fresnos y los castaños, y arrastraba nubes de polvo. El suelo, embarrado, resultaba en algunos tramos peligroso. Nuño e Ildauro anduvieron paralelos a la orilla del gran

río hasta el molino del Tuerto, también devastado, y se escondieron detrás de uno de sus muros de adobe.

–¡Mirad, señor! –Ildauro se animó a contestar en su lengua vernácula–. Hay más prisioneros que ayer. ¿No podemos hacer algo por ellos? *O pode liberar*? –preguntó con carita angustiada.

Nuño sintió ternura al escucharlo. A sus diez años ya había vivido cosas terribles, pero aún seguía conservando la frescura de la inocencia en la mirada. Tenía buen corazón y la valentía de un lobo.

–Claro. Lo intentaremos. ¿Ves la empalizada que están construyendo…? Pues habrá que ver cómo agujerearla. Si no podemos liberarlos a todos, al menos a alguno…

El niño aplaudió, feliz, y una sonrisa le cruzó la cara.

León

–Sabéis muy bien que lo que me pedís… es harto improbable. No puedo ofreceros esas tropas, no ahora, con el califa enloquecido por el olor a sangre, olfateando como un sabueso la Marca Media, y menos con el rey de Pamplona retándonos al ocupar algunas aldeas de la frontera. La culpa de lo ocurrido la tenéis vos… y vuestros nobles. No saben defender su territorio –soltó, abrupta, la regente.

Elvira Ramírez desgastaba las baldosas, nerviosa, de la sala del trono del palacio real de León. Iba de un lado a otro como una fiera enjaulada. Tras escuchar misa esa mañana muy temprano, se había reunido con sus consejeros y el obispo Ovenco. Habían tenido noticias de la destrucción de numerosas aldeas, de la desaparición de la condesa de Breixos y del sitio más que probable de Compostella por esa plaga vikinga. Los normandos estaban resultando más mortíferos que la peste.

Durante semanas, no había hecho otra cosa que apilar comunicados, jugar al ajedrez y reorganizar a sus tropas: mover a los peones, asegurar a su rey y encomendar a sus caballeros misiones suicidas. Finalmente, había logrado reunir una hueste pequeña, de unos mil hombres, a los que puso con destino a Gallaecia. Eso era todo cuanto podría ofrecer por el momento al conde don Gonzalo, quien, apesadumbrado, esperaba de pie buenas nuevas de la Corona que llevar al obispo de Santiago y a sus atribulados súbditos.

Don Sisnando había instado al conde a que, con prisas, fuese en persona a pedir refuerzos. Conocía el arzobispo las advertencias de doña Elvira, el temor a que los continuos enfrentamientos civiles entre nobles y clanes gallegos provocasen una situación de debilidad que les hiciese caer en manos enemigas. Y sabía bien de aquellas rencillas, pues alguna la había

alimentado él mismo, pero poco o nada podía hacer por arreglarlas ahora. El odio y la ambición eran rocas muy duras de roer.

Algunos nobles levantiscos lo habían acusado de no ser un religioso ni un hombre santo, sino sólo un hombre avieso, un meapilas al servicio de la Corona y de la regente. Él no lo había negado. Pero les había recordado que, a pesar de su dureza, era menos estricto que otros que lo habían precedido, otros menos diplomáticos que no se habían andado con rodeos y habían exhibido sus cabezas en picas por importunar al rey. Un desafío así siempre podía resultar peligroso. Raro era el que volvía, el que salía vivo. Echar un pulso a la Corona se solía pagar con el cuello.

–Contad de momento con esta ayuda... y este oro. –Señaló un cofre que dos soldados lorigados depositaron a sus pies–. Es todo lo que puedo ofreceros hasta el verano. Tendrán que resistir hasta entonces. Con suerte, expulsarán a esos malnacidos antes. Si no, a partir de esa fecha, contaré con más hombres. Comprended que por el momento tengo que asegurar León y Oviedo.

–¿No existe una alianza con el califa para que en caso de ataques extranjeros nos ayuden? –preguntó el conde, recordando el pacto firmado en su día por Abderramán III y el rey Sancho el Gordo. Pero el califa, ya anciano, se había negado a cumplir su parte del trato, y doña Elvira sólo había podido enfurecerse–. Tal vez –insistió–, si hablarais con vuestro sobrino...

Lamentó haberlo dicho al instante. El niño poco o nada podía influenciar en su tía y en sus consejeros. De hecho, lo había visto hacía un rato jugando con otro infanzón, también hijo de nobles, en el patio trasero del castillo, con escudos y espadas de madera. Un rey niño jugando, una reina viuda encamada con su caballerizo y una monja al frente de las mesnadas del reino dirigiendo la guerra en tres frentes distintos. Ésa era la situación.

–Si no tenéis nada más que añadir..., quedad con Dios.

La regente se levantó, y el conde se postró de hinojos ante ella mientras se marchaba como una exhalación. Una corriente de aire helado le levantó la capa al abrirse la puerta.

Fuera, cantaban los mirlos, zureaban las palomas y tintineaban las campanas de San Salvador. El sol peleaba por calentar el suelo, y el río bajaba tan calmo que parecía dormido.

Castello Branco

Durante semanas, Nunilo apenas emergió del inframundo de las cocinas, excepto para recoger el gordolobo con que encender los hornos.

Con astucia, iba tejiendo su telaraña en torno al joven Harald, el único que, al chapurrear en cristiano, intentaba comunicarse con ella. Y también ella aprovechaba para aprender algo de su idioma. Así, además, se lo iba ganando.

Aprovechó dos ocasiones en que se quedó sola para comprobar si el acceso secreto seguía bloqueado. En cuanto lubricó los goznes con sebo, el artefacto se movió, y aquello le dio esperanzas. Tal vez pudiera utilizarlo algún día.

–Así que eres sobrino de Olaf el Negro. *Nevø*, sobrino... –le repitió, y él hizo un gesto afirmativo.

–El hermano de mi madre... *Min mors bror*.

Así se enteró de que Harald era hijo de una hermana del Negro llamada Sela; que era viuda y se había unido a su pariente abandonando Noruega cuando éste se marchó a Irlanda para asentarse allí; de eso hacía unos años. También, curiosa, lo preguntó por el motivo de su apodo.

–Lo llaman El Negro por la coraza que usaba cuando se convirtió en guerrero, aunque luego la perdió. –Harald se echó a reír–. Aunque conserva el apodo porque le gusta, y dice que lo hace parecer más temible.

También le contó que Olaf había viajado mucho durante unos años, y que por ello conocía bien la zona, pues había comerciado por toda la costa gallega. Aquello llamó la atención de Nunilo. Tal vez El Negro tenía espías por allí, y, si era así, podrían intentar ponerse en contacto con él allí, en el castillo. Tendría que estar atenta y descubrir de quién se trataba. Aquellos desgraciados se lo pagarían. Lo juraba a los cielos.

En ese momento, se retorció en un latigazo de dolor. «¡Soy estúpida!», exclamó para sí misma. Su condado había estado carcomido por aquellos gusanos traidores, y mientras tanto ella vivía obcecada con don Munio, cuando éste, más sensato, estaba intentando reagrupar clanes y fortalecer aquellos pagos.

Al darse cuenta, se echó a llorar. Y fueron luego muchos los días en que mascullaba a escondidas su desgracia. Si hubiera hecho otra cosa, si hubiera visto venir la invasión..., pero de nada servía ya darle vueltas a lo mismo. Y era en esos momentos cuando renegaba de todos sus dioses. ¿De qué había servido pedirles ayuda para cumplir la promesa hecha a su padre, para poder afrontar la enorme responsabilidad que sobre sus hombros había recaído? ¿De qué habían servido sus sacrificios a Dana o sus donaciones al monasterio? Había pedido claridad para elegir entre sus pares, para estrechar alianzas que llevaran la paz a sus tierras. Pero todo había sido en vano, y le parecía que, cuanto más los había invocado, desde la muerte de Celso y de su padre, más sola y desorientada se había sentido.

–¿Él conocía Jacobsland? –preguntó un día al chico.

Por una vez, Harald se olió que trataba de sonsacarle información y cambió de tema. Se dio la vuelta y se puso a remover una marmita de sesos y grelos. Al instante, Nunilo entendió que debería andarse con más tiento, e inmediatamente decidió virar el rumbo. Fue directa al corazón.

–¿Está ha casado vuestro tío? *Har du giftet onkelen din*?

Harald, sin dejar de mover el cucharón, negó con la cabeza.

–No. Prefiere divertirse con muchas chicas –terminó contestando–. *Likes Kvinner.* –Y dibujó una silueta femenina con las manos.

Aquella respuesta la habría convencido si sólo hubiese tenido como referencia las primeras noches, pero las dos últimas semanas había dejado que las chicas divirtiesen a sus hombres y él había dormido solo. La noche anterior, precisamente, lo había visto pasear, inquieto, por lo alto del torreón sur.

–El señor os llama. Quiere que subáis al salón –la avisó una esclava cuando Nunilo terminaba de pelar unas habas.

Se lavó las manos y, abandonando el mandil lleno de tierra en un rincón, inquieta, se presentó ante Olaf. Parecía que se disponía a cenar solo; incluso, cuando una de las chicas, una bonita joven de cabellos color nuez, se acercó, él le ordenó que se retirara con brusquedad. Nunilo se alegró; prefería que centrara en ella toda su atención.

–Sentaos, *acompañagggdme*. Quiero hablar con vos –le dijo entonces.

Nunilo, sorprendida, obedeció. Él le pasó una copa con vino, y ella se mojó el labio. Estaba agrio como el muérdago recién cortado, y fuerte; era algo completamente diferente al dulce hidromiel que preparaban en el castillo. Pero le devolvió la copa sin decir nada, mirándolo directamente a los ojos. Aunque sabía que su vida dependía de él, no podía evitar desafiarlo con su actitud.

Él captó el gesto. Su mirada hablaba por sí sola. Aun así, intuía que bajo esa superficie dura y cínica había más, mucho más. Y era precisamente ese espíritu valiente lo que le gustaba de ella. Estaba cansado de los juegos aburridos con chicas. Aunque la había hecho llamar con la excusa de que podría ayudarlo a identificar a la dama que buscaba, la verdad era que, además, aquella joven lo atraía.

Había sentido atracción por ella el primer día al robarle la banda que le cubría el pecho. La pasión lo había retorcido como a un rayo de Thor al sentir sus manos acariciándole la espalda durante el baño. Aquella muchacha parecía poseer el poder de seducción de Freya. Su lengua cortaba como una espada recién afilada y su beso podía helar como el de las valkirias, pero anhelaba atracar en su puerto oscuro y misterioso. Era consciente, pese a todo, que deseaba tejer su pelo como ala de cuervo y recorrer los fiordos de su espalda; manchar con su saliva su piel blanca como la nieve de Helsingjland; retirar todas las capas que ocultaba bajo el

velo de sus ojos, rociar sus labios con grosella madura y penetrar en su bosque húmedo y tierno.

Cada vez que la sentía cerca, saltaban chispazos. La fragua de Völundr sonaba sin desuello. El maestro herrero, creador de la espada divina con la que Odín había matado a los nibelungos, resonaba en su cabeza. Como una señal y una advertencia. Salpicaba fuego su rastro. Esa mujer era un incendio. Y sabía por ello, también, que debía andarse con tiento.

–Bien... –carraspeó, en un intento de alejar aquellos pensamientos libidinosos–. Habéis hablado ya con varios prisioneros. ¿Algo nuevo del *paraderogg* de esa dama?

–No mucho. La vieron batirse como una jabata en lo alto de esa torre –contestó, indicándole con la mano el lugar donde ella misma había estado dirigiendo a sus hombres–. Después se metió dentro de la fortaleza, y hay quien dice que la vio salir con una sirvienta y un niño hacia el camino a la fuente santa. Otros cuentan que se reunió con su hermana en el bosque.

–¿Tiene una hermana? ¿Cómo se llama? –preguntó él, curioso–. ¿Está casada?

–No. Ninguna de las dos está casada. Su hermana es más joven, y se llama Onneca.

–Parece que las conocéis bien a ambas... ¿De qué? Nunca me habéis contado con detalle qué hacíais para la señora.

–Trabajé para la condesa..., en su servicio personal. He vivido muchos años en este castillo. Lo conozco como la palma de mi mano –no mintió.

–¿Cómo es ella? –preguntó él al rato, balanceando la cabeza de un lado a otro como si en la sala soplara Njord, el dios de los vientos.

–La señora es una mujer fuerte, acostumbrada a dirigir su condado. Lleva años haciéndolo. Su madre murió muy joven, y ella se convirtió a muy temprana edad en la señora del castillo. Su padre la educó bien, al menos más de lo que se suele educar a las damas por estas tierras. Sabe leer, tocar el arpa, gusta de tener trovadores, fomenta el comercio... Y odia las guerras. –Él la miraba fascinado. Parecía realmente interesado en todo lo que atañera a esa dama de Jacobsland, y aquello la hizo sentir bien por primera vez en mucho tiempo–. ¿Por qué os interesa saber tanto de la condesa? –le preguntó sin pensarlo.

Él se encogió de hombros. Un mechón de cabello desgreñado le resbaló por la frente. Nunilo pensó por un momento que le encantaría retirárselo ella misma.

–He oído *hablargg* mucho de ella. Sigue, cuéntame más.

Nunilo sabía que debía contar lo suficiente para mantenerlo interesado, pero sin llegar a delatarse. Pero él parecía querer saberlo todo: si era buen ama con sus esclavos y sirvientes, si era gentil o guapa, qué comía o bebía, cuál era el nombre de su caballo...

–¿Por qué no se casó con el noble que eligieron para ella? ¿No es eso algo raro? Todas las mujeres que he conocido –Nunilo notó un cierto matiz de pesadumbre en su voz– obedecen a sus padres o a sus jefes. ¿No la han castigado el obispo o el rey?

–No –contestó ella, resuelta, mirándolo a los ojos–. Ella no desobedeció a su padre. Estaba dispuesta a casarse con el hombre con quien la habían comprometido siendo niña, pero ese joven murió. Después, la familia del novio reclamó que se mantuviese el acuerdo entre familias y se casase con un tipo...

–¿*Detestablegg*? –terminó Olaf, y ella asintió–. ¿Suelen actuar así las mujeres en estas tierras? ¿Conocéis algún caso *similargg*?

–No –reconoció Nunilo–. No es lo normal..., pero mi señora es, digamos, algo especial.

–Sí, ya veo. Se habla de ella... Se dice que ha acumulado una *grgan rggiqueza*, que su bahía se llena de *peregggrinos*, que quien se case con ella será muy muy *rggico*.

–Y muy poderoso. Pero eso, además de ventajas, tendrá obligaciones. Mi señora ha sufrido muchas presiones. No todo el mundo respeta su independencia.

Olaf el Negro se echó a reír y miró embelesado, con deseo, a la mujer. Al ver su mirada, Nunilo se atrevió a preguntar de nuevo:

–¿Por qué os interesa tanto esa mujer? Seguramente estará ya en Compostella, a salvo bajo el ala protectora del obispo. La regente jamás la abandonaría a su suerte. –Nunilo deseaba oírle decir algo bonito, pero a la vez algo le hacía temer que los vikingos le tenían reservado un propósito distinto. Y necesitaba conocer sus planes.

–Podríamos pedir un gran *rggescate* por ella.

–Claro. –Su tono fue de decepción.

Olaf, sin apartar de ella la mirada, le retiró sensualmente una gota de vino del labio, y su dedo divagó hacia sus comisuras. Nunilo notó su caricia y lamentó sentirse tan frágil como para que un gesto minúsculo como ése pudiese hacerle perder la cabeza.

–Pero además me gustaría conocerla –añadió él de repente–. Me la han pintado como una mujer hermosa, aunque soberbia; rica y distante, pero inteligente y decidida... Reconozco que admiro que una mujer sea capaz de *convertirgg* su condado en un lugar tan *prgóspeggo*; capaz de enfrentarse a su jefe religioso y a su rey con tal de ser dueña de sus propias decisiones... Las mujeres así no abundan. Y los hombres –se rio–, tampoco.

–No, no abundan... –murmuró ella, reprimiendo las lágrimas. Aquellas palabras eran un bálsamo para su alma descosida, rota. Después de días de humillaciones, meses de presión y años de rebeldía, incomprendida

incluso por los suyos, aquel extraño la entendía y casi la felicitaba por ser como era.

No le recriminaba que fuese arrogante en vez de insípida; que, en vez de una lánguida damisela, fuese una mujer con determinación. La admiraba por haber sido capaz de enriquecer sus tierras y luchar por lo que era suyo, incluida su propia vida; por no sucumbir a las presiones de la Corona o de los grandes hombres del reino. Ella también era una gran par del reino; de ser hombre, jamás la habrían menospreciado de esa manera.

–¿Acaso –le preguntó él– tiene ella algún enamorado? ¿Se ve con algún hombre? *Sn annen mann?*

–No, que se sepa –contestó ella, impetuosa, y él asintió, claramente complacido. Jugueteó con el aro de la copa de latón, con incrustaciones de grandes gemas; brillaban sus anillos y tintineaban las pulseras en sus antebrazos. Harald le había contado que, cuando fuera mayor, aspiraba a conseguir tantas pulseras como su tío. Aquellos aros se ganaban en las batallas; eran una señal de prestigio, de poder y bravura.

–Supongo que os enorgullecerá haber servido a una señora como ella –dijo él.

Nunilo asintió con un gesto mudo. Tenía un nudo en la garganta; no podía seguir hablando. Olaf, al ver que seguía callada, la mandó retirarse. Ella se levantaba ya, cuando él, inesperadamente, la retuvo por la muñeca y la atrajo hacia sí. Con la otra mano, trazó el mapa de su espalda, delicadamente. Ella se puso tensa y notó que el corazón se le aceleraba, pero enseguida se obligó a calmarse, ayudada por la intimidad del momento y la laxitud que le provocaba el vino.

–*Min nymfe* –le dijo. Y esta vez ella sí lo entendió. Ninfa, la había llamado «su ninfa».

Sin darse cuenta, sus manos inexpertas se atrevieron a hacer lo que tanto habían anhelado desde el principio: acariciarle el cabello. Entonces, él estrechó su abrazo. Ella se estremeció; una oleada de calor la recorrió de los pies a la cabeza. Él la besó en la oreja, luego en el cuello, y ella cerró los ojos y rogó a los astros que la ayudaran. Sucumbir a los placeres de la carne, a la atracción de un enemigo, era lo último que estaba en sus planes. Aquel hombre era el mayor de sus peligros.

–¿Sois hija de Freya? –le preguntó él, divertido, pero ella no entendió qué significaba eso, aunque tampoco se sentía capaz de descifrar nada, pues un cosquilleo de placer le recorría la piel.

Con un movimiento rápido y ligero, Olaf le sacó la túnica por la cabeza. Ella quedó desnuda; pero esta vez no sentía humillación, sino deseo.

–Jeg ønsker deg vakker. Jeg ønsker deg vakker. Jeg ønsker deg vakker.

Nunilo tembló ante la promesa que desprendían los ojos del vikingo. Despacio, murmurando aún aquellas palabras, Olaf le deshizo la trenza, de forma que el cabello cayó como una cascada por encima de ambos, acercándolos. Para Nunilo era un enigma indescifrable lo que él le susurraba al oído, pero su cuerpo sentía cada beso, cada dentellada, cada caricia.

De un manotazo, Olaf retiró todo lo que había encima de la mesa. Tras tumbarla a ella encima, se mojó el dedo en la copa de vino y jugó a emborrachar sus pezones y su ombligo, a saciar la sed de su pubis. Freya parecía haber destapado la caja de los truenos, y Nunilo perdió el sentir del tiempo y el espacio. Las estrellas del cielo lucían menos que sus pupilas, la luna le tenía envidia. Ninguna corriente la hubiera alejado de su boca. Se sabía cabalgando una tempestad, pero en aquel momento aquel hombre era el faro que la ayudaría a llegar a tierra.

Ella se arqueó de placer, buscándolo, y él atendió su súplica. Un sollozo de placer se le escapó a Nunilo, inesperado, ajeno a su conciencia, y miró al hombre que la poseía con los ojos desenfocados. Y entonces abrió las piernas y murmuró:

–Tomadme.

–No tan deprisa... –susurró él a su vez, sonriéndose.

Pero, a Nunilo, tenerlo encajado entre sus muslos le resultaba insuficiente. El instinto le pedía que se adentrara en ella. Algo que se le habría antojado antes una auténtica pesadilla, le parecía ahora salvaje y excitante. Trató de arrancarle las calzas, pero él la contuvo y la besó apasionadamente. Después, la envolvió en su capa de marta cibelina y, a grandes zancadas, se la llevó al lecho. Ella lo miraba jadeante mientras él se quitaba la ropa para saltar a su lado.

Las piernas enredadas, la fusión de sus cuerpos sudorosos, los jadeos acompasados, el peso de su cuerpo sobre ella... Nunilo sentía vértigo, y se aferró con todas sus fuerzas. Sus uñas le arañaron la espalda y se enganchó a las madejas de su pelo. Por un momento, ella echó la cabeza hacia atrás, y ambos quedaron suspendidos en una mirada insondable que él rompió con un beso.

Y entonces la penetró. Nunilo lo deseaba pero, inconscientemente, se tensó, asustada. Olaf le dirigió una mirada de ternura y comprensión; aquella muchacha era virgen. Volvió a acariciarla, a lamerla, y Nunilo creyó que se ahogaría de placer entre sus brazos. Por un instante, fue consciente de que estaba a punto de perder su honor, pero sintió entonces que su cuerpo volvía a estremecerse y rodeó a Olaf con las piernas. Le facilitó la entrada. Rindió su fortaleza.

Nunilo ahogó un quejido, y luego un líquido tibio le resbaló por los muslos. Aquel sangrado la golpeó como un puño, pero no se sintió

culpable. No podía, no quería. Ya lo arreglaría. Sisalda conocía a expertas cosedoras de virgos. Si la paz o la guerra dependía de su virginidad perdida, tomaría medidas. Aquellas reflexiones la distrajeron, y él lo notó. Temiendo que ella no desease seguir, paró.

–Si no deseáis *continuargg*, paro..., aunque os advierto que ya es tarde. No os asustéis. –Le acarició la mejilla–. Ese dolor pasará. Es algo muy breve. Desde hoy, seréis mi concubina. Preparaos para ser la mujer más deseada y besada de esta *tierrgga*.

Nunilo sonrío con tristeza. «Mi concubina». Se trataba de sobrevivir y, si además podía disfrutar un poco, mejor. Alargó el cuello y lo besó en los labios. Él se dejó hacer y, con nuevas caricias, volvió a entrar en ella. Pasado ya el dolor inicial, Nunilo se dejó arrastrar. Ahora podía entender esos poemas de amores que antes la hacían reír de incredulidad. Y, cuando quiso darse cuenta, alcanzó el clímax y gritó. Por un momento, Nunilo creyó morir de dicha.

La madrugada los pilló ahítos de placer, arrebujados en las mantas. Olaf se levantó y la miró. Seguía dormida y, por una vez, pensó que podía quedarse allí. Era algo que no hacía nunca; obligaba a las mujeres a abandonar su lecho en cuanto el coito había terminado. Pero no deseaba eso para esa joven creada por Freya para él. La miró una vez más antes de salir del cuarto. No tenía nada que ver con las robustas muchachas con las que normalmente se acostaba, ni con la belleza lánguida y blanquecina de Asa, su único amor. La herida por la que aún sangraba.

Puerto de Catoira

–¡El caballo! –ordenó a un esclavo.

Llovía. Las lágrimas de Thor empapaban la tierra. Los hombres estaban levantando la parte derruida del castillo; los que aún seguían allí, porque la mayoría continuaba saqueando por el interior. Una vez controlada la costa y los principales puntos estratégicos, entre ellos el castillo, imprescindible para mantener a salvo la bahía y la parte de su flota que estaba anclada allí, el ataque había continuado. El objetivo era claro: Compostella.

Mientras observaba los trabajos, Olaf se comió un muslo de pato, y después bajó a la dársena. Allí estaban reparando dos naves. Debían embrear los cascos, algo deteriorados al dar las quillas en las rocas de la orilla, y reponían las velas con nuevos lienzos. Otros hombres se encargaban de trasladar en carretones todo el botín de esos días a las bodegas de los *knorris*, sus barcos mercantes. Thórúlf, uno de sus hombres desde los tiempos de escarceos en Laponia, repasaba el estado de

los toldos y tiendas de los *drakkars*. Lo saludó desde lejos llevándose la mano al casco. Todo parecía ir bien por allí.

–No hay referencia aún de que hayan llegado a Jacobsland –le dijo Lotus al cabo de un rato, entregándole el mensaje de El Rojo, su espía en Compostella.

Olaf lo leyó y soltó un bufido.

–¡Por los rayos de Loki! ¿A qué diablos está esperando Gondrod?

Lotus se encogió de hombros. Dio la vuelta a su montura, y se dirigió hacia unos prados próximos, donde le habían informado se habían encontrado unas vacas. Debían haber escapado de algún escondite, porque habían revisado hacía una semana esa zona boscosa y no habían encontrado nada. Olaf lo vio partir con intranquilidad. Las cosas no iban tan bien como deberían. Gondrod era un inútil.

–¡Van tan lentos! –maldijo por lo bajo.

Desde el principio había estado en desacuerdo con perder un solo minuto saqueando la zona. Eso, y así se lo había dicho a Gondrod, ralentizaría y destruiría el elemento sorpresa. Si hubieran ido directos, habrían podido entrar en Compostella pocos días después de desembarcar, y ahora tendrían el control de toda la región.

Si en verdad Gondrod quería apropiarse de esas tierras, no podían entretenerse por el camino. El obispo Sisnando contaba con un ejército considerable, y les devolvería el ataque en cuanto pudiera. Defendería su ciudad y su oro con uñas y dientes. Lo que tanto había temido Olaf era lo que había ocurrido finalmente. De momento, habían logrado hacerse con numerosas aldeas, pero les quedaba lo más difícil. Compostella resistiría. Tenía un mal presentimiento.

–Thor, no nos prives de una gran victoria, esto te pido –Y besó el martillo de plata que siempre llevaba al cuello.

El Negro regresó al castillo a la hora del almuerzo con unas terribles ganas de volver a ver a la joven poseída por Freya, pensando, de repente, que ni siquiera conocía su nombre. La halló en las cocinas, ayudando a Harald.

–Humm –se relamió–. Huele bien. *Habragg* que felicitar al cocinero. –Y revolvió el pelo del chico.

Nunilo sonrió al ver el gesto. A pesar de llevar un tabardo áspero y el cabello atado con una cinta de cuero, a él le pareció sorprendentemente delicada. Había algo distinguido en ella; algo que parecía proceder más de su comportamiento o sus modales que de su apariencia externa. Parecía una dama; debía de haber sido una de las doncellas de la señora, porque sus manos eran suaves y no estaban cuarteadas como las de cualquier sierva.

Sin decir nada más, Olaf le plantó un húmedo beso en los labios y se

marchó. Tenía una cita. Harald se quedó perplejo.

–¡Vaya! –dijo el muchacho, avergonzado–. ¡Se ve que le gustáis a mi tío!

Nunilo tuvo que trabajar un rato más en las cocinas, pero no le importó. Se sentía feliz. Jamás hubiese imaginado que llegaría a sentir algo así por un hombre. Aprovecharía esos días y lo recordaría con cariño cuando se marchara.

A Harald se le había escapado esa mañana que ya estaban cerca de Compostella, pero la ciudad se había armado y preparado para resistir. Los vikingos habían tardado en llegar, y don Sisnando habría tenido tiempo de organizar las defensas y pedir el apoyo de la regente. Y Nunilo confiaba en que así fuera.

–¿Queréis probar el caldo? –Harald interrumpió sus pensamientos.

Ella movió la cabeza negativamente y se volvió hacia la puerta, dánole la espalda. No quería que el muchacho advirtiese su turbación. Repentinamente, la alegría de pensar que Compostella resistiría y que pronto don Sisnando liberaría el puerto se tornó en tristeza: eso le hizo temer que Olaf desaparecería demasiado pronto de su vida. «Estúpida... ¡Pero si apenas lo conoces! ¡Si acercarme a él ha sido, de primeras, por estrategia, para resistir!», se regañó a sí misma. «No pienses en eso ahora», se ordenó. «No trates de entenderlo todo. No puedes controlarlo todo. Eso es lo que te enseñó padre, pero ahora no puedes. Acéptalo. Acéptalo...».

Capítulo 12

Compostella

«¡ZAS!». El golpe sonó brutal. Pero Antúnez se llevó el brazo al rostro para calmar el dolor y escupió sangre en el suelo. Su padre podía ser muy bruto en ocasiones.

–¿Estáis loco? Habéis sido un estúpido impulsivo; un braguetazo como ése no se da todos los días, y menos cuando es muy posible que Onneca Fáñez sea la próxima condesa de Breixos. Vais a volver a su casa y le vais a rogar que se case con vos. Os vais a olvidar de esa puta pelirroja y vais a hacer lo que yo os diga..., si no queréis que os retuerza el pescuezo –le gritó don Rudoric.

–No he sido yo quien ha roto el compromiso, sino ella. Ha sido inflexible. Cuando he intentado explicarme, me ha echado a los perros... Jamás me arrodillaré ni suplicaré a una mujer –repuso el muchacho con soberbia.

Su padre, colérico, le lanzó el cuenco de gachas a la cabeza, y la escudilla voló hacia el techo, dejando a su paso un rastro de pasta viscosa. Pero él lo esquivó, y los restos de comida se esparcieron por el suelo y salpicaron las paredes. Los lebreles corrieron a lamerlos.

–¡Fuera de mi vista! Esto lo vais a arreglar por las buenas o por las malas... En caso contrario, tendréis que alquilar vuestro brazo al mejor postor o meteros a fraile –gruñó–. No os quiero volver a ver aquí.

Pero salió de la estancia sin hacer caso a las súplicas de su madre, que desde un rincón asistía, agazapada, al desencuentro entre padre e hijo.

–Padre... –intervino Ruy, el hijo mayor. Los había estado escuchando mientras peinaba la cabeza de su halcón. El ave lo miró con sus ojos grandes como discos solares–. Tal vez yo pueda hacer algo. Habéis visto cómo me trata esa joven. Puede que a mí sí me acepte. Así salvaríamos la situación.

Rudoric pareció interesado en el trueque. Ciertamente, el día de la visita a casa de los Fáñez, ésta se había mostrado indiferente y fría con Pero, pero amable y atenta con Ruy.

–Está bien, intentadlo. Es importante conservar esa alianza. Si Nunilo Fáñez ha muerto, Onneca será la heredera. Os convertiríais en conde, con una posición muy destacada dentro de los clanes realistas.

El joven sonrió. Soltó a la rapaz, que batió alas y se detuvo en la percha que junto a la ventana más septentrional había en la estancia. Allí quedó, erguida como un centinela. Un rayo de luz la bañó.

El sol deslumbraba esa mañana. Olía a las jaras ya florecidas, y flotaban en el aire girones de borras y semillas. Los chopos se despeluzaban y los dientes de león se deshacían con soplarlos. La brisa era dulce y suave. Haría un buen día.

* * *

Onneca se sentía mejor. Había roto el compromiso matrimonial con Pero Antúnez en un repente, pero no se arrepentía. Esperaba que a Nunilo, cuando regresase, tampoco le pareciera mal. Desde que se firmara aquel acuerdo, hacía mucho tiempo, la relevancia social y económica de los Antúnez había caído en picado. Eso había oído decir a su hermana una noche. Además, pensaba mientras terminaba de hilar con la rueca, tampoco debía haberle importado mucho a Pero. Excepto por un breve momento de confusión, por lo inesperado, se había encogido de hombros y marchado tan tranquilo. Posiblemente hasta le había hecho un favor.

–Ama –la llamó Sisalda–, os espera Santiáguez para acompañaros a ver al arzobispo. Debéis estar allí antes del ángelus.

Onneca sonrió. Al fin, tampoco para eso había necesitado a los Antúnez; sus hombres lo habían logrado por sus propios medios. Antes de entrar a su servicio, Osso Santiáguez había sido mercenario en varias mesnadas, tanto gallegas como vasconas, astures y leonesas, y seguía teniendo amigos entre la guardia personal de don Sisnando. En sólo una semana había logrado que el arzobispo la recibiera, y eso que debía estar más ocupado que nunca. La ciudad era una borrachera de rumores y un tronar de armas, un revoltijo de yelmos, grebas y petos. A cada momento, las campanas tocaban a rebato, y los correos iban de un lado para otro. Porque las huestes normandas estaban ya a las puertas de Compostella.

Así las cosas, era imposible que Nunilo pudiese entrar en la villa, donde habían prohibido que nadie saliera o entrara, ni ayudar a las aldeas costeras, pero Onneca esperaba que, en cuanto las tropas del arzobispo y el conde de Gallaecia derrotaran a esos malnacidos extranjeros, fuesen a socorrer a los condados ocupados.

Se echó un manto de lana por encima de la cabeza y, montada en una recia mula con una silla de jineta, marchó al paso de la cabalgadura de Santiáguez. A su vera. Las calles eran un río de gente, apenas cabía un alfiler. Los puestos donde se asaban tripas de vaca y grelos viciaban con su denso humo las rúas adyacentes a la Plaza Mayor, la de don Pelaio. Desde la casa en Concheiros hasta la sede arzobispal había un buen trecho y no convenía entretenerse más de la cuenta. La cúpula de la catedral se divisaba al fondo, borrosa, y sobre ella planeaba una bandada de elegantes golondrinas. Ya se veían vencejos, esos pájaros capaces de dormir en el aire años enteros, sin descansar ni posarse en la rama de un árbol. Los estandartes flameaban al viento en los palacios blasonados, y por todas partes resonaba un rumor a botas militares en el empedrado, a cuernos vikingos desde el exterior. Era el lenguaje de la guerra. Y la atmósfera se empababa prematuramente de sangre y tristeza.

Bajo la llovizna, los fuegos de las chozas de adobe escupían cenizas al cielo grisáceo. La urbe estaba llena de forasteros ociosos que dormían en los soportales, debajo de los puentes o cerca de las murallas, donde se aglutinaban la mayor parte de las huestes de don Sisnando. Los más eran aldeanos que habían decidido correr a protegerse tras las murallas. Compostella era como una isla. Fuera de sus murallas esperaba un océano de violencia.

–¡Manzanas frescas! –le gritó una mujerona con un niño en la cadera.

Onneca hizo que su montura la esquivara, y también a un racimo de pillastres que, corriendo, intentaban agarrar a la mula de la cola. Cerca, un lisiado con el muñón vendado pedía limosna tan al borde de la calzada que parecía un pilote.

A esas horas se hacía difícil transitar por las abarrotadas callejuelas de la judería. En avenidas como la rúa do Prada, la de Arcedianos o la de Corredoira, el tumulto de carros, yuntas de bueyes, recuas de mulas y mercaderes obstaculizaba el paso. Compostella había crecido demasiado. La costura de su muralla podría reventarse esos días. La villa, nacida en torno al templo levantado por el rey hacía muchos años, había contado primero con los monjes del cercano monasterio de San Pelayo de Antealtares como primeros pobladores. Luego, poco a poco, habían ido sumándose otros vecinos de aldeas cercanas o peregrinos que se habían asentado allí definitivamente. Aunque la ciudad era un enclave cristiano estratégico, también contaba con una nutrida comunidad judía y mozárabe, dedicadas a los oficios artesanales y al comercio. Que gozara de privilegios reales para conceder la libertad a cualquiera que se instalara allí más de cuarenta días, le había dado el impulso definitivo.

Onneca leyó el cartel acunado por la brisa de Casa Mosé Pérez, la vieja tahona, y se le hizo la boca agua. En unos tablones se apilaban los panes

ácimos, de semilla de amapola y de agua de lluvia. Había dulces de jazmín, trenzas de la verdad, mazapanes toledanos y orejas de Hamán.

–Señora, aún no es hora de yantar –le dijo, divertido, Osso–. Apresurémonos, mejor llegar cuanto antes. Allí siempre hay que esperar, pero don Sisnando es un hombre que no perdona los retrasos, no cuando son de otros.

A la tahona de Mosé Pérez la seguía la casa de recaudadores de Abraham Abarca y un puesto de cambistas para los extranjeros. Luego, la herrería Alfónsez y varios colmados de plateros y tapiceros. En la esquina, donde esperaron el paso de unos carros cargados de centeno, se concentraban los comercios de paños de Bizancio, Persia o Al-Ándalus, importados por los mercaderes judíos. Otros vendían elegantes telas fabricadas por los modistos del rey, tejedores de sedas, brocados y tapices. Los precios, pudo comprobar Onneca, eran altos. Un cobertor de lana tintada podía valer treinta ovejas, y una mula, una escudilla de plata. Y, por todo el barrio, pululaban tipos a jornal buscando un patrón en las canteras de donde se extraía la piedra y el mármol para la construcción de la catedral, ahora parados forzosos, bebiendo más de la cuenta.

«¡Zam, zam!», resonaba el golpeteo de los herreros a su alrededor. Ya salían de la Azabachería. Unos pasos a su derecha quedaba la iglesia de San Miguel, y más allá, la puerta Falguera, que comunicaba con los caminos que venían de Padrón. Para entonces, la lluvia, que hasta ese momento había sido un calabobos, empezaba a arreciar, y muchos corrieron a retirar los géneros que pudiesen estropearse de los puestos y a refugiarse en las arcadas.

Giraron por la rúa da Pena para acortar por el callejón que unía la Nova con la del Villar, un arteria oscura y maloliente. Dos barraganas medio desnudas salían de una taberna de la que escapaba un tufo a hidromiel avinagrado. La calle era ya un barrizal. Aquella zona, la más barata, estaba atestada de peregrinos, fácilmente reconocibles por sus raídos hábitos marrones, sus conchas y sus calabazas. Las furcias los asediaban sin piedad, intentando saquearles el poco patrimonio que les quedara después de tan largo viaje, emborrachándolos con aguardiente. A partir de ahí cruzarían la zona de los trajineros, guarnicioneros, albarderos y arrieros.

Un coro de mugidos los saludó desde un cercado oculto a la vista. Sonaban esquilas, relinchos, cacareos, como si los animales intuyeran el miedo.

Compostella era una ciudad de humanidad hacinada, por la que flotaban los efluvios a malos olores de los orines y desperdicios; una ciudad llena de lisiados y mendigos, pillos y estudiantes, clérigos y mesnadas. Y, aun así, una urbe con energía, poderosa, la ciudad del Finis

Terrae, de los confines de Poniente, seguidora de la remota ruta estelar de los druidas y de los pueblos que le dieron su nombre: Campus Stellae, el campo de estrellas.

–¿Qué pasa? –preguntó de repente Onneca, señalando una concentración a las puertas del palacio arzobispal.

–Las huestes del conde de Gallaecia estarán armando jarana... –contestó Santiáguez, alzando una ceja–. Faltan las de don Munio. Se comenta que aún no han llegado... y que no piensan hacerlo. Que se está escaqueando. Es una rata cobarde, siempre lo ha sido. –Sus palabras destilaban asco.

Muchos magnates y nobles habían concentrado sus fuerzas en la explanada del mercado para sumarse a la defensa. Faltaban algunos estandartes significativos, pero había otros muchos venidos de lejos: Asturias, Astorga, el Bierzo, la zona del Duero.

Cuando Osso se acercó a las puertas, la guardia del arzobispado, pica en mano, lo orientó hacia el otro lado.

–En cuanto terminen las deliberaciones, el obispo podrá atender a vuestra señora –le dijo, y Osso hizo un gesto de agradecimiento.

Poco después, Onneca y Santiáguez eran conducidos al oscuro despacho de su eminencia. Don Sisnando tenía cerrados los postigos, como si la luz pudiera dar ventaja a sus visitas. Sólo el reflejo danzarín de las llamas de la chimenea arrancaba destellos a los anillos cuajados de gemas que lucía en las manos.

«Este hombre siempre ha sido una criatura de las sombras», pensó Onneca en las palabras de su padre, y, casi a tientas, dio unos pasos y se inclinó para besar el sello del arzobispo. Desde detrás de la mesa, donde acababa de depositar una pluma con la que habría estado escribiendo a su majestad, por el sello que dormía sobre el pergamino, hizo un gesto para que se sentara.

Onneca se acomodó en una butaca similar a la del arzobispo, una cátedra de espalda alta, sólida madera de roble, repujada, de ancho asiento y con patas que simulaban garras de animal. Un cojín bordado en terciopelo negro hacía más llevadero el asiento para las posaderas. Onneca sintió un nudo en la garganta al ver que don Sisnando la rastreaba con la mirada. Antes de que pudiera decir nada, él parecía ya saber muy bien qué quería.

–Lamento lo ocurrido con vuestra hermana. A estas alturas –dijo, avieso–, no sabemos si sigue aún viva, pero reconozca usía que ella misma... –apuró una copa de hipocrás– se lo buscó. Le advertí hace meses que no podía continuar sin un esposo, sin el apoyo de los clanes de la zona. Sé que había invertido muchos sueldos en comprar mercenarios y que contaba con un jefe de guarnición –añadió, mirando a Osso– con gran

experiencia, pero no ha tenido hombres suficientes para frenar la incursión. Debería haber sido menos egoísta... Si no nos unimos todos, es imposible hacer frente a los ataques externos. La regente sólo ha podido aportar a nuestras mesnadas un total de mil hombres. El resto provienen de nobles y magnates gallegos, y lamento decir que no por vuestra parte nadie nos va a ayudar a defender la costa..., a pesar de ser los primeros interesados.

–Eminencia –habló Osso Santiáguez–, permitidme deciros que muchos hombres de la condesa murieron defendiendo Catoira, Castello Branco y las aldeas limítrofes. Los que quedamos vivos estamos aquí, y desde luego a vuestra disposición

El arzobispo hizo un gesto de aprobación, aunque su mirada obligó a callar al soldado, y se dirigió a la muchacha:

–Supongo que seréis consciente de que la ayuda que se os preste... no os saldrá gratis.

–Desde luego, eminencia –contestó Onneca–. Pagaremos lo que sea menester.

–Cuando hablo de precio no me refiero sólo a oro. También a condiciones. Si el conde de Gallaecia o el señor de Caldas, a quien por cierto aún estamos esperando –torció el gesto–, exigen el compromiso matrimonial de la heredera de los Fáñez, vuestra hermana, o de vos misma como requisito para rescatar Breixos, tendréis que pagar esa deuda.

–Señor, pero es que yo... –empezó a decir Onneca, atragantándose, pero no supo cómo continuar. Iba a excusarse diciendo que ella ya estaba comprometida, cuando recordó de golpe que había roto esa alianza. Por orgullo. Ahora, en vez de aguantar a Pero Antúnez, si Nunilo no aparecía, se vería obligada a casarse con aquel todopoderoso Munio Aloítez, cuya sola la presencia la asustaba. A punto estaba de llorar allí mismo, pero alguien los interrumpió.

–Eminencia... –llamó el infanzón que estaba de guardia en la puerta, retirándose la visera. Para asombro de Onneca, era Ruy Antúnez–, diculpadme. Esta joven está comprometida. Los Antúnez firmamos un acuerdo con los Fáñez hace años. –Onneca lo miró agradecida.

–Está bien –murmuró al fin el arzobispo–. Ya veremos. Primero hay que acabar con esto. Primero hay que luchar y, cuando haya echado de nuestras tierras a esos herejes y sepamos quiénes viven y quiénes no –dijo con toda frialdad–, reajustaremos las fichas. Estudiaremos vuestro caso. Prometo que se acudirá en ayuda de la costa y de vuestro condado en cuanto terminemos de resolver la situación de Compostella... Desde luego, nunca antes.

–Gracias, eminencia –contestó Onneca, y ella y Osso Santiáguez abandonaron sus dependencias.

–No, Ildauro, no insistas –dijo Nuño–. Esto no es un juego. Es muy peligroso, y tú eres muy pequeño.

–Por eso mismo –insistió terco el rapaz–. Será más fácil, *máis fácil...* –repitió mientras lo perseguía.

Regresaban de capturar unos conejos, y habían discutido. A Nuño le asombraba la lucidez y el valor de aquel muchacho que, pese a no levantar un palmo del suelo, tenía más coraje y entendederas que muchos hombres. «Si salimos de ésta», se juró a sí mismo, «lo ahijaré, a él y a su hermano». Pero que le estuviese cogiendo cariño no significaba que pudiera permitírselo todo, y aquello parecía escapar a sus posibilidades.

Cuando llegaron a la cueva donde en pocos días se habían reunido ya treinta y cinco bocas, Nuño expuso su idea. Una de las mujeres tenía a una hija en el campamento vikingo, y pronto iba a ser vendida como esclava en Irlanda.

–Es muy peligroso –dijo un hombre grande y sudoroso, al que Nuño no tenía en mucha estima. Desde que lo encontraran merodeando por la zona, había despertado en él difusas sospechas. Le parecía del todo increíble que, siendo tan torpe, hubiera podido escapar con vida de los hombres del norte, cuando otros, más ágiles y avispados, habían perecido en el intento–. Si algo sale mal, puede morir mucha gente, muchos de los nuestros.

–Es verdad. *É moi perigoso* –intervino una mujer. A su lado, la que tenía a su hija cautiva, visiblemente nerviosa, rogaba en silencio porque aquella operación se llevara a cabo.

–*Pensais que vai quedar ben? Existe unha oportunidade?* –se atrevió a preguntar.

–Es muy arriesgado, no voy a negarlo –reconoció Nuño–, pero es la única idea que se me ocurre para rescatarlos. Ser vendidos como esclavos es peor que estar muertos. Y hay que hacerlo mientras están en el campamento, más ahora que la mayoría han marchado Ulla arriba para atacar Compostella. Si los meten en la bodega de los barcos, no podremos hacer nada por ellos. No tenemos armas para enfrentarnos a sus naves de guerra. Es ahora o nunca.

–¿Y quién sabe nadar para acercarse a la otra orilla y colarse por la cerca? ¿Y si luego no puede salir? –dijo otro, que estaba herido y no podía moverse.

–Ésa es la pregunta... ¿Quién de nosotros puede hacerlo? Yo tengo que quedarme fuera para organizar la retirada, así que alguien debe introducirse en la boca del infierno y arrancarles la campanilla a esos putos asesinos...

Al ver que nadie se animaba, Ildauro dio un paso al frente.

–Yo puedo hacerlo, señor... Y sé cómo. Y, además, soy pequeño. No necesitaríamos cavar, seguro que puedo colarme por cualquier hueco de la empalizada. No me verán. Lo haré de noche.

–Está bien –asintió Nuño tomando mentalmente nota de lo ocurrido. Dejaría que Ildauro se infiltrase en el campamento vikingo, pero a los que no parecían estar dispuestos a arrimar el hombro les daría una patada en el culo y los echaría de la cueva a la primera de cambio. Ya los había ayudado, dado comida y curado. No podía cargar con ellos si quería organizar un grupo de resistencia.

* * *

Dos días después, al atardecer, Ildauro y él, junto con seis mujeres y cinco hombres más, descendieron con cautela hacia el campamento enemigo, tratando de mimetizarse con las sombras de la noche. El viento soplaba del sudeste, y con suerte impediría que detectaran su rastro.

El río corría bien cargado con el agua de los deshielos. Tendrían que atar una soga a la cintura de Ildauro para impedir que se lo llevara la corriente y así éste pudiera cruzar a la otra orilla por la isla de los Patos, donde el cauce se estrechaba y en algunos tramos incluso era vadeable a pie. Antes de que el aliento del río, la niebla, reptase por sus orillas y les impidiese ver a un palmo. Una vez en el otro lado, el muchacho tendría que aguardar a que se acostaran. Se cambiaría de ropa, dejaría la mojada escondida y se pondría otra que llevaría atada en un zurrón en la cabeza.

Cuando Nuño le hiciera la señal convenida, el chillido de una lechuza, él se acercaría a la empalizada por el lateral cosido al río, donde no había vigilancia, pues no esperaban ningún ataque teniendo allí anclados dos *drakkars*. Podrían detectarlo, eso sí, los propios presos, pero era dudoso que ninguno diese la voz de alarma. Cuando se adentrase en el campamento, sacaría de sus botas varias dagas, y él y otros más tendrían que cortar las estacas. Despacio, sin cagarla.

–Si se produce algún ruido que alerte a los centinelas –explicó por enésima vez Nuño al chico–, que alguno haga como que se está peleando. Haced farsa... Ocultad el ruido. A la hora prima, cuando más sueño tiene cualquier guardia –bien lo sabía Nuño, que había hecho muchas en su vida–, se puede salir a toda velocidad. De uno en uno, camino del embarcadero del Fierro..., ese que está a media legua. Allí estaremos. Tenemos varias embarcaciones preparadas, y cruzaréis. Los demás, que corran y se internen en los bosques.

Una vez decidido el plan, establecido qué hombres llevarían las barcas, quiénes guardarían las espaldas a Ildauro desde la orilla contraria y

quiénes guiarían a los fugados hasta la cueva, el muchacho se ató la soga, se sujetó el zurrón y se metió en el agua llena de algas. Se oyó un leve chapoteo y ascendió un tibio perfume a fango removido. En la otra orilla eran visibles las guardias en las atalayas construidas deprisa y corriendo por los demonios rubios. Los fuegos chisporroteaban, y una lluvia anaranjada parecía bañar sus cabezas.

Nuño se enrolló a la cintura la soguilla para impedir que un golpe de agua se llevase al chaval. Poco a poco, fue soltando cabo mientras el mozo avanzaba. Desde donde estaba, apenas lo veía meter y sacar, despacio, su cabeza. Nuño temió que en el claro, aquel tajo en el cielo por donde se colaba la luna, el enemigo lo viera, pero el chaval buceó, precavido, y consiguió llegar a tierra.

Nuño soltó un bravo y le hizo un gesto que el otro reconoció en la distancia. Después lo vio secarse un poco y sentarse para esperar a la hora convenida. Justo cuando Nuño imitó el chillido del ave, Ildauro se adentró entre la cortina de juncos. La empalizada era más alta de lo previsto en ese recodo y las maderas estaban bien prietas, como una falange de madera, pero hizo palanca y logró despegar una de ellas. Un murmullo desde el interior le saltó a la cara.

–*Quen está aí? Quen é vostede?* –preguntó alguien desde dentro, ayudando con las uñas a arrancar aquellas estacas.

–Ayudadme... ¡Venimos a sacaros! –contestó Ildauro, y varias manos más se sumaron a la operación de rescate de forma desesperada.

Desde la margen contraria, Nuño intentaba dominar la tensión. Tres hombres habían partido ya hacia el molino desde donde sacarían las barcas. Apenas cabrían diez o doce hombres en cada una, por lo que temía que, si había muchos más que lograban llegar vivos, se pegaran por subirse a ellas.

Dos mujeres habían partido también hacia allí para atender, de forma urgente, a los que llegaran heridos con telas de un sudario robado en el monasterio para hacer vendajes. Y, mientras, ellos se habían extendido por toda la vertiente, cargados con sus arcos y flechas, dispuestos a impedir que los siguieran.

–Ahora. *Un por un e en orde, para o muíño* –susurró Ildauro.

Seis hombres habían estado serrando, despacio, mientras los demás los rodeaban. El chico, siguiendo las instrucciones de Nuño, les había pedido que ocultaran su presencia, porque alguien podría, sin querer, delatarlos a los vikingos.

Un muchacho llamado Ulfo fue el que más ayudó. Llevaba el pelo muy corto, y una fea herida, como una media luna, le marcaba la cara. Enseguida captó las intenciones de Ildauro y se puso manos a la obra. Otros dos más, Gundisalvo y Petrio, escondieron los tablones arrancados,

mientras las mujeres formaban un tupido cerco para impedir que se viera a los que estaban trabajando. Cuando llegó la hora prevista, comenzaron a escabullirse en silencio, siempre pegados a la orilla.

–¡Corred, hacia el molino! –les indicó Ildauro, y se retrasó unos pasos para intentar buscar a la hija de Rosindae, su vecina en la cueva. Le había indicado cómo era: su estatura, el pelo y una mancha en la mejilla como una rosquilla. Pero, cuando se dio la voz de alarma y comenzaron los empujones y los gritos y la alarma, tuvo que abandonar su idea y salir pitando.

–*Ahhhhh! Som rømmer! Som rømmer! Som rømmer!* –gritaron los centinelas. Y las flechas comenzaron a silbar por el aire.

Nuño y sus compañero, en alerta, respondieron a los disparos. El bestial invidividuo que los perseguía cayó al suelo atravesado por uno de sus dardos. Cerca, justo a los pies de Ildauro, un normando agarró a una mujer y le abrió la cabeza con su hacha. El joven, impresionado, resbaló en su sangre mientras intentaba camuflarse entre los árboles para ponerse él a salvo.

Al menos doscientos presos huían despavoridos, como una colmena de entontecidas avispas. Enormes remolinos con espirales de espuma azul se veían en el cauce. Algunos intentaban cruzar el río a nado –«chas, chas», se escuchaba rítmicamente el chapoteo–, y otros marchaban hacia el interior, hacia las lejanas montañas. Todos, hacia donde podían. La mayoría no había escuchado las órdenes de Ildauro, y sólo unos cuarenta llegaron a los botes.

–¿Dónde está el chico? *Onde está o neno?* –preguntó uno de los barqueros, pero nadie le supo contestar.

Las hachas volaban por el cielo, y unas flechas embreadas comenzaron a caer sobre los botes de madera. Dos de ellos se incendiaron, y a duras penas arribaron a la otra orilla..

–¿Y mi hija? ¿La habéis visto? –preguntó Rosindae, buscando a Ildauro con la mirada–. ¿Dónde está el chico? ¿Ha muerto el rapaciño? –preguntó, llevándose la mano a la cara y echándose a llorar desconsoladamente.

No había tiempo de más, tenían que huir, llegar a las cuevas. Más tarde, cuando el peligro hubiese desaparecido, harían batidas para buscar a los supervivientes, pero ahora sólo podían escapar.

También Nuño buscaba a Ildauro por todas partes mientras, a la carrera, disparaba flechas sin parar. Cuando al fin llegó al refugio, lo primero que hizo fue buscar entre los recién llegados. El muchacho que le había ayudado a quitar las tablazones de la empalizada fue el único que supo darle alguna noticia: había salido con vida, pero se había retrasado buscando a alguien. Nadie más lo había visto. Se lo había tragado la tierra.

Sin tiempo que perder, dejaron a los que estaban heridos y los sanos tomaron las armas para salir a defender la cueva si aparecían las huestes nórdicas. Nuño dio órdenes claras. Todo aquel que no estuviera herido debía salir a defender la cueva, por si aparecían los enemigos. Él, por su parte, saldría en busca del rapaz.

No halló rastro de los vikingos. Se limitaron a tomar venganza con los que no habían podido escapar. Varias cabezas cortadas y puestas en una pica así lo advertían. Regresaba de nuevo Nuño cuando el perro que lo acompañaba empezó a husmear, frenético, el cieno de la orilla.

–Resiste pequeño, no te rindas –susurró Nuño, acercándose.

A Ildauro apenas le quedaba un hálito de vida.

Capítulo 13

Señorío de Caldas

El señor de Caldas se preparaba para dar la orden de partida. Los nobles de los clanes afines a Munio Aloítez habían protagonizado esa tarde una agria discusión, y al fin la decisión estaba tomada. Bajo ningún concepto quería quedar como un cobarde. Tenían que hacer frente, como todos, a los normandos. En realidad, hacía ya días que deberían de haber llegado a la Villa Jacobi.

–Saldremos al alba. Ya he mandado aviso al arzobispo –se limitó a señalar don Munio, visiblemente contrariado, no porque no supiera que estaba obligado a acudir en su socorro (no hacerlo podría costarle la cabeza), sino porque algunos de los que, gracias a él, habían trepado y se habían enriquecido en los últimos años, se habían atrevido a decirle qué hacer. A señalarlo con el dedo.

Mientras los cuervos traían y llevaban órdenes, dejó que los jefes de los clanes siguieran conversando y ordenó a sus siervos que subieran unas viandas al cuarto de los tapices. Dos trapos descoloridos, comidos por la luz, el tiempo y las polillas, pertenecientes a doña Creusa, su fallecida madre, presidían la estancia, y la chimenea caldeaba el desangelado ambiente. Pronto, unas fuentes con berzas y grullas asadas comenzaron a desfilar hasta alcanzar el *axi mundis* del centro de la mesa.

–Tendremos que dar una versión común al conde de Gallaecia –comentó don Telmo, testaferro de don Munio en sus turbios negociados–. Don Gonzalo me ha hecho llegar ya varios grajos exigiéndome que nos pongamos bajo las órdenes del obispo. Habrá qué explicar por qué nos hemos retrasado tanto... todos –se limitó a decir, mientras con las uñas sucias despedazaba un trozo de carne. Un perro a sus pies se relamió con los restos del manjar.

–No tenemos por qué explicar nada. Bastante es que acudamos. Al

final sumaremos tantos o más hombres que ellos. Nuestras mesnadas, mejor armadas que las suyas, serán primordiales para la victoria –contestó Rulfos Ambia, y los demás lo secundaron con la boca chica.

–Ni don Gonzalo ni don Sisnando son unos necios. Saben lo que hay. Antes de marchar a Compostella, tenemos que defender nuestros señoríos, que son los primeros en línea de ataque, pero lo importante es que llegaremos. No podrán quejarse ante doña Elvira de que hayamos abandonado nuestras obligaciones –puntualizó don Munio, sumándose a la conversación.

Durante los últimos días había estado muy callado, muy prudente, tanto como para preocupar a Fariñas. Porque el señor de Caldas era consciente de que su plan secreto había salido mal, rematadamente mal, aunque aún confiaba en enderezarlo. Si bien su intención había sido aislar a don Sisnando, quien más defendía la unidad con León, lo único que había conseguido era fortalecerlo. Todos los señores de Gallaecia se habían puesto a sus órdenes, e incluso la regente le había prestado sus ejércitos. El problema había estado en no conseguirlo la primera vez, maldito cargamento naufragado, y dejar que la incursión suya fuera mucho más grande de lo previsto. Sin duda, ahora debían intervenir.

«Lo único positivo», pensó, «es que Nunilo Fáñez ha sido capturada y han ocupado sus tierras. Cuando consigamos echar a esos mequetrefes con cuernos, la rescataré, si vive aún, y estará obligada a casarse conmigo».

El amanecer llegó gris plomo. El mar, indispuesto, vomitaba manojos de algas, maderamen, caracolas, conchas y espuma sucia. Las gaviotas acribillaban el cielo con sus gritos. La lluvia y la ventisca arreciaban cuando los pendones, empapados ya, se pusieron en cabeza: gallardetes gualdos, verdes, negros, azur y púrpura flameaban con fuerza, igual que el eco inconfundible de las armas o el vozarrón de los cuernos de carnero. Al menos dos mil hombres con sus caballos y pertrechos marchaban bajo el retumbar de los cascos de los caballos y el entrechocar metálico de sus armaduras. Una gran banderola con una cruz latina blanca iba a la cabeza de todos ellos, mientras que decenas de carros tirados por acémilas, cargados de grano y vituallas, cerraban el cortejo con su torpe avanzar.

El barro manchaba las patas de las bestias mientras próceres y condes, ajenos al paisaje primaveral, se entretenían hablando de furcias, dineros o futuras conspiraciones. O discutían si el número de enemigos sería tan elevado como los cuervos habían asegurado o si el arzobispo estaría exagerando. Cuando terminasen con los invasores, podrían organizar una cacería de jabalíes o visitar los tugurios más concurridos de León. Habían sabido de la llegada de material virgen procedente de Qurtuba y Malaqa.

Seis jornadas más tarde, entraban en Compostella. Estaban a punto de

ajustar cuentas.

Castello Branco

Como si el tiempo se hubiera detenido en un limbo impreciso, Nunilo sólo se asomaba a la realidad para reprocharse sentirse animada en aquellas circunstancias catastróficas. Por las mañana, mientras faenaba con otros esclavos, intentaba penetrar en el corazón del enemigo, husmear en sus grietas, conocerlos mejor. Aquellos hombres del país de los árboles helados, como se denominaban a sí mismos, según recitaba un escaldo todas las noches, eran una incógnita para ella. Eran tipos brutales, pero también enormemente supersticiosos y confiados; y, a veces, transparentes y crédulos como niños.

Solía salir temprano a comprobar cómo reparaban sus yelmos o escudos, dónde guardaba el herrero las armas para su reparación, en qué estado mantenían las naves. Varios jóvenes faenaban sin descanso para sustentar las vigas de la techumbre de una iglesia que querían recuperar como lagar. Era entonces, al ver a aquellos extraños ocupando sus aldeas, usurpando sus vidas, cuando se amonestaba a sí misma. Aquello era una herida que no paraba de sangrar.

–*God morgen frue* –la saludaban los hombres al pasar.

Los víveres comenzaban a escasear. Los labradores, pescadores y ganaderos habían huido o estaban muertos o esclavizados. Las huertas habían quedado huérfanas, y sus frutos se pudrían en la tierra; los botes ya no salían a faenar, y descansaban moribundos en el puerto; buena parte del ganado andaba disperso por los campos, pues sus propios dueños lo habían soltado para evitar que los normandos se lo robasen. Los molinos habían dejado de levantar sus brazos, nadie molía ya el trigo almacenado, y la harina comenzaba a faltar.

Resultaba evidente que no se habían cumplido sus previsiones y que andaban mal de tiempo. Y eso mismo había escuchado a Olaf y Harald. Habían ideado el ataque sorpresa, pero luego se habían entretenido demasiado en saquear las pequeñas aldeas y, además, los lugareños se habían mostrado más hostiles de lo esperado.

–Tenéis que tomaros esto. Vamos, ahora que no nos ven –dijo a uno de los muchachos que habían sido capturados, al que obligaban a descargar las piedras ennegrecidas del torreón sur. El chico le agradeció en silencio el cucharón con jalea de los panales y leche de cabra. Con la excusa de llevar la comida a los que talaban árboles en el bosque, aprovechaba para repartir algo también entre los suyos, a escondidas. Y, cuando podía, recogía raíces que, con la mezcla exacta, daba luego a los esclavos para

sanarlos.

La mañana era, pues, para el trabajo y la observación. Otto, uno de los hombres de Olaf, era su guardaespaldas. Aquel bruto parecía vigilarla siempre, incluso cuando ordenaba los haces de leña que se amontonaban en los cobertizos o bajaba a los sótanos, con una mezcla de lujuria y desconfianza. Ella lo rehuía en todo momento. Si no fuese por Olaf, su vida allí no valdría un diezmo, pero confiaba en que al final todo saldría bien. Tal como Sisalda le había enseñado, debía abrirse al caos y aceptar lo que llegara; volver esto a su favor, no remar contra corriente. Tal vez también la primavera le renovaba las esperanzas, igual que llenaba de color y alegría los campos o sacaba de su letargo a las mariposas. O que aquella misma mañana Harald le había dicho que era una mujer con *strandhögg,* con «buena suerte». Que el *jarl* se hubiese encaprichado de ella, de esa manera, no debía ser muy habitual.

–Debéis haber sido bendecida por Freya, la diosa del amor y la victoria –le había dicho–. Freya es la hija de Njord, el dios de los mares, su hija adorada, la gran maga que viaja en un carro tirado por gatos. ¿Tenéis vos un gato, señora? –Nunilo negó con la cabeza–. Tiene un carácter picarón –Harald se sonrojó, avergonzado–, pero es tan hermosa que todas las cosas bonitas se nombran después que a ella.

–Me gusta vuestra Freya. Creía que los vikingos sólo respetabais a Odín, a Thor y a vuestras hachas –comentó, sarcástica.

–También, señora –contestó el muchacho, sin sentirse herido por el comentario despectivo de Nunilo–, pero tenemos muchos dioses, y a todos los honramos.

–Y este colgante que lleváis... ¿a quién representa?

–Es el martillo de Thor. Mi madre me lo dio. En su día fue de mi padre. Es un símbolo protector. Me protegerá de Hel. Me cubrirá con su aliento de vida en la batalla.

–¿Quién es Hel? –quiso saber Nunilo.

–La diosa guardiana del imperio de los muertos. También de Fenrin, el gran espíritu maligno.

–Parece algo lioso –dijo Nunilo, riéndose.

–No menos que vuestros santos, señora. Tengo entendido que también son un ejército, que luchan con cruces y panes redondos en vez de flechas... ¡Eso sí que es raro! Mi madre me contó que incluso resucitan.

–Vuestra madre tiene razón –susurró Nunilo, deduciendo que, sin duda, debían ser gente acomodada, con acceso a escaldos y lecturas.

Ese día Nunilo se enteró también de que el avance de los vikingos se había frenado cerca de Compostella. En los alrededores de la ciudad santa se luchaba con denuedo. Al parecer, don Sisnando había fortificado bien la ciudad. «Al menos se ha gastado bien las abusivas gabelas que nos

obliga a pagar», pensó la joven, y enseguida decidió preguntar más sobre Olaf. Necesitaba conocer en qué tierras movedizas se adentraba, a qué infierno se estaba arrojando.

–Dijiste que el *jarl* no estaba casado. Es un hombre poderoso y rico. ¿Por qué?

Harald se encogió de hombros y guardó un incómodo silencio. Pero ya eran muchas las conversaciones y los secretos, y mayor la confianza entre ellos, así que al fin habló:

–Le han ofrecido a muchas mujeres, *kvinner* –titubeó–, pero mi tío las considera impropias de su rango. Desea casarse con una gran señora. Él es hijo natural de un importante *jarl*, aunque él no lo reconoció como su heredero..., a pesar de ser el más valiente de sus hijos. La causa fue que su madre, mi abuela –continuó– era una concubina, no una esposa primera. Tanto él como mi madre fueron considerados bastardos y ajenos al estatus de mi abuelo. Mis otros tíos, los hermanastros de Olaf y de mi madre, sí son grandes señores... y siguen viviendo en Noruega.

–Comprendo. Debió ser muy humillante para ellos.

–Especialmente para Olaf. Él siempre ha creído que Thor lo había destinado a grandes cosas. Hace años –se lanzó el muchacho, y Nunilo rezó para que no callara–, mi tío, siendo muy joven, se prometió en secreto con una joven preciosa. «Pétalo de cristal», la llamaban por su delicadeza. Era Asa, la hija de uno de los principales *jarls* del norte, de linaje real. Ella le juró amor eterno..., pero no respetó su juramento. Aunque estuvo viéndose en secreto con mi tío, cuando su padre decidió entregarla en matrimonio a su hermanastro, Sigmond Cabeza de Martillo, ella aceptó sin rechistar. Olaf montó en cólera y aseguró que esa mujer era suya incluso ante todo el consejo, pero nadie lo creyó. Lo insultaron y despreciaron por haber intentado seducir y apropiarse de una mujer que no estaba destinada para él, por querer robársela a su propio hermano, al heredero del linaje y el título... Ella también se rio, y negó en público haber tenido nada que ver con él, y mucho menos amarlo. Por miedo o por lo que fuera, decidió engañar al consejo antes que ser desterrada o sacrificada a Freya... Olaf cayó en la tristeza y maldijo su suerte y la maldijo a ella y... –calló de repente, oscurecido el semblante. En las cocinas ya no se veía. Era tarde.

–Y su padre ¿cómo lo recibió?

–Muy mal. Se enfadó terriblemente. Olaf recibió un duro castigo. Si bien su padre no lo reconocido como hijo, lo había mantenido siempre a su lado y le había permitido vivir como un guerrero, pero entonces lo desterró. Olaf tuvo que sobrevivir como mercenario para los daneses durante años, hasta que se embarcó en la expedición que el rey Hakoon tenía previsto llevar a cabo en tierras irlandesas. Mi madre, que había

quedado viuda y embarazada siendo muy joven, se marchó con él. Llevamos varios inviernos viviendo en Irlanda, y nos gusta. En una tierra agrícola, pero acogedora y cerca del mar. Olaf no podría vivir sin el océano a la vista... Os gustará.

–Ya –comentó Nunilo, sorprendida tanto por la historia que acababa de escuchar como por lo claro que tenía el muchacho que Olaf se la llevaría.

Tras el yantar, acudió como todas las noches a la cámara de Olaf. Se bañaron en la cuba de agua espumosa e hicieron el amor sin prisas. Nunilo estaba al borde de las lágrimas: lo deseaba, pero se sabía en peligro. Pisaba suelo resbaladizo, y nadie podría ayudarla. Luego, cuando él la miró, se le derritió el corazón y se maldijo a sí misma por no odiar a aquel hombre brutal, por saberse perdida en aquellos ojos grises que le provocaban una tormenta.

Abrazada a su cintura con las piernas, se sentía abrumadoramente suya sin dejar de ser la de siempre. Ella, que siempre había creído tener las cosas tan claras, se veía ahora arrastrada por los acontecimientos. Y, mientras planeaba cómo hacerse de nuevo con el castillo y colgar de lo más alto de la torre del pueblo a sus enemigos, su garganta se negaba a emitir otro sonido que no fuera un quejido de placer. «Os consideráis una mujer seria, pero siempre habéis sido una aventurera», recordó las palabras de Sisalda, «y eso es un arma de doble filo. Casaos, acabad con tanta incertidumbre, o aprended a vivir con ella, a fluir con la vida y a abriros al divino caos...».

Al oír su gemido, Olaf le mordió el lóbulo y le arañó el cuello con su barba. Ella se arqueó y, al notar cómo el agua le resbalaba por los pezones, se sintió libre como una valkiria.

–Cuéntame cosas... ¿Qué haces cuando no vas a la guerra? –se atrevió a preguntarle más tarde, ya en el lecho, exhaustos y abrazados.

–Yo siempre hago la *guerrga*... No sé *hacegg* otra cosa –contestó él, apurando el licor quemado que un esclavo le había traído.

El hachón temblaba de frío en la repisa, bailaban las sombras en el techo. Desnudo, se levantó a echar más leña al fuego. Nunilo admiró su cuerpo entre las sombras. Sólo lamentaba que fuera de pocas palabras, que sólo ejercitara la lengua dentro de su boca. Era un hombre de acción, de eso no había duda. Confiaba más en los hechos que en los dichos, y sobre todo si procedían de mujeres; aunque aceptaba feliz la pasión que ella le ofrecía, levantaba un muro de hielo ante sus palabras. Las dos únicas veces que ella había intentado hacerle saber lo feliz que se sentía, él la había silenciado con un beso. Un beso que era un lacre, una bofetada muda, indiferencia.

Aunque, ahora que conocía más sobre su vida, lo entendía mejor. No

había vuelto a confiar en ninguna mujer, y ya sólo las usaba para divertirse. Temía oír hablar de sentimientos. Nunilo sintió un ramalazo de compasión por él.

–Te veo hoy muy habladora. Acaso hoy te has cansado menos... ¿He estado peor? –se rio.

–No, claro que no; sólo que apenas nos conocemos y...

–No sigas por ahí –la interrumpió–. Limitémonos a *disfrutargg* de lo que tenemos.

–¿Estás casado? –se atrevió sin embargo ella a seguir.

–No, *perggo* eso es algo que no debería importaros en absoluto – repuso en tono gélido.

Pero Nunilo, envalentonada, sabiendo que sería ahora o nunca, prosiguió:

–Tal vez, pero me pregunto cómo un hombre como vos, tan hermoso como Loki, tan fuerte como Thor, sigue sin esposa. Querréis tener hijos que recuerden vuestras victorias y engorden las sagas de vuestra estirpe. Una esposa al final del día os haría feliz.

–Ya soy feliz –dijo, abrazándola.

–No... Parad –suplicó ella–. Estamos hablando. Sabéis que disfruto con vuestras caricias, pero hoy necesito hablar.

–Ya no... –y terminó la conversación.

Castello Branco

Durante dos semanas Nunilo se sintió bastante satisfecha. De día ejercía de lo que era: la señora del castillo. Ya que no había otras mujeres allí, excepto las esclavas, que dormían cada noche con un soldado, sólo ella podía encargarse del avituallamiento, las reservas, el cuidado de los animales o la recogida de plantas medicinales. Luego, de noche, surcaba el lecho del *jarl* como un ave fénix.

Aun así, la voz de su conciencia seguía reprochándole que se acostara con un enemigo. Pero Nunilo la acallaba. Se resistía a creer que su corazón estuviese equivocado, y en ocasiones se planteaba qué pasaría con aquel vínculo que sentía tan próximo cuando todo aquello terminara; cuando él se hubiera ido o hubiera caído en el campo de batalla, o cuando fuese rescatada por los suyos.

Olaf el Negro tampoco era ajeno a lo que significaba su relación, y no estaba preparado. Él, que era un experto navegante, sabía que se estaba alejando de la costa, de la luz, para adentrarse en las tinieblas. Después de que Asa lo abandonara, había decidido renegar del amor y no había vuelto a confiar en ninguna mujer. No las odiaba, pero tampoco las quería cerca.

Se acostaba con ellas, las trataba con respeto, pero jamás les permitía acceder a su corazón. Sabía que casarse con una noble le vendría bien, pero pocas había en Irlanda, y no aceptaría su mano sin antes mejorar su posición. No se engañaba. Contaba con el respeto de los *jarls* de Irlanda, era considerado un gran guerrero, pero seguía siendo un bastardo sin estirpe propia y una fortuna adecuada. Tal vez, se decía, aquella incursión en Jacobsland pudiera cambiar las cosas.

Nunilo le gustaba. Disfrutaba con ella como jamás antes con otra, y a veces pensaba que Freya la había creado expresamente para él y que había alcanzado el Valhalla en la tierra. Sus ojos eran la aurora boreal que tanto añoraba de Laponia, y su liviandad, la espuma del mar que le gustaba poder deshacer entre los dedos. Sus gemidos agitaban sus cuadernas, sus orgasmos empujaban su *drakkar* por ignotos océanos. Si existía una mujer que se ajustara a él como un guante, parecía ser ella, pero él no podría ser su Odur, su esposo amado. Porque ella no era noble, y eso le impediría emparentar con las principales familias del reino; quedaría reducido al vulgar guerrero, jamás llegaría a ser un *jarl* con asiento en el consejo de nobles de Gondrod.

Curiosamente, ella no parecía tan aprovechada ni ambiciosa como otras. Él, generoso, le había ofrecido los más hermosos vestidos del cofre de la dama de Jacobsland y sus mantos de fina lana, pero los había rechazado. Dijo que sólo lo deseaba a él, y, absurdamente, aquello lo había emocionado. Ella conseguía abrir ventanas por las que hacía mucho tiempo no corría la brisa ni el sol; limpiaba telarañas.

Por eso, si ella seguía metiéndosele en la piel, tendría que despegarla. Enterrar su deseo.

* * *

–Todavía no han logrado acercarse lo suficiente a las murallas para tratar de escalarlas –escuchó una mañana Nunilo a unos hombres.

Pensando en ello, más tarde, cuando se encontró con Harald, le preguntó sin rodeos:

–¿Habéis oído algo?

–Sabéis que no puedo informaros de asuntos de guerra. Me está prohibido. Si mi tío se entera..., me despelleja vivo, me arranca la lengua.

–Es por mi familia... Supongo que lo entendéis; ellos deben estar allí, refugiados.

–Sí, ya me lo contasteis. Pero preguntadle a él –dijo, y siguió cortando los nabos para el puchero.

Nunilo se estremeció. Sabía que la batalla no había empezado dentro de Compostella, pero que, por los alrededores, no cesaban de derramar

sangre y violencia. Preocupada por los suyos, especialmente por Onneca, ese día decidió esconderse en el torreón de Sisalda, donde muchas tardes, después de los quehaceres diarios, subía a llevar algo de comida al búho. Allí, como su aya le había enseñado, Nunilo trató de que el fluir de energías de los dioses antiguos de su madre la envolviera. Cerró los ojos, y al poco sintió que su espíritu escapaba de aquella cárcel de piel que era su cuerpo y escapaba por la lumbrera. Observó los campos, cruzó los ríos y respiró el aire de los montes, siempre en camino hacia Compostella. Se le hacía difícil llegar hasta allí, pero en alguna ocasión había sentido la presencia de su hermana muy cerca. Cerró más los ojos y se concentró. Y, de repente, vio a Osso Santiáguez. Su semblante estaba pálido y serio, pero vivo, y aquello la tranquilizó. Por un momento tuvo la sensación de que Sisalda le decía algo, como si hubiese podido detectarla, pero el efecto desapareció de inmediato y Nunilo abrió de golpe los ojos.

Volvía a estar en el torreón de Castello Branco, y ya la luz desaparecía por el horizonte. Era tarde, Olaf estaría buscándola, de modo que bajó a la cámara principal, donde ya estaba a punto de terminar de cenar. El hachón parpadeaba y el fuego dibujaba sombras en su clara cabellera.

–¿Dónde diablos os habíais metido? Os estábamos buscando. –En su mirada, Nunilo distinguió una imperceptible señal de desconfianza.

–Estaba en el torreón –contestó calmada–, comprobando cómo han quedado las últimas vigas que habéis reparado… –mintió–, y me entretuve sin quererlo. –Olaf calló, pero Nunilo supo que su respuesta no había resultado demasiado convincente. Antes de que el vikingo pudiera preguntarle nada más, decidió cambiar de tema–. ¿Qué ha pasado en Compostella? ¿Ha caído… ya la ciudad?

–No –contestó él, paladeando un puñado de arándanos, cuyo líquido le chorreaba por la barbilla–. Seguimos preparando el ataque definitivo. Marcharé mañana allí –soltó.

Nunilo se echó a llorar. No era propio de ella; no había llorado el día de la invasión, ni siquiera el de su captura, pero esa noche estaba especialmente sensible y asustada. De nuevo, las circunstancias la superaban; y, además, barruntaba el periodo que tanto la molestaba cada mes. El futuro le daba vértigo. Si los vikingos arrasaban Compostella, su hermana y Sisalda podrían morir o acabar como esclavas, y ella perdería definitivamente sus tierras y, con suerte, acabaría como la vulgar ramera de un vikingo lejos de Gallaecia. Y, si los suyos ganaban…, perdería a Olaf.

–¿Lloráis de felicidad? ¿Acaso os gustaría verme degollado? –Olaf hizo el gesto de cortarse el cuello con la daga con la que en aquel momento pelaba una manzana roja.

–No, claro que no… Es que ese hombre no me gusta –se limitó a

contestar, y no mentía.

–¡Pues en eso coincidimos! –soltó una carcajada y, subiéndosela encima de las rodillas, le mordisqueó el escote, dejando un rastro azul por las bayas en su piel.

Al momento siguiente, le había desatado el cordón y le lamía los pezones con ansia. Le echó la cabeza hacia atrás, acariciando su larga melena negra, e hizo una seña a un esclavo que decía ser bardo para que tocara para ellos. Que pusiera la banda sonora a aquella despedida indesada. Y, sin más, la poseyó con una furia desconocida encima de la mesa.

«Rammm, rammm». El arpa sonaba mejor a cada momento, mientras el trovador cantaba un poema melancólico.

Ella, aún desnuda, tratando de cubrirse con su propio vestido, se levantó y le ofreció a Olaf un cuerno de hipocrás recién preparado a base de vino, miel, nuez y jengibre. De reojo vio que el trovador la miraba fijamente, clavado en sus nalgas desnudas. Nunilo sintió un escalofrío. Lo había reconocido como a uno de los músicos que había contratado por Epifanía, y fácilmente podría ver que ella era la señora de Breixos, la dama de Jacobsland. La cuerda floja por la que llevaba tanto tiempo deslizándose acababa de perder un extremo...

Nunilo dudó. No debía perder los nervios y descubrirse ella sola. Tenía pensado cómo actuar si, llegado el caso, alguien la reconocía, pero ahora, llegada la hora de la verdad, no se sentía capaz de clavar a ese hombre la daga que escondía aún en el bajo de su túnica. De repente, recordó que guardaba también en el refajo unas semillas de adormidera. Respiró hondo para tranquilizarse. Sin volverse, de espaldas a Olaf, vertió los polvos en otra copa de hipocrás.

–Tomad, refrescaos. Habéis estado bien –le dijo con una mirada retadora, recolocándose el vestido para tapar la desnudez.

El trovador, con una mirada mitad libidinosa mitad asustada, aceptó el ofrecimiento y se bebió el líquido de un sorbo. Un minuto después, mareado y arrastrando una silla, caía al suelo, inconsciente. El arpa gimió al verse arrastrada.

–Llevaos a esta piltrafa. Echadlo al patio, o al foso –ordenó a uno de los guardias que vigilaban la puerta.

Sabía que no estaba muerto, pero podía mantenerse aletargado varios días. Ya pensaría en cómo deshacerse de él de forma definitiva. Mientras tanto, debía volver con Olaf.

–Ha corrido por ahí el rumor de que la dama de Jacobsland sigue por aquí –comentó él de repente, al cabo de un rato de caricias tranquilas–. ¿Vos no sabéis nada? ¿No habéis oído algo al respecto? ¿Habéis investigado lo suficiente?

–Sólo hay rumores. He oído eso, e incluso que doña Nunilo seguía escondida en el castillo. Pero vos mismo habéis podido comprobar que es falso... También cuentan que huyó disfrazada como una sierva por los bosques, que resultó muerta en la batalla o qu...

–No. Eso no es posible –la interrumpió–. Comprobé los cuerpos que había. Yo mismo vi cómo luchaba en la torre y cómo luego desaparecía. Parecía una mujer formidable, de carácter, y ninguno de sus hombres se atrevió a desobedecer sus órdenes. Su estrategia era buena, pero carecía de recursos suficientes. Cualquiera en su lugar se hubiera rendido...

–¡Yaaa, claro!

Sorprendida consigo misma, Nunilo se sintió herida por aquel comentario. Su admiración por la dama de Jacobsland, ridículamente, la ponía celosa. Ella, que sí le había entregado su cuerpo y, a escondidas, su corazón, sólo era una imagen difusa para él; sin embargo, parecía enamorado de la imagen de aquella desconocida de la que ansiaba saberlo todo. Intentó reírse de lo absurdo de la situación, pero no lo consiguió. «En el fondo», pensó con amargura, «sólo me ve como una mujerzuela indigna de él, de su estatus, no como su igual. Su concubina, dijo... ¡Maldita sea la dama de Jacobsland!».

Olaf la observaba en silencio, pensativo.

–Veo que no pensáis en otra cosa que en esa mentecata –dijo al fin en voz alta. Su voz reflejó su rabia y sus celos–. A nadie en su sano juicio se le hubiera ocurrido colocarse la armadura de su padre y dirigir a sus hombres sin tener idea de la guerra. No es más que una loca que a buen seguro habrá pagado muy cara su estupidez...

–Jamás –exclamó Olaf, y la enganchó con fuerza de la muñeca– digáis eso.

–Me hacéis daño... ¡Soltadme! –chilló Nunilo en tono autoritario, el mismo que había disimulado con tanto esfuerzo todo ese tiempo, pues podría descubrirla. Dio un tirón y se separó.

–No deseaba haceros daño. Es que... me hubiera gustado encontrarla. Partiré al amanecer para unirme al asedio de Compostella. Vos permaneceréis aquí, a salvo –sonó a orden–. Esperadme, y no salgáis del castillo, puede ser peligroso. Volveré a por vos.

–Si podéis... –contestó ella con un nudo en la garganta, a medio camino entre el rencor, el deseo de verle morder el polvo y el miedo a que algo malo le pasara.

–Esperadme –dijo, y esta vez sus ojos brillaron emocionados. En ellos había una promesa muda de futuro que ella prefirió ignorar.

«Futuro» era una palabra imposible para ellos.

Capítulo 14

Compostella

Las escaramuzas de días anteriores habían sido sólo eso, una toma de contacto. Los contendientes, ejércitos cristianos y huestes vikingas, habían echado un pulso para comprobar la fuerza y el armamento enemigo, sin atreverse ninguno de los dos a asestar el golpe definitivo. Los cristianos, porque un fracaso condenaría a la ciudad; los atacantes, porque, de salir derrotados, tendrían que huir de Jacobsland con el rabo entre las piernas.

El obispo don Sisnando parecía eufórico esa mañana; incluso hablaba de oficiar la misa de Jueves Santo a medianoche, aunque algunos gentiles le estuvieran pidiendo que se concentrara en la batalla que estaba por llegar.

Era Pascua y, por tradición, desde las cocinas eclesiásticas comenzaron a desfilar filloas con jalea, miel y roscas para los asistentes. El obispo, después de que un galeno le vendara una llaga en la pierna, jugaba al ajedrez con don Gatón Gutierre, conde del Bierzo, y sus hijos Edelgaster y Luifrido, y con el conde portocalense. Parecía tranquilo. Al fin y al cabo, él había sido durante mucho tiempo un hombre de armas.

Hijo del conde de Présaras, Hermenegildo Menéndez, y de doña Paterna Gundesíndez, dama de estirpe real por rama materna, don Sisnando había llegado al arzobispado de Iria-Compostella de una forma un tanto abrupta. Casi, siniestra. Tanto como para que se rumoreaba que tenía las manos manchadas de sangre, aunque eso a su conciencia no le incomodase lo más mínimo. Los más supersticiosos recordaban esos días la maldición que sobre él había lanzado su antecesor, el obispo Rosendo, a quien, no contento con haberlo depuesto por la fuerza, se contaba que había mandado asesinar.

Fue Sancho el Gordo quien lo nombró obispo y lo autorizó a formar un gran ejército y a amurallar varias de sus villas. Luego, unas desavenencias políticas y la ambición lo habían llevado a traicionar al monarca y terminó preso. Muchos creyeron que no saldría vivo de ésa, y, de hecho, durante unos años se consumió en las mazmorras leonesas,

hasta que, a la muerte del rey en extrañas circunstancias, logró fugarse tras sobornar a sus carceleros.

Se le buscó en el monasterio de Santa María de Sobrado, fundado por su beata madre, y también en casa de su hermano, pero no lo encontraron. Sisnando Menéndez, lejos de ocultarse, se había dirigido hacia Compostella y, tras ocupar por la fuerza el sillón obispal de Rosendo de Celannova, echó un envite a la Corona y a la justicia. Contra todo pronóstico, le salió bien.

Aquellos que atendieron al ilustre obispo preso la noche de su muerte, el día de Navidad del año del Señor de 966, juraron que el clérigo había vaticinado la muerte violenta de don Sisnando: «Quien a hierro mata, a hierro muere». Ahora, para algunos, ese momento parecía resonar como los clarines del Apocalipsis. Otros, sin embargo, insistían en que, con el respaldo de la regente, el trono episcopal de don Sisnando parecía una roca; ni esos desalmados vikingos podrían moverlo de allí.

Un tronco restalló en la chimenea cuando un siervo removió con un atizador las ascuas. Luego, abrió los postillos de las esbeltas ventanas para ventilar la estancia, atestada de gente de postín. Por aquellos arcos se podían divisar los solares, fuera de la empalizada, donde habían acampado las tropas vikingas. Sus estandartes con cabezas de dragón y serpientes flameaban retadores, y sus cánticos intimidatorios retumbaban contra los tejados de la ciudad. La dulce brisa primaveral sabía ese año a muerte, arrastrando consigo el amargor del presagio de una derrota que parecía cantada.

En la sala, el ambiente era cálido, gracias a las antorchas encendidas y las paredes forradas con espléndidas alhagaras y paños tramados de seda con decoración geométrica al más puro estilo árabe. Además de las robustas mesas de madera, había arcones con soportes torneados, un ancho atril de madera de roble, un escaño alto de respaldo con mullidos cojines y sillones de guadamecíes, fabricados seguramente en Al-Ándalus. El obispo se hallaba sentado en el centro de la misma, en una cátedra con incrustaciones de hueso y madreperla.

Don Munio comía roscas rellenas de membrillo mientras parloteaba con otros allegados. Los clanes guarban la distancia los unos de los otros. Los realistas habían hecho piña en torno al arzobispo, en el lateral más umbrío, el que daba sobre el valle alfombrado de inocentes margaritas; los otros, se situaban en el lado contrario. Se palpaba la tensión.

–Los hombres de ese tal Gondrod no parecen tan valientes –comentó por lo bajo Rodrigo Menéndez, duque de Présaras y hermano de su eminencia, mientras éste movía con decisión una torre sobre el tablero de ajedrez.

–Le faltarán hombres. No habrán logrado reunirlos a todos aún.

Estarán jodiendo y quemando iglesias por ahí. De disciplina, me temo, andan justitos –contestó el otro, comiéndose la pieza con un giro imprevisto del caballo.

–¿No sería mejor atacarlos ahora, tomar nosotros la iniciativa? –preguntó Rodrigo–. Podríamos pillarlos desprevenidos.

–Lo hubiéramos podido hacer si ese hijo de perra –gruñó el obispo refiriéndose a don Munio– hubiese llegado antes. Ahora nos vemos obligados a dejar pasar unos días para que tanto los caballos como los hombres descansen. Es preferible que vayan frescos a la batalla.

–Recuerda –susurró– que don Munio sigue siendo familia. Nosotros también somos Aloítez, aunque sea en grado lejano. No nos conviene perder aliados. No estamos tan sobrados de fuerzas.

–Precisamente porque somos Aloítez sigue paseándose con la cabeza encima de los hombros –contestó don Sisnando, desabrido–. Esto ha sido traición con todas las letras. No se quedará así... De momento –dio jaque mate a su hermano–, encabezará con sus mesnadas el ala derecha del ataque, la peor situada, por estar cerca del terraplén. Será donde haya más bajas.

–¿Se lo habéis dicho ya? Capaz es, incluso, de no presentarse al combate. Atadlo en corto. –Rodrigo recogió las fichas negras y las echó fuera del tablero–. Recordad, hermano, que es una víbora con yelmo. ¿La revancha? –cambió de tema, pero el obispo negó con la cabeza. Se levantó, haciendo que sus pesados ropajes de damasco crujieran al moverse. Definitivamente, oficiaría la misa.

–El que tiene que recordar que soy una víbora es él –susurró entre dientes, al tiempo que ofrecía su sonrisa más cínica a toda la sala.

Esos que ahora yantaban en su mesa, antes le habían echado un pulso. Al verlo, alguno incluso dejó la cuchara en el plato. Tampoco sería tan raro que el obispo se atreviera a envenenarlos. Redaños no le habían faltado nunca, y jugar sucio era su santo y seña. Su firma.

Murallas de Compostella

–*Ad Deum qui... laetificat juventute meam... Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo et doloso erue me.* Júzgame, oh, Dios, y defiende mi causa de la gente perversa. Libéranos de los hombres inocuos y falsos. –La potente voz de don Sisnando resonaba desde el púlpito de la catedral.

En aquella atmósfera dotada ese día de un halo místico, los congregados oraron al unísono:

–*Doloso erue me. Fortitudo mea*. Tú eres mi señor, mi fortaleza.

El olor a incienso mitigaba el tufo a humanidad reconcentrada que desprendían los cientos de personas allí reunidas. Los prelados rodearon al arzobispo portando cada uno un humeante velón y se unieron al cántico. El eco de sus oraciones inflamaba los ánimos, y los gentilhombres se acercaron a recibir el cuerpo de Cristo. El cáliz de oro repleto de gemas preciosas que don Sisnando sostenía capturaba la luz de las lucernas, que, como enormes telarañas, colgaban de los techos de piedra.

Los monjes supervivientes del monasterio de Santa Olalla comenzaban a salmodiar un sentido Aleluya cuando les alcanzó el estruendo que precede a la batalla.

–¡Rápido, a las armas! –gritó a pleno pulmón el arzobispo.

En ese mismo instante, una flecha incendiaria voló por el interior de la iglesia, prendiendo las ropas de varios fieles, y las gentes se lanzaron a la carrera para salir del santo lugar. Entre girones de humo, toses y empujones, se abrieron los portones, incluidos los de la sacristía lateral, y comenzaron todos a salir en tromba.

Fuera, los esperaba una lluvia de proyectiles. Carreras, lágrimas y miedo. Ardían las primeras techumbres de paja, y en los lagares y las cuadras algunos caballos se golpeaban contra las puertas tratando de escapar. El aserradero de mosén Osías había explotado. Caían los primeros hombres en las plazas, y las llamas abrían claros en la noche. Era el momento del pánico.

–Prometedme que, si los normandos toman la delantera en la batalla, huiréis a León. ¡Prometédmelo! –le gritó en medio del caos, a la carrera, Osso Santiáguez a Onneca Fáñez.

Sisalda y ella habían insistido en acudir al oficio. Osso, a pesar de que aquella misa de don Sisnando le había parecido una majadería, no había podido impedirlo, y ahora debía mantenerlas a salvo, aun a costa de su propia vida. Unos pasos por delante, trataba de no chocar con el gentío y esquivar los carros volcados, en el camino más directo posible hasta la casa.

Una vez llegaron, reunió a los sesenta hombres de la condesa que tenía bajo su mando y les ordenó armarse para salir. Ya con el escudo azur y plata de la casa Fáñez en la mano, Osso se levantó el yelmo nasal y se despidió de Onneca y Sisalda, que, abrazadas entre sí, se resguardaron en el interior del zaguán. Mientras ellos iban a la batalla, ellas rezarían en el pequeño altar que todas las casonas nobles, poseían en la planta baja. Lo presidía una talla con pan de oro de Santiago Apóstol. Allí, arrodilladas, comenzaron a entonar monótonas letanías. Sisalda escondía en el puño una talla diminuta de la Mater. A su alrededor, los siervos también oraban. Fuera rugía el estrépito de las defensas, el silbido de las flechas y el chispear de las llamas.

–¿Creéis que volverá? –se atrevió a preguntar después de un buen rato Onneca a Sisalda, y ésta la miró de soslayo, como advertencia de que sus afectos no iban bien encaminados. La joven calló y, volviendo la vista hacia el altarcillo, dejó que las lágrimas le resbalaran por las mejillas.

–Seguro que sí –terminó por decir el aya para calmarla, y Onneca le sonrió agradecida.

Los ejércitos cristianos resistieron con fiereza hasta el amanecer de otro día. El plan del arzobispo parecía funcionar. Desde lo alto de las atalayas que rodeaban la muralla, se disparaban sin piedad flechas y diversos proyectiles, y se arrojaban calderos de aceite hirviendo.

Por debajo, un grupo de normandos, con las caras pintadas de negro, berreaban como salvajes y se estiraban de los pelos. Parecían borrachos o drogados. Eran los temibles *berserker*. A su diestra, otro grupo de vikingos pretendía forzar el portón de entrada con un inmenso tronco, que balanceaban frenéticamente hacia delante y hacia atrás. Desde donde estaba, a la espalda de don Sisnando, Osso Santiáguez distinguía con claridad la testa pelirroja de pelo largo y enmarañado que todos sabían pertenecía al rey Gondrod. Éste profería gritos indescifrables, y sus huestes se apuraban en cumplir sus órdenes con diligencia. Con los grandes escudos sujetos por la rodela, solapados unos con otros, miles de hombres del norte comenzaban su marcha hacia la Villa Iacobi.

–Si logran romper ese muro –dijo don Sisnando, visiblemente preocupado–, habrá que salir al choque cuerpo a cuerpo. Que don Munio proteja aquel lateral –mandó a uno de sus capitanes y éste volvió de inmediato su caballo y se dirigió a repartir las órdenes–. Van a hacer una cuña con los broqueles en alto –comentó el obispo, y, como si los vikingos lo estuviesen escuchando, levantaron al unísono los escudos, en una coreografía bien trabajada.

«Zas, zas, zas». Se oyó el sobrevolar inquietante de las plumas embreadas que ya lanzaban los arqueros desde las posiciones más cercanas al obispo. Con un silbido, fueron a clavarse en los escudos, los petos de láminas, las protecciones acolchadas y las armaduras de escamas de cuero de los caballos. «Zas, zas, zas», se repetía, pero aquellos hombres del norte, inmunes, avanzaban sin parar, en masa, mientras en el lado cristiano se trabajaba frenéticamente desde el interior para impedir que los muros de tierra y piedra tan arduamente levantados durante tantos años se vinieran abajo. Como fuera, la muralla no podía ceder.

Los fosos habían sido rellenados con palos picudos, trozos cortantes de cerámica, vidrio, espinos y cualquier cosa punzante. Y ya algunos hombres habían quedado ensartados allí. Proferían alaridos casi inhumanos y sangraban como cochinos. No era icor, la sangre inmortal de los dioses que contaban las leyendas, lo que empapaba la hierba y las

rocas. No eran invencibles, sólo obcecados, valientes y fuertes. Aquellos demonios pálidos realmente parecían gigantes en las distancias cortas. La batalla se preveía difícil.

–¡Arqueros..., una vez más! –los animó don Sisnando–. ¡Hacia allá! –Señaló al gigante pelirrojo que comandaba las tropas enemigas–. ¡Que no se nos escapen vivos! ¡Santiago y el Altísimo están con nosotros! Esos hijos de perra no se saldrán con la suya... ¡Esta noche –arengó a sus filas– morderán el polvo!

Un grito ronco y profundo, de apoyo, coreó sus palabras. Gatón del Bierzo elevó su estandarte blanco y fue el primero en arrancar en una bella estampida.

Y se produjo el temido choque hombre a hombre.

Osso desenvainó la espada y apenas pudo ver ya nada más. Se deshizo de un descomunal calvo que lucía una argolla de plata en la oreja derecha y, al momento siguiente, le rebanó las criadillas a otro con la daga. Había carreras, gritos, sangre. Muerte y pánico. La guerra devoraba vidas a toda velocidad. Y Osso notó que la pesada armadura le impedía moverse más deprisa.

Cuando, a una orden de don Sisnando, se replegaron hacia un lado, lograron repeler el ataque frontal, y los vikingos trataron de huir de forma deordenada. Inesperadamente, se veían atrapados entre dos frentes. Antes de darles tiempo a recuperarse, el arzobispo ordenó perseguirlos sin tregua.

–¡Hasta el mismísimo infierno, si fuera menester! –gritó, y sus hombres lo secundaron, furiosos, golpeando sus escudos–. ¡A por ellos, que no quede nadie vivo!

Corrieron tras ellos, unos a pie y otros a caballo, cortando cabezas, desgajando brazos, rebanando pescuezos y deslizándose por una tierra que a esas horas era ya un barrizal sanguinolento donde pronto acudirían las moscas. Una escuadra de buitres planeaba ya sobre sus cabezas. En la ciudad, mientras tanto, los soldados que se habían quedado defendiendo a la población, luchaban también para impedir que ningún vikingo entrara en Compotella, y las mujeres hacían cadenas con baldes de agua para sofocar los fuegos y atendían a los heridos.

Don Sisnando acababa de perder a su montura, abatida por un tajo, pero había conseguido otra y galopaba ya, sin temor alguno, en pos del *jarl* normando, que en esos momentos luchaba como un oso acorralado contra tres hombres. Osso lo seguía de cerca, temeroso de que se viera rodeado de repente por el enemigo. Sabía por experiencia que no había nada peor para un ejército que perder a su líder en medio del fragor de la batalla. Un ejército descabezado se desmoralizaba enseguida.

Y, para su desesperación, eso fue lo que ocurrió. El arzobispo era bien

visible entre los combatientes por su brillante armadura y el estandarte que lo acompañaba, y rápidamente el enemigo se abalanzó sobre él. Don Sisnando se defendió con saña, dando sablazos a diestro y siniestro para deshacerse de aquellas ratas rubias. Santiáguez luchaba desde el suelo con un vikingo enorme que trataba de cortarle el cuello. En medio de la vorágine, entre el barro y la lluvia intensa que había empezado a caer, vio que don Munio Aloítez se acercaba por la retaguardia a ayudar al arzobispo. Pero, instintivamente, algo en su gesto le dio muy mala espina. El fragor de la contienda se difuminó en su cerebro y, tras deshacerse de su oponente con un golpe veloz, se concentró en don Munio: iba demasiado deprisa, parecía tenso y apretaba algo en la mano.

Al mismo tiempo que un flechazo hacía tambalear a don Sisnando, el Aloítez le hincó la hoja de su espada por la espalda. Sorprendido por recibir un ataque desde ese lado, el obispo quedó con los ojos en blanco y poco a poco fue escurriéndose del caballo hasta terminar enterrado entre barro, orines y heces.

Osso corrió a socorrerlo cuando don Munio, disimulando, se alejaba y empezaba a gritar también pidiendo socorro.

–¡Aquí, la guardia! ¡Socorro! Han herido a don Sisnando.

Al momento acudieron el conde de Gallaecia y otros gentilhombres, pero ya era tarde. El obispo guerrero yacía exánime, con la boca llena de espumarajos.

–Amén –dijo por lo bajo don Gonzalo, cerrándole el yelmo, y de inmediato ordenó que retiraran el cuerpo. Más tarde, los que sobrevivieran lo enterrarían.

–¡Tomad! –Solícito, don Munio entregó a don Gonzalo los gallardetes–. En su ausencia, debéis ser vos quien dirija a nuestras huestes.

Por la noche, ya bien oscurecido, los vikingos retrocedieron a su campamento, y los cristianos se refugiaron en el interior de la muralla llevando consigo el cuerpo sin vida del arzobispo. Osso Santiáguez, gravemente herido, fue llevado en brazos por sus hombres hasta la casa de Onneca Fáñez. Estaba al borde de la inconsciencia. Más muerto que vivo.

–¡Loado sea el Altísimo! –esgrimió Sisalda al verlos, y ambas mujeres corrieron a socorrer al malherido.

En toda la ciudad tañían con angustia las campanas. Su eco formaba una espiral de terror más oscura que el humo que consumía a esas horas sus entrañas. Compostella estaba al borde del abismo.

Al otro lado de las murallas de Compostella

Olaf limpió el hacha en los faldones de su tabardo y se retiró el pelo de

la cara. Todo él estaba cubierto de barro, sudor y sangre, y con tal aspecto, junto con su tamaño y la pelambrera larga y apelmazada, durante la batalla, había causado espanto a sus adversarios.

El Negro se dirigió a su tienda de lona, situada en la margen derecha del acuartelamiento, y se lavó con el agua de un balde. Había sido una batalla cruenta. Aunque habían logrado romper sus defensas y hacer un buen boquete en la muralla exterior, aquello ni mucho menos había acabado. Las runas bailaban en el tablero, todos eran juguetes de los dioses en aquella partida, y Loki seguía incendiando los ánimos. No tardarían en tener que volver a las armas. Lo más sensato era descansar un rato.

–¡Vamos, bebed, festejadlo!

Sigrid le lanzó un odre con cerveza negra, y Olaf se lo agradeció echando un buen trago. Sólo uno, pero le bañó el gaznate, y el líquido resbaló por su cuerpo hasta la punta de los pies.

Olaf se dejó retirar el *byrnie,* la cota larga, tiró el hacha de mango largo a un lado y se quitó las botas, invisibles bajo una costra de cieno. Exhausto, se apoltronó sobre el escudo.

–¿Otro trago? ¡Hay que celebrarlo! ¡Hemos abierto la muralla! Mañana podremos llegar hasta la maldita catedral ésa. Les arrancaremos ese corazón de incienso que dicen que guardan y que los protege de los malos espíritus.

–Sólo hemos perforado el primer anillo defensivo, la muralla exterior por su parte más débil. No es poco, no. Y hemos infiltrado a nuestros hombres dentro de sus defensas, eso les va a hacer mucho daño... Pero queda la parte más difícil. El último arreón. Lucharán con todas sus fuerzas. Por si no la habéis visto, la muralla interior, la que protege el corazón y las riquezas de Jacobsland, es mucho más resistente, y sus atalayas están bien resguardadas. Nos costará lo suyo, creedme. –El Negro suspiró, cansado. Gondrod debería ordenar a los hombres que reserven fuerzas para mañana. No creo que esos malditos cristianos estén tocándose las pelotas ni emborrachándose –guardó breve silencio–. Yo hubiera continuado. Odín estaba hoy de nuestro lado. A la suerte hay que abrazarla cuando te llega. Hubiera terminado lo que hemos empezado, y hubiera paseado la cabeza de ese obispo cabrón por todo Compostella. El rayo de Thor lo ha fulminado.

–¿Entonces es cierto que ha caído su obispo? –preguntó Sigrid, eructando sonoramente.

–Sí, se han llevado su cuerpo en unas angarillas. Supongo que el que marchaba al lado, con el casco levantado y el pendón con el escudo del reino de León, sería o el conde de Gallaecia o el señor de Caldas. Esos dos están ahora al frente –contestó Olaf.

Bebieron en silencio un rato más, respirando el aire empapado de humedad y mirando cómo las estrellas agujereaban el cielo. En la noche, aquellas luces nocturnas, parecían más lejanas que otras veces, borrosas por la bruma aguachada. Hasta ellos llegaba, amortiguado por la distancia, el olor a quemado y los rumores de la Villa Iacobi. Aquellos hombres que habían logrado colarse en la ciudad estarían aterrorizando a la población con sus alaridos y sus máscaras. La sangre pintaría ya las calles, desbordaría los abrevaderos, ensalivaría sus bocas. Esa noche Jacobsland viviría en el caos, sería una tumba. Odín podría reírse a gusto en el Valhalla.

Era la cacofonía de la guerra: alaridos de terror, el ruido metálico de los martillos y las corazas, el crepitar del fuego. Un aria sangrienta. Cuellotoro y otros fieles a Gondrod ya debían estar cargando en carretas arcones, escudos, tapices, muebles y féminas en la zona ya ocupada. Ebrios hasta el corvejón.

–Mañana estarán hechos polvo –comentó Sigrid, sonriéndose–; jodidos pero contentos.

–¿Sabéis qué parte exactamente hemos ocupado? –preguntó Olaf, y Sigrid dibujó con su daga un mapa en la tierra.

–La zona entre la muralla exterior e interior y parte de los suburbios más septentrionales.

–Ya, bien, pues hasta mañana –se despidió.

Sigrid lo dejó solo y salió para sumarse a la juerga. Fuera, un centenar de hombres reían estrepitosamente, borrachos ya como cubas, entre ellos el propio rey. Gondrod alardeaba de los cientos de esclavos que iban a capturar esa misma noche. Eso, unido a los tesoros legendarios de Jacobsland, que esperaban obtener al día siguiente, supondría una fortuna de las que cantarían las sagas. Sus hombres lo vitoreaban.

En su tienda, ajeno a la euforia, Olaf sacó el pergamino de piel que Lotus le había hecho llegar tiempo atrás y estudió la zona que tenían ocupada. Buscó luego la ubicación tanto del colmado de El Rojo como de la casa de Nunilo Fáñez. Allí debía encontrarse su hermana pequeña, si no había sido ya capturada. Ambas moradas quedaban fuera de la rapacería de los suyos, y eso lo tranquilizó. «Al menos», se sorprendió pensando, «tendrán algo más de tiempo para huir». Si eran listos, no se quedarían allí. Onneca Fáñez valía su peso en oro si no encontraban a su hermana mayor. Gondrod la daba por muerta, pero él, no. Sabía, lo intuía, que la dama de Jacobsland seguía viva. Aquella guerrera formidable que se había atrevido a enfrentarse a ellos en lo alto del torreón aún tenía que decir su última palabra.

Compostella se sumía en la desesperación. Un río de gentes ahora sin hogar desbordaba las calles; deambulaban sin saber dónde cobijarse ni qué hacer, pidiendo auxilio, mientras los soldados a caballo cruzaban al galope, sin cometido claro, de un lado para otro, el anillo de defensa de la villa.

La noticia de la muerte del arzobispo había abierto paso a una incertidumbre inquietante. Se amontonaban las madres con niños llorando en los brazos, los ancianos expuestos a la lluvia y a los empujones, los hombres armados tratando de organizar al vulgo que se concentraba peligrosamente ante las puertas del arzobispado. Desde la parte de la ciudad tomada por el enemigo llegaban los gritos y los ecos de la lucha, y ya podían otearse algunas cabezas clavadas en picas, como advertencia terrorífica a los que quedaban vivos dentro. Los normandos pedían la rendición, pero Compostella moriría luchando.

Mirando por un estrecho ventanal, Onneca permanecía atenta al caos exterior. Tenía con el corazón desbocado. Las corrientes de ceniza la hacían toser, pero no se atrevía a cerrar los postigos; sería como cerrar los ojos, dar la espalda a la realidad, y necesitaba saber qué estaba pasando, sobre todo ahora que la vida de su gente dependía de ella.

–Recupera a ratos la conciencia. Quiere hablar con vos. Entrad, pero sed breve; está muy débil, ha perdido mucha sangre –oyó a Sisalda a su espalda.

Onneca se dirigió de inmediato hacia las dependencias donde habían acomodado a un Osso Santiáguez medio muerto. Onneca se sentó a su lado y se atrevió incluso a tocarle la frente perlada de sudor para comprobar si le había subido la calentura. El emplaste lo ayudaría.

–Ya estoy aquí, pero tranquilizaos, ya habrá tiempo de hablar –susurró ella en tono amable. Con dificultad, él movió la cabeza–. Está bien, decidme.

–Los clanes... seee reunirráánnn –dijo débilmente– en la cámaraaaa principal del palaciooo arzobispaaal. Van a decidiiir qué hacerrr... Tenéis que mandar a alguiennn que osss represeeenteee y voteee.

–Pues no sé a quién. Si vos no podéis ir, nadie puede representarme. Iré yo en persona –dijo Onneca.

–No os admitirááánnn –negó el hombre con un leve gesto–. No dejaan entrar mujeresss... Ni siquiera a vuestra hermanaaa la condesaaa la hubierannn dejaddooo votarr... Si me ayudáisss, puedo ir yooo. Utilizaré el sello de vuestra hermanaaa...

Onneca negó con la cabeza, horrorizada. No podía dejarle ir, no resistiría ningún movimiento sin caer en la inconsciencia de nuevo.

–Está bien –dijo al fin, para tranquilizarlo–. ¿Qué hay que hacer allí? No os cansaréis mucho...

El conde de Gallaecia expondría el plan de defensa de Compostella, pediría unidad y organizaría la retirada en caso de resultar derrotados por los vikingos. No había que decir nada, sólo votar, y a Onneca le pareció factible hacerse pasar por Osso Santiáguez. Se pondría su ropa y se cubriría con su caperuza. No repararían en ella; se quedaría en el fondo, escondida. Se limitaría a votar y a enterarse de qué se iba a hacer por si tenía que huir, a toda prisa, con Sisalda y los demás sirvientes de la casa, a León.

–Que me traigan mi armaduraaaa. –Osso hizo un intento de levantarse–. Vos esperaddd aquí. Si surgeennn problemasss, acercaoosss a la puerta Mazaruelos. –Era una de las principales salidas de la ciudad, la puerta por donde entraba el vino del Ulla y los cereales de Castilla–. Allí tengo una amigooo, dadle esto –añadió, entregándole un anillo–, y él os sacaááá con vida... Pero acercaooos antes de que llegue el gentíooo, si no, no podrááá.

Onneca afirmó con la cabeza y miró preocupada al que consideraba su amigo. Osso Santiáguez se había desmayado por el esfuerzo. La joven llamó a Sisalda para que cuidara de Osso y ella, con prisas, pidió a su sirvienta que la ayudase a vestirse.

Gelmiro Resínez, el hombre que había llevado a Osso a casa, la acompañaría. Onneca se colocó el tabardo, el cinto y la media loriga de cuero. Luego se enganchó la vaina en la cadera y enfundó la espada. Salió a la calle envuelta en un amplio sobretodo. Las llamas lamían las techumbres y el chasquido de las ascuas sobrevolaba la ciudad. A pesar de la niebla, podía distinguir a las aves carroñeras que sobrevolaban los tejados, para el festín. Y, de fondo, se oían los lamentos de los moribundos al otro lado de la muralla. Asustada, Onneca se embozó aún más y echó a correr.

Como luciérnagas luminosas, millones de pavesas pululaban por el aire incendiando lo mismo leñeros que tejos, casas que tenderetes, establos que palacios, techumbres que almacenes. La gente, desesperada, buscaba a los suyos. El caos les mordía con sus afilados dientes. A Onneca se le partió el corazón al ver a tantos huérfanos deambulando solos y aterrados. «El infierno debe parecerse a esto», se dijo. Cuando pudiera, los recogería y se los llevaría a su casa, se juró. Dos monjes con hábitos raídos, de la orden de los Antealtares, entregaban cazos de sopa caliente en un portón a una larga cola de gente desfallecida.

–¡Santo y seña! –le pidió el guardia de la puerta.

–*Cruces e láminas* –murmuró en gallego, engolando la voz.

Dentro, un ramillete de hombres, armados y nerviosos, se había

reunido en la sala capitular de don Sisnando. Un penetrante olor a ceras e incienso escapaba de unas dependencias adyacentes. De allí salían voces, un murmullo inenteligible de palabras, juramentos e insultos.

Onneca, esperanzada en que, embozada como iba, no la descubrirían, se atrevió a asomarse. Bajo luz anaranjada de los cirios, habían colocado el féretro con el cuerpo sin vida de don Sisnando. Incluso muerto, el obispo causaba impresión. Su tez estaba terriblemente pálida, su mandíbula se veía prieta, rígida, bajo unos pómulos más huesudos que de costumbre, y el pelo lacio le caía por la frente, tapándole un ojo.

Le habían limpiado los restos de sangre y tierra, y lo habían vestido con su mejor casulla y una preciosa dalmática bordada en oro. En la mano derecha portaba no una cruz –que llevaba al cuello–, sino su espada, en cuya hoja podía leerse claramente la leyenda «Servitute legis semper». Siempre al servicio de la ley.

Onneca reconoció entre los presentes a don Gonzalo, el conde de Gallaecia, y junto a él a don Munio. Muchos más hombres de los diferentes clanes iban llegando a la inusual cámara funeraria y se sentaban en los escaños labrados de madera. Todos ellos parecían conmocionados por la desgracia, por la fuerza imparable de aquellos salvajes normandos. El color de esa noche era bien negro.

Gelmiro se había quedado atrás, en los pasillos de la servidumbre, y Onneca se acomodó al lado de un tipo barrigudo al que no conocía pero que, al parecer, pertenecía a los Saldaña, una importante familia que habían logrado comprometer a una de sus hijas, Sancha, con el joven rey Ramiro III. La boda se celebraría cuando el novio cumpliera los doce años.

–Os agradecemos vuestra presencia aquí esta noche tan funesta. La situación es harto delicada. Si ya lo era antes, ahora más, después de que ese hatajo de asesinos haya matado a nuestro obispo. A ello tenemos que sumarle el derrumbe de parte de la muralla exterior, por donde los enemigos ya han entrado en la ciudad. Si no hacemos algo rápido, Compostella caerá en unas horas. Tenemos que ser ágiles, presentar un plan de batalla y atacar de inmediato, mientras ellos nos crean lamiéndonos las heridas y enterrando a nuestro obispo –dijo en voz alta y potente el conde de Gallaecia.

–Eso no es de recibo. Imposible. Nos negamos... Primero hay que sepultar al nuncio –expuso Rodrigo Menéndez, hermano del fallecido, conde de Présaras y jefe del clan de los Menéndez, uno de los más numerosos, ricos y hostiles al conde de Gallaecia y al señor de Caldas.

–Creo que nos debéis obediencia, como vuestros superiores que somos ahora –gruñó el señor de Caldas–, y os advierto que no toleraremos rebeldías ni sublevaciones de ningún tipo.

Sonaron entre los presentes risas y murmullo. Que don Munio lanzara ese ultimátum, ellos que habían desobedecido las órdenes de don Sisnando durante meses, sonaba a guasa. Comenzaron los silbidos.

–¡No es a nos a quienes tenéis que vigilar y pedir que presentemos batalla, sino a esos cobardes! –gritó enfurecido Rodrigo, señalando a los bancos rebeldes, y éstos se levantaron al momento, soliviantados, para enfrentarse a él.

Unos minutos después, la cámara mortuoria se había convertido en una improvisada pista de justas, y hubieron de sacar de allí a empujones a algunos hombres. Estaban todos tan acalorados e inmersos en la discusión, que no repararon, como sí hizo Onneca, en el gesto de connivencia entre don Munio, don Rodrigo y don Gonzalo. «¿Habrán generado esta pelea a propósito? Pero ¿por qué?», se preguntó la joven. No tenía sentido tenía dividir en vez de unir a los cristianos cuando la amenaza era tan grave. Onneca se retiró esa noche del palacio arzobispal con la sensación de que aquellos hombres tramaban algo.

–El plan es sencillo. Mañana, todos aquí antes de la hora prima. Atacaremos antes del amanecer. Nuestra mejor defensa será un ataque.

Los hombres se dispersaron al momento, para velar armas y encomendarse al Santísimo.

Ya a solas, don Munio, don Gonzalo y don Rodrigo se felicitaron. Aquella pelea premeditada por don Gonzalo llegaría a oídos de los espías normandos en Compostella. Los vikingos se relajarían; los creerían débiles. Sembraban desinformación para recoger luego la cosecha. El engaño había sido siempre, desde los tiempos de Ulises, el arma más poderosa en una guerra. La más efectiva.

Capítulo 15

Compostella

Para laudes, condes, magnates, infanzones, escuderos, soldados y siervos se prepararon en la plaza de don Pelaio para respaldar a su líder, el conde de Gallaecia.

El clérigo de Antealtares Eufrasio de Luco, de cabeza tonsurada como una rosca y nariz prominente, fue quien bendijo a las tropas en sustitución de don Sisnando, rodeado por diez monaguillos con sus casullas encarnadas y sus mantos oscuros. El oficio comenzó con el *Deus in adjutorium,* y todos los presentes se persignaron, poniéndose todos en manos de Dios. Luego, tras los himnos *Jam surgit hora tertia*, *Bis ternas horas explicas* y *Ter horas trina solvitur*, las tropas comenzaron a moverse. Primero, perezosas; poco a poco, con más energía, como si aquel baño de cánticos hubiese disuelto el cansancio de las horas previas.

Desde los oteros donde estaban destinados Gelmiro Resínez y los demás hombres de la condesa, se percibían débilmente, en la distancia, los fuegos del campamento normando y el humo que cubría los tejados de la ciudad ocupada.

Las correrías del día anterior se habían detenido. Eran muchos los diablos del norte que yacían por los suelos, borrachos o muertos, sin que aparentemente a nadie le preocupara. Pero la sensación de abandono era engañosa, porque, en el acantonamiento del rey Gondrod, todo el mundo estaba alerta. Y, cuando a la hora prima comenzaron a vibrar los cuernos de carnero y las campanas tocaron a rebato, se movilizaron al instante.

Las tropas cristianas se dispusieron para el ataque a toda velocidad. Se desplegaron desde la ciudad, por la llanura, hacia el enemigo, protegidas por la tormenta de flechas incendiarias que disparaban sin cesar los hombres que estaban situados en torno al foso y en las murallas. Del cielo no caía agua, sino fuego. Como si Thor también hubiese bebido la noche anterior más de la cuenta y estuviera dirigiendo sus rayos contra ellos.

Pero los vikingos no tardaron en responder. Sus gritos feroces, sus berridos, eran fácilmente identificables, igual que sus descomunales estaturas de armarios de tres cuerpos, sus caras pintadas como salvajes y sus yelmos con nasales, de donde se escapaban tupidas matas de pelo amarillento como heno seco.

«Tururúúú, túrúúú, turúúú», resonó el cuerno, y enseguida los dos

ejércitos chocaron entre sí.

Olaf se batió como el gran guerrero y *jarl* que decía ser. Espadazo aquí, escudo arriba o a un lado para protegerse, golpes y más golpes; y, por todo el campo, muerte, sangre, vísceras y cabezas abiertas con los sesos por el suelo. Un hacha que daba vueltas sobre sí misma, lanzada por su amigo Sigrid, estuvo a punto de matarlo, pero Olaf la esquivó de milagro.

A mediodía, se seguía combatiendo sin tregua. La sorpresa había sido el encontronazo habido entre el conde de Gallaecia y don Munio, que había terminado con el abandono de este último y los demás nobles rebeldes del campo de batalla. Los normandos corearon sus gritos de guerra, seguros ya de su victoria. Porque las mesnadas cristianas, abrumadas, perdieron seguridad, pero el conde de Gallaecia había arengado a sus hombres con bravura, animándolos a continuar.

–¡Lucha hasta el final! –aulló–. ¡Vencer o morir! ¡Muchachos, la victoria es nuestra! –Don Gonzalo parecía seguro de sus palabras.

Olaf, asombrado, sospechando algo incierto, decidió aprovechar el lapso que parecía haber en la batalla para acercarse a Gondrod.

–¡Estamos de enhorabuena! –se rio Gondrod. Estaba cambiando de hacha, pues la suya se había roto por el mango al intentar sacarla del cuerpo que se desangraba a sus pies–. Esos cobardes han dado la espantada... ¡Y vos que creíais que había que tenerles respeto! ¡Mierda de reno para sus bocas! –escupió al suelo, salió sangre y saliva, y dos de sus hombres más fieles lo secundaron con risas y aplausos. Gondrod se acabó de arrancar un colmillo que le colgaba.

–De eso quería hablaros –le dijo Olaf, siguiéndolo por la explanada hacia la zona donde la lucha era más feroz–. No me huele bien. Podría ser una trampa, deberíamos retirar parte de los hombres y vigilar la retaguardia. Ellos conocen mejor el terreno, podrían sorprendernos.

–¿Estáis loco? ¿Ahora que los tenemos a tiro? ¿Que somos superiores en número? No, claro que no. No sé de qué os han servido tantos años como mercenario en los ejércitos daneses... Hay que saber aprovechar las debilidades del enemigo. Ahora, todos juntos, concentrados, ¡y a por elloooooos! –exclamó Gondrod, alzando la voz, y Olaf, pese a su mal presentimiento, asintió.

Del campamento seguían saliendo decenas de carros cargados con vajillas, jergones, colchas, candelabros y todos los útiles saqueados la tarde anterior. También habían tomado al menos a un millar de personas que destinarían al mercado de esclavos; atadas y bien escoltadas, esa misma madrugada partirían a Adóbrica, donde embarcarían camino de Dyflin o de los suculentos mercados de Oriente. En Gotta siempre necesitaban esclavos, y en Bizancio, también. Aunque las relaciones con el

califa de Al-Ándalus anduvieran mal últimamente, por no haber respetado los normandos el acuerdo de no agresión mutua, siempre podrían mercadear en Córdoba o Granada con esas mujeres norteñas, tan apreciadas por los moros.

–¡Sigriiid! –se oyó gritar a Olaf de repente, un rato después.

Inmerso en la lucha, había tenido que cambiarse el yelmo, completamente destrozado por los golpes, y justo en ese momento vio cómo su amigo caía muerto a unas varas de distancia. El joven barbudo que lo había atravesado con una espada corta se enfrentaba ahora con otro hombre, y Olaf, colérico, echó a correr hacia él, profiriendo unos gritos que parecían salidos del mismísimo infierno.

En ese momento, oyó extraños sonidos a su espalda. Eran cuernos, cuernos de guerra, pero no eran de los suyos. No reconocía ninguno. Olaf se volvió, a la vez que la mayoría de los suyos. Los miles de hombres que se habían marchado del campo de batalla horas antes, siguiendo a don Munio, regresaban ahora a la batalla. Habían simulado la deserción.

Al instante siguiente, el caos se había desatado. Ya nadie respetó nada. La muerte campó a sus anchas.

Al caer la tarde, cuando el sol, herido también, se hundía en el horizonte, las campanas de Compostella tocaban a gloria mientras sus soldados se replegaban entre sus muros después de haber conseguido una victoria absoluta sobre los vikingos. «Esta noche cenaremos morcillas normandas», se decían entre risas, «de sangre helada y vísceras».

Olaf, pese a una profunda herida en el brazo, consiguió aguantar hasta el final y se retiró del campo de batalla junto con Gondrod.

–Dejemos todo y marchémonos ya. Tenemos el tiempo justo para llegar unos a Adóbrica y otros a Iria y a Catoira –comentó al rey–. Olvidémonos de los carros y esclavos que faltan y pongámonos a salvo. Cuando podamos, volveremos.

–¡Hijos de la mismísima Hel! –gritó amanazadoramente Gondrod mientras Olaf se lo llevaba a rastras–. ¡Aún no nos habéis vencido! Se han retirado..., ¡y con eso se dan por ganadores! ¡Por las barbas de Odín, que no se saldrán con la suya! ¡Todavía no hemos dicho la última palabra!

–Señor..., ahora no podemos enfrentarnos a ellos –insistió Olaf

–¿Quién ha dicho que vaya a ser ahora? –dijo el otro, tirando el escudo al suelo y dando una patada al yelmo–. No, ahora nos iremos..., pero volveremos. Vos marcharéis el último. Estáis más cerca, y debéis proteger a los que salen ahora. Después, si es menester, navegaréis con los *drakkars* que tenéis en la entrada a la ría pegados a la costa, hasta Adóbrica, y allí nos reuniremos.

–De acuerdo.

–Nosotros tardaremos unos días más. No podemos dejar atrás tantos

esclavos como hemos capturado. Valen mucho oro, el suficiente como para recomponer nuestra expedición. Una vez a salvo, iremos en dirección a Normandía, y allí esperaremos unos meses. En cuanto nos hagamos con más armas y barcos, regresaremos a por estos cabrones.

Olaf asintió, aun sabiendo que aquello, si no era una mera fantasía, mucho se le parecía. Hacía tiempo que presentía que la mente de Gondrod estaba regida por la inconsciencia de Loki. Pero, de momento, sólo podía acatar sus órdenes; únicamente la norna Skuld, leedora del futuro, conocía qué demonios le tenía el destino preparado.

Gondrod se alejó al galope seguido por su escolta personal, exigiendo a los esclavos que se movieran con más rapidez. La derrota podía ser tan escandalosa como la victoria. Una vez desapareció la lluvia de barro que levantaban los cascos de sus monturas, Olaf suspiró, más calmado, y decidió organizar el campamento para, al menos, frenar a los cristianos y salir vivos de allí. Aunque hasta el último de ellos cayera en la batalla, debían impedir que las riquezas y esclavos les fueran arrebatados.

Asombrado de que no hubiesen salido inmediatamente en su persecución y de que hubiesen preferido quedarse en el interior de la muralla, apagando fuegos y recomponiendo filas, Olaf dio orden de partir. Eran sólo dos centenares de hombres, todos ellos con destino a Iria y a Catoira, donde tenían las naves.

Al apretar los ijares de su rocín, se sintió reconfortado. Sin bien debería estar desolado por el fracaso en la batalla, el único pensamiento que lo guiaba era cómo llegar con tiempo suficiente a Castello Branco. Tendría que desviarse del camino e incumplir las órdenes de Gondrod, que le había mandado dirigirse hacia los *drakkars* de inmediato, pero no se iría de allí sin su mujer de ojos boreales.

Bosques del Ulla

La huida de normandos por los bosques hasta Adóbrica fue lenta y dolorosa. Dolorosa, por lo que suponía, aunque no quisieran decirlo en voz alta: una retirada en toda regla, una derrota. Y lenta, porque ningún *jarl* había aceptado abandonar las carretas cargadas de botín.

Tampoco dejaban atrás a los esclavos. Los vikingos encargados de los presos los obligaban a latigazos a marchar más deprisa, pero era inútil. Muchos eran mujeres o niños, y otros estaban malheridos. Nervioso, Gondrod decidió, a medio camino, adelantarse. Debían preparar las naves de inmediato para partir.

Dos días después, llegaban a la gran ensenada donde habían amarrado los barcos. Al menos ochenta cabezas de dragón con sus velas cuadradas

al viento los saludaron en la distancia. Por allí, todo parecía tranquilo, y Njor les auguraba buenos vientos. Gondrod respiró. Su cara rubicunda se veía encarnada, y los ojos se le habían achicado de tanto galopar.

–En cuanto lleguen los esclavos y los carros, nos marcharemos. Id subiendo ya a las bestias a los *knorri* –dijo, mientras dejaba que le curaran la herida que tenía en la espalda–. En cuanto los primeros *drakkars* se llenen de hombres, que vayan haciéndose a la mar. No esperaremos a estar todos. Al norte, hacia Normandía. Nos refugiaremos allí unos meses. –Y su timonel, un tipo calvo y con un solo ojo de cabello blanquecino y piel lechosa, afirmó y comenzó a dar las órdenes oportunas.

* * *

En el bosque, alguien esperaba con impaciencia. El conde de Gallaecia y don Munio, junto con dos facciones de sus ejércitos, habían salido de Compostella en cuanto comprobaron que los últimos hombres del norte abandonaban sus posiciones y los habían rodeado por las dos vertientes del camino. El ataque fue para ellos, que conocían bien el lugar, rápido y sencillo. Desde sus escondites entre la maleza, los arqueros dispararon una lluvia de flechas sobre los hombres del norte, y de nada les sirvieron las lorigas de cuero y las cotas laminadas. Con la mayoría de los guerreros caídos en el suelo, los cristianos descendieron a la carrera por las pendientes salpicadas de rocas, helechos y acebos, de espinos blancos y de barro, liberaron a los presos y recuperaron los carros. De inmediato, se ordenó regresar con todo ello a la Villa Iacobi.

En el cielo empezaban a abrirse unos claros. Los carrizales cercanos al río temblaban, cansados. Unas nubes de avejerucos somnolientos flotaban entre las matas de juncos. Crujían los caminos invadidos de maleza y malas hierbas. Por todas partes los campos se veían arruinados, yermos, y mudas las chimeneas de las granjas, en parada forzosa las palas de los molinos derruidos. Nada quedaba de aquellas tierras verdes y fértiles, hasta entonces hermosas.

–Entregad todo esto a don Rodrigo. Él sabrá lo que tiene que hacer –ordenó el conde de Gallaecia a uno de sus hombres, poniéndolo al cargo. Luego, con el resto de las tropas, marchó en dirección a la costa. No podían permitir que ninguno de esos bárbaros escapara por mar. Debían capturarlos o matarlos a todos. Y deprisa, pues alguien podría haber huido para alertarlos y perderían el elemento sorpresa.

A cierta distancia, en un acantilado, don Gonzalo y don Munio se escondieron tras unos árboles. Desde allí podían observar a los vikingos. Gondrod y sus hombres parecían impacientes. Llevaban días esperando la recua de esclavos, pero ésta no llegaba, y ya debían estar barruntando que

algo les había pasado. Gondrod, que paseaba arriba y abajo, de repente se detuvo y chilló algo. A su alrededor, los hombres se movilizaron al instante. El conde de Gallaecia miró a su compañero, y todo quedó dicho. No partirían. Había llegado el momento del ataque final.

Poco después, los *drakkars* ardían como yescas y la mayoría de aquellos demonios normandos caían al fondo del mar. Pronto, las olas arrastraban a la playa entre la espuma restos de las maderas, alimentos, escudos y yelmos. Y cuerpos ahogados. Entre ellos, don Gonzalo sonrió al reconocer a Gondrod, con la cabellera color zanahoria apelmazada por la sal. Uno de sus soldados le cortó la cabeza como trofeo para llevarla a Compostella.

–Id vos –dijo don Munio al conde de Gallaecia–. Yo iré a Castello Branco. Nunilo Fáñez podría seguir viva.

–Os acompañaré –asintió Gonzalo, que no se fiaba de él–. Es posible que algunos de estos normandos se hayan desperdigado o perdido por el camino. Este puerto no era el único donde tenían sus naves fondeadas. Aprovecharemos para revisar toda la costa, y de paso –se relamió y miró a don Munio con sorna– haremos picadillo a otros cuantos.

Don Munio lo acompañó en la risotada que siguió aguantando el tirón. Si la condesa de Breixos seguía viva, prefería ser su único héroe y salvador. Doña Nunilo le debería la vida, y en ningún caso deseaba compartir el poder que tal cosa podía suponer, y mucho menos con el conde de Gallaecia. Temía que el hermano de don Sisnando hubiera vertido toda clase de insidias y amenazas sobre don Gonzalo. Hasta el momento, había sido un buen aliado, y era algo que no pretendía, pero sólo el destino sabría si debería matar también a don Gonzalo...

Castello Branco

Encerrada en el castillo, Nunilo aguardaba nerviosa a conocer cualquier novedad sobre el cerco de Compostella. Por lo que había conseguido saber, el enfrentamiento había sido salvaje y el camino hasta la villa parecía un osario. Harald estaba muy callado, más que de costumbre, y también más nervioso. Nunilo espiaba todas las conversaciones, tratando de enterarse de cualquier cosa nueva.

–*Skipene forlot bukten Skipene forlot bukten!* –oyó una tarde, días después. Empezaban a mover algunos barcos a una ensenada próxima. «Seguramente para protegerlos y tenerlos a punto por si tienen que huir», pensó.

Además de la falta de información, otro de los problemas de Nunilo esos días era Otto, el individuo desgreñado a quien habían dejado al

frente de la fortaleza. Era un cafre sin escrúpulos que siempre la observaba con lujuria. Lo evitaba en la medida de lo posible, esquivaba su presencia siempre que podía, e incluso bajaba a ver a los reclusos a las horas en que sabía que él estaría en el puerto.

Ese día le costó convencer al normando que custodiaba la puerta; decía tener órdenes de no permitirle el paso. Ella le recordó que quien mandaba allí era Olaf el Negro y que éste, a su vuelta, le arrancaría los ojos por desobedecerla. Finalmente, el centinela la dejó entrar. Había llegado el rumor de que habían encerrado a más hombres tras una refriega en el bosque, y Nunilo necesitaba saber si era cierto y qué había sucedido. Recorrió deprisa el pasadizo, húmedo y lúgubre, y al llegar al final, entre barrotes, vio que sí que había aumentado el número de presos.

–¡Señora! ¿Sois vos? ¿Estáis viva? Se decía que habíais muerto o que estabais camino de Irlanda.

Nunilo se volvió al reconocer la voz del joven Ludo, el hijo mayor de Greca, una de sus criadas.

–¡Ludo! ¡Qué alegría ver que también seguís vivo! ¿Y los demás? ¿Llegasteis todos a Compostella? ¿Sabéis algo de mi hermana?

–Sí, señora. Doña Onneca estaba bien cuando la dejamos en Compostella... Casi todo el servicio logró escapar, pero unos cuantos nos unimos a las partidas de resistencia que se formaron en el bosque. Estábamos escondidos en la colina de Harten, en A Morronda..., y allí nos capturaron.

–¿Está resistiendo Compostella? ¿Qué sabéis? –preguntó, nerviosa, agarrándolo por los hombros través de los barrotes.

–El obispo murió, cayó en la batalla, atravesado por una espada. No pudieron hacer nada por él. Pero la ciudad no se rindió, resiste, ahora bajo el mando del conde de Gallaecia y don Munio. Llegaron con un ejército de miles de hombres...

–¡Don Sisnando, muerto! –repitió ella en voz queda. Con él moría su única esperanza de ser rescatada. Iba a seguir preguntándole cuando vio que por el pasillo se acercaba Otto con cara de pocos amigos. Su inesperada presencia allí le dio mala espina.

–*Ut herfra! Ut herfra! Fuergga*! –gritó, y añadió un torrente de palabras en su idioma que ella presupuso soeces.

Agarrándola por la túnica, la arrastró y la tiró al suelo. Ella se revolvió, pataleó, pero él la agarró entonces del pelo y la empotró contra los muros húmedos de piedra. Nunilo podía sentir el frío de la piedra en las costillas, como si fuera el frío de la muerte. Mientras intentaba respirar pausadamente, a su alrededor los presos comenzaron a gritar y a hacer ruido moviendo las cadenas. Algunos pidieron que dejaran en libertad a «su señora». Al oír aquello, Nunilo palideció. Aquellos muchachos, en su

intento de ayudarla, podían descubrirla.

–¡Señora, escapad! –le dijo uno, pero ella no consiguió zafarse de las manazas del extranjero.

Otto, ajeno a los gritos y sin comprender lo que decían, la apretó con más fuerza y, lleno de lujuria, la besó bestialmente. Nunilo sintió arcadas. El aliento le olía a cebolla agria y a humedad, al mismo olor a podredumbre de las ciénagas en verano. Apenas le quedaban tres dientes sanos, y el bigote rojizo acumulaba mugre y liendres.

De repente, se separó un poco y, mirándola a los ojos, le rasgó la túnica, mientras tanteaba sus muslos. Luego la levantó y se la encajó en el pubis. Nunilo frenó su instinto primario. No gritaría; debía calmarse, pensar, convencerlo de alguna forma para que no la violara. Mientras él le raspaba los pezones con una lengua tan áspera como una lija, ella, con los ojos anegados en lágrimas, oteaba las posibles salidas. Sólo el respeto a su *jarl* podría liberarla, se dijo. Desesperada, le echó la cabeza hacia atrás y lo escupió en la boca.

–Hacedlo. Cuando llegue El Negro..., os matará como a un condenado puerco.

–*Aldri kommer tilbake, tispe*. Tal vez no *gggegrese* nunca, ¡puta! –le contestó él, abofeteándola–. Si tanto os gusta, yo la tengo igual de *largggga* –soltó una carcajada–. Podéis *prggobarla* ahora mismito.

–Dejadme... ¡Puerco! ¡Canalla! Cuando él regrese, no le diré nada. Lo juro. Esto quedará entre nosotros.., pero, por favor, dejadme marchar...

–¡Cabrón, hijo de perra! ¡Soltad a la señora! ¡Señora, huid! –gritaban los presos. Nunilo podía escuchar sus voces de aliento, empujándola a no rendirse.

En ese momento, Otto la tumbó en el suelo, y Nunilo se golpeó la cabeza contra la tierra, y, cuando volvió a abrir los ojos, vio que el hombre empezaba a sacarse la verga. Entonces sí chilló, incapaz de contenerse, realmente asustada. Inmovilizada por su cuerpo, con el vestido levantado hasta la cintura, echó los brazos hacia atrás para buscar algo con que golpearlo. A tientas, rastreó el suelo, desesperada, y al fin localizó una piedra puntiaguda. Un preso, viendo sus intenciones, excavó a través de los barrotes para terminar de sacarla y dársela. Sin pensárselo, Nunilo golpeó a Otto con todas sus fuerzas.

El hombre la miró con ojos vidriosos, mientras un hilo de sangre le resbalaba por el labio. Desorientado, aún pretendía continuar moviendo las caderas, pero ella lo volvió a golpear.

–¡Cabróóón, hijo de Satanáááás! ¡Morid! ¡Idos al infierno! –chilló como loca, dándole con la piedra en el cráneo una y otra vez, hasta que un amasijo de sesos la salpicó en la cara.

El cuerpo cayó sin vida, y los presos comenzaron a aporrear los

barrotes y gritar hurras.

–¡Callad! Os lo ordeno –dijo Nunilo sin fuerzas, llorando, pues sabía que aquel jaleo alertaría a los centinelas.

Y, como leyéndole el pensamiento, un guardia entró en ese momento espada en mano. Nunilo, todavía desnuda, tomó el cuchillo de Otto e intentó esconderse en un meandro del túnel. Pero el joven, que ya había visto el cuerpo sin vida de Otto en el suelo, detectó un movimiento entre las sombras y, con presteza, la agarró y la empotró contra los barrotes de una de las celdas. De nuevo, Nunilo gritó de dolor. El joven centinela parecía enloquecido. La joven fingió pedir piedad, pero pronto comprendió que lo que aquel salvaje quería no era simplemente castigarla por haber matado a su superior, algo que tal vez ni le importara, sino terminar lo que Otto había empezado.

«Zas», sonó, sibilino, el acero lacerando la piel. En un descuido, Nunilo le había atravesado con el arma. Nunca hubiese creído que un cuerpo pudiese ser tan duro de franquear. Sintió dolor en la muñeca cuando la sangre se le escurrió por el antebrazo y goteó hasta el suelo, mojándole los pies. El joven, aún agarrado a ella, desenfocó la mirada y se derrumbó en el suelo.

Durante unos instantes, Nunilo parpadeó, aturdida. Se recostó contra los hierros, jadeante, tratando de serenarse y poner en claro su mente. Luego, recogió sus ropas, rotas y sucias, y, una vez vestida, robó del cinturón del centinela la anilla con las llaves de las esposas y los cepos. Una tras otra, fue abriendo las celdas y liberando a los presos. Nunilo ordenó que ocultaran los cuerpos de los dos vikingos en la última celda, la más oscura y alejada de la entrada, y los taparan con unas sacas de bellotas que arrastraron desde la entrada.

–Y ahora huid –les dijo Nunilo.

–Señora, debéis venir con nosotros. Es muy peligroso quedarse aquí. Son perros rabiosos –contestó Ludo, y los demás asintieron.

–No –repuso ella, rotunda–. Esperaréis al anochecer. Apenas quedan hombres en la fortaleza; casi todos se marcharon a Compostella, y dejaron sólo los imprescindibles para asegurarse la retirada. Hay varios más vigilando el torreón norte y dos o tres en el puerto; ayer había dos más en la entrada a la aldea y el camino que lleva a Ribaido y a Palas de Rei, alguno en las cocinas y establos... Refugiaos en el bosque. Yo me quedaré aquí. Desde dentro pued...

–Pero, señora... –volvió a protestar Ludo–, os podrían matar o secuestrar y s...

–Estaré bien. Si os necesito, encenderé una fogata en la torre sur. Sólo entonces, ¿me oís?, regresaréis al castillo. Si caen derrotados, intentarán huir como ratas en sus barcos. Eso es lo que debemos impedir.

¡Quemadlos! –exclamó enérgica. En ese momento no hablaba la joven enamorada de Olaf el Negro, sino la dama de Jacobsland; él, que tanto admiraba a esa mujer, iba a saber cómo se las gastaba.

Aun así, no podía soportar la idea de que le hubiese podido pasar algo y se guardó que habían escondido algunos *drakkars* en la ensenada del Fortón, dos leguas más al norte. Ella no era vengativa ni sanguinaria, y aquélla podía ser una salida honrosa para Olaf y el pequeño Harald.

* * *

Aquel día nadie preguntó por Otto en la fortaleza. Los pocos hombres que quedaban parecían estar centrados en sus tareas. Nunilo supuso que no debían confiar mucho en la victoria cuando se preparaban para huir.

–Debéis venir conmigo –le susurró Harald por detrás–. Mi tío me pidió que os llevase al *drakkar* si las cosas iban mal. –Y le contó que había llegado un mensajero con noticias poco tranquilizadoras desde Compostella. La orden de Gondrod era que abandonasen Jacobsland de inmediato.

Ella negó con la cabeza y se excusó diciendo que Olaf le había ordenado que no saliera del castillo hasta que él viniera a por ella. El joven, testarudo, intentó arrastrarla por la fuerza, pero ella se liberó con un mordisco y habló con firmeza:

–Si eres listo, huye mientras puedas. Yo no me moveré de aquí hasta que Olaf regrese.

–Está bien –repuso al fin Harald–. Si eso es lo que queréis... Pero os advierto que él se enfadará mucho con vos, e incluso podría repudiaros.

Nunilo estuvo a punto de soltar una risotada. Para repudiarla, antes tendría que haberla desposado, lo que no era el caso. Y, pese a lo que sentía por Olaf, la habían educado para no dejarse arrastrar por los sentimientos, para dirigir aquel castillo con mano de hierro y ser mentalmente más fuerte que sus enemigos; llevaran éstos dalmáticas o hachas. Durante unos días, por primera vez en su vida, se había sentido como una mujer más y se había dejado llevar por la pasión, pero ella no era una mujer libre. Era la dama de Jacobsland.

Lúcida como nunca, se despidió de Harald y le dio la espalda. Pronto el muchacho se marchó, y Nunilo lo vio perderse en la niebla de la noche con la sensación de estar cerrando una puerta, dejando atrás un tiempo que no volvería nunca más.

El tiempo otoñal arrastraba nubes triponas. Una atmósfera goteante y humeda envolvía la fortaleza como a una delicada criatura. Nunilo decidió invernarse a sí misma; debía apagar sus sueños antes de que sus sueños la apagaran a ella. Y con esa determinación partió hacia las

almenas.

Torreón de la fortaleza de Breixos

Desde el torreón, parapetada tras un pequeño ventanuco, observó cómo los hombres del norte abandonaban la fortaleza, no sin llevarse con ellos, en varios carros, muebles, alfombras y vasijas. Saqueaban todo hasta el último segundo, incluso a riesgo de sus propias vidas. En cuanto desaparecieron por el camino, avisó a los hombres que aguardaban en las mazmorras para que sacaran los cuerpos de Otto y el centinela.

–Enterradlos ahí fuera. Hay que impedir que se extienda el olor nauseabundo y que aparezcan animales carroñeros y enfermedades. Después, seguidlos. Los carros los obligarán a ir más lentos. Seamos compasivos... y aligerémosles la carga. Ludo, hay que organizar partidas y s...

–Señora, perdonadme, pero antes necesitaríamos comer. Los hombres están exhaustos y hambrientos; no han comido en días.

–Comprendo –aceptó ella–. Acompañadme –Nunilo lo llevó hasta la puerta secreta, en la que había ido echando sebo hasta conseguir que el mecanismo volviera a funcionar. Ayudada por el joven, corrió el portón falso, y entraron en la cueva. Al fondo, tal como le había pedido a Sisalda antes de que se marchara, encontraron unas sacas de comida; principalmente de grano; encurtidos, algunas olivas y salazón.

–Llevaos una. De momento, será suficiente. Luego sacaremos el resto entre todos.

La noche fue ajetreada. Y, pese a tantos quehaceres, Nunilo no podía decidirse, angustiada, entre la alegría de saberse libre y el terror porque Olaf volviese a por ella. «¡Mejor si ha muerto!», gritó a solas ante el espejo de su cámara, pero al momento cayó al suelo entre lágrimas. Luego, recomponiéndose, recordó las enseñanzas de Sisalda y dibujó un círculo protector, en el que se metió con enseres personales de sus seres queridos, para protegerlos: un pequeño anillo de amatista de Onneca, el manto de lana de Sisalda y unas calzas de cuero de Olaf. Allí, quieta, canturreó las viejas tonadas celtas que tantas veces había escuchado a su aya, y, extendiendo las manos, se ofreció a Dana.

–Deuses do ceo e da terra Protexer a nosa casa, a nosa comida protexer, protexer as nosas vidas... –rogó a los dioses paganos de sus antepasados.

Abrazada a aquellos objetos, en duermevela, escuchó a unos caballos acercándose por la pradera. Por si eran enemigos, corrió a apagar la antorcha. La luna creciente estaba casi llena, y pronto pudo distinguir que el jinete más avanzado era Olaf. Se echó a temblar, sintiendo de repente

que todas las seguridades de hacía unas horas se derretían. A pesar del peligro, había acudido a buscarla. Suspiró hondo. Como mujer, deseaba correr a su encuentro; pero, como señora de esas tierras, aquel hombre era su enemigo. Y en ningún caso podía permitir que se la llevase como parte del botín, como si fuese una vulgar ramera.

Dejó su cámara y se perdió por el laberinto de escaleras empinadas que conducían al torreón más aislado. Con suerte, si no la encontraba, Olaf desistiría y se marcharía. No podía acompañarlo, pero tampoco podía aceptar que lo mataran. A esas horas, sus hombres habían incendiado ya los *drakkars* amarrados en el estuario; pero aún podría huir en alguno de los que quedaban en la ensenada norte.

–¡Nunilo! ¡Nunilo! –La voz de Olaf reverberó en la fortaleza, y ella sintió que el corazón se le escapaba del pecho–. ¡Nunilo, sal! Sé que estás aquí, Harald me lo ha dicho... Soy yo, por favor... –le oía suplicar, y cada vez que escuchaba su nombre en su boca crecía en ella el sentimiento de pena.

Y, mientras, cada vez más cerca, le llegaba el retumbar del bosque. «Taata, taaataca, taaataca». Las huestes del conde de Gallaecia y de don Munio no tardarían en llegar hasta allí.

Por unos instantes, se debatió entre salir de su escondrijo y rogar a Olaf que dejara de buscarla y se pusiera a salvo o dejarlo a su suerte. Pero, si lo advertía, él intentaría llevársela consigo, y tal cosa era impensable. Ya oía los cascos de los caballos, como una marea cuya espuma la salpicara. Nunilo rogó, de rodillas, una vez más, que Olaf se marchara, pero el hombre no parecía escuchar sus plegarias. Lo oyó mover muebles y abrir y cerrar puertas, sin dejar de llamarla, intentando desesperadamente encontrarla. Cuando los soldados cristianos entraron en el patio de armas, Nunilo no aguantó más.

–*Lagre deggg!* –gritó en el idioma de los hombres del norte para que nadie más pudiera entenderla–. ¡Olaf, márchate! ¡Sálvate, déjame! No puedo ir contigo, y jamás podré... Tú no lo entiendes, pero debes irte. Sólo puedo decirte adiós.

–¡Nunilo! –gritó él, ahora en tono esperanzado–. ¡Por allí! –escuchó Nunilo por debajo–. ¡Nunilo, sé que estás aquí, sal!

–¡Márchate o morirás! ¡Vete ya! –le repitió ella, histérica, en su lengua.

Se escuchaba estrépito de botas, insultos, golpazos. Y, de pronto, el entrechocar de espadas. Nunilo gimió, preguntándose si Olaf habría logrado escapar.

Arwen protestó desde su rincón, molesto por tanto ruido, y luego echó a volar y se zambulló en la oscuridad. Justo cuando desplegó las alas, algo sucedió abajo, en los corredores. A pesar de las creencias cristianas, un búho seguía siendo para muchos un ave sagrada, y su inesperada

presencia desbarató la lucha.

Los soldados cristianos se detuvieron al instante, confusos, ante tal signo de mal agüero. Nunilo no pudo por menos que sonreír; ésas eran las hechicerías que don Sisnando detestaba y que ella siempre había rehuido, pero ciertamente resultaban útiles. Tal vez, se dijo, sus plegarias habían sido escuchadas y Dana, o Sisalda, desde donde fuera que estuvieran, la estaban ayudando.

Enseguida don Gonzalo ordenó a sus hombres que continuaran la lucha, pero la confusión regaló unos minutos a los vikingos, que salieron a todo correr con las monturas que tenían preparadas al otro lado de la fortaleza.

–¡Regresaré por ti! ¡Juro que lo haré, lo juro por Odín! –oyó prometer a gritos, con rabia, Nunilo a Olaf. Ella suspiró, más tranquila, porque él salvaba la vida–. Te recuperaré, aunque tenga que salir del mismísimo Helheim.

Acongojada por tantas emociones, Nunilo se sentó en el suelo, abrazada a sus rodillas y con la cabeza cobijada entre las piernas. Las lágrimas le bañaban las mejillas mientras pensaba en todas las explicaciones que tendría que dar. Desde abajo, le llegaban, lejanas, unas voces poco estimadas por ella, pero perfectamente reconocibles. Descompuesta aún, pero decidida a asumir el futuro, se levantó para entregarse a los hombres del conde de Gallaecia.

–¡Condesa, gracias a Dios que seguís viva! Os creía muerta –exclamó éste con sinceridad al verla, retirándose el yelmo.

–Ya veis, conde, que felizmente no es así. Aquí estoy. Doy gracias a los cielos de que por fin hayáis aparecido. Don Munio –se volvió hacia él e hizo un gesto con la cabeza–, igual os digo. Gracias por socorrer a los míos. Hemos vivido un infierno.

–Parecéis herida –comentó éste al ver unas manchas como estrellas oscuras de sangre ya seca en la saya. Nunilo tenía un aspecto realmente desolador, y, suponiendo que se debía al mal trato recibido de sus captores, don Munio prometió que vengaría su honor.

Ella sonrió triste para sus adentros. Jamás sabrían aquellos dos hombres lo mucho que había vivido y sufrido aquellos días. Más las últimas horas, pues acababa de decir adiós al amor de su vida.

–Estad tranquila. Vengaremos esta afrenta –afirmó también el conde de Gallaecia, más sereno–. Subid a vuestras dependencias. Ordenaré a mis hombres que preparen para vos un baño caliente y ropa limpia. Descansad, condesa. En unos días, vuestra hermana se reunirá con vos. Me pidió que os entregara esto. –Y le entregó el colgante que Onneca llevaba siempre al cuello.

Nuevas lágrimas de cansancio y amor resbalaron por las mejillas de

Nunilo.

–Gracias, don Gonzalo –murmuró, y la lechuza que siempre la observaba desde fuera ululó y alzó el vuelo.

Nunilo la vio perderse entre los árboles, empujada por el viento regañón del otoño. Un chaparrón de hojas doradas se coló por el ventanuco del torreón, y un soplo de aire tiró al suelo la percha de Arwen, que regresaba ya a su morada. Mientras, algunas nubes, arrugadas y oscuras, se alejaban tierra adentro. La Poza das Bestas estaría colmada de agua; los castañares de Pumbariño reventarían esa temporada de dulces frutos. «Qué fácil», pensó Nunilo, «sería volver a la normalidad, hacer como que nada ha ocurrido...».

Por la mañana pensaría en las consecuencias.

Capítulo 16

Hacia la costa

Olaf espoleó a su caballo, furioso. Se lo llevaban los demonios, y hubiese podido desembarcar en Hel en cuatro brazadas. Por un instante, había temido que ese berzas descerebrado de Otto Skallagrim lo hubiese estropeado todo. Era un buen guerrero, pero tenía el cerebro de un chinche. Además, tampoco hubiera sido la primera vez que mataban rehenes cuando se torcían las cosas.

Además de la ira, lo consumía el agotamiento. Se sentía hundido en la miseria. Había cabalgado sin descanso hasta dar con el campamento de Gondrod a los pies de la capital de Jacobsland, para lo que se suponía el broche de oro de la campaña, aun temiéndose que fuera tarde. Deberían haber marchado sin piedad a Compostella nada más haber pisado tierra, como el rayo de Thor o el soplo huracado de Njord en días de borrasca. Eso mismo había aconsejado a Gondrod, pero muchos otros *jarls* sedientos de oro y mujeres se habían negado a avanzar hasta no saquear toda la costa.

Y por eso la orden había sido registrar choza a choza, casa a casa, y depositar cualquier cosa de valor en los carros que habían reunido en el centro de las aldeas. Después se habían dedicado a violar a las mujeres, a incendiar labrantíos y santuarios, a expurgar centímetro tras centímetro. Y aquello –maldita sea– llevaba mucho tiempo, tanto que habían perdido la ventaja de la sorpresa y el enemigo había sido capaz de reagruparse.

Habían creído que su sola presencia los aterrorizaría y que, como en otros lugares, los monjes rezarían hasta caer sin cabeza al suelo. Olaf les había advertido de que Sisnando Menéndez era precavido y astuto, amén de guerrero por derecho propio, que lo de llamarse «obispo» era su particular armadura. Llevaba tiempo levantando muros, cavando fosos y armándose hasta los dientes, no tanto por un posible ataque de los normandos, sino por las aceifas moras que cada verano asolaban los reinos cristianos del norte. Y Olaf sabía todo eso porque El Rojo, que llevaba años infiltrado en esos territorios haciéndose pasar por un comerciante de lanas sajón, lo mantenía bien informado.

Y ahora, esa aventura que debería haber aumentado su fortuna y consolidado su posición como *jarl*, permitirle desposarse con la mujer adecuada que le diera hijos que continuaran su saga, había acabado de la

peor manera posible. «¡Rayos y centellas! Odín no puede hacerme eso, después de tantos años sirviéndolo fielmente...», se decía. Hubiera preferido el Vallhalla que tener que huir deshonrosamente como estaban haciendo.

En ese momento, con diez de sus hombres pisándole los talones, ajenos a los bosques que atravesaban como relámpagos, Olaf se preguntó si Gondrod y los demás habrían encontrado en buen estado sus embarcaciones y dónde estaría Harald. No debería haber dejado en manos de esos inútiles la retaguardia.

La mayor parte de los *drakkars* en las bahías cercanas ardían por los cuatro costados o estaban ya en el fondo del océano. Tal vez los que habían dejado al norte, en la ensenada más alejada, se hubiesen salvado. Ésa sería su única oportunidad, pues ya era tarde para intentar llegar a Adóbrica. Si esos barcos también habían sido destruidos, no tendrían escapatoria. Olaf gruñó para sí, airado, y apretó aún más los flancos de su montura.

–¡Vamos, no queda mucho! –animó a sus hombres, varios de los cuales estaban heridos por la batalla–. En cuanto embarquemos, podréis emborracharos, gandules.

Las risas de sus hombres cesaron de repente. «¡Zas, zasss!», silbó una flecha por su costado, y luego otra más. El caballo se encabritó cuando uno de los dardos se le clavó en el entrecejo. El animal profirió un quejido y después, doblándosele las patas delanteras, se desplomó. Olaf cayó con él e, incapaz de revolverse con la sorpresa, quedó sepultado por su peso.

Dos de sus hombres, con los escudos en alto para protegerse de los proyectiles, corrieron a ayudarlo. No veían a nadie, pero las flechas seguían silbando desde la densa vegetación de las colinas circundantes. Un sol madrugador se desplazaba por los valles, arrancando los primeros destellos a sus cotas de malla y convirtiéndolos en una visible diana.

–Vamos, levantad a esta maldita bestia. Ulf –ordenó al más joven, que ya sacaba una flecha de su carcaj para disparar–. Allí, a tu derecha –indicó a un grupo que había salido de su escondite y se dirigía directamente hacia ellos.

–Uno, dos, tres –gritaron al unísono los dos tipos mientras intentaban sacar a Olaf del aprieto. Tiraron varias veces con una fuerza brutal, pero no consiguieron nada.

–Huid, huid hacia la ensenada. Salvaos, dejad que me capturen –ordenó, empujándolos con la mano, pero los otros se negaron a abandonar a su *jarl*. Thor los castigaría por ello, y el Valhalla les cerraría las puertas; morirían como puercos. Si Thor había decidido que había llegado su hora, no iban a permitir que El Negro danzase a solas esa noche con las valkirias en su paraíso de hielo.

Pese a que sus atacantes eran en mayoría labriegos armados con sólo hoces y flechas, estaban furiosos y eran muchos más, y Olaf y su gente fueron apresados. La diosa de la victoria definitivamente renegaba de ellos.

Al frente de aquel ejército zarrapastroso, apareció un tipo de pelo castaño con un jubón negro y acolchado que lo identificaba como veterano en la batalla.

–Me llamo Nuño Gonzálvez –dijo–. Soy cristiano, y vosotros sois mis prisioneros. –Y le regaló una patada en la boca a Olaf con sus mugrientas botas de cuero–. ¡Atadlos! –ordenó, y desapareció por el sendero.

Tenía que contárselo a Ildauro. Aunque seguía grave, el rapaz había logrado ecapar de las garras de la Parca, y cada noche le pedía que le contara cómo sería su vida en el castillo de la condesa cuando él lo ahijara. Al fin, en unos días, él mismo podría verlo.

Compostella

Las contraventanas estaban cerradas y la chimenea escupía fuego mientras Onneca ayudaba a Sisalda a retirar los vendajes de Osso Santiáguez. La herida aún supuraba, y de ella emanaba un pútrido aroma que se imponía a la espiral de sándalo con la que trataban de purificar la estancia. El hombre tenía varios cortes profundos: en la pierna, en el costado y otro cerca del cuello que podría haberlo dejado seco. Se había salvado milagrosamente.

–Aunque ya veremos si se recupera –suspiró Sisalda–. La pierna puede que no recobre toda la movilidad. Podría quedarse cojo... El corte es muy profundo y hay tendones dañados.

Una sierva subió un tazón con melisa para calmar al herido, que no conseguía descansar. Se movía en el lecho de un lado a otro, entre quejas. La muchacha traía también violeta de genciana, que ayudaría a que las heridas cicatrizasen.

–¿Y estos hongos? –preguntó Onneca al ver como la sierva sacaba de un cuenco de barro una pera enmohecida.

–Harán que la herida se cure más deprisa –le explicó Sisalda–. Habrá que ponerle paños mojados en agua fresca para bajar la temperatura. –Osso tenía calentura, y a ratos hablaba en voz alta en su duermevela; injuriaba a don Munio de Caldas, incluso lo llegaba a acusar de haber matado a don Sisnando. Y tales cosas asustaban a Onneca–. No dejéis que nadie, ni siquiera sus hombres, entre aquí. Es mejor que nadie sepa lo que desvaría. Es muy peligroso.

Onneca sabía que aquellos delirios eran muy graves. Estaba acusando a

uno de los señores principales de Gallaecia de haber dado muerte, a traición, al líder de sus ejércitos, al obispo y mano derecha de la Corona.

–Si se corre la voz, y ya sabemos cómo son los siervos, podrían intentar matarlo. Y también nosotras correríamos peligro. Nadie debe saber que está aquí, pero tampoco podemos llevárnoslo a Catoira, no resistiría el viaje. Tengo que informar a mi hermana –dijo muy seria Onneca.

–Me parece bien –le contestó el aya–, pero no soñéis ni por lo más remoto que seréis vos quien se quede aquí a su cuidado. Dejaremos a dos sirvientas. Les explicaré lo que deben hacer, y nosotras regresaremos a Castello Branco inmediatamente. Vuestra hermana decidirá qué hacer. Lo más seguro para todos es que, de momento, hasta que todo se tranquilice, siga aquí escondido. Trasladarlo podría ponerlo en peligro, y vos no podéis quedaros con él sin arriesgar vuestra honra.

–Está bien –replicó Onneca de mal humor–. Será como vos decís, pero, en cuanto hable con Nunilo, volveré a Compostella. Es lo menos que podemos hacer por el hombre que ha defendido nuestra casa y nuestro honor.

–No os engañéis, señora. Olvidaos de Santiáguez. Sólo es un don nadie, un brazo al servicio de cualquiera que le pague –le dijo Sisalda saliendo de la estancia.

Onneca se tragó el rapapolvo.

Costa del desembarco

Los días que siguieron a la retirada de los hombres del norte fueron agotadores y caóticos. Días de reencuentros felices, descubrimientos macabros y ruinas personales. Y todos clamaban venganza.

Fueron muchos los normandos que, tras encontrarse las naves incendiadas, se internaron en los bosques para refugiarse. Pero también eran muchas las partidas de siervos, soldados y aldeanos que los persiguieron. Los cristianos, escondidos, ponían trampas y esperaban su oportunidad: vulgares trampas para lobos o cepos, pero capaces de asustar a los caballos y tirarlos de sus monturas. Luego, armados con arcos y flechas, con palos y hoces, los mataban sin piedad.

Mientras los hombres seguían peinando los bosques aledaños y la costa en busca de cualquier enemigo, Nunilo pudo, al fin, reunirse con su familia.

–Mi pequeña... Si os hubiera pasado algo, jamás me lo habría perdonado. Nunca debí dejaros aquí, pero sois tan terca... –le dijo Sisalda, enjugándose las lágrimas–. Ha sido una temeridad. Vuestra madre, que en

paz descanse, jamás me hubiera perdonado.

–Al menos –le contestó una sonriente Nunilo–, hemos mantenido el contacto. ya sabéis por dónde voy. –Sisalda afirmó con la cabeza.

Onneca, por su parte, seguía abrazada a su hermana, en silencio, meciéndose como un bebé de cuna.

–¿Qué ha pasado? ¿Cómo has logrado sobrevivir? –le preguntó, llorando–. ¡Dijiste que intentarías reunirte con nosotras en el bosque y no lo hiciste! Incluso nos dijeron que debías haber muerto defendiendo el castillo, que no quedaban mujeres, que a las que no habían violado y matado las habían embarcado camino de Irlanda... ¡Malditos bastardos!

–Ya, hermanita –la acarició Nunilo–, ya ha pasado todo. Ha sido terrible, pero ha terminado. Te lo contaré, es una historia muy larga... –le dijo, reconociéndose que jamás le hablaría de su aventura amorosa–; baste ahora con que estamos las tres juntas nuevamente.

–La batalla por Compostella fue terrible –siguió Onneca–, pero estuvimos bien representados. Osso Santiáguez portó nuestros pendones... y ahora está gravemente herido. –A Onneca se le quebró la voz.

–¿Lo habéis dejado solo? ¿Por qué? Debíais haberlo traído con vosotras, aquí podemos cuidar mejor de él –exclamó Nunilo.

–Señora –la interrumpió Sisalda–, creo que deberías ser vos misma quien fuera a verlo en cuanto sepamos que ha recuperado completamente la conciencia. Delira y no para de decir majaderías... peligrosas. –Nunilo arqueó las cejas–. Asegura que don Munio asesinó al obispo don Sisnando durante la batalla.

Nunilo mudó el gesto en franca sorpresa, aunque de don Munio ya no la asombrase nada. Se lamentó por don Sisnando, aunque hubiesen tenido sus encontronazos. Era una noticia realmente inquietante, y debía hablar con Santiáguez en cuanto fuera posible, para conocer con exactitud lo ocurrido en Compostella y la implicación real del señor de Caldas en el crimen. Tal vez si todo aquello era cierto podría usarlo a su favor para deshacerse del Aloítez y de su muda promesa de compromiso, como le habían dado a entender. Nunilo sonrió para sí. No era muy digno; los acuerdos, verbales o sellados, estaban para cumplirse, más entre caballeros. Pero ella no era un caballero, como bien se habían hartado todos de repetirle, sino una dama. Y las damas eran siempre las piezas más imprevisibles del tablero. Sobre ello reflexionaba cuando alguien pidió permiso para dejar entrar a unas visitas.

–Don Munio y el conde de Gallaecia os mandan un mensaje –la sacó de sus pensamientos su mayordomo, Romueldo–. Al parecer, se dirigen hacia el puerto, donde están reuniendo a los normandos capturados. Como señora de estas tierras, debéis estar presente y ser la primera en

elegir a vuestros nuevos esclavos y a los hombres que morirán hoy ahorcados. Don Gonzalo y don Munio os esperarán en el fondeadero.

–Comprendo –contestó Nunilo, cansada, retorciéndose de repente de dolor en el estómago. Llevaba días encontrándose mal, aunque sabía que no podía estar preñada, porque se había tomado las plantas de las que le había hablado Basilisa. Debía ser por los nervios, y también por algo de mala conciencia. Seguía preguntándose dónde estaría Olaf o si estaría vivo, y aquel anuncio la alteró aún más. «Al menos», se dijo, «sabré si está entre los apresados. Si soy la primera en elegir, podría quedármelo como esclavo». La idea le produjo vértigo, y mudó el gesto. «Y no verlo allí...», movió la cabeza, negando para sí.

–Os ayudaré. Después de tanto sufrimiento, es importante subir la moral a nuestra gente. Debéis ir adecuadamente arreglada –dijo Sisalda–. Lornadia –llamó con unas palmas a la joven sierva–, preparad el mejor vestido que le quede a la condesa.

Nunilo, a la vez angustiada e ilusionada, se dejó hacer. ¿Y si él estaba allí? ¿Qué pensaría al comprender que la dama de Jacobsland era ella? ¿La despreciaría ahora? ¿La acusaría de traidora? ¿La entendería, acaso? «¿Y qué te importa lo que ese canalla piense de ti? ¿Acaso no es un enemigo, un bárbaro, un saqueador? Tú eres una gran señora..., y lo pasado, pasado está. Que piense lo que quiera, se convencía.

–Me sorprende que hayan dejado algo –comentó Sisalda al ver que la criada trasladaba un arcón con varios vestidos y velos.

Nunilo guardó silencio. Eran los regalos que Olaf le había hecho y que ella se había negado a lucir. Escogió uno de color amarillo oropéndola con refuerzos de cuero y un cinturón de tres hebillas en las caderas, cuyas mangas besaban el suelo. Por último, se cubrió el rostro con un fino velo. Sus ojos brillaron de emoción al verse en el espejo. Había recuperado el aspecto majestuoso de siempre, su verdadero yo, durante tanto tiempo enmascarado.

En una yegua, y seguida por la escolta del conde de Gallaecia, se acercó al puerto. Había una verdadera muchedumbre congregada allí; aldeanos sedientes de sangre, hambrientos de justicia. Tras la expulsión de los vikingos, habían regresado todos los huidos, y a ellos había que sumar la gran cantidad de soldados que aún pululaban por la zona y los peregrinos que habían comenzado a llegar de nuevo.

–¡Señora, mirad cómo os aprecian! –le dijo Nuño a su espalda.

En ausencia de Osso Santiáguez y de otros veteranos caídos en Compostella, Nunilo había optado por nombrar, al menos provisionalmente, a Nuño Gonzálvez como jefe de su guardia personal. Le faltaba algo de experiencia, era demasiado joven e impetuoso, pero había dado muestras más que sobradas de valentía y entendimiento. Y,

además, las gentes del castillo lo tenían en gran estima, más después de saberse cómo había salvado a un montón de vecinos de la comarca. Se hablaba de sus incursiones en campamentos vikingos con admiración, y ella lo sabía fiel a su casa y a su causa. Sin embargo, no se fiaba de los soldados del conde de Gallaecia.

–¡Viva la *domina*! –gritaron a su paso cuando la señora de Breixos apareció en lo alto de la loma. La brisa hacía temblar su velo, drapeaban los pendones de su linaje, y su caballo piafó.

La tenían por una heroína después de que Ludo y los demás explicasen a todo el mundo cómo había matado a la bestia pelirroja, a Otto, y los hubiese liberado aun a riesgo de su propia vida y cómo, gracias a ella, habían podido incendiar los *drakkars* y bloquear los caminos.

Conforme avanzaba, las gentes le abrían un pasillo para que llegara a la orilla, donde pudo contar que había, al menos, doscientos normandos maniatados, muchos de ellos heridos gravemente. En un pequeño palco bajo un palio improvisado la esperaban don Munio y don Gonzalo, conde de Gallaecia. Ella los saludó cortés, y ambos acudieron a ayudarla a desmontar. Don Munio le pareció más guapo, pero también más oscuro que nunca; olía a traición y a peligro. Sintiendo un escalofrío, Nunilo le retiró la mano de inmediato y se colocó al lado de don Gonzalo, obviando la mirada de odio que el otro le lanzaba.

El viento le removía los cabellos y la falda, y el tímido sol, que intentaba salir de entre los nubarrones que amenazaban tormenta, arrancaba brillantes destellos a sus hebillas y joyas; aquellas que eran de su madre y que Onneca había logrado llevarse a buen recaudo hasta Compostella.

* * *

Olaf era carne de horca. Malherido, lo habían atado a una estaca. Postrado en ella, febril, apenas podía mantener los ojos abiertos. Los párpados le caían como cerrojos. Deseaba dormir, o morir. Tenía una fea herida en un costado, la pierna aplastada por el peso del caballo, y se sentía débil, condenado.

Pronto se reuniría con los suyos en el Valhalla. Odín y Thor, los hacedores de fortuna y forjadores de sagas, así parecían quererlo. Iba a morir de una forma humillante, y le daba igual si lo hacía por la fiebre o columpiándose en una soga. En esto divagaba cuando uno de sus hombres le arreó un codazo.

–Negro, deberíais ver esto. Esa mujer debe ser la que andabais buscando como un sabueso hambriento entre los cadáveres. Es esa dama de Jacobsland..., y yo diría que se parece bastante a alguien a quien

conocemos –le dijo, con la mano a modo de visera, Kveld Hróaldsson.

Olaf estiró la cabeza e intentó centrar la borrosa imagen de la joven que parecía presidir el acto. Claramente, era una noble y, por la apostura, estaba muy dispuesta a ver ejecutar a sus enemigos.

* * *

–Ésos son los hijos de Satanás que casi os matan y que han destrozado vuestro castillo. Como condesa de estas tierras, tenéis el privilegio de elegir a los primeros en ser ejecutados y a los que queráis como esclavos –le dijo don Munio.

Nunilo bajó del estrado y se acercó a estudiar a los normandos. Sonreía, hablaba de nimiedades con el conde y de vez en cuando seleccionaba a algunos esclavos con aparente indiferencia, mientras su corazón luchaba por no desbocarse. Rastreaba con desesperación entre aquellas caras sucias y maltrechas. «Tal vez es mejor que no esté aquí, tal vez consiguió huir...», pensó, aunque lo dudaba, porque había abandonado la fortaleza demasiado tarde.

Estaba a punto de regresar al estrado, cuando lo vio. Nunilo intentó disimular, controlar el temblor que quería adueñarse de su cuerpo. Parpadeó. Olaf parecía herido; tenía la piel cetrina, ajada, y los ojos vidriosos. Parecía mirarla como en un sueño; sin terminar de reconocerla.

–Mi muchacha... Ya puedo irme al Valhalla –le pareció entender que susurraba en voz baja antes de caer inconsciente.

–Éste. Me lo quedo. Levantadlo y llevadlo al castillo –ordenó Nunilo con ímpetu, aparentando una seguridad que no tenía–. No deseo ejecutar a nadie. Eso os lo dejo a vos, conde; sabéis mejor que yo qué hacer en estos casos.

–Señora, ese hombre está mortalmente herido. No sobrevivirá. Sería mejor que lo dejarais morir tranquilo –le dijo Nuño por lo bajo. Había reconocido perfectamente al titán rubio al que había pateado en el bosque.

–Acaso –intervino don Munio– podríamos ser buenos cristianos y acabar pronto con sus sufrimientos. Matémoslo ahora. No veo para qué podríais necesitar a un *jarl* vikingo sucio e infecto en vuestro castillo.

–Eso no es asunto vuestro... Y no, no lo mandaré ahorcar. Lo que le tengo reservado será peor; deseará haber muerto... Además –dijo, insolente–, podría serme de utilidad.

–¡No veo para qué! –exclamó malhumorado don Munio.

–No discutamos –medró don Gonzalo para impedir una pelea entre la condesa y el señor de Caldas entre el gentío–. La señora está en su potestad de elegir qué hacer con este hombre.

* * *

Cuando, al final de la mañana, invadida por una extraña mezcla de inquietud y euforia, Nunilo regresó a la fortaleza con los nuevos esclavos, Onneca y Sisalda salieron a curiosear.

–¡Aquéllos, allí! –Nunilo señaló unos barracones–. Éste, no. Sisalda, poneos manos a la obra. Necesito –le imploró con la mirada– que salvéis a este hombre.

Sisalda maldijo su sino.

III Parte

Navidades. Gallaecia. Año del Señor de 969
«¡En Asgard me esperan los héroes
que son mis hermanos, que muertos están.
Y cuando los portales se abran ante mí
será un honor estar junto a todos ellos.
En el gran invierno del Ragnarok,
igual yo no buscaré la muerte,
pero, si caigo...,
estaré listo para el Valhalla!».
Oración pagana

Capítulo 17

Castello Branco

El grajo aterrizó en el cobertizo de la torre de flanqueo del Castello. Uno de los siervos retiró el mensaje que llevaba en la pata, dejó al ave en una percha, y le dio agua y algo de grano, que el animal agradeció con un estentóreo graznido.

En cuanto vio llegar al hombre, Nunilo se apresuró a desdoblar la pequeña vitola amarillenta. Desde Compostella, le informaban de la notable mejoría de Osso Santiáguez. Estaba físicamente demacrado y tenía una pronunciada cojera, pero había recuperado la memoria y la consciencia. Por fin había salido del peligro.

–¡Maldita sea! –exclamó Nunilo al saber que Santiáguez insistía en levantarse y viajar a Catoira, aunque por el momento, acatando sus órdenes, se lo habían impedido. Santiáguez no se lo había tomado demasiado bien.

La condesa se asomó por el ventanal y dejó vagar la vista por el valle. Aún se veían los restos de los incendios, pero, con las primeras nieves del invierno, empezaría a recuperarse. Ya era como si despertara de un funesto sueño. Las chimeneas se veían apagadas, y una neblina pegada a ras de suelo intentaba sin demasiado éxito despegar desde el río. Por ella quedaba oculta la dársena, a excepción de la coronilla de los dos torreones que la vigilaban en la entrada.

Abajo, desde el cercado del pozo principal de la barbacana, ascendía una corriente de alegría, tan cara en esos días. Nuño jugaba con los dos muchachos a quienes había ahijado, tratando de enseñarles a manejar una espada de madera. Ildauro, el mayor, daba sablazos por doquier mientras un perro lanudo saltaba a su alrededor. Al verlos, Nunilo se dio cuenta de que no había nadie mejor para ir a hablar con Osso de lo ocurrido que uno de sus hombres. Seguro que con Nuño se sinceraba. Si, por el contrario, ella aparecía por Compostella, Osso podría negarse a contarlo

todo por no implicarla.

–Nuño Gonzálvez –le dijo la condesa cuando compareció en el salón–, quiero hablar con vos. Por favor, sentaos. –Señaló una sencilla silla de asiento de cuero encerado–. Ya sabréis que vuestro comandante, Osso Santiáguez, permanece en Compostella recuperándose de las heridas sufridas en la batalla. Hemos decidido que continúe allí –añadió–, hasta que sea más seguro viajar, hasta que sepamos quién es el nuevo arzobispo y éste tome posesión de su cargo. Sin embargo, necesito que vayáis a verlo y habléis con él de un asunto... peliagudo.

–Como queráis, señora. ¿Cuándo debo partir?

–Mañana al amanecer. Debéis comentar con él un asunto inquietante. Mi hermana, doña Onneca, asegura que Santiáguez, en su delirio, no ha parado de repetir hasta la saciedad que don Munio asesinó al obispo don Sisnando en medio de la batalla, ante las narices de sus tropas. –Nuño torció el gesto, asombrado–. Si eso fuera así..., es muy grave y tendría que tomar cartas en el asunto. Además, si don Munio lo reconoció, Osso podría estar en peligro, él y sus hombres.

–Hablaré con él.

–Además, debéis presentar, en mi nombre –dijo, dándole su sello y unos pergaminos–, mis respetos al nuevo arzobispo elegido por la curia y aprobado por doña Elvira. En cuanto regreséis, decidiremos cuál será el siguiente paso. ¿Entendido?

–Desde luego, condesa. Así se hará.

–¿Tenéis con quien dejar a esos niños? –preguntó, refiriéndose a los dos hermanos, que ayudaban en ese momento en las tareas del servicio.

–Sí, señora. Hilderiz Díaz se hará cargo de ellos en mi ausencia. –Hilderiz era una muchacha de trenzas rubias a la que había liberado del campamento vikingo, y quien, gracias a sus conocimientos, había conseguido sanar a Ildauro. Nunilo la conocía de vista. Resultaba imposible no reparar en ella, pues desprendía una suave luz y era muy bella, a pesar del parche que llevaba en el ojo derecho y la cicatriz que le recorría la frente.

–Os veo mucho con ella... Tal vez –dijo la condesa, sonriéndose– haya llegado el momento de que os desposéis. Hacéis buena pareja. –Le habían llegado rumores de que vivían amancebados en una de las chozas situadas junto a la poterna de la entrada de la propia fortaleza.

–Señora..., me lo pensaré –repuso el hombre, inclinándose en una genuflexión.

–Si es así, sabed que contaréis con mi bendición.

León

–¿Estáis seguro de lo que decís? –preguntó la princesa Elvira a su sayón, Suario Estébanez.

–No hemos ido a comprobarlo, si es lo que preguntáis, alteza, pero el mensaje de Zellanoba no deja lugar a dudas: o el prior Frasquila miente o uno de sus mansos frailes es el mismísimo Rudesindus Guterri, resucitado y servido para nos en bandeja...

–Entonces, ¿no lo mató don Sisnando, como creíamos? –dijo, pensativa, la regente.

–Pues eso parece, señora. Al desaparecer en tan extrañas circunstancias, se corrió el rumor de que lo habían asesinado. Algunos llegaron a jurar haberlo visto flotar en el río, aparecerse el día de las ánimas..., pero ahora está vivito y coleando –se explicó el secretario; hablaban sobre el obispo don Rosendo, el antecesor en el cargo de don Sisnando.

–¿Dice algo más el mensaje del prior?

–No, simplemente que está allí. El prior cree que, dada su experiencia, la gente lo aprecia por su mano izquierda para resolver cuitas y su cercanía a vuestra familia; eso lo convierte en el hombre ideal para ocupar el arzobispado de Iria y Compostella..., pero él no debe pensar igual. Asegura que dejó el mundanal ruido hace tiempo y que es feliz dedicándose a la contemplación. El prior ha querido convencerlo de que fuera él mismo quien se presentara en León ante vos, pero don Rosendo se ha negado. Por eso os informa de que está allí, por si vos, alteza, decidís hacer algo al respecto –concluyó.

–¡Loado sea el Altísimo! –suspiró doña Elvira, francamente sorprendida, contemplando a los petirrojos que cantaban en su jaula, bañada por la débil luz del sol de la mañana.

Si había un hombre que podía congregar en torno suyo el respaldo de la mayor parte de los clanes gallegos y el favor del vulgo, al que siempre había defendido y nunca había axfisiado con excesivos impuestos, ciertamente ése era Rosendo. Su regreso podía entenderse, además, como un milagro, y a buena fe que estaban bien necesitados de ellos. Las cosas no iban bien en la frontera con Al-Ándalus, y su escaso apoyo a Gallaecia durante el ataque vikingo le habían valido muchas críticas y algunas enemistades sonoras. Un obispo bueno, venido del cielo e inteligente, sería perfecto para limpiar la atmósfera envenenada.

Rosendo era alguien de total confianza. Hacía ya muchos años que los prelados no eran elegidos por los fieles y seguidores. Desde hacía más de un siglo, la Corona había conseguido imponer su criterio, y, junto con el Papa, había nombrado a los nuevos patriarcas.

–Está bien, id a buscarlo y que venga hasta aquí. Rudesindus Guterri volverá a ser don Rosendo, arzobispo de Compostella, lo quiera o no.

Unas semanas más tarde, una tropa lorigada, portando los pendones reales, púrpura y plata de León, alcanzó la desembocadura del río Ulla. Bandadas de pinzones anaranjados graznaron a su paso, como saludando a aquel león alado. Empezaba a retumbar el hielo en los caminos; pronto el invierno desplegaría su manto duro y blanco en los valles. Durante todo el trayecto habían salido a saludarlos labriegos y pastores, caballeros y frailes, desahuciados y pillos, confiados en que, tras ellos, llegarían el rey niño o su tía, la monja. No fue así.

Nunilo se sorprendió de que nadie supiera qué hacían allí esas tropas reales una vez terminada la ocupación vikinga. Los rumores eran multitud, pero explicación convincente, no había ninguna. Sólo enredaban más las cosas. Las Fáñez los vieron cruzar el bosque de Piedras Mudas, con la marea baja, hasta la isla de Cortegada. Entre luminarias que salpicaban con su luz al cielo, fueron recibidos en el priorato de Xan Bréximo, que esos días estaba abierto a los forasteros.

Se preparaban por entonces para la celebración del día de las Ánimas. Los peregrinos habían comenzado a llegar en oleadas desde días antes, y se alojaban en tiendas de lona en el pequeño fondeadero del islote. Esos días, el mercado estaba atestado de viajeros que aprovechaban para intercambiar sus productos por las guedejas de lana del priorato. A las vísperas, con el crepúsculo pintando de rojo el océano, un grupo de soldados apareció a caballo.

–Nos manda doña Elvira, la regente –explicó el capitán de la guardia al prior, enseñándole el sello real y el pergamino lacrado.

–Sí, don Rosendo está aquí, en este monasterio –confirmó el prior–. Acompañadme. –El infanzón y el fraile abandonaron la estancia y caminaron hacia el claustro porticado, donde un hombre ya mayor, con un hábito raído, trabajaba recogiendo unos nabos del huerto–. Es aquél.

–Rudesindus Guterri –enunció el soldado, acercándose, sin muchos miramientos. El anciano se volvió con parsimonia–. Doña Elvira Ramírez, regente del reino de León, princesa de Asturias y tía de su majestad el rey Ramiro III, voz del Consejo Real y patrona de este convento, os ordena que regreséis a la corte sin demora. Desea que retornéis a vuestro arzobispado cuanto antes, se os necesita.

–Ya... –repuso el hombre–. ¿Y cómo es que la princesa ha sabido de mi vida aquí? –Miró de reojo al prior, que giró la cabeza para otro lado, haciéndose el loco–. ¿No conoce doña Elvira que el obispo Rosendo desapareció de este mundo hace años? Aquí, quien vive, es un modesto fraile llamado Rudesindus... Nada más.

–Espero que no os resistáis, eminencia –apuntó el soldado–. Las órdenes de doña Elvira son claras. Debo llevaros conmigo, queráis o no. El reino os necesita.

Rudesindus, maldiciendo por lo bajo, dejó el azadón mordiendo la tierra, los nabos guillotinados en la carretilla, y se sacudió el mandil de malas hierbas mientras el aire le alborotaba el pelo cano. Esa noche recogió sus escasas pertenencias: una biblia, una vieja pluma y un taco de misivas atadas con una cuerda. Al día siguiente partiría escoltado a León en medio de una tormenta de banderas y un coro de trompetas. El hombre enfermo de pasado debería volver a retomar, a sus años y con sus achaques, uno de los asientos más peligrosos del reino: el arzobispado de Compostella.

Una luz irisada, como alas de líbelula al amanecer, lo despidió del priorato. El mar tenía ese día resaca; saltaban las piedras, y la espuma emborronaba el paisaje.

Estuario del Ulla

Nunilo estiró el brazo y dejó que unos copos de nieve le besaran los dedos. Estrujó las minúsculas flores de hielo y las tiró al suelo. Después se echó por encima la capucha de su capa ribeteada de armiño y aflojó las riendas de su caballo. Los ollares de la bestia se inflaron, aletearon como un abanico, y el lobo de Onneca aulló feliz corriendo tras ellos.

Era de noche, y la serpiente luminosa que parecía sobrevolar el mar le recordó otra escena prácticamente igual vivida dos años antes. Esta vez incluso había habido más concurrencia que nunca. Muchos agradecían así al Redentor que hubiera conservado sus vidas y las de sus seres queridos, que hubiera expulsado a los intrusos y devuelto algo de paz a Gallaecia. El prior Frasquila había realizado esa tarde una oración muy especial por el alma de los fallecidos durante la incursión de los vikingos.

–Por último, Señor, te rogamos por el alma del obispo don Sisnando, para que lo acojáis en vuestro seno. Concededle la paz eterna y el perdón a sus pecados. *Oremus...* –había terminado el prior, y alguna risita escapó de las bancadas. Jesucristo iba a tener tarea perdonando al más irreverente y guerrero de todos sus pastores.

–¿No cres que deberían habernos informado sobre esos soldados? –le había preguntado Onneca a su hermana tras la ceremonia, pero ésta se había encogido de hombros.

Nadie en el priorato había abierto la boca, aunque ya se había extedido el rumor de que uno de los ancianos frailes allí cobijados era don Rosendo. Nunilo, como señora de esas tierras, debía haber sido avisada de la presencia de tropas reales; aquello había sido un feo gesto por parte de la regente.

Tras los oficios religiosos, la multitud regresó a sus pallozas por el

camino embarrado que dejaba la marea baja o por la ría, en pequeños botes, aprovechando el empujón de las corrientes.

La llegada del nuevo milenio y las últimas desgracias habían hecho mella en el pueblo, y los cantos desgarrados con los que despedían a sus seres queridos recordaron a Nunilo el entierro de su padre, ocurrido apenas tres años antes pero ya tan lejano en su memoria. El tiempo era un manto invisible que desteñía la memoria. Por su mente pasaron las plañideras y los siervos que acompañaban al cuerpo sin vida de su señor envuelto en el sudario hasta el lugar de su sepultura; el chirrido de la losa al descorrerse, el olor del incienso y el tañer de las campanas para ahuyentar a los demonios. El viento había rizado el mar ese día, igual que esa tarde. Pero algo no encajaba, algo estropeaba la tranquilidad aparente.

–¿Aceleramos? –le preguntó alguien, y Nunilo afirmó en un gesto mudo. El frío se intensificaba, quemaba ya los pulmones.

Unos pasos por delante marchaba el guerrero que rompía la calma. Olaf seguía sin hablarle, sólo lo imprescindible. Hacía dos meses que se había recuperado, pero seguía tan frío como los gélidos fiordos de los que procedía. Nunilo podía sentir ese rencor malsano estancado en su mirada gris. Su trato considerado y sus atenciones con él sólo habían servido para enfurecerlo y cavar un foso aún más profundo. Se diría que hubiese preferido la muerte a verse convertido en el jefe de su guardia, cargo al que lo había destinado.

–¡Desagradecido! –rumió por lo bajo Nunilo, y Sisalda la miró de reojo. El muy canalla no debía entender lo que ese nombramiento le había supuesto, las críticas que había tenido que aguantar, las nuevas presiones para que hiciese público su compromiso con don Munio o cómo había sangrado su corazón al verlo tan malherido. De los nobles, pero también de su gente, de su familia, de sus propios vasallos, que comenzaban a señalarla con el dedo. En todo el reino se hacían lenguas de la presencia de un enemigo en su castillo.

–¡Traidora! –le escupió un hombre por la derecha, y Nunilo se lo quedó mirando en silencio.

–¡Quieto! –ordenó al ver que Olaf levantaba el látigo para castigar al imprudente–. Dejadlo, sólo es un pobre diablo, qué nos importa.

Nunilo trató de mantener una postura arrogante, como si aquello le fuera indiferente, pero lo cierto es que le partía el corazón. Muchos de los aldeanos que el día de la victoria la habían elogiado ahora la acusaban de traidora, de ser la querida de un vikingo y permitir que un infiel adorador de Thor y Odín estuviese al frente de sus huestes. Nadie parecía entenderla. Ni siquiera Onneca o Sisalda habían aprobado su decisión.

–No soy la única cristiana que compra el servicio de un pagano.

–Una cosa es nombrar a un vikingo jefe de vuestra guardia, pues

también otros señores vascones o astures han contratado a mercenarios del norte, pero otra es intentar llegar más lejos... Guardad vuestro corazón. Ese hombre no es para vos. No os conviene –le había advertido el aya.

A esos sinsabores, y a su frustración por no poder hablar ni amar a Olaf, se sumaba la presión de saber que le quedaban sólo un par de semanas para elegir oficialmente esposo en León. Todo el mundo confiaba en que fuera don Munio; se hablaba de su compromiso sellado en esta ocasión tras su rescate, teniendo como testigo nada menos que al conde de Gallaecia, y no podía negar que en gran medida eso era cierto. Pero una idea empezaba a abrirse paso en su cabeza, y por eso había enviado a su hombre de confianza, Boromén Menéndez, a la regente para pedir otra prórroga.

–¿Cómo voy a estar pensando en un matrimonio cuando aún no me he recuperado del ataque? –le dijo a Boromén para que éste se lo explicase a la princesa.

Pero doña Elvira se había mostrado inflexible. Nunilo debía cumplir lo prometido.

–Ha dicho que precisamente por eso debéis ser más consciente que nunca de la necesidad de contar con un fuerte brazo que proteja a vuestros vasallos y a vuestras tierras –explicó el hombre cuando regresó de León–. Esta incursión ha demostrado que no podéis seguir sola. Su alteza mantiene el último plazo que os dio y añade que espera conocer vuestra decisión cuando visite Gallaecia en Navidad. Pasará la Nochebuena en Compostella con el nuevo arzobispo; esa semana visitará las zonas arrasadas por la ocupación vikinga y repartirá algunas donaciones a los huérfanos. Desea que le deis alojamiento para Epifanía en vuestra fortaleza.

–¿Estará aquí en Epifanía? ¿Acaso no le habéis dicho que el castillo aún no está restaurado? ¿Que le resultará incómodo y gélido?

–Lo sabe. Viene a eso. Quiere conocer las zonas más afectadas, ver cómo quedó todo.

–¿Qué voy a hacer, Boromén? –le preguntó a su consejero, retorciéndose las manos, tensa.

–Casaos, señora... No podéis hacer otra cosa. Don Munio es la opción lógica, la que todo el mundo espera, pero, si queréis volver a repasar la lista con los seleccionados que en su día os hice, veréis que sólo nos falta por conocer a dos. Uno de ellos, Hermenegildo Ansúrez, parece prometedor..., aunque demasiado joven. Si estáis decidida a descartar a los demás, podría ser una opción. Sus padres estarían encantados de entablar lazos con los Fáñez. Su linaje es antiguo, aunque ahora no anden muy boyantes de oro. Lo peor es el miedo que le tienen a don Munio... De

todas formas, si me lo permitís, *domina*, don Munio es un hombre poderoso, importante en la corte, y no tiene herederos de su primer matrimoio... Es sin duda la mejor opción para usía.

–Lo sé, Boromén, lo sé. Sobre el papel, sería la elección correcta. De hecho, prácticamente le di mi palabra cuando acudió en mi rescate..., pero es que no puedo... –Nunilo suspiró, y su secretario la notó desesperada–. Creo que, si lo hago, si traiciono mi instinto, lo pagaré muy caro. Por eso, hasta el último minuto, debo buscar otras opciones. Ese joven, Hermenegildo Ansúrez, necesitaría saber algo más de él... Hablad con su padre, tantead la situación. Quiero conocer de primera mano qué aspecto tiene y de qué fama goza. Si es holgazán, bebedor..., todo. Hacedme un informe completo que me ayuye a decidir, os lo suplico. Tengo la sensación de que, si finalmente me desposo con el Aloítez, todos aquí estaremos en peligro. Por favor.

–Lo haré, condesa, pero debo advertiros que se sabrá de esta visita. Siempre hay chismorreos, y eso podría perjudicaros. Don Munio está furioso. Sigue presionando a la regente, alegando que le disteis su palabra, y, si le llega la noticia de que andáis en trato también con los Ansúrez, podría armarse...

–Id al grano, Boromén. ¿Qué queréis decirme?

–Que seáis precavida. Los Ansúrez están muy subidos desde que consiguieron convertir en reina a doña Teresa. Son una familia poderosa, y esto podría crearles falsas expectativas y también enfrentarlos a otros clanes aliados con los Aloítez. Pisáis terreno resbaladizo.

El bueno de Boromén partió dos días después. Habían retomado el asunto la noche previa, durante una cena privada. El capitán de su guardia estaba presente, de pie, apostado en la puerta y sin opción a decir palabra. Y, al mencionar la posibilidad de la boda con otro, Nunilo había visto un relámpago de celos.

Aunque sólo hubiera sido por eso, habría merecido la pena el interés por el Ansúrez.Tal vez los celos fueran el camino, el fuego con que derretir su hielo y sacudir su corazón.

Capítulo 18

Castillo de los Ansúrez

Boromén llegó al castillo de Peñaxa un domingo al ángelus y fue recibido con todas las atenciones. La madre, doña Gertra, escuchaba misa en la capilla acompañada por toda la parentela. Cinco hijos había alumbrado: tres hijas, todas ellas en edad casadera, y dos varones. El primero, Sancho, andaba ya comprometido con una doncella leonesa perteneciente a la nobleza de Asturias, Patruina Romuáldez. El segundo, el joven Hermenegildo, alto y corpulento, era más gallardo, pero también más estúpido. Tieso como una estaca, no paraba de presumir de piernas musculosas y de un insensato sentido del humor. Los Ansúrez, sin embargo, se mostraron más juiciosos, sorprendidos incluso de la oportunidad que se les abría inesperadamente.

–Estaríamos dispuestos a rubricar lo que hiciese falta. Es de sobra conocido que tuvimos infortunios importantes hace unos años. Un incendio devoró el castillo, y hemos consumido una fortuna en recuperarlo, pero seguimos poseyendo fértiles tierras y alquerías, y podemos dar una buena dote a nuestro hijo. No podremos hacer sombra a la inmensa fortuna de la condesa, pero a cambio le entregaremos un hombre joven y sano que le dará magníficos vástagos con que perpetuar su estirpe.

–Me alegra oír eso, aunque, como he dicho al inicio de esta conversación, mi señora todavía no se ha decidido. Aún está pendiente de atar algunos cabos sueltos con la regente, y hay más candidatos. Simplemente, la condesa quería conocer todas las posibilidades antes de tomar una decisión, la disponibilidad de vuestra familia a concertar esta boda y los aliados que la secundarían. Entenderéis que una alianza entre los Fáñez y los Ansúrez podría desestabilizar el tablero de juego, provocar una guerra de clanes. Los Aloítez, de verse descartados, no dudarían en tomar las armas. Son muy poderosos, y se sienten

respaldados por don Gonzalo, y más desde su importante papel en la batalla de Compostella... En caso de complicaciones, la condesa querría saber qué haríais. Si daríais un paso al frente o dejaríais el paso libre a don Munio.

–Ningún Aloítez, por poderoso que sea, nos va a decir a nosotros lo que debemos o no hacer. Nuestra familia es más antigua, y también posee grandes alianzas. Mi prima, la reina doña Teresa, jamás permitiría que don Munio o don Gonzalo impidieran algo tan beneficioso para la casa Ansúrez como lo que nos proponéis con doña Nunilo.

–Me alegro de oír eso –contestó Boromén–. Partiré mañana y llevaré vuestra contestación a mi señora. Se alegrará de saber que los Ansúrez no se acomplejarán ante los Aloítez, que el rumor de las espadas no los doblegará ni los hará saltar como ratas del barco... Aun así –dejó caer– sería bueno conocer qué harían otras familias ante esa hipotética situación. Es mejor no llevarse sorpresas desagradables llegada la hora de cerrar el trato.

–Por eso no os preocupéis. Lograré acuerdos en cuanto salgáis de esta casa. Me pondré de inmediato manos a la obra. Espero que, a cambio, la condesa nos dé el tiempo suficiente. Si somos los elegidos, y estoy seguro de que así será, Nunilo Fáñez tendrá el apoyo incondicional de los Ansúrez y de sus viejos aliados. A cambio –el hombre miró fijamente a Boromén–, esperamos de la condesa un comportamiento intachable... Y ya sabéis a lo que me refiero.

Boromén, contrariado, asintió con la cabeza, aun sabiendo que sería imposible convencer a su señora de que se deshiciera de aquel maldito vikingo. Nunilo Fáñez no parecía consciente del peligro que aquel normando suponía para su futuro; y él no tenía autorización suya para dar respuesta a esa petición de los Ánsurez, para incluir esa cláusula en ninguna negociación.

El Ansúrez dibujó una fea mueca que dejó al descubierto unos dientes picados de caries. Un silencio áspero los despidió. Aquello podía suponer un díficil escollo en cualquier negociación.

«El amor», se lamentó el viejo Boromén, «siempre ha sido ciego». Ya lo decían los poetas.

León

–Princesa –le dijo su secretario cuando fue a buscarla a las cocinas del convento de San Salvador, donde esa mañana, ya para Navidad, sor Jimena había ordenado el horneado de los panes de sésamo, las pastas de azafrán y los roscos de vino dulce–, don Godofredo Saldaña desea veros.

Os aguarda en la sala del trono.

–¿Y qué diablos se le ha perdido a Saldaña por aquí? –preguntó doña Elvira, vestida con su viejo hábito de monja y las manos enterradas en harina–. Que venga otro día... Ahora estoy ocupada.

–Tía, ¿puedo llevarme esta canasta? –le preguntó en ese momento el pequeño Ramiro, que, seguido por dos perros, tomaba varias de las piezas que acababan de cocerse–. Sor Jimena, ¿haréis este año muñecos de almíbar? –preguntó, goloso, y la monja se rio afirmativamente.

–Sí, pero ya sabéis, majestad, que vuestra tía no quiere que comáis tantos dulces. Pican la dentadura y llenan las tripas de gusanos..., y no querréis ser un rey gusano y desdentado, ¿verdad? –El chico se rio y salió corriendo con un puñado de alfajores para compartirlos con los infantes con los que practicaba cada día el aprendizaje de la maza y el arco, bajo la dirección de maese Gandolfo.

Sor Jimena, atenta a la conversación, se volvió para remover en la marmita la miel y las almendras tostadas.

–Está bien, ahora vuelvo. Tengo que resolver esto –dijo al fin doña Elvira, enfadada porque la hubiesen molestado en uno de los pocos momentos de soslayo personal que tenía al cabo del día. Le gustaba bajar a desayunar con sor Jimena; la abadesa era una mujer sensata que no tenía interés alguno en el poder y que siempre le daba el consejo más desinteresado.

Poco después, aún vestida con el hábito raído, doña Elvira entró en la cámara real y se sentó en el trono. De inmediato, el terciopelo carmesí del asiento quedó manchado de harina. Aun envuelta en esa nube de vapor de trigo, el palio indicaba a los dos ostentosos individuos que, frente a ella, la miraban de soslayo, quién mandaba allí. Que, como dicta el refrán, el hábito no hacía al fraile y que harían mal en juzgar por las apariencias.

–Habéis interrumpido mis horas de rezo –mintió–, así que espero que sea por una buena causa. ¿Qué deseáis que no puede esperar a que se os dé cita?

–Alteza, ya sabéis que mi sobrina –dijo el mayor de los hombres, Godofredo Saldaña–, doña Sancha, será en breve la futura reina. Los esponsales con don Ramiro ya han sido aprobados y nuestra familia, nuestras tropas y nuestro oro han sido puestos al servicio de su majestad...

–¿Y? –preguntó la princesa sin comprender a dónde querían ir a parar.

–Quiero decir que desde siempre hemos sido fieles aliados de la Corona y hemos respetado nuestros pactos. Por eso, creemos que debemos ser escuchados por usía, y en nombre de los nobles del bando realista queremos hacerle saber que no consentiremos, bajo ningún concepto, la boda ilegal de doña Teresa Ansúrez sin la autorización del rey su hijo y del consejo real.

A doña Elvira se le estiró, en un gesto involuntario, la cara apergaminada. Los miró fijamente, asombrada.

–¿De qué diantres me estáis hablando? –preguntó, ya enfadada–. Que yo sepa mi cuñada no se ha casado con nadie. Está en Oviedo. Y no digo yo que esté llevando una vida muy recatada, que bien sabe Dios que lo suyo no es la abstinencia, pero de ahí a casarse sin permiso...

–Pues lo ha hecho –insistió el Saldaña, entregándole un acta donde se veía la firma de la reina viuda al lado de una rúbrica desconocida que doña Elvira supuso sería la del tal Gautier–. Ésta es el acta que nos ha hecho llegar nuestro hombre en Oviedo. Habíamos pactado que o doña Teresa se casaba con un noble aliado o entraba en un convento. Este matrimonio es un insulto, y desde luego no se lo vamos a permitir. Nadie permitirá que un extraño tenga potestad sobre el rey don Ramiro y sobre los destinos del reino.

–Y no será –contestó doña Elvira, tajante. Su cuñada podía llegar a ser una majadera, pero aquello colmaba el vaso de su real paciencia–. ¿Qué proponéis? –le preguntó a Saldaña y a su hijo, que, de pie junto a él, guardaba un recatado silencio–. En realidad, si esa boda es cierta, poco me queda por decidir.

–Debéis anular el casamiento y exigir a doña Teresa que cumpla lo establecido en su día. Si no, deberá retirarse de la vida pública. Además –rechinó entre dientes Saldaña–, ese tal Gautier no es tan inocente como lo pintan. Algunos hombres, preocupados por el ascendente que ha ido tomando sobre la reina, lo han investigado. Hace años trabajó como hombre de armas en casa de los Barrutegui, en Navarra, a las órdenes de nuestros enemigos. –La regente asintió. Bien conocía la enconada rivalidad entre los reinos de León y Navarra–. Podría ser un espía, un agente navarro... Estará su alteza de acuerdo en que ese hombre no es de fiar.

–Está bien. –Doña Elvira hizo un gesto afirmativo con el mentón–. Pero ya sabéis que, si la boda se ha llevado realmente a cabo, no puedo anularla. No tengo ese poder. Eso sólo compete al Papa, y no estamos hablando de una cualquiera... Doña Teresa es la reina de León. Respecto a la autorización del rey... –añadió, encogiéndose de hombros mientras se levantaba del trono–, le habrá bastado con tomar el sello para estampar una autorización falsa. La falta de aceptación del Consejo es a lo único a lo que nos podremos agarrar para dejar sin valor esas nupcias. Lo intentaré.

–No vale intentarlo –le espetó el hombre en un tono arrogante que disgustó profundamente a doña Elvira–. Hacedlo.

–¿Con quién creéis que estáis hablando? No os permito que me habléis en ese tono. Y, si tanto os preocupa este asunto, mañana mismo

estará roto el compromiso de Ramiro con vuestra sobrina. No tentéis vuestra suerte... –le dijo desafiante, con los ojos echando chispas.

Saldaña calló y se postró ante la regente, que se retiró en medio de otra nube de harina. Al momento, unos pájaros entraron por el ventanal y se posaron en el trozo para picotear el azúcar que allí había dejado.

Mientras volvía a las cocinas, doña Elvira dilucidaba qué diablos podía hacer con la botarate de la reina, y una siniestra idea cruzó por su mente: si el tal Gautier no desaparecía por las buenas, tendría que ser por las malas. Saldaña podría ser un maldito arrogante, pero era evidente que no podían permitir que un espía de Navarra calentara la cama y los cascos a la reina viuda de Asturias y León.

Capítulo 19

Compostella

–¡Vaya, qué sorpresa! El mismísimo Nuño Gonzálvez visitando a su viejo camarada, a su capitán. Ya veis en qué estado me encuentro... –se burló Osso Santiáguez cuando éste llegó esa mañana a la morada de la rúa de Concheiros, en Compostella, donde seguía recuperándose.

–Os veo bien. Las noticias que nos llegaron era que ya podíais andar –le confesó Nuño.

–Bueno, si por andar se entiende esto... –repuso Santiáguez, cojeando y moviendo despacio la pierna derecha, rígida–, será, pero no estoy precisamente para retar a nadie... Pero olvidemos las penas, tomemos un aguardiente y pongámonos al día –lo invitó, conduciéndolo al salón.

Las campanas tañeron con alegría desde la iglesia cercana. La fiesta continuaba desde la buena nueva de la victoria sobre los normandos. Compostella había recuperado enseguida el pulso y volvía a albergar a peregrinos y comerciantes venidos de todas partes. Aunque aún eran visibles las heridas, las cicatrices en las murallas y los destrozos en las calles, la dicha por haberse librado de aquellas bestias paganas compensaba cualquier pérdida. Y las gentes rumoreaban, contentas, que en breve se conocería el nombre del nuevo obispo que sustituiría al fallecido don Sisnando.

–¿Habéis oído vos algo sobre quién será el nuevo obispo? –preguntó Nuño–. La condesa está preocupada, como todos, por ver quién se sienta en Compostella.

Osso negó con la cabeza y dio un sorbo que se le escurrió por el gaznate.

–De poco me puedo enterar sin apenas salir de aquí. Bueno, contadme. ¿Qué os trae por aquí? ¿Quiere la condesa que regrese ya? Me imagino que necesitará que me haga cargo cuanto antes de su guardia –dijo, metiéndose en la boca un humeante bocado de pan.

–No es exactamente eso... –Nuño dudó. La condesa le había insistido en que no le contara que un vikingo, un maldito enemigo, ocupaba su lugar; quería ser ella en persona quien se lo explicara. Sabía bien la *domina* que la noticia iba a caerle como una jarra de agua fría–. Doña Nunilo me envía para saber cómo os encontráis. Teme, además, que podáis estar en peligro. Se pregunta si don Munio os vio el día de la batalla y si sabe que vos lo visteis a él matar al arzobispo –le preguntó, mirándolo de reojo.

–¡Pardiez! ¡Otra vez con ese tema! No voy a hablar de ello. Don Munio me vio, pero creo que no me identificó. Si lo hubiera hecho, ya me habría mandado degollar. A estas alturas, me faltaría algo más que agilidad en las piernas, me faltaría la cabeza... –dijo, pasándose el cuchillo que usaba para laminar la hogaza de pan por el cuello.

–¿Estáis seguro de que fue don Munio quien cometió ese crimen? Si es así, es muy grave. ¿Tan lejos se ha atrevido a llegar ese hijo de perra?

–No sé de qué os extrañáis... Entre esos notables, esos «gentilhombres», hay mucho criminal entreverado. ¿Y quién le va a decir nada, si en su día se rumoreó que el conde de Gallaecia tuvo algo que ver en el envenenamiento del rey Sancho, y don Sisnando mató a su antecesor, don Rosendo? Todos son iguales –se lamentó Osso mientras sorbía un cucharón de pote.

–¿Podría haber más testigos del crimen? –preguntó el otro–. A la condesa le encantaría que alguien testificase ante la justicia real, en León, contra el señor de Caldas. Eso la libraría de casarse con él, sobre todo si a él lo ajusticiaran. –Le guiñó un ojo a su compañero.

–Que hubo más testigos, seguro. Podríamos encontrarlos, si buscamos bien..., pero dudo que testifiquen contra don Munio. O los matan antes, o los compran.

–Ya. Entiendo.

Nuño se quedó varios días en Compostella y ayudó a Nuño en su restablecimiento con ejercicios propios de la milicia, mientras esperaba al nuevo obispo de Santiago para presentarle, en nombre de la condesa, sus respetos y presentes. Ella acudiría en Navidad, para los oficios religiosos en los que participaría la regente doña Elvira.

Una de las tardes, al salir de la taberna donde ambos habían estado remojando la lengua, Nuño percibió pasos a su espalda. Le sucedió en dos ocasiones, pero, al volverse, en la lobreguez de las escurridizas calles, desaparecieron como por arte de magia. Aunque una de las veces vio el reflejo, en un charco, de la figura embozada de un tipo que le dio muy mala espina.

Santiáguez, sin embargo, no había notado nada. «O está perdiendo facultades», pensó Nuño, «o después de tanto tiempo camuflado en el bosque he desarrollado un sexto sentido». Tenía claro, en todo caso, de

que su sombra era últimamente demasiado alargada y que debía tener cuidado. Por seguridad, ordenó a los dos centinelas que custodiaban la residencia que estuvieran alerta y no dejaran que ningún desconocido entrara en la casa.

Los días se evaporaron entre la lluvia, aburridos entre tabas, tabernas, ejercicios de recuperación y cortos paseos. Quince jornadas después, las campanas tocaron al fin un día a gloria; volteaban y repicaban sin parar para anunciar la llegada del nuevo arzobispo. La sorpresa cundió en Compostella cuando don Rosendo, el viejo patriarca supuestamente asesinado por orden de don Sisnando, a quien muchos creían todavía ver flotar ahogado en el río como un fantasma clamando venganza, reapareció. Tenía muchos más años y más canas, pero era él. La noticia corrió como la tinta, y esa noche ya eran cientos los vecinos que se habían congregado para confirmar con sus propios ojos el prodigio ante la sede episcopal.

–¡Es un milagro! –dijeron unos comerciantes que, enterrados en sus capas, esperaban para entrar en la catedral, que esa noche había abierto sus puertas para la oración.

Las gentes del lugar comenzaron a implorar al Altísimo, y muchos hablaron del cambio de ciclo. Era bien sabido, les comentaron los criados de la casa a los dos hombres, que don Rosendo estaba en tratos con el arcángel san Miguel. Su beata madre le había dedicado un monasterio, y el entonces muchacho paseaba por su celda salmodiando palabras raras para invocarlo, y se rumoreaba que tenía poderes humanamente inexplicables. «¿Cómo el de resucitar?», se preguntaban muchos ahora.

–¿Qué es aquello? –preguntó esa noche Nuño a Santiáguez al ver un remolino de vecinos en torno a un puesto de la rúa del Mar. Un tipo esquelético de ojos saltones hacía aspavientos con las manos y llamaba a la santificación. «No vendo fruta, sino esperanza», decía. En ese año 969 del Señor, toda petición de protección era poca. Se acercaba la muerte del mundo y el juicio final. Así lo predicaban los más agoreros, y el miedo iba ganando adeptos, ensanchando horizontes.

–¡Oh, arcángel, vos que habéis librado de la muerte y resucitado a don Rosendo, traed la paz a esta tierra, concedednos el perdón de nuestros pecados antes de la hora última! –exclamó a gritos el predicador, encaramado a un tronco de madera–. ¡Quememos las manzanas! –añadió, señalando un cesto de ellas, rojas, cubiertas por musgo seco, recordando el ritual con el que desde antiguo se invocaba al arcángel–. Y leamos los salmos. Arrodillémonos –pidió a los presentes.

Nuño y Osso contemplaban el espectáculo desde la esquina del Obradoiro. Se iban sumando más y más vecinos, que a su vez depositaban más manzanas rojas y más musgo. La pira ardía ya con fuerza, y el viento

hacía revolotear las volutas incandescentes del fuego sobre sus cabezas. Un manto de pavesas empezó a alfombrar el suelo. Allí, en la calle desangelada, de rodillas, estuvieron por un rato los creyentes hasta que la lumbre se apagó. Entonces, una mujer recogió las cenizas y marcó las frentes de los presentes, diciendo que cada uno ya podía solicitar al arcángel san Miguel el deseo que quisiese: justicia, alimento, protección, paz...

–¡Vamos, fuera! –ordenó en ese momento el jefe de la guardia del arzobispo a los vecinos–. Marchaos a casa, y mañana ya asistiréis a la misa. Por seguridad, no se puede estar aquí. ¡Y apagad los fuegos! Eso es de herejes.

La gente protestó, y unos cuantos le tiraron piedras.

–Marchémonos, es poco seguro estar aquí –dijo Osso, mirando a su alrededor con cautela. No había querido decírselo a Nuño, pero también llevaba días con la sensación de que alguien los vigilaba.

* * *

A la mañana siguiente, el botafumeiro perfumaba alegremente con incienso sagrado las naves de la casa del apóstol. El vapor de resina envolvía las bancadas mientras un coro de frailes cantaba un tedeum.

Un hombre ya anciano, encorvado, con el pelo nevado y magro de carnes, subió al púlpito. Su escuálida figura parecía a punto de sucumbir por el peso del ropaje. La multitud que se apiñaba en la catedral abrió mucho los ojos, y fueron muchos los que se persignaron.

Delante se congregaban los nobles, muchos de ellos de luto después de haber perdido a hijos, padres y hermanos en la batalla; detrás, los hombres de la milicia y los infanzones, y, al fondo, en la penumbra, ya prácticamente fuera del recinto, quedaba el vulgo.

–*Gloria Patri et Filio et Spiritui Sacto... Sicut erat in principio...* –comenzó la misa.

Nuño se preguntó cómo haría para entregarle a don Rosendo el escrito de la *domina*. Era tal el gentío que quería tocar al arzobispo, comprobar que seguía vivo, que había una larga cola para llegar hasta él.

–*Et nunc, et semper, et in saecula saeculorum...* Amééén –oyó de repente, y supo que el oficio no se alargaría mucho.

Al momento siguiente, el arzobispo abandonaba el latín, que pocos entendían, y se dirigió a sus fieles en un tono afable, cálido y conciliador. Paternal, incluso.

–Sé que muchos de vosotros, hijos míos, habéis sufrido terribles pérdidas en los últimos tiempos. Habéis visto morir a vuestros seres queridos, que han pasado a reunirse con el Altísimo. Yo no puedo

reponeros esas pérdidas, pero sí puedo prometeros que estaré aquí para ayudaros y que no dejaré piedra sin remover hasta haber recuperado todo el esplendor de Gallaecia y Compostella. Reconstruiremos los castros incendiados, se levantarán de la ruina los monasterios e iglesias calcinadas, se pondrán en barbecho los labrantíos abandonados, se repondrá el ganado...

–¿Y nuestras hijas? ¿Vais a ir a buscarlas? ¡Traédnoslas, oh, vos, el protegido por el arcángel! –gritó una mujer que, tras cruzar el pasillo central, se había tirado de repente a sus pies. Los soldados corrieron a retirarla de allí.

–Si es menester buscarlas..., las buscaremos –terminó por prometer el obispo entre aplausos.

Al término del oficio religioso, las campanas de Compostella repiquetaron intermitentes. Como en los días de fiesta y ferias de ganado, cuando los lugareños celebraban a su patrón y salían de romería, las campanas tocarían ininterrumpidamente hasta el anochecer. Era un día grande en tiempos de mudanza. Las garras del arzobispo soldado habían sido sustituidas por la esperanza parlanchina del arzobismo milagro.

Condado de Breixos

La noche había caído y había poca visibilidad.

–Condesa, deberíamos tomar el camino secundario. El principal está en muy mal estado –dijo Olaf.

Nunilo regresó de golpe al presente y asintió con la cabeza.

Las tareas de limpieza, desescombro y reconstrucción de sus dominios iban deprisa gracias a Olaf. Le había ordenado que arreglara aquello que habían destrozado los suyos, y a fe que estaba cumpliendo. Siguiendo las directrices de Olaf, los siervos habían baldeado la ceniza y los escombros de la fortaleza, cuyos muros más dañados estaban en ese momento apuntalados por grandes troncos. También habían organizado patrullas para terminar de derribar las chozas en peor estado y levantar otras nuevas. Carros y más carros con heno, barro, piedras, maderas y brezo iban y venían sin parar del bosque para recomponer las aldeas arrasadas. Aquello, esperaba Nunilo, debería servir para que el pueblo perdonase a Olaf su participación en el saqueo.

El sendero por el que marchaban era empinado, y uno de los tramos, el más cercano al foso y a la puerta del castillo, estaba rodeado por un seto de espinos muy peligroso. Una corona puntiaguda anillaba el perímetro de la fortaleza. Olaf ayudó a las mujeres a descabalgar; primero a Onneca, luego a Sisalda, y por último a Nunilo. Al contacto de su mano, ésta

sinitió un nudo en el estómago. Lo miró a los ojos, y se dio cuenta de que él había sentido lo mismo. Aunque Olaf disimulara bien, algo poderoso seguía uniéndolos, y Nunilo esbozó una sonrisa.

Como si Olaf pudiese escuchar sus pensamientos, retiró el contacto con prisas y frució el entrecejo. Luego, cortés pero fríamente, la acompañó por el puente levadizo.

–Os espero en el salón. Hoy cenaréis conmigo.

–Preferiría que me ordenarais quedarme aquí. No creo que deba acompañaros... Podría dar que hablar, y ya sabéis los chismes que corren –repuso él con una mueca descortés.

–Nunca me he dejado guiar por los chismes... Y no os lo estoy sugiriendo, os lo estoy ordenando –le contestó ella en un tono crudo que no admitía réplica, aunque por dentro se sintió satisfecha de que al menos Olaf supiera a qué se enfrentaba por su culpa.

En el gran salón, la chimenea arrojaba una luz rojiza y acogedora que envolvía las paredes y el techo. Una sierva se apresuró a retirarle la capa a Nunilo. Pronto se sumaron al encuentro Onneca y Sisalda. La conversación fue tensa. Onneca se sentía intimidada delante de aquel bárbaro; era el único vikingo al que había visto de cerca, y a punto había estado en varias ocasiones de tocarle la cabeza para confirmar si era verdad que a esos demonios extranjeros les crecían los cuernos como a los ciervos.

Aunque Nunilo le hubiese ofrecido ropajes cristianos, su larga cabellera rubia y sus ojos helados como fiordos impresionaban no sólo a Onneca, sino a todo el personal del castillo. El aya tampoco estaba de buen humor, y se mantenía seria y distante desde que había comprendido lo que aquel hombre significaba para su señora. Lo había curado, tal y como ella le había pedido, pero también había aprovechado para sermonearla.

–No hace falta que acudáis tan frecuentemente a sus aposentos. El servicio empieza a rumorear –le había dicho una tarde–. Sobre todo..., si bajáis a altas horas de la noche.

–Y qué importan los siervos. Si alguno habla, le cortaré la lengua; ya podéis advertírselo... –contestó Nunilo con soberbia–. No son quiénes para juzgarme. Como señora de estas tierras sé mejor que ellos lo que les conviene, lo que nos conviene a todos. Sólo me preocupo por ellos.

–Siempre se os dio mal mentir –murmuró Sisalda–. Sé que amáis a ese hombre, lo lleváis marcado en la frente. –Nunilo no se atrevió a desmentirla; casi prefería que alguien compartiese su secreto–. Debéis ser precavida. Cierto que los siervos no deben juzgaros, pero los rumores vuelan, y pronto llegarán a don Munio, el conde, la regente... Y eso puede ser peligroso, incluso puede echar abajo vuestra boda. Nadie aceptará a

una mujer deshonrada que anda en boca de todos, aunque ésta sea una rica condesa. Si el amor es siempre un riesgo, en vuestro caso puede terminar en una soga.

–Amo a ese hombre –se atrevió a reconocer Nunilo–. Por eso os he pedido que lo salvéis, por eso no puedo pegar ojo por las noches mientras él sigue delirando de fiebre. Me reconforta tomarlo de la mano, hablarle... ¿Es eso tan malo?

–Si Dios quiere, saldrá de ésta, y entonces –el aya la señaló– tendréis un problema. Es difícil tener a dos hombres –dijo, refiriéndose al capitán de sus mesnadas, Osso Santiáguez–, a dos gallos de pelea, en el mismo corral. Se clavarán las espuelas.

–Cuando llegue el momento, decidiré qué hacer. Prometo ser precavida. Vos, a cambio, devolvédmelo sano y salvo. Sé que está grave, pero vuestros remedios han sido siempre infalibles, y confío en que podéis robárselo a la muerte. Os lo ruego, hacedlo por mí, si de verdad me apreciáis. Y no temáis por el futuro... –y ahí se calló, incapaz de pronunciar en voz alta, de asumir plenamente la idea que su mente cavilaba.

Ciega ante la avalancha de acontecimientos, no había sido capaz de comprender antes que el problema también podía ser la solución. Había rogado insistentemente, a su padre y también a los dioses, para que la orientasen en el futuro, para que le mandasen al hombre adecuado para que ella pudiera cumplir con su obligación de mantener el legado de la familia, proteger a sus vasallos y la palabra dada a la regente, y al mismo tiempo ser feliz. Sus oraciones habían desembocado en una invasión vikinga. Y, si bien entonces no había comprendido nada, ahora tenía la certeza: Olaf era la respuesta a todas sus súplicas. Aunque tal cosa, por el momento, sólo la entendía ella. Y por eso debía conseguir que Olaf la perdonara; juntos, sería más fácil y no tendría que afrontar la batalla final sola, desprestigiada y con su condado en ruinas. Como le había repetido tantas veces Sisalda, la vida te hablaba a poco que mantuvieras las orejas abiertas. Y ahora ella debía tejer una estrategia.

Olaf necesitó todo el verano para recuperarse. Una vez se aplacó la fiebre comatosa, la herida empezó a cicatrizar y, poco a poco, gracias a las hierbas de Sisalda, sus bebedizos milagrosos y los buenos alimentos, empezó a levantarse, a caminar y a hablar. Con todos, menos con ella. Cuando abrió los ojos y la reconoció, ella le dedicó gestos cariñosos, pero no tardó en alejarse de él al ver su frialdad.

Dejó de acudir a visitarlo; sólo lo hacía a escondidas, cuando le informaban de que dormía profundamente bajo el efecto de los narcóticos. El característico olor de la belladona perfumaba el cuarto. Y sólo entonces se permitía Nunilo acariciarle las mejillas demacradas o

besar sus labios agrietados. Entendía Nunilo que no debía ser fácil para él pasar de señor a esclavo, de poseer a una mujer a verla convertida en su dueña y señora; que debía darle tiempo hasta que se hiciera a la idea. Pero ese momento no parecía llegar nunca.

Una tarde, cuando ella entró para preguntar por su estado, lo halló removiendo con un atizador las espesas brasas de la chimenea. Inesperadamente, se volvió y movió el hierro candente hasta dejarlo a un suspiro de su cuello, mientras, con el otro brazo, la sujetó con fuerza.

–¿Qué diablos queréis de mí? ¿Por qué me tenéis aquí, como un condesito, mientras mis hombres se desloman trabajando para vos? ¿Pretendéis avergonzarme?

–¡Soltadme! ¿Cómo os atrevéis? –le ordenó ella, altiva, y él la soltó como con asco–. No necesito más braceros. No es para eso para lo que os escogí ni por lo que os salvé la vida. Ya hay gente suficiente reparando los puentes, los castros y los torreones. A vos os necesito para que me protejáis a mí y a los míos.

–¡Ja, ja, ja! –se rio él, incrédulo ante la propuesta–. ¿Me tomáis por tonto?

–No –repuso ella, mortalmente seria–. Necesito protección, y nadie mejor que vos para dármela. Sé lo valiente que sois. Os daré libertad de movimientos, hombres, caballos, armas...

–¿Y las pondréis en mis manos? ¿No teméis que os mate? Ganas no me faltan...

–Confío en vos –contestó Nunilo, obviando su sarcasmo–. Sé que no lo haréis. Además, tampoco llegaríais muy lejos. Hay centinelas y hombres del conde de Gallaecia por toda la costa. Sois fácil de distinguir, y os cortarían el cuello antes de que os dierais cuenta.

–No estéis tan segura. Tengo mis recursos.

–Aun así, confío en vos. Os necesito –insistió–. Tal vez haya desaparecido la amenaza de los vuestros, durante un tiempo, al menos, pero hay otras igual de peligrosas. Mis tierras han sufrido robos de ganado, incendios, sabotajes. Es verdad que, después de la sequía de hace dos años, muchos vasallos libres perdieron sus tierras y acabaron fuera de la ley..., pero siempre he creído que no eran tantos como para tener atemorizada a toda la comarca.

–Proseguid –le pidió Olaf, interesado repentinamente.

–Estoy convencida de que don Munio, o alguien próximo a él, está detrás de todo esto. Incluso no sé si también el propio conde de Gallaecia... –calló Nunilo al ver la cara de sorpresa de Olaf–. Cuestiones políticas –se encogió de hombros– que algún día os explicaré. Ahora basta con saber que las presiones de don Munio, y su extensísima familia, los Aloítez, para que me case con él son mayores y tiene de su parte a todo el

mundo: al conde, su gran amigo, aunque a veces creo que don Gonzalo está realmente ciego si confía en ese demonio, y a la propia regente, que les debe ahora tanto. No estoy dispuesta a que me sigan robando, me presionen y me tomen el pelo. Debo tomar una decisión enseguida, y me temo que don Munio se va a llevar una desagradable sorpresa –dijo, sin mencionar lo que sabía por Osso Santiáguez–. En última instancia, el señor de Caldas podría tomar alguna decisión a la desesperada. No es hombre que sepa admitir un no como respuesta.

–Me pedís que intervenga en política. Pero, para ello primero tendríais que ponerme al día de las familias existentes, los conflictos de intereses, quién os apoya y quién no... –comentó Olaf.

–Lo haré. En su momento. En realidad, es todo muy simple: don Munio quiere desposarme para ser el dueño de estas tierras. Posee amplios contactos con los clanes vecinos, a los que en realidad tiene sometidos, y dispone de una gran fortuna para comprar voluntades o pagar a sicarios. Con dinero y poder se puede llegar muy lejos. Podría, incluso, deshacerse de la regente o de mí... ¿Entendéis ahora por qué necesito a alguien que esté fuera del círculo de influencias de los Aloítez ? Vos no sois de aquí. «Si sospechas que las manzanas están podridas, acude a otro cesto», eso solía decir mi padre.

–¿Tendría libertad para dirigir a los hombres? ¿Podría obtener mi libertad así? ¿Estaríais dispuesta a pagar ese precio?

Nunilo palideció, pero comprendió al instante que no podía negarse.

–Tendréis libertad. No interferiré en vuestros métodos. Sé que durante el tiempo que fuisteis comerciante y contrabandista hicisteis muchos contactos... Tal vez incluso podáis averiguar quiénes andan saqueando la comarca o traficando con armas en la costa. Corre el rumor de que se hundió un gran barco cargado de armamento no demasiado lejos de aquí. No descarto que incluso pudieran ser vikingos...

–Acepto –respondió escuetamente Olaf–. ¿Estáis segura de que existe tamaña conspiración contra vos?

–Sí –afirmó, resuelta, Nunilo–. No todo el mundo en Gallaecia aprueba que una mujer sea la cabeza visible de un próspero condado..., y menos del reino, aunque sea hasta que el rey alcance la mayoría de edad. Algunos pueden querer aprovechar lo que creen una debilidad para sublevarse, separarse de León o hacerse con todo el territorio. Es un momento propicio para ello, diría yo. Muchas gentes están enojadas con doña Elvira por no haber acudido a ayudarnos, y los apoyarían.

–Cierto, su ayuda no fue demasiado significativa –añadió Olaf con cinismo.

–Muchos nobles se negaron a prestarle sus mesnadas, y las suyas, aunque importantes, estaban apostadas en Navarra o en la frontera con el

califato. No es que pretenda disculparla, pero entiendo su postura. Yo soy fiel a la regente, como mi padre lo fue a su hermano, el fallecido rey don Sancho. Mi familia ha sido fiel a su casa, y no seré yo quien cambie eso. De momento.

–Supongo que no todo el mundo es igual.

–Exacto. Los hay que cambian de bando cada dos por tres, según suena la flauta... Y, si don Munio es en verdad el pérfido embustero que sospecho, podría tratar de dar un golpe de mano contra doña Elvira muy pronto, aprovechando, por ejemplo, su visita a Gallaecia..., y, al mismo tiempo, así puede tratar de someterme. Como veis –Nunilo suspiró–, no os estoy encargando que busquéis a unos vulgares cuatreros ni que viváis aburrido cuidando a una condesa perturbada. Os pido que tengáis los ojos y los oídos bien abiertos y me ayudéis a impedir una posible conspiración. Si lo hacéis bien, juro que os daré la libertad.

–Que así sea.

Capítulo 20

Condado de Breixos

Llevaba horas, desde la alborada, vigilando de cerca que todas las tareas se cumplieran. Parecía una broma del destino que ahora se viera obligado a reconstruir aquellos castros que él mismo había ordenado quemar unos meses atrás. Pero le iba la libertad en ello.

Durante días, a pesar del aguanieve y el frío, los hombres habían serrado los abedules y, por cuadrillas, tras abrazarlos entre sí con sogas y poleas, habían descendido con ellos hasta el valle. También se habían cargado carros con piedras con las que levantarían ermitas y muros, habían limpiado los campos y arado los labrantíos, dragado las ensenadas y enterrado a los muertos. «Como Dios manda», había oído decir a esos chiflados cristianos.

Los túmulos con las cruces se extendían no sólo por los camposantos, también por las orillas de muchos caminos. A Olaf, le parecía una barbaridad; sin duda, era mucho mejor incinerar los cuerpos, como hacían ellos, que dar de comer a los gusanos, pero no se atrevió ni a insinuarlo.

A sus espaldas, Nuño Gonzálvez, ya de vuelta de Compostella, cabalgaba en silencio. Olaf pensó que era un tipo competente, pero de nuevo los dioses se burlaban de él: precisamente él, el hombre que lo había capturado, era ahora su lugarteniente. Sabía que, a veces, le podía la animadversión, e incluso lo había pillado comparándolo con el antiguo jefe de la guardia, «leal hasta la muerte a su señora», y Olaf se había reído. Y, sin embargo, reconocía el normando, se fiaba de él.

Nunilo le había dicho que ponía su mano en el fuego por todos sus hombres, y si bien Olaf no había llegado a tanto, por Nuño sí lo podría llegar a hacer. Leal y valiente como era, había decidido mantenerlo a su lado. Y, además, gracias a él comenzaba a entender lo que le rodeaba: la importancia de tal o cual vecino, el sentido de tal o cual cosa o el orden en los castros; cosas para él desconocidas.

–¡Cuidado con esa zanja! –gritó en ese momento Nuño, y Olaf tiró de las riendas justo antes de que una de las cuerdas se quebrase.

Habían tenido suerte. De romperse, dos troncos, de más de cuarenta pies de largo, habrían rodado sendero abajo y podían haber arrollado a alguien a su paso. La nieve acumulada y los helechos hacían escurridizo el terreno. Debían extremar las medidas de seguridad.

–¿Quiénes son ésos? –preguntó Olaf, señalando a un grupo que los observaba a lo lejos.

–Son de un castro vecino. Estarán mirando a ver qué hacemos para copiarnos. Son gente del conde don Sisberto, un notable mayor y enfermo que lleva tiempo en León. Sus hijos tampoco están por aquí; uno murió, y el otro no se sabe dónde está.

–Está bien, pues que mir... –iba diciendo Olaf, cuando una flecha voló casi acariciándole mejilla. Si no hubiera sido por sus entrenados reflejos, habría caído atravesado al instante.

–¡Traedme a quien haya disparado! ¡Vamos! –rugió Olaf.

Poco después lanzaban a los pies de su caballo a un zagal de no más de doce primaveras con el flequillo castaño cortado a hachazos y la cara salpicada de pecas. El arco que llevaba en la mano lo delataba.

–¿Cómo te llamas? ¿Por qué has disparado? –le preguntó Olaf, furioso, tratando de amedrentarlo.

–Adelfonsus Gundisálvez, y he disparado porque sois un maldito criminal. Uno como vos mató a mi madre, y no pararé hasta veros a todos criando malvas –repuso el chaval con valentía, y escupió al suelo.

–Lleváoslo. Que lo encierren en las mazmorras de la fortaleza y le den un par de latigazos –ordenó, y, aunque Nuño intentó hacerle comprender que sólo era un niño, Olaf se mostró inclemente. Un *jarl* como él, un señor del norte, no iba a permitir que unos vulgares labriegos pusieran en peligro su vida.

De mal humor, Olaf se acercó a la aldea y se llegó al puerto. Por todas partes las miradas lo asaetaban por la espalda, unas veces de auténtico terror y otras de odio. Sabía que, desde que lo nombrara capitán de la guardia, Nunilo había perdido el apoyo de parte de su gente, y de poco parecía servir el inmenso trabajo que estaban haciendo para recuperar tierras y aldeas. «Por los truenos de Thor», maldijo, «juro que demostraré a todos estos gañanes de lo que soy capaz».

Resultaba fundamental que la entrevista que esa noche tendría con el Rojo quedara en completo secreto. Era lo más seguro para los dos. Se verían en las ruinas quemadas de una pequeña ermita situada en la loma más septentrional de aquel valle, en una zona alejada, donde era menos conocido.

A la hora señalada, acudió a caballo. Se había cubierto el largo y

trenzado pelo rubio con la capucha de una capa de piel oscura con capucha. Ató al animal en un cedro y caminó por la nieve resplandeciente y tierna. Se podía oír el cri-cri de los crujidos que sus pesadas botas dejaban en el hielo mientras, en lo alto, la luna refulgía esa noche y las lechuzas ululaban inquietas.

Dentro de lo que debía de haber sido el ábside principal, su hombre permanecía sentado tranquilamente en unas piedras, delante de una fogata en la que tostaba con una vara de avellano una pieza de conejo que debía haber cazado esa misma tarde. El aroma abrió a Olaf el apetito. Hacía horas que no había tomado nada. Se quitó la cogulla y los guantes, se frotó las manos y cogió el pernil que El Rojo le ofreció. Le pegó un bocado que le supo a gloria y se sentó frente a su compañero.

–¡Tomad, refrescaos el gaznate! –lo invitó El Rojo, señalando un odre de cerveza agria–. ¡Cuánto tiempo sin veros! Por Odín, os creía en el Vallhalla echándole un buen polvo a unas rubias valkirias, disfrutando de la otra vida. –El Rojo se echó a reír–. Ha sido mucho tiempo sin noticias vuestras. Creí que os habríais ahogado, como los demás, en Adóbrica. Lo que jamás sospeché es que os vería ejerciendo de *jarl* cristiano...

–¡Ya veis que los designios de Thor son incomprensibles incluso para sus más leales y fervientes servidores! –contestó divertido Olaf–. Parece que vos habéis sobrevivido bien al desastre.

–Perdí parte del negocio que tenía en Compostella. Curiosamente, Gondrod lo saqueó..., aunque como supondréis allí no tenía nada más que lo imprescindible para no delatarme. El grueso de las mercancías las había trasladado meses atrás a Oviedo. Sí, no me puedo quejar, soy un hombre próspero y hasta respetable –se rio de nuevo el espía.

–Me alegro –dijo Olaf– de que al menos alguno de nosotros pueda presumir de haber sacado algo en claro de esta aventura.

–No fue una aventura –lo corrigió El Rojo después de soltar un eructo–. Sencillamente, Gondrod no hizo lo que había que hacer. Ese terco no debería haberse entretenido. Tendría que haber ido directo a Compostella, como se le advirtió. –El tono de El Rojo era frío. Olaf no tuvo más remedio que darle la razón–. De todas formas, a vos no os ha ido tan mal. Cuando me enteré de que os habíais convertido en el jefe de la guardia de la dama de Jacobsland, no me lo podía creer. Os interesaba tanto esa mujer que al final habéis acabado en su madriguera, y, según se dice... –bajó la voz y lo miró directamente a los ojos–, en su lecho.

–Eso no es de vuestra incumbencia –lo cortó Olaf.

–No quería incomodaros, sólo felicitaros. –El Rojo, divertido, se encogió de hombros y dio otro trago al odre: la cerveza le resbaló por las barbas rojizas–. Es una mujer extraordinaria. La mitad de los hombres de este reino se darían de puñaladas por ella. De todas formas, si lo que

queréis es abandonar su guardia y regresar a Irlanda, podéis hacerlo sin más.

–Creía que había muchos controles en la costa. ¿No están los hombres de don Gonzalo vigilando? –preguntó, extrañado, Olaf.

–Sí, la costa está vigilada, con orden de registrar todos los barcos que entren o salgan por si hay vikingos escondidos en las bodegas. Saben que algunos escaparon y se escondieron en los bosques, y en algún momento tendrán que salir... Han dado caza a tres la última semana. Pero no tenéis por qué preocuparos. Yo os proporcionaría todas las facilidades. No saldríais por mar, sino que viajaríais por tierra, en alguna de mis caravanas hasta Vasconia, donde podríais embarcar tranquilamente hacia la tierra de los francos. Supongo que aún mantendréis contactos con el duque de Normandía y sus gentes.

–Sí, ésa sería una buena posibilidad... Si llega el momento, es una vía de escape razonable. Aunque no es de eso de lo que he venido a hablaros... –contestó Olaf, robándole la cerveza–. De todas formas, os lo agradezco, y os pido que hagáis llegar un mensaje a mi hermana Sela, en Irlanda, que sepa que sigo vivo; y también a mi sobrino, Harald, quien felizmente pudo escapar.

–Está bien, así lo haré –afirmó El Rojo–. Pero ¿de qué queríais hablar?

–La condesa me ha prometido la libertad si concluyo para bien el trabajo que me ha encargado. –El Rojo alzó las cejas en señal de interrogación; los señores cristianos no solían ser tan generosos como para conceder la libertad a hombres como Olaf el Negro–. Necesito demostrar que el señor de Caldas, Munio Aloítez, el tipo que pretende casarse con ella, es una rata traidora. Nunilo –al nombrarla por su nombre, dejó a las claras la estrecha relación personal que existía entre ellos– está convencida de que lidera a los conspiradores que en su día atentaron contra el rey niño, que aprovechó el ataque de Gondrod a Compostella para deshacerse del arzobispo y que no parará hasta matar a la regente y adueñarse de sus tierras; si no accede a casarse con él, la matará.

–Como ya os conté, uno de mis hombres recibió una buena suma de dinero por las armas que hice llegar a un señor gallego. Fariñas o Fareiro, se llamaba. Tal vez un testaferro, el hombre de paja de don Munio. Yo también sospeché de él; sus movimientos siempre han sido... extraños. Como también lo fue lo mucho que tardó en acudir en ayuda de Compostella. Lo investigaré.

–La condesa asegura, pues es un rumor insistente entre sus vasallos, que una gran partida importante de armas se hundió no hace mucho en la bahía de Adóbrica, justo donde Gondrod cayó –añadió Olaf–. ¿Sabéis algo de eso? ¿Sería la misma que nosotros buscamos en su día?

–No sé, pero es lógico que traten con más traficantes de armas, y no irán dejando pistas tras de sí. Si se lo compraran todo a un sola sola persona, estarían estúpidamente en sus manos; aunque también es cierto que negociar con muchos es peligroso. Cualquiera puede irse de la lengua..., por supuesto, por oro. Habrán estado adquiriendo armas aquí y allá, sin llamar la atención, y almacenándolas en algún lugar para cuando llegue el momento definitivo. Tal vez don Munio intentase provocar ese momento facilitando nuestra entrada en Gallaecia, pensando que podría controlar la situación, aunque claramente se le fue de las manos. La desaparición de aquel navío normando, si lo hubo, lo debió dejar con el culo al aire, echaría sus planes por tierra.

–Sin duda, su juego ha sido arriesgado todo este tiempo. Su tardanza en llegar a Compostella era una locura difícilmente perdonable por don Sisnando. Si éste lo amenazó a su llegada, no es de extrañar que el Aloítez lo matara. Si es como la condesa sospecha, habría que visitar sus propiedades y confirmar dónde esconde esas armas, en particular si algunas están cerca de ese puerto. Por lo visto, se dio un extraño movimiento justo antes de la incursión en una heredad cercana a Brigantium, aparentemente propiedad de un vasallo suyo –concluyó Olaf.

–Aunque tenga diversas propiedades, lo lógico es que haya escondido las armas en la más recóndita y próxima al litoral. Las espadas, escudos, yelmos y aceros habrán venido por mar. No se habrá atrevido a trasladarlo todo por tierra, a expensas de que alguien se las robe o lo descubra.

En silencio, Olaf le dio la razón. Apuró la cerveza y, por primera vez en toda la jornada, se dispuso a descansar. Apoyó la cabeza sobre el tabique desmoronado y negro de la ermita. La ventisca levantaba torbellinos blancos de cellisca, pero estaban a resguardo y eran tipos rudos, del norte, acostumbrados al frío más terrible. Olaf podía vivir y orientarse en los desiertos blancos mejor que un lobo hambriento; lo había hecho durante años. La nieve había sido su hábitat.

El céfiro que le removía los cabellos lo revitalizaba, le insuflaba energía. Respiró profundamente y se calmó. Físicamente ya se encontraba muy mejorado, pero su cabeza seguía siendo un hervidero de contradicciones, y su corazón, un barco ingobernable. Navegaba sin timón y sin brújula. Se había jurado a sí mismo no volver a enamorarse después de lo ocurrido con Asa y, sin embargo, había vuelto a caer en las trampas de Freya. Y que Nunilo pudiera estar en peligro, a pesar de todo lo que le había hecho, le hacía arder la sangre.

Entornó los ojos un instante y la vio sonreír. Nunilo parecía haber conspirado con las *völvas* para torcer su destino, y él había caído en su *seid*. ¡Aquella maldita mujer era una bruja! Que las nornas se la llevasen,

pues ni con toda su fuerza bruta era capaz de salir de aquella madeja deshilvanada. Por más y más hilos que rompía, el cerco se estrechaba en torno a él. Lamentaba no haber estado atento a las narraciones de Sela, que tan bien conocía a las *eddas,* para haber podido elegir a la norna más capaz de liberarlo de tanto padecimiento. Sin duda, Urd, la norna de lo pasado, tenía poco que decir, pero Skuld, la que se cuida del futuro, podría echarle una mano.

–Me marcho –le dijo de repente El Rojo–. Si queréis algo más de mí, ya sabéis cómo encontrarme. En cuanto sepa algo nuevo, os lo haré llegar. Mandaré a cualquiera de mis hombres a la fortaleza; en el documento podréis ver este sello. –Le enseñó un cuervo sitiado por espadas–. ¿De acuerdo? –Olaf asintió–. Y, si se ponen las cosas feas aquí, o la condesa se niega a concederos la libertad que os ha prometido, decídmelo, que os sacaré de Gallaecia rápidamente.

Olaf se lo agradeció levantando el pulgar.

Salir de allí pitando sería lo lógico; estaba en un avispero. Esa mañana una flecha había estado a punto de dejarlo ciego, y otra podría acabar con él a traición. Él era un hombre hecho para la lucha, sabía cómo manejar una espada o formar muros de escudos en la batalla, pero nada conocía de política.

Aunque Nunilo parecía defenderse bien. No le faltaban agallas y era tan manipuladora como el resto de nobles; no era de extrañar que la temieran más que a un nublado. Aun así, a veces, la tensión y el miedo se agazapaban en su mirada. Lo intentaba disimular, pero estaba realmente preocupada. Seguían en peligro, ella y toda su familia, y él no se marcharía hasta que estuvieran a salvo.

–Ah, se me olvidaba... –exclamó El Rojo, ya a punto de espolear a su caballo, cuando Olaf se incorporaba para apurar el resto de conejo asado que aún quedaba ensartado en la vara–. Vuestra querida condesa se guarda un as en la manga. Su anterior capitán, Osso Santiáguez, sigue vivito y coleando en su residencia de Compostella. Se esconde de algo, o de alguien... Ya me enteraré. –Y, haciendo caracolear a su montura, que removió bruscamente la cola, se marchó a galope levantando copos de nieve a su alrededor.

Olaf maldijo a la dama de Jacobsland. ¿A qué diablos estaba jugando esa mujer?

Castello Branco

Nunilo había confiado en que Olaf acabaría ablandándose con a ella, pero no había sido así. Mientras recibía críticas sin piedad de sus vasallos

y de algunos notables del reino por poner al frente de su ejército a un vikingo, en todo ese tiempo él no le había dedicado ni un solo gesto amable o comprensivo. No la había perdonado.

–¿Es cierto que nos visitará don Pero en Epifanía, junto con los demás caballeros que escoltan a la regente? –se atrevió a preguntar Onneca a su hermana en la cena.

Nunilo afirmó con la cabeza. Onneca tosió, como atragantándose, y miró de soslayo a Sisalda, quien le hizo un gesto con la barbilla para animarla. Había llegado la hora de contarle que había roto su compromiso.

–Eh... –carraspeó la joven–. Verás, tengo algo que decirte... En Compostella tuve que romper el compromiso con Pero Antúnez... –disparó de una vez.

–¿Cómo? –exclamó Nunilo, atónita, dejando el cucharón en la escudilla–. ¿Te has atrevido a romper el compromiso sin consultármelo? ¿Sabes lo que has hecho?

–Bueno... –murmuró Onneca–. No estabas, yo no sabía si seguías viva o mo, y ese joven... me trató con una frialdad que pensé que, dado que su familia ya no tiene el poder ni las influencias de antes, bien podríamos prescindir de él –explicó, sin añadir que su corazón había sangrado por el amor no correspondido por Osso Santiáguez. En momentos como aquél era cuando Onneca odiaba a su hermana: no sólo era la mujer de la que Osso se había enamorado, sino que a ella seguía tratándola como si fuera una niña estúpida.

–Sólo yo, como cabeza de familia y líder del clan Fáñez, podía romper ese compromiso –dijo Nunilo, enfadada–. Ahora entiendo por qué don Pero acompañará a la regente: viene para que yo ratifique de nuevo el compromiso entre nuestras familias... –la miró con frialdad.

–Pues espero –exclamó Onneca, levantándose de la mesa– que no lo hagáis. No podéis forzarme a casarme con ese engreído y arrogante, que además no ha parado de darme en las narices, durante todo el tiempo que hemos estado en Compostella, con una zorra pelirroja. Ha sido humillante. ¡Y no lo voy a aceptar! –la retó.

–Pues será eso... o vestir los velos –repuso, inflexible, Nunilo. Su hermana menor soltó una carcajada agria–. Sabes que estamos en peligro, que esa alianza era importante. Romperla es lo que nos faltaba... Este asunto no es ninguna broma.

–Bien, pues si tan en peligro estamos, casaos vos misma con don Munio y se solucionará todo –la desafió Onneca.

Nunilo, consternada, bajó la mirada por un momento. Debía reconocer que su hermana llevaba razón.

–Bien –dijo al fin, tratando de ablandar la discusión–. Esperemos a ver

qué dice don Pero. Tal vez haya dado por hecha la ruptura y esté tan feliz. Si es así, podréis elegir como esposo a quien queráis, pero, si no es así –la agarró de la mano–, si insisten en que os caséis con él, tendréis que hacerlo. No podemos ni debemos romper un compromiso que, si está firmado y rubricado con el sello de nuestro señor padre, podría suponer pagar a los Antúnez una indemnización que nos llevaría a la ruina.

–Pues que así sea –contestó consternada Onneca y, a una orden silenciosa de su hermana, hecha con la mirada, se sentó de nuevo a cenar.

El servicio dejaba sobre la mesa unas fuentes con perdices rellenas de castañas, y Sisalda decidió intervenir para cambiar de tema y poner paz entre las hermanas. Y debían comentar no un asunto cualquiera, sino el principal.

–¿Es cierto que elegiréis a Hermenegildo Ansúrez? ¡Por Dios bendito! –preguntó el aya, golpeando el cacillo contra la mesa–. ¡Si sólo tiene quince primaveras!

–Mejor –contestó Nunilo–. Así podré manejarlo a mi antojo. No deseo que ningún hombre me imponga su voluntad, y menos si es un mentecato. Echaría a perder en poco tiempo todo lo que he tardado años en levantar.

–Esto no es un juego. El muchachito crecerá. Puede que tal vez, al principio, sea demasiado inocente, pero los hombres aprenden rápido. Si lo tratáis con desprecio e indiferencia, se volverá en vuestra contra. Y vigilad: los alacranes muerden. Morderá vuestra mano... Aunque seáis la condesa, él será vuestro esposo, y eso le dará fuerza ante la ley para tomar decisiones sobre vos, vuestras tierras y vuestros vasallos.

–Sabré hacerme respetar. Dejaré bien claro, en el contrato matrimonial, los términos del acuerdo. No quiero que ese muchacho se llame a engaño.

–Los términos se respetarán mientras interese. Después..., quién sabe. El rey niño no será niño siempre. Los niños tienen la mala costumbre de crecer –dijo, socarrona, el aya–. Doña Elvira se pondrá de vuestro lado, al menos de momento, si don Munio no puede presentar ningún papel firmado, pero, cuando el rey cumpla la mayoría de edad, asumirá el trono, y entonces podría apoyar a su familia, a los Ansúrez. Pensad que sería lo más lógico, y ese Hermenegildo es primo suyo –intentó hacerla recapacitar.

–Lo sé, pero eso es algo que ya atajaremos cuando llegue el momento. No puedo tomar decisiones tan a futuro. ¡No me agobiéis! –La miró con dureza–. Dejemos que pase, y entonces actuaremos.

–Pues es mala estrategia dejar que el futuro nos alcance por la espalda sin estar preparados.

–El futuro, planees lo que planees, siempre te alcanza. Es su sino, o el nuestro. ¡Quién sabe! El futuro es una suma de accidentes que nadie

puede prever. Sucede mientras nosotros nos empeñamos en trazarlo, y siempre escapa de nuestro control.

–Os equivocáis. El azar no existe. Los accidentes, tampoco. Sí puede haber una suma de sucesos imprevistos, pero el resultado... será el que salga de aquí –le señaló la cabeza– y de aquí –concluyó, tocándole el corazón.

–¡Yaaa! –gritó Nunilo, dando por zanjada la batalla dialéctica.

Aún no quería revelar que, en realidad, aquello no era más que una estrategia, una cortina de humo. Llevaba tiempo barajando todas las opciones e ideando un plan, pues no tenía intención alguna de ponerse en manos de un mostrenco engreído lleno de espinillas como era Hermenegildo Ansúrez.

El informe de Boromén mostraba que el posible acuerdo no era malo, pero lo que había conocido del muchacho lo había dejado intranquilo. Era, en palabras suyas, un patán; un mentecato con la mano y la lengua demasiado largas, y el cerebro, demasiado corto. Nunilo tenía claro que jamás se casaría con él, pero, por ahora, su plan pasaba porque todos creyeran lo contrario.

Costa del naufragio

El Rojo se arrebujó en la piel de garduña y se ocultó entre los peñascos. La noche no los amparaba; titilaban un enjambre de estrellas en el firmamento helado, y la luna creciente irradiaba claridad, pero debían terminar la tarea. Tras rastrear las propiedades del señor de Caldas a través de testaferros, habían llegado a Po de Rochas, un fuerte aislado en un promontorio que conectaba, por unas grutas cosidas, con la muralla llena de verdín de la fortaleza. El lugar ideal para que el señor de Caldas escondiera sus secretos, o al menos así lo creía El Rojo.

Un ejército de nubes se acercaba velozmente por el norte. Estaban a dos leguas del faro de Brigantium, y desde allí podían ver, después de mil años, su reflejo de luz acariciando las olas. Una legión de fareros trabajaba día y noche para mantener encendida la lumbre que iluminaba la Costa da Morte, donde las tormentosas aguas provocaban continuos naufragios.

La siniestra fortaleza de don Munio se asomaba a un saliente de la fracturada bahía. Alejada de la vertiente principal, que daba al mar de Poniente, era prima hermana de aquella en la que había muerto Gondrod al intentar huir de las huestes cristianas. El fortín de los clanes rebeldes era el centro del arciprestazgo de Xubia, una zona donde había ricos yacimientos de estaño. Lotus los conocía porque había estado alguna vez en los cercanos castros de Leibiña y Nostián comprando el plateado

metal. Le gustaba utilizar su pasta moldeable para forrar las armas.

–Señor, mirad –lo avisó Arildo, señalando con el dedo el movimiento en el foso del castillo. Algunas luces titilantes revelaban que estaba ocupado, aunque don Munio no anduviese por allí. El Rojo lo había sabido esa mañana en la aldea, cuando, haciéndose pasar por un comerciante extranjero, había recibido una contestación negativa por parte de los lugareños.

–Nunca está el gran señor. Tendréis suerte si encontráis allí a alguno de sus lugartenientes –le había comentado una vieja.

El viento cargaba consigo gordas gotas de agua, y el mar, agitado y terco, golpeaba el acantilado por encima de la muralla. El foco iluminaba intermitentemente el lugar donde estaban escondidos, protegidos de la intensa humedad. Estaban seguros, pues habían atestiguado que en aquel fortín se habían producido varias descargas de mercantes a extrañas horas hacía dos meses, que esa noche habría movimiento.

–Vamos, acerquémonos más –dijo El Rojo, dispuesto a acometer aquella tarea en persona.

Avanzó agachado, camuflado con ramas en la cabeza, intentando no escurrirse por el costado que daba al escollo. Conforme se acercaron, y a pesar del tronar del mar, pudieron escuchar voces deshilvanadas. Se detuvieron al instante. En el mar, una balandra se movía al vaivén de las olas mientras una cuadrilla de hombres guardaba unos arcones en la gruta, que debía tener acceso directo al interior del castillo a través de pasadizos subterráneos. A oscuras, El Rojo parpadeó, para quitarse la escarcha que le enterraba los párpados, y observó fijamente. Ninguno era el señor de Caldas ni tampoco el tipo al que habían seguido en Compostella, el tal Fariñas.

–Tendremos que comprobar qué llevan en esos arcones. Esta misma noche, en cuanto se hayan ido.

–Será muy peligroso. Dejarán vigilancia –contestó el otro, un tipo aguerrido que conocía bien aquellos parajes.

Horas más tarde, ateridos de frío, los dos abandonaron su escondite y descendieron hacia la gruta, ayudados por una soga que ataron a un solitario árbol que, doblado por el viento, se dejaba mecer por la tormenta. El agua los salpicaba peligrosamente; una de aquellas olas podría tragárselos, pero no les quedaba más remedio. El Rojo llegó el primero. La cueva era un útero estrecho, húmedo y oscuro. Desde fuera, no se veía ningún hachón encendido que advirtiera de la presencia de centinelas.

–Lo más probable es que se hayan ido todos a acostarse. No sospecharán que nadie esté vigilándolos. Hace una noche de perros –dijo El Rojo, y el otro, tapado con su caperuza, asintió con la cabeza.

Comenzaron a avanzar a tientas. Dentro, el aire era espeso y olía a moho y a humo, a salitre y a excrementos. Una fogata aún respiraba; debían haberla apagado mal, porque aún palpitaban sus rescoldos, y El Negro y Arildo aprovecharon para calentarse las manos que antes de continuar.

–Contemos los pasos –dijo El Rojo al llegar a una bifurcación–. Veinte, y paramos, tú por un ramal y yo por el otro. Cuando lleguemos a doscientos, si no hemos visto nada, retrocedemos hasta aquí y vemos qué hacer.

Así lo hicieron. Veinte y parar, veinte y parar. Según se adentraban, la atmósfera olía más enrarecida. El Rojo había tomado el ramal izquierdo, con precaución, respirando profundamente, calculando. No había llegado a los cien pasos cuando una apertura desembocó en una rotonda con una gran laguna negra. Apilados junto a la pared, dormían los arcones. El Rojo imitó el graznido de los murciélagos, para avisar a su compañero de que había encontrado lo que buscaban. En cuanto éste apareció, sacaron unas palancas y abrieron las cajas. Estaban llenas de armas: espadas de la mejor calidad, facturadas en Dinamarca y Bizancio, dagas cortas, cogullas, cotas de malla, guanteletes, pertrechos para caballos, escudos, yelmos nasales...

–¿Cuántas calculas que puede haber aquí? –preguntó El Rojo.

–No sé, pero muchas. –Se encogió de hombros–. Esto vale una fortuna... ¿Y para qué puede querer don Munio tanto armamento?

–Para nada bueno, seguro –contestó El Rojo, y ambos soltaron una carcajada.

Capítulo 21

Oviedo

El palacio de los Ansúrez se alzaba justo enfrente de donde estaba Clodulfo Días, «el Cabezón». Cerca de la muralla de Socastiello, era una mole de mampostería peinada con pizarra, y por los alrededores, a esas horas, pululaban los peregrinos para postrarse ante la reliquia, el paño sagrado que, según la leyenda, había cubierto la cara de Cristo en su tumba.

El esbirro llevaba horas a la intemperie, mimetizado tras los muros de unas ruinas, polvoriento y desdibujado como ellas, esperando a que Gutier apareciera. Lo conocía bien. El ahora esposo de la reina viuda había sido hombre de armas, y durante un tiempo había servido con él codo con codo. Recostado en la pared, atento a cualquier movimiento, maldijo y lanzó un esputo al suelo que fue a caer a un charco. Hacía horas que aquel mequetrefe había salido por las cuadras camino del burdel de La Gata Guapa, varios cruces más abajo, y no había regresado.

Doña Teresa debía de esar durmiendo. Después de emborrachar hacía dos noches a uno de sus siervos, se había enterado de que estaba preñada y que la cosa venía mal. Doña Teresa no tenía edad ya para embarazos, y la partera la estaba tratando con polvo de amapola. «Y lo peor: estará inquieta», supuso el sicario. Aquello supondría un escándalo en el nido de víboras que era la corte real. La mujer vomitaba cada tanto, había perdido peso y estaba bastante deteriorada físicamente. Su amigo debía aburrirse de andar cuidando a una enferma todo el día, y aprovechaba cualquier oportunidad para escaparse e irse de putas. Al burdel de al lado.

Indeciso, dudaba entre si ir a buscarlo a la mancebía o seguir el plan trazado de antemano y esperar allí. Al fin, se embozó la capa y se diluyó entre el gentío que a esas horas de la noche todavía deambulaba por el centro de la antigua capital del reino astur. Entraba en el tugurio cuando un rayo color panocha, una adolescente de pelo alborotado, apareció en el

rellano como Dios la trajo al mundo gritando y con las manos teñidas de sangre.

–¡Socorro! ¡Socorrooo! –vociferó. La mirada de terror en sus ojos era sincera, y el tembleque que llevaba, también.

La alcahueta al frente del burdel, una veterana con más guerras que él mismo, corrió escaleras arriba seguida por dos tunantes con pretensiones de guardia pretoriana. Clodulfo comprendió al momento lo sucedido: alguien se le había adelantado. Gutier había sido asesinado.

–No, ama..., que yo no sé *na* de *na*... –lloraba la puta, mientras el *khol* de los ojos se le escurría por las mejillas–. El se-se-señor estaba preparándose cu-cu-ando alguien entró –señaló un tragaluz que se asomaba a un callejón maloliente– y le asestó dos pu-pu-ñalás –contó sobresaltada, y Clodulfo la creyó.

En torno a ella se iban arremolinando todos los clientes, mientras la alcahueta, con dotes de capitán de mesnada, ordenaba que sacaran el cadáver. No quería problemas en su casa. Si doña Teresa, la reina, se enteraba de cómo había muerto su esposo, no se salvaría.

–¡Que parezca un accidente! ¡Estaba borracho y se metió en una riña! –exclamó, y nadie se atrevió a contradecirla.

Una vez el gentío perdió interés y se hizo llamar a un centinela para que se llevase el cuerpo, Clodulfo decidió desaparecer.

* * *

–¿Así que alguien se os adelantó? –le preguntó doña Elvira, aparentemente nerviosa–. ¿No visteis de quién se trataba? ¿No sospechasteis que pudiera haber alguien más siguiéndole la pista a ese cabrón? –insistió la princesa.

Clodulfo negó con la cabeza. Durante las jornadas de viaje hasta llegar a la capital, había temido aquellas preguntas.

–No lo vi, alteza, aunque no debería ser difícil descubrir quién le ha dado matarile a Gutier. Alguien que le quisiera mal, como la propia familia de la reina. Los Ansúrez no lo tragaban, por su culpa se desbarataban las alianzas..., y los del bando realista, tampoco –explicó.

Doña Elvira asintió. Aquel Gutier de culo prieto y ojos color ámbar era un tocapelotas. Un buscalíos, un quebrantador de honras.

–¿Lo de que estaba preñada doña Teresa es cierto? –preguntó cautelosa, y el hombre afirmó con la cabeza–. ¿Lo sabe alguien más?

–Creo que no. Según pude sonsacar a ese siervo, la señora estaba aterrorizada por las consecuencias de su preñez, y había prohibido a todo el servicio que hablase del asunto –contestó el sicario.

Sin más, la regente, con un gesto de la mano, le ordenó que se fuera. Ya

sola, perdió la mirada en el valle que despertaba a esas horas de un sueño nevado y virginal, y sopesó la situación. Se alegraba de que hubiera sido otro quien había acabado con Gutier. Como regente, se había visto obligada a su eliminación, pero, como religiosa, le resultaba profundamente desagradable. Y, por otro lado, debía asegurarse de que nadie supiera que doña Teresa estaba embarazada.

–¡Suario! –llamó a su secretario, que acudió presto, con las manos sucias de tinta, empuñando la pluma–. Mandad un correo a Oviedo, al obispo don Ovenco. Que ordene a la guardia que se lleve a doña Teresa, esté enferma o no, al convento de San Pelaio. Deberá quedarse allí hasta que dé a luz. Que le impida verse con ningún noble, aunque sea familiar..., y, si nace un niño, que se lo escondan. Pueden cuidarlo en el orfanato del convento o dárselo a alguien, que lo dejen allí para que ella pueda ir a verlo o lo hagan desaparecer. Me da igual. ¿Entendido?

Castello Branco

Nunilo y el aya discutían agriamente, una vez más. Junto a ellas, Onneca y Olaf permanecían callados. Al cabo de un rato, Sisalda dio la espalda a su señora y, llevándose a Onneca, los dejó solos. Olaf decidió marcharse a su vez, pero la condesa se lo impidió, mirándolo fríamente mientras le llenaba la jarra de cerveza. La proximidad de la visita de la regente y el no haber hecho aún público lo de su pretendiente la sacaban de quicio.

–Hace mucho que no hablamos. Estoy al día de cómo marchan los trabajos en las aldeas. Os felicito, pero sé poco de lo demás. ¿Habéis descubierto algo nuevo... de lo nuestro?

–Algo..., pero preferiría no acusar a nadie sin pruebas –contestó Olaf, que de un trago se bebió la jarra. Nunilo se la volvió a llenar–. Lo del barco con las armas era cierto. Algunos sitúan el naufragio a sólo dos millas mar adentro, cerca de la torre Brigantium, y mis contactos señalan a don Munio. Teníais razón: esa víbora parece estar conspirando, y no sólo contra la regente; sospecho que también contra el conde de Gallaecia. Si se deshiciera de él, nadie podría hacerle sombra en estas tierras. Alejaos de él cuanto podáis. Está muy resentido con vos y con doña Elvira... Le han fallado las armas, pero, en cuanto las tenga, lo volverá a intentar. Seguramente por eso no ha actuado ya, pero, si es tan rico como dicen, tarde o temprano lo logrará. Después... –dijo, mirándola intensamente–, vendrá a por vos. Lo obsesionáis.

–No es al único –contestó, devolviéndole la mirada.

Él captó la indirecta y se echó a reír, sarcástico.

–Sí, se ve que provocáis esa fijación.

De otro trago, apuró la jarra y se la tendió a Nunilo, para acecarse un momento a la puerta, donde uno de sus hombres lo esperaba para hacerle una consulta. Al verlo de espaldas, ella llenó de nuevo la jarra, y luego movió la tapa de zafiro de su anillo y vertió unos polvos en ella. Según la vieja Larisia –jamás habría acudido a Sisalda para algo así– eran una potente droga, compuesta de cáscara de sauce, que lo emborracharía rápidamente. Necesitaba que ese hombre al que tanto deseaba perdiera de una vez el juicio.

–¿Deseáis emborracharme? –le preguntó él, volviendo a la mesa–. No os servirá. ¿Tan poco creéis que valgo?

–No, desde luego que no. Ya he comprobado que sois un hombre con un fuerte control de sus instintos –disparó ella con sorna–. Por eso no creo que corráis peligro bebiendo conmigo. –Se rellenó su ponchera, deseando que, como en aquella otra ocasión, él perfilara sus labios con la yema de sus dedos y le limpiara la mancha del zumo de la uva con la lengua–. Así que creéis que vendrá a por mí... ¿Como vos hicisteis aquel día? Por qué será que todos los hombres vienen a buscarme... ¿Tal vez por mis riquezas? –dijo, maliciosa, y soltó una carcajada que sonó a lamento, a fiera herida.

–Sabéissss –tronó él, con un tono que denotaba cierto grado ya de embriaguez– que eso es faaaaalso. Si volví fue, fue, fueeeee porque... –y se calló.

–¿Por qué? Maldita sea... ¡Decídmelo! –gritó levantándose hacia él.

Él se separó; si la tenía tan cerca, se volvería loco. Cada vez le costaba más controlarse, y por eso se concentraba en trabajar y en obtener su libertad. Sólo pensaba en irse de allí para estar lo más lejos posible de ella. No soportaría verla calentando el lecho de otro hombre, algo que, en cuanto se casara, ocurriría.

–¡Decídmelo! ¿Por qué vinisteis a buscarme aquella noche? ¿Para llevarme con vos? ¿Deseabais tenerme a vuestro lado? Ahora también podéis hacerlo. Aunque me case con otro –se acercó tanto que él notó el aletear de su aliento en la cara–, será una boda de conveniencia, una cuestión de política. Debo tener un marido para calmar a los nobles y a la regente, y puedo estar con vos pa...

–¿Para calentar vuestra cama? –contestó él, visiblemente nervioso–. ¿Es sólo eso lo que queréis? –Y, agarrándola por la cintura, la besó de forma ruda, violenta. La mantuvo contra sí un momento, esperando que lo abofeteara, pero Nunilo gimió de placer.

–¿No era el mismo fin que vos me teníais preparado? ¿No queréis ser mi concubino? –susurró ella al fin. Él se rio, y Nunilo lo agarró del cabello sin dejar de mirarlo con pasión–. Seguid, sé que lo deseáis tanto

como yo.

Enloquecido, sintiendo la sangre hirviéndole en las venas, la sentó en su regazo y, como hiciera en otras ocasiones, le desabrochó el brial y le sacó la túnica por la cabeza. Se detuvo entonces unos instantes a contemplar su cuerpo, el mismo al que tanto había añorado, y la abrazó. Nunilo notó un hormigueo en el estómago que la hizo sonreír. Volvía de nuevo aquel maravilloso sentimiento...

–¡Os amo, maldita sea! –le dijo ella al oído.

Él la estrechó con más fuerza, aspirando su fragancia a mejorana fresca, sintiendo en sus callosas manos la suavidad de su piel. Adoraba aquel cabello lacio y oscuro como una noche ártica, sus largas pestañas y el agujero negro de sus hoyuelos. «Si las nornas que deciden sobre la vida y la muerte me la dan, quién soy yo para rechazarla», pensó. Las raíces del fresno de Yggdrassil, donde se tejía el destino de cada hombre, lo habían atado a ella.

–¡Es mejor que no mintáis! –le ordenó bajito, y ella rio, feliz–. Callad y seguid besándome. –Y comenzó a desabrocharse el gran cinturón con que se sujetaba las calzas.

Mientras, Nunilo navegó por su cuello y se ancló en sus labios. Siempre la había sorprendido la suavidad de su pelo rubio. Todavía recordaba las lociones de mandrágora que le había untado en los meses de convalecencia, creyendo en las palabras de Basilisa, quien le había asegurado que así lo mantendría a su lado. En lo peor de la calentura, le había humedecido la lengua con clara bendecida y pronunciado invocaciones a Dana tejidas en la noche de los tiempos, aprendidas de esas mujeres que, como Basilisa o Sisalda, las habían conservado vivas.

–*Mouchos, coruxas. Demos, trasnos e dianhos, espritos das nevoadas veigas. Corvos, pintigas e meigas, feitizos das mencinheiras...* –susurró sin darse cuenta.

–¡Mi ninfa! –exclamó él, besándole los pechos.

Pronto se oyeron suspiros y jadeos y todo fue un subir y bajar, entrar y salir. Repicaron como campanas de gloria. Hasta que de repente Olaf se detuvo.

–¿Qué... qué me habéis *esshado* en la copa? ¿Me habéis drogado? Siento la cabeza espesa como la mierda de reno... No he bebido tanto... –Se separó de ella y, fijándose en el anillo, intentó quitárselo. Sabía bien dónde solían guardar las mujeres sus venenos. La tapa del anillo se corrió, y un resto de polvos llovió hacia el suelo. Él la miró furibundo–. ¿Hasta dónde sois capaz de llegar? ¡Odio a las mujeres intrigantes! ¡Sois todas iguales! –dijo como para sí, cerrando los ojos.

–¡Eso es falso! ¡Yo jamás sería como ella! –gritó Nunilo–. No soy como esa mujer que os abandonó. –Olaf la miró asombrado de que

conociese su historia–. Sí, sé lo que os sucedió con aquella que os prometió amor eterno y luego renegó de vos –añadió Nunilo con retintín–. Yo nunca os juré amor eterno, pero tampoco he renegado de vos. Al contrario, me he enfrentado a mucha gente, he puesto mi honor en la picota por salvaros y manteneros a mi lado. Me tratasteis bien durante mi cautiverio, lo reconozco, pero yo os he devuelto con creces el favor...

–Sois lo peor –vomitó él, dolido por entender que Nunilo había estado rebuscando en sus secretos para utilizarlos en su favor. Ella, con sus títulos y sus riquezas, jamás podría comprender qué significaba ser un bastardo, sentirse inferior a los demás; cómo dolía verse rechazado después de haberse esforzado tanto.

–Por favor, no discutamos, no tenemos tiempo –le rogó ella, aún desnuda en sus brazos–. No os atreváis a negar que sentís algo por mí... Y llamadme Nunilo –le suplicó, pero él la obligó a levantarse.

–Condesa, será mejor que volváis a vuestros aposentos –dijo él, seco–. Debemos hacer como si esto no hubiese pasado. No siento nada por vos, y vos sólo os habéis reído de mí.

–¡Jamás me he reído de vos! El tiempo que pasamos juntos fue real, tal vez lo más real de toda mi vida, y además... –gritó, enfurecida, viendo cómo él se marchaba–. ¿De qué os asombráis? ¿No deseabais conocer a la dama de Jacobsland? Os la imaginabais terriblemente interesante; una mujer dura, capaz de hacer lo que fuera necesario por su familia, su condado... Tanto la invocasteis que al final el cielo os escuchó. ¡Aquí la tenéis! Es ésta –dijo, señalándose–; esa a la que tanto buscabais no se avergüenza de haberos drogado para romper el hielo. Huid, pero no podréis manchar lo que hubo entre nosotros. No lo permitiré. Y ahora..., ¡fuera de mi vista! –concluyó, golpeando el candelabro de plata que estaba encima de la mesa.

Limpiándose las lágrimas con la manga de su brial, Nunilo subió a su cuarto, donde podría resguardarse para que nadie la viera en aquel estado. Además, debía descansar, pues tenía que acabar los preparativos antes del viaje a Compostella, donde se reuniría con la regente. Allí pasaría la Nochebuena, y luego regresaría a Catoira con doña Elvira para Epifanía. Para entonces tendría que haber tomado una decisión: a quién dar su mano. Y en aquella decisión podría irle la vida. La suya y la de otros más.

Compostella

Osso aligeró el paso. No era la primera vez que se sentía perseguido, que oía correr unas sombras tras de sí, y empezaba a preguntarse si no se estaría volviendo loco. Desde luego, ir buscando a posibles testigos del

crimen del arzobispo no era lo más recomendable para pasar desapercibido, pero no tenía otra posibilidad.

Una dulce llovizna empapaba las calles, y las cantinas de Villa Iacobi se veían a rebosar. La llegada inminente de la princesa regente con su séquito y su cohorte de nobles habían llenado todas las casas de huéspedes, por lo que los peregrinos con menos posibles se veían obligados a pernoctar en las arcadas de los edificios o debajo de los cigoñales o puentes.

Santiáguez quería haberse retirado pronto esa noche, pero una sucesión de jarras de cerveza lo habían entretenido; eso y la furcia con la que había yacido. Se maldijo por lo bajo. Debería haber estado preparando la llegada de la condesa, y no de tugurios y perdiendo en el juego hasta las pestañas.

Porque lo habían informado de que Nunilo Fáñez acompañaría a la regente en las visitas a dispensarios, castros e iglesias, y también al festín que se ofrecería en nombre del monarca ausente. En esta ocasión, el muchacho había preferido dirigirse a Oviedo con su madre, aunque las malas lenguas señalasen a la princesa como la mano que había empujado a la casquivana soberana a abandonar la corte de León.

Doña Elvira había permitido que el pequeño Ramiro viajara con una cohorte de nobles a Toledo al conocer la noticia del «aborto natural» de su cuñada. No estando preñada, no habría problema. Hasta le parecía recomendable que la viesen calmada, junto a su hijo y vistiendo los hábitos. Porque doña Teresa había anunciado que guardaría luto por Gutier y que no deseaba salir del convento por el momento; y aquello eran buenas noticias para doña Elvira: cuanto más lejos de la corte y del gobierno estuviera, mejor.

«Perra vida la de las mujeres», pensó Santiáguez mientras esquivaba una cabalgadura que a punto estuvo de atropellarlo. «No sólo mi señora sufre presiones; todas las féminas de la nobleza pasan tarde o temprano por lo mismo. Son vulgares mercancías en manos de sus padres y señores». Lo único en que se diferenciaba Nunilo era en que, al no tener padre ni tutor, se había convertido en cabeza de familia y había resuelto no atarse la soga al cuello. Al menos, de momento; y él no podía negar que admiraba su valentía, aunque ésta fuese en ocasiones suicida.

«Zas, zas», oyó repiquetear por detrás, y se giró como un resorte. Un hombre, con la caperuza echada y aparentemente ebrio, iba dando bandazos en la estrecha calle que atravesaban de camino a la de Concheiros. Pero algo en su manera de moverse le hizo sospechar. No parecía un borracho corriente, más bien un herido, o un farsante. Aligeró el paso y, ya en la esquina, vio que el tipo caía de bruces al suelo.

Osso salió corriendo. El instinto le exigió que pusiera pies en polvorosa. «Tal vez», dedujo en una décima de segundo, «me han

confundido con él». Aquel hombre tenía una altura similar y llevaba una cogulla negra y una capa parda, la ropa propia de un infanzón sin mucho peso en el bolsillo. En cualquier caso, no se iba a quedar a comprobarlo, y, cojeando, echó a correr por las calles oscuras tratando de confundirse entre los viandantes. A pesar de que refugiarse en su casa era demasiado obvio, pues sería el primer sitio donde lo buscarían, no tenía otro lugar a donde ir, y menos en su estado, aún convaleciente, y hacia allí se dirigió como alma que lleva el diablo. Primero salvaría el pellejo, después pensaría qué hacer.

Iba ensimismado en esa idea cuando, al doblar una esquina, unas manos lo inmovilizaron y, tras golpearlo ligeramente con algo, lo tiraron al suelo. Sus muchos años de entrenamiento como hombre de armas lo ayudaron a esquivar, en parte, el golpe, y, aunque notaba que estaba sangrando, se revolvió en el fango y barrió con las piernas al agresor. Éste, pillado por sorpresa, trastabilló; logró apoyarse en una pared y al momento se lio a patadas con Osso, que, encogido, se protegía como podía.

–¿Qué queréis de mí? –trató de detenerlo Osso–. Parad... ¿Queréis oro? –preguntó para descentrarlo, pero el otro no picó el anzuelo y, tras reventarle las costillas, desenvainó una espada de acero toledano y se la puso en la yugular–. Si vais a matarme, decidme al menos quién sois y qué queréis de mí –insistió Osso, pero el otro respondió con una sonora carcajada estrafalaria y un lapo.

Osso se dio cuenta de que tenía la clara intención de matarlo, pero, de repente, fijó la vista en él y se quedó inmóvil como una estatua, para luego caerle encima. El peso muerto dejó a Santiáguez sin aire por un momento, y luego, poco a poco, empujando, se lo quitó de encima y le arrancó la espada de la mano. Se disponía a enfrentarse a quien fuera cuando distinguió a un tipo que, cubierto por una vicuña parda, lo miraba y parecía hacerle gestos.

–Vamos, levantaos. No es el único que quiere acabar con vos, hay más –le dijo el desconocido, y Osso, sin pararse a preguntarle quién era, salió pitando.

Había recorrido un buen trecho cuando, asfixiado por el esfuerzo y, sintiéndose débil por su reciente enfermedad y la tunda recibida, necesitó parar y robar aire.

–No os paréis aquí, esto está muy desprotegido. Seguidme, os llevaré a sitio seguro.

–¿Dónde? ¿Quién sois y por qué me estáis ayudando? –le preguntó al fin Osso, desconfiado.

Aquello podía ser una trampa; Osso dudaba de si estaba yendo directamente al matadero o si, por el contrario, aquel desconocido era su

particular ángel de la guarda. Pero también sabía que no le quedaba otra opción que dejarse guiar por él. Media hora después, sudados y desfallecidos, llegaban a una modesta guarida en los suburbios pobres de la ciudad, donde vivían los jornaleros que trabajaban para el obispo cavando fosos o extrayendo piedras en las canteras para la catedral y los edificios nobles.

Sin resuello, boqueando como un pez, Osso se dejó caer, y el hombre le ofreció un trapo, señalándole la herida de la pierna, que seguía sangrando.

–¿Por qué me habéis ayudado? ¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí? –le preguntó de nuevo Osso, observándolo de reojo a la luz de una vela mientras se anudaba el improvisado torniquete. Lucía una cicatriz en el cuello y tenía los ojos saltones.

–Quién soy es algo que no os importa, y no soy yo quien quiere algo de vos..., aunque sí alguien para quien trabajo y a quien he dado aviso de que estáis aquí conmigo. En unos minutos aparecerá por aquí.

Osso gruñó, intranquilo, al saberse a merced de los acontecimientos, sin poderse valer bien por sí mismo. Estaba planteándose huir, trepar por el desmoronado muro de adobe que había tras el ventanuco, pero descartó la idea. La herida y el cansancio lo harían inviable; le darían caza como a un conejo sin dificultad.

Antes de que repicaran las campanadas de medianoche, entró en la casa un hombre alto y fuerte de cabellos rojizos. Al momento, Osso tuvo la sensación de que lo conocía, de que lo había visto antes en algún sitio, pero no logró rescatar ese dato de su contaminada memoria por la fiebre y los muchos fármacos.

–Sentaos, y no os preocupéis. No soy ningún enemigo, estoy aquí para protegeros –dijo, enseñándole un sello con el símbolo de la casa Fáñez–. Sin duda, el rufián que os ha atacado esta noche está al servicio de don Munio. Habéis sido muy indiscreto los últimos días preguntando en el mercado y en las canteras... Casualmente, os diré, todos los tipos a los que buscabais han muerto hace poco: dos el día de la confrontación, y el tercero, en un accidente la semana pasada. El único testigo vivo del crimen de don Munio sois vos –soltó, y de inmediato, al ver que Osso se levantaba furioso, le ordenó que se sentara de nuevo–. Eso os convierte en un objetivo. Si no estáis muerto ya, es porque don Munio ha tardado más de la cuenta en saber quién erais. Si os hubierais quedado quietecito en casa recuperándoos, no habría pasado nada, pero os habéis delatado vos mismo. No ha sido muy inteligente de vuestra parte...

–¿Quién os creéis que sois para decirme si soy o no un berzas? –preguntó Osso, desairado–. Soy el jefe de la guardia de la condesa de Breixos y...

–Ya no –lo interrumpió el otro con brusquedad–. Os han sustituido.

–No es posible; si fuera así, me lo habría comunicado la condesa, y no lo ha hecho... –repuso, indignado, Santiáguez.

–Mirad, no voy a discutir con vos los motivos por los que la condesa no os lo ha dicho aún, sólo debéis saber que no miento. Un normando –y al otro se le escapó un gemido de irritación– ocupa ahora vuestro lugar, y ha sido él quien me ha pedido que os siguiera y os pusiera a salvo en caso de que sufrierais cualquier tipo de ataque.

–Hijo de perra, ¿quién es ese demonio vikingo? –preguntó Osso, alterado.

–Os necesitan vivo –continuó, sin embargo, el desconocido– para que testifiquéis contra don Munio ante la regente y le expliquéis qué visteis el día de la batalla. Sí, sí –volvió a hacer un gesto para calmarlo–, lo sabemos, y la condesa está preocupada por vos.

–Fue la condesa quien me sugirió que buscase más testigos... Mi testimonio por sí solo sería insuficiente para condenar a don Munio a ojos de doña Elvira. Todo el mundo sabe que soy un hombre de la condesa, y mis palabras no tendrían demasiada validez –se explicó–. Tenía que buscar otros testigos. Por eso he abandonado la discreción.

–Lo sabemos, pero por eso no os preocupéis ya... Tenemos otras pruebas contra don Munio. Ahora –le ordenó–, no os mováis de aquí. En unos días, la condesa de Breixos llegará a Compostella y os dirá personalmente qué hacer. Si escapáis, posiblemente muráis. Hay hombres de don Munio por todas partes buscándoos para cerraros el pico. No puedo dejar aquí a nadie vigilándoos; así que está en vuestras manos decidir qué hacer: si seguir aquí, como es mi consejo, o marcharos. No soy vuestra niñera. Yo he cumplido con mi parte del trato.

Compostella

Durante los días en que Nunilo anduvo con Onneca y el aya Sisalda preparando el viaje, apenas habló con Olaf. Él, más distante aún que antes, se concentraba en sus labores, y cuando hablaba con ella se mostraba ausente. Pero a Nunilo aquella postura no la convencía; intuía, por el contrario, que todo era una farsa. Que Olaf se moría por ella igual que ella lo hacía por él, y no lo quería reconocer.

Olaf era terco. Parecía convencido de que ella lo había utilizado, de que se había acostado con él durante meses sólo para salvar el pellejo y para que no la embarcara camino de Irlanda; pensaba que todo había sido por interés y que nunca lo había querido de verdad. Pero era falso, y ella tenía que demostrárselo. «Tal vez durante el viaje», pensó sin saber qué

más decirle después de una agria discusión, «se me ocurra algo».

La comitiva partió para la ciudad santa un lunes por el trazado de la Vía Decimonovena de los romanos, que la unía con Iria Flavia. Unos días después, cruzaban la puerta Faxeira, el foso y las murallas, que mostraban aún importantes desperfectos por la batalla, heridas sangrantes en la piedra. Cremalleras de madera se veían aquí y allá, apuntalando trozos peligrosos por el riesgo de hundimiento. «Más impuestos, más años de trabajo», se dijo Nunilo.

Aún había mucha vigilancia, y, desde las atalayas, piquetes con los estandartes blancos del obispo oteaban el horizonte armados hasta los dientes. En los portones, obligaron a la comitiva a detenerse y a dar el santo y seña. Sólo hacía dos días que habían vuelto a colocar las grandes maderas, y los troncos nuevos perfumaban el aire con su olor a resina.

–Han trabajado mucho en poco tiempo –comentó Nuño a la condesa ya dentro de la ciudad. Compostella, abarrotada, era una colmena humana, casi imposible de transitar–. Aquél de allí es el obispo don Rosendo, señora. –Le señaló a un hombre que se distinguía a lo lejos por la capa y el amito blanco, y que, escoltado por varios diáconos, parecía dirigirse al palacio arzobispal en un alto jamelgo. Por delante, un heraldo hacía tocar el cuerno anunciando su llegada, y el vulgo se agachaba a su paso respetuosamente.

Nunilo sólo conocía a don Rosendo de oídas, y de una vez que siendo muy niña lo había visto en un oficio religioso en Compostella, mientras acompañaba a su padre, el conde. Después se había enterado de su presunto asesinato a cargo de los esbirros de su sucesor, el obispo don Sisnando, y jamás se había planteado que pudiese regresar al mundo de los vivos. Para ella su reaparición había sido tan asombrosa como para el resto de las gentes. No era de extrañar que hubiesen proliferado desde entonces los predicadores convocando extraños actos de advocación al arcángel san Miguel, a quien consideraban protector tanto de don Rosendo como de toda su poderosa su familia. Como si a los príncipes alados pudieran exigírseles explicaciones desde la Tierra.

Los Guterri eran unos señores muy poderosos, primos carnales del fallecido rey don Sancho y de la actual regente, doña Elvira Ramírez. Rosendo había crecido en un monasterio y sido nombrado obispo con sólo diecisiete años. Su carácter gentil, su valor, su capacidad para dirimir contiendas entre nobles pejigueros y ganarse la confianza de las gentes había ayudado a la Corona a sofocar conspiraciones, serenar ánimos y ampliar sus dominios. Sólo su batalla por abolir la esclavitud le había provocado ciertos problemas entre los aristócratas norteños, pero el apoyo incondicional de su madre lo había sacado del apuro. La Corona terminó por pagarle los favores haciéndolo gobernador, y a partir de ahí

se vio obligado a alternar los salmos y cánticos religiosos con los mandobles de espada. De ahí nacieron las leyendas sobres sus enfrentamientos contras las aceifas moras en el río Miño. Y por eso ahora lo había reelegido doña Elvira, aunque muchos se temieran que, a su edad, don Rosendo no pudiera cumplir con sus obligaciones. A él, lo que le hubiese gustado era haberse despedido del mundo en su pequeño huerto en Cellanoba, pero no iba a poder ser.

–Tenemos cita con don Rosendo pasado mañana –dijo Nunilo–. Veremos qué nos cuenta y cómo puede ayudar a nuestro condado.

Olaf marchaba cerca, poco interesado en la conversación. Sabía que, a diferencia de ellos, en los reinos cristianos los líderes religiosos eran también grandes magnates feudales con miles de vasallos y enorme poder; y el de Compostella gobernaba desde el río Iso hasta el Finis Terrae. El Rojo le había puesto en antecedentes de sus osadías, de la usurpación de don Sisnando de la jurisdicción real y de cómo, a sus espaldas –pero consentido por él–, se le conocía como «el Clérigo Real».

Pero lo que hacía sonreír a Olaf eran las historias que contaba la joven Onneca los últimos días sobre ángeles escoltando al obispo y apariciones sobrenaturales de un tal arcángel Gabriel. Onneca y Sisalda habían incluso adquirido en el mercadillo de Catoira una talla de madera policromada con la figura de un extraño ser alado para colocarla en la capilla del castillo.

–Nos protegerá cuando llegue el fin del mundo –había comentado Onneca.

–Ayudémoslo un poco –había apuntado el aya, colgando del ángel de madera una bolsa llena de hierbas propias de los dioses paganos.

Entonces, se había puesto a invocar en un idioma arcano, y Olaf había estado a punto de enganchar allí también su martillo de Thor y haber completado así aquella representación sagrada.

–Aligeremos, se nos va a hacer tarde –oyó la orden de Onneca, y Olaf asintió.

Tras esquivar una serie de puestos de venta y a una recua de mulas con tinajas de vino de Toro, alcanzaron finalmente el palacio, situado en la plaza de Pelaio, donde numerosos peregrinos se hacinaban en los soportales. Olía allí a castañas, bellotas y empanadas de trucha, y un humo asfixiante se pegaba al pelo y a la ropa. Multitud de aldeanos y foráneos se agolpaban en medio de aquella neblina cocinada a las puertas de la catedral, cuyas campanas repiqueteaban a gloria sin parar. Hombres armados salpicaban el paisaje por todas partes.

La regente llegó dos días más tarde por la noche, el viernes, precedida por diez heraldos y un tornado de pendones ondeando al viento. Hachones como luciérnagas humanas y estridentes cuernos de carnero, de

silbus, la recibieron. Desde la distancia, podía escucharse el traqueteo de los cascos de los caballos y el soniquete metálico de las armaduras de sus caballeros. Un gentío se echó a la calle para recibirla. Vítores, pétalos, luminarias, grandes antorchas perfilaron su paso por la ciudad. Escoltada por soldados lorigados que portaban el estandarte del reino de León, el león rampante color púrpura sobre un campo de plata con una corona de oro de ocho puntas encima, avanzó hasta el palacio arzobispal donde residiría esos días.

Don Rosendo sería su anfitrión, y el apoyo popular al obispo, su escudo protector. Doña Elvira pretendía apaciguar así los ánimos de los clanes y de sus vasallos gallegos. Y, además, estaba deseando saludarlo, escuchar qué había sido de él esos años que había vivido en el limbo, desaparecido para el mundo, y solicitar sus siempre lúcidos consejos. Otorgar dádivas y mercedes. Callar bocas con oro. Ofrecer su generosidad económica para la reconstrucción. Desactivar cualquier posible rebelión que estuviera germinando.

Su secretario había organizado un detallado plan de actividades esos días, pues un leve error protocolario podría ser fatal. Habría recepciones y besamanos, audiencias privadas y fiestas populares, en las que se asarían jabalíes y gorrinos en las plazas, se daría de beber buena cerveza e hidromiel a los vasallos de su majestad y se recorrería la ciudad. Doña Elvira quería que todos sus súbditos, especialmente aquellos nobles que la habían respaldado siempre, formasen su séquito, y los Fáñez no podían faltar.

–Vos me acompañaréis –ordenó Nunilo a Olaf la noche siguiente a la llegada de la regente a Compostella–. No habiendo caballeros en la casa, el jefe de mi guardia personal deberá de servir. Iré de vuestro brazo hasta el salón del trono, y allí nos separaremos. A la salida, volveréis a ser mi par para acompañarme a la misa del gallo. Antes, es posible que el obispo me exija algo...: vuestro bautizo. ¿Consentiríais en ello?

–¡Desde luego que no! –protestó él–. Tendría que estar loco.

–Ya..., lo suponía –contestó riéndose Nunilo, sin dar mayor importancia a la respuesta.

Capítulo 22

Compostella

Olaf miró al individuo que tenía delante. Cabellos oscuros largos apresados con una cinta en la nuca, nariz aplastada, ojos color carbón y barba de varios días. Una pelusa negra recrudecía su palidez enfermiza y le afilaba el rostro. Parecía a punto de desenfundar las garras; silencioso pero alerta, como hombre de armas que era. Era el jefe de la guardia personal de la condesa, el famoso Osso Santiáguez del que hombres como Nuño hablaban maravillas.

Olaf le ordenó levantarse. Quería demostrar su posición, desplegar su poder, y no se amedrentó a la hora de lucir el sello de los Fáñez para que el otro admitiese haber sido relevado y se plegara a sus mandatos. Pero no las tenía todas consigo; no hasta que no hablase con él y lo sondease. Por experiencia, sabía de lo que era capaz un hombre humillado, la sed de venganza que el odio podía generar, y no pensaba alimentar más su inquina..., a no ser que fuera estrictamente necesario.

El Negro había aprovechado uno de los escasos momentos de tiempo libre desde su llegada a Compostella para ir a verlo. Esa tarde, escoltado por Nuño Gonzálvez y dos hombres más, se había acercado hasta el arrabal donde Santiáguez esperaba su vista desde hacía casi una semana. Estaría impaciente, cagándose en sus muelas.

Un manto de nubes negras se cernía, como un siniestro presagio, sobre sus cabezas. Al menor descuido, volcaría el agua del Atlántico que traía en su seno sobre la ciudad. Y también Thor descargaría su ira. Se veía en el volar nervioso y los graznidos de las aves, en cómo la gente apuraba el paso para resguardarse antes de que aquellos rayos divinos, viajando a lomos de las corrientes de aire, planearan sobre sus cabezas.

El Rojo los esperaba en la puerta. Una helada racha de viento envolvió al grupo e hizo temblar la campana del quicio. Sonó a un tintineo gélido, como el de la nieve en alta mar. Dentro, el recinto era un agujero pequeño

y mal ventilado; paredes de adobe, techo de paja húmeda y maloliente, suelo de tierra. La raquítica luz de esos días grises e invernales les impedía verse con claridad, pero la reacción de Osso, cuando, con verdadera alegría, se levantó a saludar a Nuño, convenció a Olaf de que era aquel a quien había venido a ver.

–Nuño, pardiez, ¡qué bien me hace veros de nuevo! –Osso le dio un fuerte abrazo, y luego Nuño se desplazó ligeramente hacia su diestra, para poder presentar a su antiguo capitán a sus acompañantes.

–Este hombre es Olaf el Negro... –carraspeó–, actual jefe de la guardia de la condesa. Ha venido a hablar contigo y a pedirte que vengas con nosotros a casa –le dijo, observando cómo el gesto de Santiáguez se crispaba. Un relámpago de celos que se desató con sólo nombrarle a la bicha.

Osso no era ningún estúpido e imaginaba el porqué de la presencia de ese normando en el castillo. Y tampoco era sordo, y hasta la misma Compostella habían llegado los rumores del amancebamiento de Nunilo Fáñez con un extranjero. No había dado crédito; de hecho, había dado una paliza a un borracho que lo había comentado soezmente en una cantina. Aquello le resultaba imposible, impensable. La condesa no era mujer casquivana o romántica, y además la regente no se lo permitiría, pues era una importante pieza en el tablero político del reino. Pero ahora aquel extranjero estaba allí, y algo de verdad debía de haber en todo aquello. Tragó saliva, dio un paso atrás y lo saludó con un severo gesto de cabeza. Después, en silencio, escondió su dolor y su furia detrás de una máscara de indiferencia.

–Psh –moduló Olaf para llamar su atención.

Osso Santiáguez alzó la mirada y la clavó en él. Al menos le sacaba una cabeza de altura y tenía fuertes brazos; sus ojos fríos, como los neveros de las montañas, lo escrutaban con sorna. El cabello desteñido le caía desmayado por delante de la cara, y un grueso jubón acolchado y encerado de color vino le protegía el torso. Olaf se quitó los guanteletes de cuero y le entregó el halcón que llevaba en la muñeca a su acompañante. Osso reconoció al instante el poder que le había conferido doña Nunilo. Era como un aura, podía sentirlo como una bofetada en su rostro.

–No he venido a competir con vos por el puesto..., eso es algo que sólo la condesa puede decidir. Estoy aquí porque la *domina* os necesita vivo para que testifiquéis ante la regente sobre lo que visteis el día de la batalla, lo que sabéis del crimen de don Sisnando –dijo.

–Por supuesto –afirmó Osso–, pero, como ya le comenté a vuestro compañero –señaló con la barbilla al pelirrojo–, no creo que valga mucho mi declaración. Soy un hombre de la condesa, y todo el mundo sabe que

ella haría cualquier cosa por hacer naufragar su matrimonio con don Munio. La regente no le dará mucha credibilidad. Por eso estuve buscando más testigos que quisieran testificar.

–Sí, y vuestra imprudencia no sólo casi os cuesta la vida, sino que por vuestra culpa han muerto los demás testigos que encontrasteis... Pero no temáis: si esos declarantes han caído, habrá que suplantarlos. Buscaremos a otros, que serán bien pagados con oro, para que digan lo que tengan que decir y juren lo que tengan que jurar. Y por eso necesitamos saber qué os contaron esos hombres, para que sus declaraciones sean coherentes y creíbles, y la regente y los justicias reales las tengan en consideración.

Osso asintió con la cabeza, aceptando la estratagema.

–Comprendo, pero, de todas formas, me parece muy arriesgado. Quien se deja sobornar una vez puede hacerlo más; lo mismo que dicen una cosa por vuestro oro, don Munio puede pagarles más y declarar lo contrario llegado el momento.

–Bueno –Olaf asintió a su vez–, es una posibilidad, pero tenemos que arriesgarnos. No nos queda mucho tiempo. Si no hemos solucionado esto en unas semanas, antes de que la regente se marche de Gallaecia, la condesa se verá obligada a un matrimonio forzado con don Munio.

–¿Y eso... os incomodaría en demasía? –preguntó, molesto, Santiáguez.

Olaf, encogiéndose de hombros, le respondió en el mismo tono punzantey agrio:

–Supongo que tanto como os hubiera incomodado a vos de estar en mi lugar. –Sus ojos echaron chispas de cólera.

–Tenía entendido que la *domina* había buscado otro pretendiente –continuó Osso con cinismo, no queriendo tensar en demasía la cuerda–; de la familia Ansúrez, un mozo joven. Se ha hablado de ello en Compostella. Los clanes lo veían con muy buenos ojos, sobre todo ahora que doña Teresa Ansúrez, la reina viuda, parece haber caído en desgracia.

–Yo no soy quién para desenvolver tramas políticas o luchas palaciegas... Basta decir que esa boda es otra alternativa, un posible camino, pero que realmente sigue todo en el aire. Don Munio hará valer su fuerza en la corte y querrá hacer cumplir a la condesa su promesa tras ser liberada. Lo prioritario para doña Nuniño ahora es quitarse de en medio a ese Aloítez, darle una patada en el culo. De ahí que no sólo compraremos a los testigos, también hemos buscado otras claves que lo delatarán como la rata traidora que realmente es... Pero eso no es asunto vuestro. Ahora os pido que recojáis vuestras cosas y regreséis con nosotros a casa de la *domina*. Ella os pondrá al día de lo sucedido.

–Está bien... Aunque –se volvió al pelirrojo– preferiría quedarme unos días más aquí, hasta que se vaya la vieja –dijo, refiriéndose a la regente– y haya sitio en las posadas. Veo mi presencia innecesaria en la casa condal.

Sumaría más peligros a la señora, y ya bastantes tiene.

–La situación –añadió Olaf, comprendiendo su postura– no es irreversible. Yo también me iré..., pronto. Una vez yo haya concluido mi trabajo y vos os hayáis recuperado totalmente de vuestras heridas, retornaréis sin duda a vuestro puesto de capitán de la guardia. Ahora –endureció el tono, como no admitiendo réplicas–, partamos.

Osso suspiró, algo esperanzado por sus palabras, y se limitó a obedecer.

Mientras se subían a sus cabalgaduras, Nuño deslizó en voz baja un agradecimiento a Olaf por el gesto. Otro en su lugar se hubiera regodeado y hubiera aprovechado la ocasión para humillar a su rival; El Negro, sin embargo, no, y Nuño se lo reconoció levantando el dedo pulgar. Olaf se limitó a devolverle una mirada de agradecimiento y, al instante, partió al galope, satisfecho de que alguien se hubiera dado cuenta de su magnánimo gesto.

Casa de la condesa en Compostella

Abandonó la pluma sobre el pergamino y se levantó. Llevaba horas haciendo gestiones, y estaba cansada. Y aún debía esperar la llegada de Olaf con Santiáguez. Se preguntó qué tal se habría tomado éste su destitución; con lo orgulloso que era, seguro que mal y que, en cuanto pudiera, le pediría marcharse, pero ella no se lo permitiría. Osso Santiáguez retornaría pronto a su puesto. Para Olaf tenía otros planes, aunque eso no lo podía saber nadie aún; ni siquiera él mismo. Se asomó al cenador interior y respiró profundamente, dejando la mente libre, perdida la mirada en el infinito. Los guijarros del suelo rechinaban al pasar los carros con las vituallas. Los martillazos de un hojalatero en su taller retumbaban. Desde las cuadras emanaba un olor a paja fresca y a heno recién cortado.

Oyó relinchar a su alazán y, desde arriba, con un chistado, lo tranquilizó.

El viento la revitalizaba, pintaba sus mejillas del color de las bayas y jugaba con su velo. Necesitaría de todas sus energías. Había llegado el momento de la verdad, de jugarse el todo por el todo, y afrontarlo con garantías requería tener la cabeza despejada y el ánimo entero.

Escuchó entonces el ulular de la lechuza y se encaminó hacia el ala sur, donde se había instalado Sisalda, aprovechando que Onneca había salido a hacer unas compras navideñas, acompañada por doña Suavia y sus hijas, que habían llegado la tarde anterior a Compostella, y que Olaf aún podía tardar. Atravesó el corredor y dejó que la fina lluvia humedeciera su brial

de terciopelo verde con la misma delicadeza que el rocío impregna los prados en primavera.

En el cuarto, picaba el olor a incienso que desprendía un quemador. El aya, rodeada de piedras y velones, invocaba a sus deidades antiguas. Se lo había visto hacer muchas veces, sobre todo de niña, cuando a escondidas la espiaba mientras ésta hablaba con seres invisibles y ordenaba a las fuerzas de la naturaleza que trabajaran para ella.

–¿Qué hacéis? –preguntó. Sisalda, encerrada en un manto que la condesa reconoció como suyo, canturreaba una letanía y dejaba que las fuerzas invisibles levantaran remolinos de polvo en la estancia en penumbras; había también musgo, bolitas de acebo, plumas, flores, amarillos pétalos de acacia... Nunca había dejado de sorprenderla el misterioso poder que la anciana ejercía sobre los flujos de la madre Tierra, las tormentas y los árboles–. ¿Magia?

Sisalda se volvió, airada.

–Pedir a la Mater ayuda no es hacer magia. Es protegeros –le contestó. Se había pintado para la ocasión los ojos con tinte negro, a rayas, como surcos de arado, en su lado derecho. Parecía una vieja maga, una sacerdotisa antigua, emergida a la vida desde alguna grieta del tiempo–. No toquéis las piedras sagradas –le advirtió al ver que Nunilo se acercaba y movía sin querer el círculo con el pie–. Me ha costado mucho convencerlas de que trabajen para vos... Son remisas a hacerlo por alguien que no se toma la molestia de creer en ellas. Vuestra mitad de sangre bárbara os hace ignorante. Vuestra parte racional ha inundado vuestra parte intuitiva. Andáis coja por la vida, aunque no lo sepáis...

–Ya... Así que habéis logrado convencer a las piedras... –Sisalda, sin hacerle caso, continuaba su ritual: colocó el tribal, haz con los tres rayos de luz de sus ancestros celtas, y volcó un pequeño cuenco de tréboles recién cortados.

–Sí, y me informan de que estáis tramando algo peligroso. Vais a dar el paso definitivo, ¿no? ¿Estáis decidida? –le preguntó, y Nunilo supo que Sisalda podía leer sus pensamientos, que siempre lo había podido hacer. En su mirada asomaba la certeza de comprender lo que estaba preparando, y Nunilo, que no estaba dispuesta a afrontar un sermón, mudó el gesto y se marchó sin decir nada. No podía permitir que Sisalda dinamitase su valor.

Cuando cerró la puerta tras de sí, un torbellino oscuro y potente se produjo en el interior de la estancia. Miles de partículas de color zumbaron hasta el techo, escapando por las rendijas de las ventanas, revolviendo el pelo y el vestido del aya, que se sintió levitar.

–*¡Oh, deuses protexa esta muller, garde o ceo eo inferno, bendiga para o futuro!* –gritó Sisalda, aún dentro del círculo trazado, con el espejo

hecho añicos a sus pies. Después, la cólera de los elementos dio paso a la calma. El murmullo del gentío se coló por la ventana, al igual que el susurro de los álamos temblones, el golpeo cantarín de la fuente donde todavía habría lavanderas y el aleteo de unas moscas. El silencio dentro era denso, sofocante, extraño..., tanto que hasta el ligero descansar de los copos de nieve en el alféizar se escuchaba con nitidez. Un trueno retumbó a lo lejos–. *Ventos, rochas, árbores, nos dan acubillo nos días difícile* –susurró al fin.

«Zooom». Y los postigos se cerraron.

Palacio del obispo de Compostella

Nunilo eligió su ropaje de seda púrpura con el escudo familiar multiplicado como en un juego de espejos sobre la tela de las polleras. Por debajo, un brial de lana del mismo tono amapola; en los pies, unos borceguíes de piel de cervatillo, y, finalmente, una ostentosa capa sujeta al pecho con dos rosetones de plata.

La habían peinado con primor y le habían perfilado los ojos con *khol*. La doncella había dado un último retoque de color a sus mejillas con polvo de óxido y encerado con cera de abeja los labios para que parecieran frescos y jugosos.

Era llegado el día de Nochebuena, y se disponían a marchar hacia el palacio del obispo. Del brazo de Olaf, que vestía su mejor loriga y un manto rojo con el escudo de la casa de Breixos estampado en el lado derecho, traspasó el umbral de su domicilio. Se sentía feliz. Le sonrió, intentando conferirle seguridad por el presente y el futuro por venir. A través de sus guantes podía notar su su pulso, algo acelerado, como el suyo, y ensanchó la sonrisa. Él, aunque lo negase, también estaba alterado, pero más lo estaba ella, pues aquel día, sin que nadie lo imaginase, era la presentación del hombre que había elegido; la primera ficha de su peligrosa partida de ajedrez, el movimiento que definiría su estrategia.

–¿Qué tal se me ve? –preguntó Olaf.

–Sencillamente perfecto –le contestó sin más, y ordenó partir de inmediato.

–Sí, vayámonos ya; si no, llegaremos tarde –asintió Olaf. Sentía un nudo en el estómago; estaba impaciente por terminar la jornada y comprobar que todo había salido bien.

–*Vitor, vitor, vitor!* –oyeron nada más salir.

Por las calles, el gentío los vitoreaba. Olaf se sintió fuera de lugar, aunque también orgulloso de que lo hubiese elegido como acompañante. Ni de joven, cuando acompañaba a su padre a las asambleas de los *jarls* en

su lejana Noruega, había podido lucirse como en esa ocasión, y menos junto a una mujer como aquélla.

Aún no podía superar que Nunilo era la dama de Jacobsland, pero se reconocía que le estaba bien empleado. Su ansiedad por conocerla lo había cegado, y ella se había reído en sus narices; había sido capaz de llegar incluso a ofrecérsele en la cama con tal de salvarse. No era Nunilo quien le había decepcionado, sino él mismo, y no podía evitar sentirse estúpido.

–Las armas –le pidió la guardia real que, a la entrada del palacio arzobispal, recibía a todos los invitados al festín.

La cena fue copiosa: potes y caldos para entrar en calor, capones con grosellas, cordero a la miel, truchas del Miño asadas; habas y berzas fritas con panceta, herbolada, mollejas, cuajada con piñones; mazapanes traídos de la misma Toledo; buñuelos de saúco, liebres asadas, perdiz escabechada, jabalí...; así, hasta un total de cuarenta platos.

Desde un banco alejado, permanentemente inquieto y acompañado por otros soldados que ya comenzaban a estar bastante bebidos, Olaf asistió al banquete. Presentía algo peligroso en aquel cálido ambiente. Y, además, desde la distancia, Nunilo no era hermosa, sino sencillamente majestuosa. Tal vez hubiera mujeres más dulces y bellas, más delicadas o sensuales, pero no tan subyugantes. Emanaba fuerza y poderío. Don Munio parecía también ciego por ella, atrapado como una mosca en su red invisible. Y Olaf observaba a su alrededor preocupado. La inquina, la tensión, flotaba en el ambiente.

–Ja, ja, ja –vibraban las risas desde la parte noble, pero Olaf no logró entender los comentarios que tanto parecían divertirlos. Incluso por un momento, cuando la mirada del señor de Caldas se posó en él, tuvo la sensación de que era él el motivo de la guasa, y eso lo encorajinó. «Veremos quién se ríe el último», pensó.

–¿Hace un guiso? –le preguntó el hombre que tenía al lado, y Olaf aceptó. Sería mejor olvidarse de aquellos tipos por el momento; ya los pondría en su lugar cuando tuviera ocasión.

Estaba muy cerca de conseguir demostrar que el señor de Caldas era un traidor, pero las pruebas se habían demoraban, y Olaf esperaba que no fuera demasiado tarde. Si Nunilo se veía obligada a pasar por el altar, si para entonces no había logrado la libertad que ella le había prometido, dejaría atrás Gallaecia al instante. Pero ¿alejarse de ella y dejarla expuesta a que ese condenado le hiciera daño? Su conciencia le decía una cosa y su corazón, otra. Sabía en el fondo que no podría irse hasta que estuviera a salvo.

Tras el último plato, un sorbete de granada cuyo sabor le resultó totalmente desconocido y exótico, Nunilo lo hizo llamar para acompañarla a la catedral. La misa del gallo comenzó a las doce de la

noche. El coro empezó a cantar y Nunilo, sentada dos bancos a la derecha de la regente, que presidía el oficio, acarició su relicario de hueso de ciervo. Se respiraba solemnidad.

–*Dixit Dominus*... –elevó la voz don Rosendo, que imponía; con la mitra puntiaguda y la dalmática bordada en oro.

Tras varios cánticos de los monjes de cabezas tonsuradas y salmos en latín, unos niños soltaron los pajarillos, se consagró la hostia y se rezó por las víctimas.

–*Ave Maria, gratia plena, dominus tecum; in mulieribus et benedictus fructus ventris tui Jesus...*

Tras la comunión, en fila, abandonaron el templo. Nunilo, del brazo de su caballero. El obispo no le había mencionado nada al respecto, y la regente sólo le había lanzado una mirada sarcástica. Don Munio la seguía con la mirada, incrédulo de que se hubiera atrevido a tanto, de que lo desafiara no sólo haciendo correr por ahí el rumor de que se casaría con el joven Ansúrez, sino pavoneándose con aquel extranjero delante de toda la corte. Ya se había asegurado de explicar a la regente que la condesa le había dado palabra de casamiento tras su rescate, presentando incluso una carta firmada por el conde de Gallaecia dando fe de lo dicho, pero la regente le había pedido tiempo para hablar con la joven.

Por su parte, el joven Hermenegildo, celoso, había tratado a la condesa con cierto desdén.

–Idos deshaciendo de ese perro rubio o lo mataré yo con mis propias manos –le había espetado en tono insidioso–. No pretendáis hacerme pasar por un cornudo consentidor. En cuanto nos casemos, tendrá prohibida la entrada a mi castillo.

«A mi castillo», había dicho, y Nunilo no se había reído porque no era ni el momento ni el lugar; no a la entrada de la catedral y a unos pasos de su alteza. Pese a tener buena planta, más fornido y alto de lo esperable en un muchacho de quince años, Hermenegildo no era más que un crío majadero que se creía «el elegido». «Bien..., que siga pensándolo», se dijo ella. El rumor de la posible boda había causado ya trifulcas entre los Aloítez, los Ansúrez y los Menéndez; los rumores se habían convertido en un *casus belli* entre la nobleza gallega. «Como me enseñó padre: divide y vencerás. Sólo debo mantener la cabeza fría», se animó.

A la mañana siguiente, partieron hacia las tierras de Breixo. Doña Elvira iba acompañada por un gran séquito, con nobles como don Pero, quien finalmente se había presentado en Compostella de luto por el fallecimiento de su hermano Ruy en la guerra; el propio don Munio; Adosinda Gutiérrez, viuda del rey Ramiro II; los duques de Solana y sus hijas; Gontrada Ansúrez, hermana de la reina Teresa; la condesa Eilo y su esposo Alfonso Ansúrez, los condes de Tuy y de Oporto, varios prelados

y, por supuesto, representantes de las grandes familias gallegas.

La salida de la Villa Iacobi resultó espectacular. Al menos un centenar de piquetes precedían a la regente y los cortesanos. Pendones y estandartes anunciaban de quién se trataba mientras el retumbar de los cascos de los rocines sobre las piedras de la plaza de Pelaio atronaba la ciudad. Muchos aldeanos se habían echado a la calle para ver partir la comitiva, y el obispo despidió a su real invitada desde la puerta del palacio.

Dejaban atrás unos días de gran trasiego. Las damas de la corte habían visitado junto a la princesa hospicios y hospitales, y también habían atendido a los familiares de las víctimas del ataque normando y ofrecido bolsas de oro a los abades para que siguieran pidiendo la intermediación de Dios en los asuntos terrenales. Las penas con oro eran menos, y eso, unido a la explicación que en sus discursos había dado la regente, parecían haber calmado algo los ánimos.

–Necesito que comprendáis cuánto lo lamento. Ojalá pudiera hacer más... El ejército real de León estaba luchando en la frontera con Navarra y manteniendo a los sarracenos a raya en Bardulia –había explicado doña Elvira–. Pero sé que esto no aplacará vuestro dolor... Por eso, os juro ante el Altísimo que no volverá a suceder. Pagaré de mi propio peculio tropas para que día y noche ayuden a vigilar estas tierras. –Sus palabras fueron secundadas por aplausos.

«Se calla, la muy zorra», pensó Nunilo, «las trifulcas con el conde de Castilla y otros nobles levantiscos que a punto han estado de desgajarse de León. Ahora necesita a Gallaecia, y por eso recurre a ella, pues, si en Castilla se vuelven en su contra, seremos los norteños quienes debamos sustentar su posición...». Esto, desconocido por la plebe, se lo había comentado esa mañana doña Suavia al oído mientras los clarines daban la orden de partida, los gallardetes aleteaban al viento y las monturas piafaban inquietas.

–Hay mucha tensión en la corte –le había cuchicheado–, y para colmo la reina viuda, doña Teresa Ansúrez, anda diciendo por ahí que fue su cuñada quien mandó asesinar a su amante. De momento, el obispo de Oviedo no la deja salir del convento, y por eso ha avisado a su familia de que doña Elvira la tiene secuestrada... Pero los mismos Ansúrez están tan hartos de ella que no le han hecho caso. ¡De eso se va librar la regente! Esa vieja monja es de las que tienen suerte. Ha nacido con estrella –se rio.

La llegada a Castello Branco resultó igualmente ostentosa. El primer día, la condesa se dedicó a alojar a sus invitados, especialmente a la regente, y a enseñarles los daños sufridos: las costuras aún no cerradas en el torreón sur, el foso espolvoreado de cascotes. Esa misma noche, antes de la cena, recibió la visita de Olaf en sus dependencias; prácticamente no

lo había visto en toda la jornada.

–Condesa, me gustaría hablar con vos. –Ella accedió–. Tengo ya todas las pruebas. Efectivamente, don Munio está conspirando contra la regente. Los hombres apostados en los alrededores de su castillo me han informado de que hace dos días llegó una importante partida de armas en un barco de bandera franca. Tal vez aproveche su estancia aquí; podría cortar el acceso de vuelta a León a la regente, no sé si con el propósito de matarla o simplemente de retenerla... ¿Qué queréis que hagamos? ¿Deseáis informar a la regente o esperar? Hacerlo –insistió él– podría resultar peligroso, pero, a mi entender, es necesario. Además, tenemos la baza de Santiáguez, que declarará que vio a quien mató a don Sisnando, y de los hombres que hemos sobornado.

–«Sobornado» es una palabra muy desagradable..., y en este caso injusta –comentó pensativa Nunilo–. Si ese maldito hombre no hubiese asesinado a los testigos auténticos, nosotros no hubiéramos tenido que falsear ninguna declaración.

–En eso –contestó Olaf–, estoy totalmente de acuerdo. De todas formas, no seréis ni la primera ni la última que soborna a un testigo en un juicio.

Nunilo se retorció las manos, sudorosas por los nervios, y lo hizo salir. Mandó un aviso urgente a doña Elvira para que la atendiera, y ésta, sorprendida por la premura, aceptó. Nunilo se presentó ante ella temblorosa, angustiada, y le contó todo lo que sabía de golpe.

–Espero que estéis en lo cierto –dijo al fin la regente, furiosa, dando la orden de que sus hombres partieran al momento para confirmar las sospechas de Nunilo–. De ser así, os estaré profundamente agradecida. Ahora, salgamos y hagamos como que nada sucede. Todo el mundo espera que hable con vos para haceros entrar en razón sobre vuestro matrimonio. Dejemos que se lleven la sorpresa.

Nunilo asintió con la cabeza, esperanzada, y la siguió hasta el salón principal, que en ese momento acogía a todos los nobles.

Allí, don Munio se entretenía escuchando a los trovadores; se reía con unos saltimbanquis que la condesa había contratado para esos días y tejía conspiraciones. Mientras, el capitán Assier Gutiérrez, hombre de confianza de doña Elvira, partía en secreto con diez soldados más, guiados por El Rojo, hacia las tierras de los Aloítez, cercanas a Adóbrica.

–Gracias –le susurró la regente de nuevo cuando ya entraban en el salón.

–A mí no, señora, al capitán de mi guardia. Es él quien ha descubierto la conjura –contestó Nunilo.

–Está bien. Mas pensad que esto no cambia nada. –La miró con intensidad–. No voy a aplazar vuestra boda ni a permitiros que sigáis sola.

Confío en que os hayáis decidido de una vez; vuestra demora está causando muchos problemas y enfrentamientos entre los nobles.

La señora de Breixos asintió e, inclinándose, se separó de la regente. Bien sabía que los acontecimientos debían seguir su curso.

* * *

Tres días después, la jornada previa a la fiesta de Epifanía, doña Elvira la mandó llamar. El capitán Gutiérrez había encontrado en el castillo de don Munio el armamento, y las sospechas eran fundadas. Nunilo se sintió levitar.

–Esperaré a mañana –dijo la regente–. Mañana lo mandaré detener..., en la cena de Epifanía. Espero que el hecho sea sonado. Eso desanimará a otros que puedan estar pensando lo mismo. Ha llegado la hora de tratar a esos bastardos como se merecen –concluyó, furiosa.

–Gracias, señora. Si me permitís, deberíais tomar medidas por si los suyos, sus fieles, se sublevan. Son bastantes...

La regente asintió, y Nunilo corrió a dar la buena nueva a Olaf, pero se encontró con que éste la esperaba mortalmente serio.

–La princesa ha confirmado vuestra información. Está realmente agradecida..., y yo también. Pedidme lo que queráis, sabré ser generosa –desplegó una sonrisa espléndida que se le borró de un golpe de los labios cuando él, lejos de pedirle oro, le reclamó su libertad.

–Dijisteis que me la daríais. Y creo que me la he ganado.

–¿Estáis seguro de querer iros tan pronto?

–Es lo mejor para todos –contestó él–. Vos estaréis casada en unos días; tendréis un esposo que os proteja. Ya no me necesitaréis.

–Veo que estáis deseando marcharos... Que así sea –replicó con la voz quebrada.

Triste, furiosa, salió corriendo hacia sus aposentos, donde, una vez tumbada sobre su lecho de plumas, se echó a llorar con desconsuelo. Aquello echaba por tierra todos sus planes, pero sabía que debía afrontar la realidad. Él quería volver con los suyos, prefería abandonarla; y a ella sólo le quedaban unas horas para estar con él, de disfrutar de su libertad. Pronto estaría casada, sacrificada en el altar de las conveniencias. Entre lágrimas, Nunilo rogó a todos los dioses, cristianos y paganos, que se le concediera una última oportunidad.

Condado de Breixos

La mañana de Epifanía la sobrellevó con fuerza de voluntad. A primera hora, junto a doña Elvira y otras damas, visitó el mercado en el puerto, las obras en las torres del oeste y los restos de la ermita de Santa Eulalia. Contrastaba su oscuridad ruinosa con la luz del día. Había tanto sol que parecía no caber en el horizonte, pues desbordaba la vista. Luego, por la tarde, regalaron bolsitas con piñones y nueces a los vasallos que acudieron ante los abetos llenos de velas encendidas con que se adornó el bosque que daba acceso al castillo. Al anochecer, regresó a sus aposentos para engalanarse y envolver los regalos que entregaría tras la cena. Para la regente, había elegido un anillo de oro de filigrana que le había costado una fortuna.

–Condesa –la detuvo en el pasillo Olaf por sorpresa–, me gustaría daros algo. Mi regalo... de despedida.

–Bien, pues dádmelo –le dijo ella con frialdad, extendiendo la mano.

–Esperaba poder hacerlo en privado. –Ella asintió con desgana y le permitió entrar en su gabinete–. Querría que tuvierais esto –dijo, entregándole un pequeño saquito que contenía una larga fíbula de oro que simulaba una ninfa. Nunilo trató de mostrarse impasible, pero, a su pesar, los ojos se le nublaron de lágrimas.

–¿Puedo? –le preguntó él, un tanto emocionado, ofreciéndose a cambiárselo por el que le colgaba del manto de lana–. Es algo a vuestra altura, tan hermoso como vos –Olaf, sin casi darse cuenta, le acarició la mejilla. Al instante siguiente, le besaba el cuello con ternura. Ella se mantuvo quieta–. Nuniloooo –susurró en tono cálido y sensual.

Entonces ella sí se sintió ceder.

–Por favor, no os vayáis todavía... –le suplicó volviéndose–, no hasta que la visita de la regente finalice. Por favor... –Olaf asintió y se separó de ella con los ojos vidriosos de deseo. Nunilo se sintió de repente esperanzada–. Acudid esta noche a la cena y sentaos bien a la vista. No me falléis, os lo ruego.

–Muy bien, condesa, haré como me pedís. –Hizo una reverencia y se marchó, preguntándose qué diablos pretendía ella obligándolo a asistir a una cena en la que claramente estaría tan fuera de lugar.

Nunilo ya estaba dando órdenes a su doncella para que la peinara mejor que nunca y la ayudara a vestirse un brial verde con el pecho cuajado de esmeraldas cosidas con hilo de plata. Cuando se sintió lista, salió de sus dependencias.

Había una auténtica algarabía en el salón. Aquella noche era especial, y allí se habían reunido los nobles al son de la música, los trovadores, los comefuegos y los saltimbanquis. En una esquina aguardaba un osezno amaestrado que bailaría sobre dos patas.

Nunilo permaneció toda la cena en silencio, aunque resplandeciente y

con los ojos brillantes, sentada al lado de su alteza real. Cuando ésta, terminada ya la cena, se levantó, animó a su anfitriona a que hiciera lo mismo. Todo el mundo calló al instante. La condesa iba a proceder, por fin, a hacer público el nombre del esposo elegido, y la expectación era evidente. Olaf no pudo evitar sentir una honda tristeza.

–Mi elegido es... –se le quebró la voz– Olaf Gustafson, el capitán de mi guardia.

El resoplido fue general, seguido al momento por voces, insultos y palabras de sorpresa.

–¡Zorra! ¡Traidora! –escuchó, pero no se inmutó. Se lo esperaba.

Junto a ella, la regente había empalidecido y la miraba con furia en los ojos.

–¿Cómo os atrevéis? –dijo en voz queda–. Vuestra elección es del todo improcedente.

–¿Por qué? –le preguntó desafiante Nunilo–. ¿Acaso no me dijisteis que eligiese a quien pudiera protegerme? ¿Habría alguien mejor? Él nunca antepondría otros intereses familiares a los míos. ¿Acaso me prohibisteis que fuese extranjero? Además, su elección os libraría –le dijo mientras el barullo, las patadas contra el suelo y los gritos casi no les permitían escucharse– de conflictos entre los diferentes clanes principales. No inclinaría la balanza ni a un lado ni a otro, y libraría a su alteza de un conflicto engorroso.

–Prendedla –se oyó a Munio Aloítez a lo lejos, y Nunilo le devolvió una mirada dura.

–Sabéis como yo que cualquier elección entre ellos –le trastabillaron las palabras, pues sabía que sólo disponía de unos segundos, mientras señalaba las bancadas donde se sentaban los nobles– romperá el frágil equilibrio existente... Dejémoslo estar. Un extranjero no tendrá poder para conspirar contra vos, ni tampoco para traicionarme a mí. Es lo más seguro. Y, además, ¿pensáis que permitiría que los suyos robaran lo que ahora le pertenece? Es la opción más segura para impedir una nueva incursión vikinga... Él se encargará de que así sea –razonó deprisa. Podría haber hablado con ella de eso días antes, con calma, pero sabía que se habría opuesto por principios, que la noticia habría corrido como la pólvora y que don Munio habría tratado de matar a Olaf.

–Sois muy lista, condesa. Visto así... –murmuró doña Elvira por lo bajo.

Mientras, los gritos proseguían, y los Aloítez maldecían al perro infiel que había arrasado esas tierras, amenazando con matarlo allí mismo.

–¡Lo que hay que hacer es cortarle la cabeza, como hicimos con todos! Esta broma de mal gusto nunca debería haber llegado tan lejos. No podemos permitir que un maldito pagano ocupe el condado de Breixos y

cobre los impuestos del puerto más rico de Gallaecia –gritó un Ansúrez.

Nunilo, pálida y más nerviosa de lo que podía reconocer, miró hacia él. Era un tipo mofletudo con una gran papada y un ojo de vidrio. Más feo que un dolor. Ulferio Ansúrez era el tío materno de Hermenegildo, el joven que se creía «el elegido» y al que habían tenido que sujetar sus familiares para que no se liara a espadazos con Olaf. Volvió la vista hacia el normando. Parecía desconcertado, y miraba en derredor en silencio, arropado por sus hombres. Le devolvió la mirada y sonrió. Y eso le dio a ella valor.

–¡Él ya ha expiado su culpa! –gritó Nunilo a la princesa al darse cuenta de que parecía prestar atención a los bramidos de los más recalcitrantes seguidores de don Munio. Uno de los más ancianos se había levantado y dio un golpe en la escudilla para que la muchedumbre atendiera al hombre que en ese momento se levantaba tras él.

–Sois una zorra... ¡Merecéis que os retuerzan el pescuezo! –exclamó, rojo como la grana de vergüenza el joven Hermenegildo. La miraba sin pestañear, el coraje le desbordaba la lengua. Sin duda, se sentía humillado, y Nunilo supo que se había ganado un enemigo mortal. Pero nada podía hacer; había sido una pieza necesaria en el juego.

–Alteza –se dirigió de nuevo a doña Elvira–, es verdad que participó en el saqueo, pero también que ha dedicado meses a la reconstrucción de nuestros hogares, y es, no lo olvidéis, a quien debéis la vida... –Nunilo subió el tono de voz para hacerse escuchar–. Este hombre –señaló a Olaf– me salvó la vida, ha reconstruido mi castillo, ha vuelto a levantar vuestras chozas –movió la mano en círculo como para abordar a aquellos aldeanos que esa noche asistían a la cena desde los bancos traseros– y ha salvado la vida a la princesa. Es un gran *jarl*, es un noble normando –mintió sin que le temblara la voz. Olaf la miraba sin saber cómo intervenir sin causarle más problemas–. Y, además, lo amo.

–¿Y desde cuándo esto es una cuestión de amor? –le preguntó doña Elvira–. ¡No olvidéis quién sois!

–Señora, me lo debéis –respondió, desafiante, a doña Elvira.

Estaba jugando con fuego, pero no tenía alternativa. Durante unos minutos que se le hicieron eternos, vio pasar ante sí los meses que había compartido con él: su risa desnihibida, sus labios húmedos de deseo, su cuerpo en la cuba enjabonada, su pelo rebozado de sangre bajo el casco la mañana de la incursión, sus gritos desgarradores al no encontrarla en el castillo cuando regresó de Compostella, la seguridad que le infundía sabiéndolo cerca...

«Taráaa, taráaa», seguía sonando una flauta de fondo. El oso saltarín parecía ir a lo suyo, mientras el enano que lo acompañaba con una pandereta intentaba que le prestaran atención sin demasiado éxito.

Finalmente, la regente se removió. Crujió su severo vestido gris y todos sus nervios se tensaron como un arco.

–Está bien, me habéis convencido –murmuró, y Nunilo soltó aire. El suspiro no pasó desapercibido para los que estaban cerca–. Aunque no sé si ese hombre estará lo suficientemente loco como para aceptaros... A estas alturas, ya debe conoceros lo suficiente como para saber lo complicada que sois y los problemas que creáis. Acercaos –ordenó a Olaf–. ¿Lo estáis? ¿Estáis tan loco como para aceptar a la condesa de Breixos como esposa?

–Desde luego, alteza –contestó Olaf.

Desde los bancos más alejados, los plebeyos aplaudían; desde los más cercanos, los nobles silbaban. Los vasallos de la condesa habían sido los primeros en escupir a los pies del extranjero, pero en esos últimos meses habían comprobado que era un buen hombre, y no estaban dispuestos a cambiarlo por don Munio. A todos, la regente les ordenó callar, y dos cuernos sonaron al unísono a un gesto suyo. El silencio fue general. La algarabía y la chimenea generaban un calor tal que la anciana regente mostraba, inusualmente, color en sus mejillas. Como si hubiera rejuvenecido años de golpe.

–Supongo que habréis sido bautizado. –Olaf, recordando la advertencia de Nunilo, asintió en falso–. Poneos de rodillas. Con esta espada –dijo, levantándola–, yo os nombro caballero, par del reino de León, señor y conde de Breixos... y miembro del Consejo Real de Gallaecia.

Olaf la miró boquiabierto, pero aún más sorpresa se llevó después.

–Don Agapio –llamó doña Elvira señalando a uno de los religiosos de su séquito–, casadlos ya, ahora mismo. No admitiré más demora. Hacedlo antes de que me arrepienta y tenga que mandar colgar del palo mayor a la condesa.

–¡Gracias, alteza! –exclamó Nunilo, besando unas manos que la regente retiró.

–¡Eso, jamás! ¡Por encima de mi cadáver! –gritó don Munio, acercándose peligrosamente a ellas.

Al momento, cuatro hombres de la guardia real lo rodearon.

–Don Munio Aloítez, ¡daos preso por alta traición! –exclamó el que parecía el de mayor rango, mientras los otros lo maniataban entre las protestas ya salvajes de sus hombres, la pelea en las filas nobles y el aplauso de otros clanes gallegos enemigos.

–¡Esto no quedará así! –gritó don Munio con la cara deformada de ira–. ¡Y vos... –no terminó la frase; miraba furioso a Nunilo– tendréis vuestro merecido, aunque sea lo último que haga en esta perra vida!

–A vos, ¿qué? –le respondió ella, también amenazadora, mientras

aceptaba el velo que le ofrecía su hermana Onneca y el anillo familiar que a toda prisa había ido a buscar Sisalda–. ¡Idos al infierno, maldito traidor! Hoy no os espera un lecho conyugal, sino la horca. Conspirador, asesino..., ¿acaso no sabéis que también os vieron asesinar a traición al obispo don Sisnando?

–¡Mentís, furcia! –dijo, revolviéndose con tal fuerza que se soltó de sus captores y, tras robarles una daga, se llegó a su altura.

Se abalanzaba para matarla cuando Olaf, de una zancada, se interpuso y lo empujó con todas sus fuerzas. Don Munio cayó al suelo, inestable como iba por el mucho alcohol que había ingerido ya esa noche de Reyes. Los soldados lo agarraron al momento y se lo llevaron a rastras hacia las mazmorras. Al mismo tiempo, los guardias de la condesa se liaron a espadazos con los hombres del Aloítez, subiéndose por las escaleras de caracol, volcando mesas y lanzando escudillas por los aires.

Algunos nobles intentaron ayudar a don Munio, entre ellos el conde de Gallaecia, don Gonzalo, que, sorprendido por aquella inesperada detención, intentaba mediar con la regente, hacerla entrar en razón, pero ésta no parecía hacerle el menor caso.

–Hacéis mal en defenderlo con tanto ahínco –dijo doña Elvira a don Gonzalo–. Creed lo que os digo: ese hombre no sólo pretendía terminar conmigo, y con mi sobrino, también con vos. Lo estorbabais. Su ambición ha sido su perdición, su talón de Aquiles –concluyó, y le ordenó que su guardia pusiera orden. El sabor acre de la sangre maridaba muy mal con el vino.

Muchos nobles se marcharon enojados esa noche del castillo de Breixos, con el rabo entre las piernas, amenazando a doña Elvira con retirarle su apoyo armado. Pero otros tantos aprovecharon para jurarle fidelidad y saludar al nuevo conde. El mismo hombre al que habían desairado hacía unas horas, era ahora considerado un par, un igual, pues no convenía estar a mal ni con doña Nunilo ni con la regente.

No tardó doña Elvira en ordenar al sacerdote que empezara la ceremonia. Olaf se situó al lado de Nunilo, prendidas las miradas, más feliz de lo que recordaba haber sido nunca, sin pensar siquiera que ella había tomado aquella decisión sin habérsela consultado; por el contrario, había comprendido que ella lo amaba y había jugado sus cartas con mucha destreza, a la altura de la dama de Jacobsland.

En un susurro, dio las gracias a Freya. Aquello debía parecerse al Asgard, pensó. Esa Freya diosa del amor que tanto le había hecho sufrir tiempo atrás parecía al fin su aliada. Ella también era una guerrera, el mundo de los vanir y de las espadas no le eran ajenos. Como Sela le había pronosticado una vez tras echarle las runas, Freya provocaba en él un huracán, llevaba el timón de su existencia. El amor, y no la guerra, era lo

más poderoso. Una vez lo había arrastrado al abismo, ahora parecía lanzarlo hacia a las estrellas.

–Olaf Gustafson, hijo de... –comenzó el sacerdote–, deseáis tomar por esposa a doña Nunilo Fáñez...

Nunilo parecía sostenida por el ramo de brezo rosa que su hermana le había tejido en unos minutos con las flores de los centros de las mesas. Temblaba descontroladamente. No se podía creer que finalmente lo hubiese conseguido, y la felicidad le resbalaba por las mejillas. Olaf le limpió las lágrimas, ajeno a lo que el cura recitaba y al resto del mundo.

Finalizada la ceremonia, la regente se retiró. Entonces, Olaf besó a la novia y, tomándola en brazos, la subió a sus dependencias.

A la mañana siguiente, las campanas de toda Gallaecia repicaron de nuevo. Volvían a tocar a gloria.

Nota histórica

Algunos historiadores aseguran que los normandos comandados por el rey Gondrod llegaron a estar hasta tres años en Gallaecia; otras fuentes hablan de dos, o de uno. Dada la disparidad de datos, he optado por el tiempo que mejor se adaptaba a la narración.

La isla de Cortegada es un parque natural protegido que posee el mayor bosque de laurel de toda Europa. A principios del siglo XX, sus vecinos quisieron regalársela al rey Alfonso XIII para que construyera allí su palacio de verano; incluso llegó a haber planos y un proyecto, pero el plan se suspendió al saberse que el rey había elegido otra ubicación, en Santander, lo que hoy es el Palacio de la Magdalena.

Una de las bebidas favoritas de los vikingos era el *wisggbeathaa,* el agua de la vida, un tónico alcohólico hecho con cebada, agua y turba, antecedente del whisky actual, que habían logrado conocer gracias a la tribu de los pictos de Bretaña, cuya receta guardaban con gran celo.

De los celtas galaicos del norte de España ya se hablaba en el siglo I a C. Las primeras referencias documentales que se encuentran sobre la sociedad castreña son las de los cronistas de las campañas militares romanas, como Estrabón o Plinio el Viejo. Describen a los habitantes de estos territorios como un conjunto de bárbaros que se pasaban el día peleando y la noche bebiendo y danzando bajo la luna, en extraños rituales.

Algunas tesis sostienen que los celtas de Gran Bretaña e Irlanda proceden de Gallaecia. Esta leyenda fue recogida en un manuscrito irlandés del siglo XI: *Lebor Gabála Érenn*, o *Libro de Conquistas*, conocido popularmente como la leyenda de Breogán, que narra las diversas invasiones a la isla esmeralda. El manuscrito relata que el rey Breogán construyó en la ciudad de Brigantia, situada en la península ibérica –y que algunos arqueólogos identifican con A Coruña–, una torre de altura tal que sus hijos, Ith y Bile, podían ver una distante orilla verde desde su cima. La visión de esa lejana tierra los llevó hacia el norte, hasta

Irlanda, donde Ith sería asesinado. En venganza, los hijos de Mil, nieto de Breogán y sobrino de Ith, navegaron desde Brigantia a Irlanda y la conquistaron.

En el año 813, se produjo un acontecimiento que causó un gran impacto en toda la Europa cristiana: el hallazgo en un bosque, de forma un tanto milagrosa, de un sepulcro que se dijo era del apóstol Santiago. Hubo apariciones, extrañas luces, y el rey de León, Alfonso II el Casto, además de construir inmediatamente una ermita en ese lugar, dio, parte al Papa de Roma. Así surgió una nueva ciudad, Santiago de Compostela. En torno a ese sepulcro comenzó de forma espontánea un movimiento de peregrinación que continúa más de mil años después. La devoción se extendió rápidamente durante la Edad Media, y Santiago se convirtió, junto a Jerusalén y Roma, en la tercera ciudad santa. El año pasado, tuvo alrededor de 300 000 peregrinos, llegados de todo el mundo.

Desde hace años, los vecinos de Catoira representan el desembarco vikingo en sus fiestas, en agosto, conmemorando el ocurrido en el año 968.

La resistencia de las tribus celtas del norte peninsular a la dominación romana es legendaria. Quinto Sertorio fue derrotado cuando lo intentaba en el año 73 a. C. Diez años después, Julio César, designado por el Senado *propraetor* de la Hispania Ulterior, retomó el avance en la dominación de esta provincia, comandando personalmente una incursión marítima que desembarcó en Brigantium (A Coruña), en lo que entonces era la terminación de la llamada vía del Estaño, y logró dominar la zona costera. El interior siguió resistiéndose al poder de Roma varios años más, a pesar de los esfuerzos de César Augusto. La Pax Romana no se alcanzó hasta el 23 a. C.

A finales del primer milenio, las vías de comunicación que se usaban eran las mismas que habían construido los romanos diez siglos antes, enlazando las ciudades fundadas por Augusto. La provincia romana de Gallaecia era mucho más extensa que la Galicia actual, e incluía el norte de Portugal.

Con la caída del Imperio romano y la invasión de los pueblos germanos, Gallaecia pasó a formar parte de los feudos de los pueblos invasores. Treinta mil suevos, de los que sólo ocho mil eran varones con capacidad para luchar, se concentraron en esa zona. Llegaron en el año 409 y nombraron rey a Hermerico. Después de varios siglos de dominio suevo, se produjo la invasión de otra tribu germánica, los visigodos, en el año 585, comandados por Leovigildo.

Los godos dejaron su impronta en el idioma castellano de forma importante. Muchas palabras básicas de nuestra lengua –«guerra», «espía», «heraldo», «burgo», «estribo»– son de origen germánico, así

como muchos nombres propios: Luis, Leopoldo, Fernando, Francisco, Federico, Berta, Matilde, Ricardo, Rodrigo, Adela, Alberto, Álvaro o Alonso, por ejemplo.

Las minas de estaño que durante siglos dieron su riqueza a Gallaecia y que en el XIX cerraron por improductivas han sido vueltas a poner en explotación. El motivo es que entre los productos que antes se desperdiciaban por inútiles están materiales como el tantalio o el litio, hoy considerados estratégicos, vitales para la industria de la informática, la telefonía móvil o el automóvil.

Desde el año 844 fueron frecuentes los ataques normandos a las costas gallegas. Algunos fueron tan importantes que amenazaron con convertirse en conquistas asentadas de territorio. La última gran invasión vikinga a través del río Miño tuvo lugar en el 1014, cuando el legendario Olaf Haraldsson fue derrotado por la nobleza.

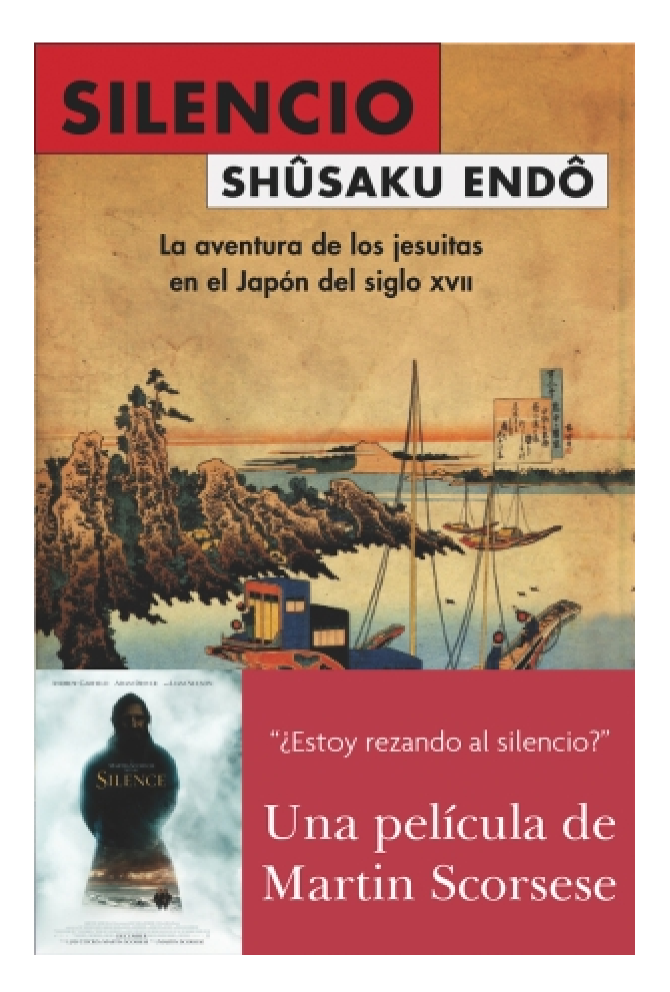
La labor de la regente doña Elvira fue reconocida por su sobrino, ya siendo rey. Cuando murió, la princesa fue tratada y enterrada con honores de reina. Ha pasado a la historia por su buen hacer en aquellos años turbulentos y caóticos, gobernando con más sabiduría que sus dos hermanos, reyes anteriores, Ordoño y Sancho, y que su propio sobrino después.

Teresa Ansúrez tomó los hábitos e ingresó en el monasterio de San Pelaio de Oviedo, donde llegó a ser abadesa.

Don Sisnando fue el vigésimo tercer obispo de Iria-Compostella, y don Rosendo, el vigésimo cuarto. El primero fue el obispo Andrés, en el año 561, tal y como consta en el Concilio de Braga. Otro obispo destacado fue Teodomiro, en el 813, durante cuyo mandato se descubrió la tumba del apóstol. En 1120, por decreto del papa Calixto II, Compostella pasa a ser archidiócesis. Julián Barrio, el actual arzobispo, lo es desde 1996. Es el número 116. Don Rosendo llegó a ser santificado por la Iglesia, al igual que su madre, santa Paterna.

NOTA

* «Tir es una estrella, guarda bien la fe / con los athlingas, siempre en su camino, / sobre las neblinas de la noche nunca fracasa».



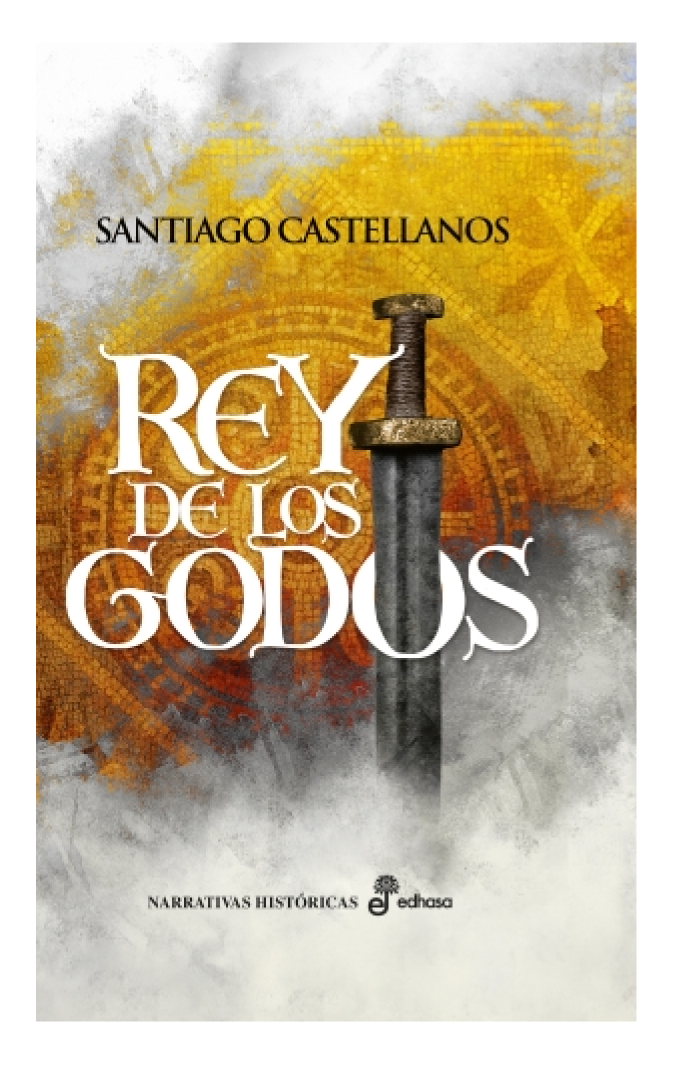
Silencio

Endo, Shusaku
9788435047135
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

A través de la fracasada misión de los sacerdotes occidentales que en el siglo XVII intentaron evangelizar el Japón, Endo propone una sutil reflexión sobre los valores fundamentales de la fe cristiana.Cuando la obra se publicó en Japón fue motivo de apasionadas controversias,

obtuvo el prestigioso premio Tanizaki, fue considerada la mejor novela del año y en poco tiempo había vendido millones de ejemplares. Hoy es considerada como la novela más importante de Endo y una pieza fundamental para explicar ciertos caminos emprendidos por la narrativa japonesa de nuestros días. Esta nueva edición incorpora un prólogo escrito especialmente para la ocasión por el traductor de japonés, Jaime Fernández, que contribuye a situarla en el contexto en que surgió y las polémicas en que se vieron envueltos tanto la obra como el autor debido al tema que toca.



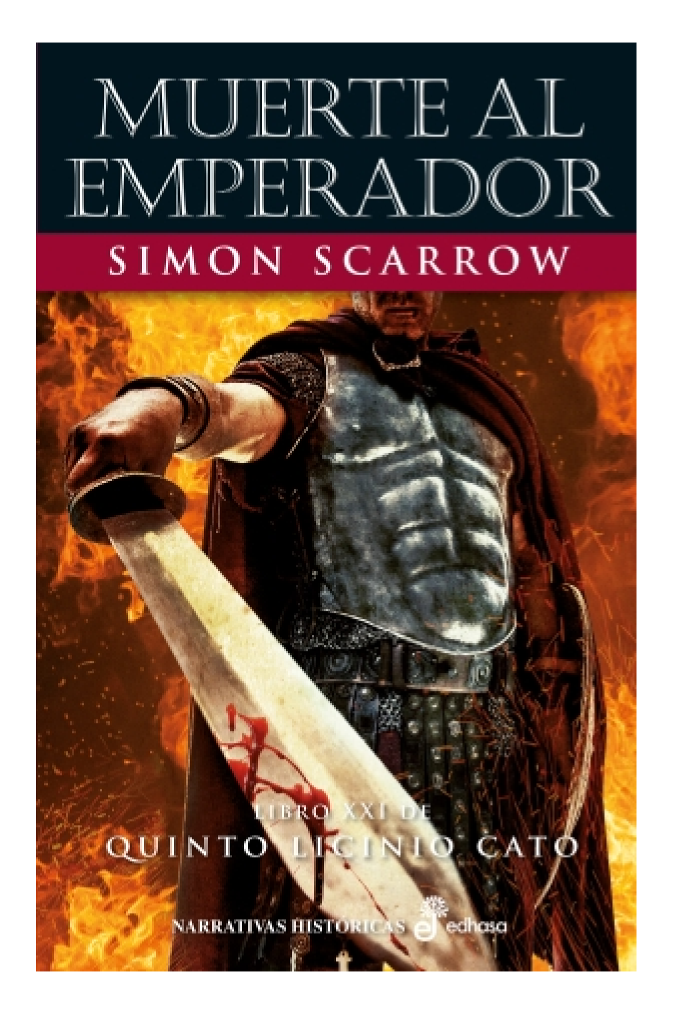
Rey de los Godos

Castellanos, Santiago
9788435049344
432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Teoletum, siglo VII. Sergio mira hacia atrás, hacia su pasado. Son muchas las cosas vividas y los hechos por los que ha transcurrido su existencia: el aseinatos de Agila, las guerras civiles entre los godos,

las querellas religiosas, el ascenso al trono de Leovigildo, cuya ingente obra política sigue aún viva... y la formación de Hispania. Desde que guarda memorias, desde aquel día que entró en el monasterio de Santa Eulalia, en su Emérita natal, su mundo ha dado un vuelco. Él, que se inició como puer al servicio de Dios, marchó luego con Recaredo, rex gothorum, como consejero, muñidor de las entretelas y tejemanejes de la gran partida por el poder del reino. Y ahora, a resguardo de los años y el frío en el complejo palatino de la capital, sabe que debe dar cuenta de todo. Han sido tiempos de luchas y traiciones, disputas y negociaciones, pero también de recelos, amistades y amores perdidos. Rey de los godos es la historia de Sergio y, con ella, la de los convulsos años que decidieron el futuro de lo que fuera la Hispania romana, una tierra peligrosa en la que imperan el caos y la batalla, donde las ambiciones y el ansia de poder chocan con el amor y las pasiones. Santiago Castellanos nos adentra, con una narrativa ágil, a la vez poderosa y con rigor histórico, en un mundo repleto de amarguras, esperanzas, anhelos y aventuras que dio lugar a uno de los episodios más decisivos de la historia de Occidente. Es, en definitiva, una simbiosis perfecta entre historia y literatura en un periodo que hoy diía nos sigue sorprendiendo.



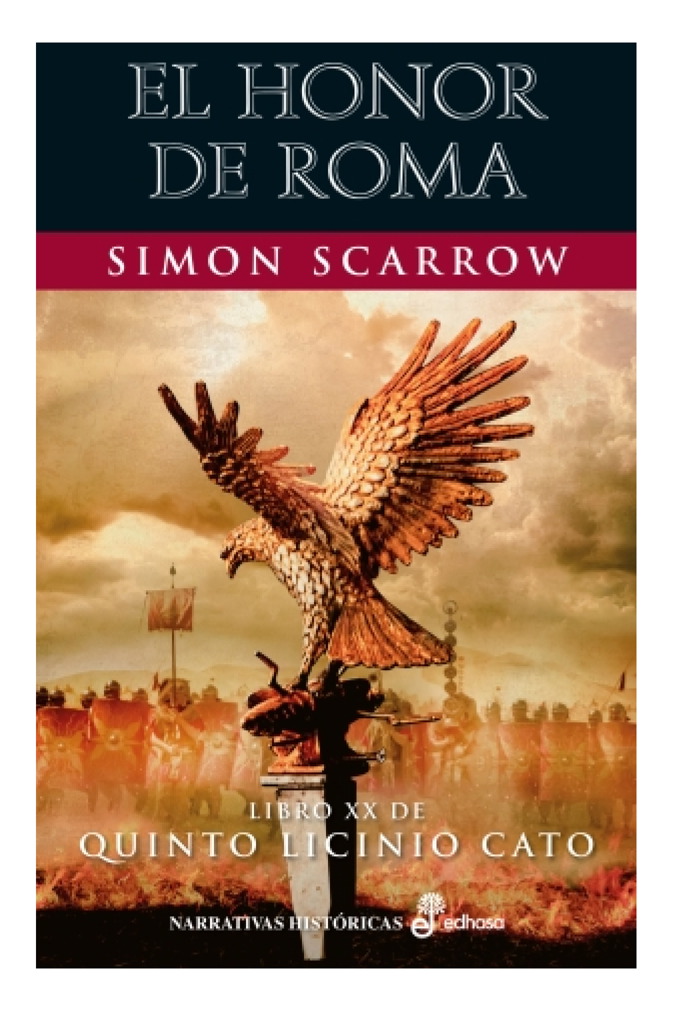
Muerte al emperador

Scarrow, Simon
9788435049382
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Britania ha sido conquistada, pero, aun así, y pese a todos los esfuerzos, sigue siendo una espina clavada para el Imperio romano. Sus tribus acosan, implacables, a las legiones, y, lejos de ser un pacífico enclave en el norte, Britania se ha convertido en un lugar

rebelde y demasiado complicado, llena de rebledes furiosos y alianzas inverosímiles contra el enemigo común. Y, además, la corrupción entre los codiciosos funcionarios provoca que los recursos que tanto necesitan los lugareños se vean desviados a otras partidas... Así las cosas, para las legiones, Britania significa una lucha interminable que sólo conduce a una paz muy frágil. Ha llegado el momento de sofocar a las tribus más peligrosas. Y para ello dos de los mejores soldados de Roma, el prefecto Cato y el centurión Macro, estarán a cargo de una misión casi más mortal que cualquier otra a la que se han enfrentado en el pasado. Saben, que puede ser el último día de sus vidas..., porque el enemigo nada tiene que perder.



El honor de Roma (XX)

Scarrow, Simon
9788435048927
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

EL PELIGRO SE ENCUENTRA EN CADA ESQUINA Corre el año 59 d. C. Han pasado quince años desde que Roma luchara contra los bárbaros en Britania. Ahora, es allí donde marcha a vivir el centurión Macro. La provincia vive tiempos convulsos. En Londinium, el

ambiente es amenazador, pero además las tribus que supuestamente han aceptado el dominio romano se remueven, inquietas. Recién llegado tras su retiro de las legiones, Macro extraña la camaradería del ejército y el drama de la batalla. Rateros y matones controlan la ciudad. Y, cuando Macro decide rebelarse, recibirá un brutal ataque que le sirve de castigo y advertencia. A partir de entonces, deberá hacer uso de su coraje y habilidades para sobrevivir. Pero esos matones no saben que al golpear a Macro han cometido un error mortal..., porque los veteranos de Britania se mantienen siempre fieles a los suyos, y Macro pronto tendrá un poderoso aliado: el prefecto Cato. Macro y Cato, amigos y legionarios feroces que han luchado a lo largo y ancho de todo el Imperio, forman un equipo formidable. Y lucharán hasta la muerte para proteger el honor de Roma.



El sueño de la espada

Sánchez G., Manuel
9788435049375
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Alonso Yáñez es el tipo de soldado que todos quieren ser. Tras luchar en los tercios de Flandes, se ha ganado la reputación de ser el mejor espadachín de Toledo, y sus andanzas y buenas maneras llaman la atención del valido del rey Felipe IV, el conde duque de Olivares.

Pronto éste le encomendará su primera misión: la protección de uno de sus consejeros. Y no será la última. Ya desde las entretelas del ambiente cortesano, en un mundo de apariencias, donde las intenciones reales suelen estar ocultas y los peligros acechan sin cesar, Alonso se verá abocado a sucesivas aventuras, en las que no faltarán acusaciones de traición, misiones secretas, peligros varios... y amor. Novela de aventura de corte clásico, con intrigas palaciegas, lances amorosos y disputas apasionadas, El sueño de la espada nos presenta un siglo XVII que creemos conocer pero todavía hoy nos sorprende. Gracias a una prosa templada pero que emana frescura y agilidad, Manuel Sánchez nos adentra, desde el punto de vista del protagonista, que escribe sus andanzas, en una corte real donde nada es lo que parece y en unos lugares, Toledo, Madrid y Barcelona, y unos tiempos que todos hubiéramos querido conocer.